El abominable hombre de las nueve

Beatriz Satrústegui



ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Prólogo

«El lago de los cisnes»

«La cólera del príncipe pirata»

El perro Pérez

«Radio Sarcófago» ataca de nuevo

Mariana sigue las instrucciones de su hermana

Ante notario

El padrino de Mina

Pantaleón hace de Pigmalión

Carolina conspira en la peluquería

Fernanda vuelve a la Torre

Inicio del curso en el internado para maridos

Gonzalo necesita un castillo

Los espárragos se comen con las manos

El abominable hombre de las nueve

Última noche en la terraza de Pantaleón

«Alea jacta est»

La española cuando besa

Las tropas se despliegan

Almuerzo en el invernadero

Lo que hacen las diosas en el Olimpo

La fila de Marco Aurelios

Carolina imparte instrucciones

Pax romana

Las apariencias

La playa

Manou

Tengo una pregunta para usted

Juegos de guerra

Noche de «bridge»

Encuentros nocturnos

El Bayou

Fresas silvestres

Se aproximan los bárbaros

Crónica de una victoria anunciada

El glaciar de «Heno de Pravia»

Pantaleón y el foso

El regaliz

Cenicienta busca traje

Todo cuento tiene su baile

El secreto de Fran

Tocata y fuga

El corazón de las tinieblas

Carolina tiene un as en la manga

Una confesión

Un gran amor

Tres meses más tarde

Epílogo

Nota de la autora y agradecimientos

Notas

Créditos

EL ABOMINABLE HOMBRE DE LAS NUEVE

Una comedia romántica con castillo incluido

BEATRIZ SATRÚSTEGUI

ESPASA

A mi madrina, que me enseñó a creer en lo increíble.
A mi padrino, que me creía escritora.
A los muertos que quise y a los vivos que tanto quiero.

«En lo más profundo del invierno, encontré dentro de mí un verano invencible».

ALBERT CAMUS

PRÓLOGO

España, 1959

Fernanda Álvarez de Vicuña y Hauteville era guapa y lo sabía. Su hermana Mariana era fea y también lo sabía.

Ambas hermanas habían nacido —Mariana, primero, y Fernanda, después— en la casa familiar, un caserón del siglo XVIII convertido, en el XIX, en una copia liliputiense de un castillo inglés por mano del tercer vizconde de Vicuña, repentinamente enriquecido por la inversión en una mina boliviana. Aunque la ostentosa inclusión de torres y almenas fue enteramente obra del vizconde, semejante falta de buen gusto siempre fue injustamente atribuida a su mujer, una francesa guapa y vivaracha de la cual las malas lenguas decían que había sido meretriz antes que vizcondesa. Un siglo y tres vizcondes más tarde, todo rastro de mal gusto había desaparecido. Y la fortuna minera, también.

La casa, tras la perpetración de la reforma castillesca, comenzó a llamarse Torre. Torre Vicuña, por supuesto. La imaginación no era el fuerte de la familia Álvarez de Vicuña. No lo suele ser en las familias de alcurnia. Parafraseando a Tolstói, «las familias bien son todas iguales». La Torre y su linaje eran lo que los Álvarez de Vicuña más valoraban. La Torre, majestuosa, presidía altiva la bahía de una bonita ciudad costera de provincias. El reino de los Álvarez de Vicuña, es importante recordarlo, era provincial, y Torre Vicuña, el centro absoluto de su provincial universo.

Con la mina de Bolivia agotada, las ventanas de la Torre empezaron a limpiarse menos a menudo. Las puertas que cerraban mal dejaron de arreglarse, la calefacción nunca llegó a instalarse, los cuartos de baño comenzaron a quedarse anticuados y las contraventanas adquirieron un aire destartalado. Pero todos los días se ponía el mantel de hilo (con remiendos) y la vajilla de Limoges (con desconchones) en la mesa del almuerzo, y el mantel de damasco y la vajilla Nymphenburg (desparejada) en la mesa de la cena. La sexta vizcondesa, madre de Mariana y Fernanda —otra francesa, pero esta vez de impecables credenciales—, nunca se hubiera rebajado a consentir otra cosa.

En el verano de 1959, alunizó en la Torre un señor norteamericano. Alunizó es el verbo correcto, porque Mr. Thomas J. Shearman, conocido en la prensa americana como «el Rey de los Cereales», era lo más parecido a un alienígena que la sexta vizcondesa había visto en su vida. Como buena esnob, arrugó la nariz nada más verlo. Como buena y empobrecida Vicuña, le abrió sus brazos y su casa en ese mismo instante. La tragedia estaba servida para Fernanda.

Fernanda, guapa, elegante y pizpireta. La que mejor bailaba, la que mejor montaba a caballo, la que mejor jugaba al tenis. Reunía todo lo necesario para ser la víctima propiciatoria de la ambición de los Vicuña. A sus dieciocho años, en el culmen de su belleza, ella reinaba incontestada en las fiestas del Club de Golf fundado por su bisabuelo; bailaba valses y rock francés con los más guapos y linajudos de la provincial ciudad, a la que llamaremos Todaria, escondiendo su verdadero nombre. De entre todos los buenos mozos con los que nuestra bella se codeaba, uno de ellos había conquistado su corazón. Íñigo Vergara era alto, moreno, de nariz aguileña y perfil aristocrático. Tenía los brazos fornidos, la cabeza

llena de lustrosos rizos morenos y los bolsillos más vacíos que la mencionada testa. Era un moderno *David* de Miguel Ángel. Era un Porfirio Rubirosa todaresco. Íñigo, en su balandro ciñendo las velas en la bahía; Íñigo, sudoroso sobre su poni de polo; Íñigo, caballeresco embocando su *putt* en el hoyo 9. Fernanda le adoraba.

Todos daban por supuesto que Íñigo y Fernanda se casarían. Eran los «Brangelina» de Todaria. La pareja de oro. Fernanda también lo daba por supuesto. En la fiesta de verano del Tenis, Fernanda, vestida de níveo blanco en un Schiaparelli[1] de su abuela (un poco viejo y con olor a alcanfor), esperaba que Íñigo se lo propusiera. Sentada en una silla de madera comentaba esto y demás chismes con su amiga Marita de la Cuesta. Mientras Marita y Fernanda *pocholeaban* animadamente, hete aquí que el Rey de los Cereales alunizó otra vez.

—¿Me concede este baile, señorita? —preguntó Thomas, muy solícito, a Fernanda.

—No —contestó Fernanda, bastante menos solícitamente.

—Le advierto que soy el mejor partido de esta fiesta —se ufanó Thomas.

—Pues partido no sé, chico, pero entero dejas mucho que desear —respondió Fernanda despectiva.

Y ese fue su fin. El desplante recibido, junto con la belleza de Fernanda, despertó en Thomas el ansia de poseerla, dominarla y, por qué no decirlo, humillarla también. La inmensidad de la fortuna de Thomas, el paupérrimo estado de los Álvarez de Vicuña y su obsesión por mantener la espléndidamente ridícula Torre hicieron el resto. Fernanda pataleó, discutió, se encerró en su cuarto, se negó a comer e incluso intentó escapar con Íñigo por la ventana en un desafortunado episodio que acabó en un malogrado tobillo de Fernanda y unos malogrados parterres de la vizcondesa.

Fernanda lloró mucho, Íñigo lloró menos, Mariana lloró a mares y entre esas cataratas de llanto, Fernanda, espléndida en una maravillosa confección de Dior —pagada con el dinero del novio—, se convirtió en la legítima esposa de Thomas J. Shearman ante Dios y novecientos invitados. Torre Vicuña nunca lució más bonita. Los cristales de las ventanas impolutos, los bronces bruñidos, la plata lustrosa, la *pelouse* del jardín con vistas a la bahía, impecable cual *green* de golf. El novio, menos impecable, se limpió la boca con la manga en el primer plato, reventó un botón del chaleco de su frac en el segundo y eructó en el postre.

Los baúles de Louis Vuitton marcados con las iniciales FSAV —que lejos de corresponder al acrónimo de un fondo de inversión era la nueva cifra de Fernanda Shearman Álvarez de Vicuña— se apilaron en un Rolls-Royce, luego se apilaron en un tren y, más tarde, se apilaron en un avión; y así, Fernanda Shearman llegó a Duluth, Minnesota.

Ni a Fernanda le gustó Duluth ni a Duluth le gustó Fernanda. Mrs. Thomas J. Shearman era tan bella como altiva. En apenas seis meses, Fernanda se las arregló para *esnobear* y humillar a todos y cada uno de los familiares (pocos) y conocidos (muchos) de Thomas. A Duluth solo le dio un invierno. Aburrida y congelada a partes iguales, Fernanda comprendió que había que huir de allí. Era tirana por naturaleza y soberbia por inclinación, pero lo suficientemente lista para comprender que, si quería conseguir algo de su marido, ese no era el camino. A estas alturas, ya había aceptado que su querida Torre Vicuña y sus veranos en Todaria habían quedado irremediablemente atrás. Había que ser prácticos. De nada servía llorar y patalear. Con eso no se arreglaba nada. Tenía que hacer de tripas corazón y organizarse la vida de la mejor manera posible. Esa manera, consideró Fernanda, no podía estar en

Duluth, Minnesota, con sus fríos inviernos y con su sociedad, que Fernanda —con un par, porque ella era de Todaria— consideraba pueblerina. Así que Fernanda estudió los periódicos, recabó informaciones y formuló un plan. Dedicó seis meses a perfeccionarlo y, tras ello, se disfrazó de Rita Hayworth en *Gilda* y procedió a desplegar sus (escasas, pero efectivas) artes amatorias para convencer a su marido, concediéndole abundantes favores sexuales que normalmente le racaneaba. Solo le hizo falta una semana de orgía para lograr lo que se proponía. Mediante este crudo, pero efectivo método, Fernanda consiguió el inmediato *déménagement*[2] de Duluth, y un nuevo alunizaje en Palm Beach, Florida.

Siendo honestos, el alunizaje había dejado de ser tal. El aspecto extraterrestialmente estrambótico y vulgar de Thomas había cesado de existir. Fernanda había intervenido el armario de su marido con la misma extensión y celo con los que la Reserva Federal intervino los bancos en la crisis del 2007. Cual Angela Merkel de la indumentaria, estableció límites y directivas, depuró y liquidó. La camisa salmón de manga corta, que lucía Thomas el día que le conoció, fue la primera en partir. A Fernanda le traía malos recuerdos. Aparecieron nuevos trajes, nuevas camisas a medida, nuevas corbatas, nuevos zapatos, nueva vestimenta deportiva. El Rey del Cereal seguía siendo un patán, pero, al menos, ya no lo parecía.

A Thomas le gustaba esa versión mejorada de sí mismo. Las apariencias influyen en la percepción que tienen otros de uno, y él notaba que su nuevo aspecto le abría puertas antes cerradas. Se dejaba hacer.

En cuanto a ella misma, la Reina consorte del Cereal invirtió los seis meses anteriores a sus maniobras maritales en refinar y aprender un perfecto inglés. Con acento británico, eso sí. Fernanda

llevaba en su sangre, en su ADN, en sus mismos adentros, la necesidad de *esnobear*. Sin distinguir sexo, raza, credo o etnia. Fernanda *esnobeaba* sin fronteras. Por doquier. «Lejos de mí —pensó ella—, hablar inglés como estos rudos americanos». Inconcebible hablar el idioma con el acento de los de su nueva patria: qué oportunidad perdida para darse aires de superioridad. Fernanda contrató a una indigente lady inglesa, procedente de un *manor,* en similar estado de deterioro al que antaño se encontraba Torre Vicuña, y en nada aprendió a hablar ese inglés en el que «*towels*» se pronuncia «tiles» y «*really*» se dice «rarely».

En el Palm Beach de mediados del siglo XX, donde el deporte de moda era *esnobear*, Fernanda estaba como pez en el agua. Ella *esnobeaba* nivel olímpico. *Esnobeaba* en el equipo nacional. Su mirada por encima de la nariz, su sonrisa gélida que nunca subía a los ojos, su política de nunca hablar directamente a los camareros. Eso, junto con su extraordinaria belleza e impecable buen gusto y los millones que a su marido le salían por las orejas, hizo de Fernanda un éxito en Palm Beach. Thomas y su fortuna trepaban puestos en la lista *Forbes* de los más ricos, Fernanda lo hacía en la de *Vogue* de las mejor vestidas.

Fernanda, la de la Torre decrépita donde ningún mueble había cambiado de sitio en cien años, contrató a Stéphane Boudin[3] , el excelso interiorista y presidente de Maison Jansen, para decorar su casa. Boudin se había ocupado de las mansiones de todo el quién es quién de Europa y medio mundo, y, en Palm Beach, de Blythedunes[4] , la mítica residencia de la legendaria Jayne Wrightsman, multimillonaria, famosa anfitriona y filántropa. Fernanda era igualmente millonaria y buena anfitriona, pero la filantropía nunca la practicó. Ni para disimular. La decoración de Beauchamp Cottage, nombre de la magnífica mansión de Thomas y

Nanda en South Ocean Boulevard, fue el último trabajo de Stéphane Boudin antes de morir. Boudin consideró Beauchamp Cottage como su mejor obra y a Fernanda como su peor clienta. La más exigente, la más tiquismiquis, la más tiránica y, también, la de mejor gusto.

Beauchamp Cottage tenía de *cottage* lo que Buckingham Palace. Lo de «*cottage*» es otra afectación esnob. Así se refieren los ricos a sus impresionantes palacios junto al mar para disimular la vanagloria de tenerlos. En Beauchamp Cottage, Fernanda recibió a presidentes, embajadores, reyes depuestos, millonarios de toda procedencia y a su hermana Mariana. El tiempo había hecho a Mariana más fea. Y también más buena.

Tras la muerte de sus padres, Mariana se convirtió en la *châtelaine* de Torre Vicuña y se ocupaba de su mantenimiento a cargo del patrimonio de su hermana. La casa permanecía cerrada a cal y canto. Ni una fiesta, ni un almuerzo, ni un té en Torre Vicuña. Órdenes estrictas de Fernanda. Todos los días las ventanas se abrían y se aireaba y todas las noches ventanas y contraventanas se volvían a cerrar. Los suelos se fregaban, las maderas se enceraban, pero ni un alma, aparte del cuerpo de servicio y Mariana, entraba jamás en esa casa. Con el dinero que para ello le envió Fernanda, Mariana se compró un pisito monísimo en el centro de Todaria y recibía allí a las amigas y conocidos que tenía vedado recibir en Torre Vicuña. Invitaba allí a sus primos, Jacques y Henri, hijos de un hermano de su madre. Jacques era manco, alto y cheposo; Henri, bajito y muy orondo. Cuando llegaban ambos de visita, la irreverente, pero graciosa, muchacha de servicio de Mariana anunciaba: «Señora, ya han llegado los Cuerpos Especiales».

A Mariana le gustaba su vida. No pedía mucho, no esperaba nada; por eso, nunca le decepcionaba. Tenía sus amigas, las partidas de *bridge* y hasta un acompañante con el que visitaba museos e iba al

ballet. Asistía a toda conferencia, cóctel o inauguración a los que la invitaban; formaba parte, junto con su cohorte de amigas, de lo que llamaban «la Brigada del Canapé». Acudía a misa, se ocupaba de obras benéficas, mantenía impecable la Torre. Tenía una vida llena. Con el tiempo, Mariana siguió siendo igual de fea, pero su bondad interior se asomaba a sus ojos y eso, junto con un innato toque chic que heredó de su madre —y la ropa de alta costura usada que le enviaba su hermana—, le dio una distinción y una calma que antes no tenía.

A las órdenes de su despótica hermana, cada año, cual ganso de invierno, Mariana migraba a Palm Beach a recibir instrucciones. Mariana quería a Fernanda. ¡Fernanda! Ella era así. No era mala persona, creía Mariana. Malcriada y un poco consentida, sí. ¿Vanidosa? Un poco, también. Egocéntrica, quizás. Malhumorada, a ratos. Pero no mala. Eso nunca.

Fernanda. De sus muchos pequeños y miserables actos, de sus mezquinas humillaciones, tenían mucha culpa sus circunstancias. Fernanda no había leído a Ortega y Gasset, pero si lo hubiera hecho habría pronunciado: «Yo soy yo y mis circunstancias». Había sido obligada a abandonar abruptamente todo lo que conocía. Fue condenada a convivir a diario con un riquísimo pero zafio y ordinario marido. Fernanda intentó quererle. Al menos, al principio. Su sentido de la estética se sentía ofendido por la tripa prominente y los peludos brazos de Thomas. Pero, a pesar de esto, Fernanda intentó genuinamente que su matrimonio funcionara. Pasada la rebelión de los seis primeros meses se hizo a la idea de que eso es lo que había, que era necesario procurar sacar lo mejor de la situación. Cada noche, ataviada con un camisón de raso de Los Encajeros, Fernanda se metía en la misma cama que Thomas y hacía lo imposible por

concebir «¡un hijo!», suspiraba ella; «¡un heredero!», pensaba Thomas. Hasta en eso eran distintos.

Ninguno de los dos obtuvo su deseo. Decenas de médicos, los mejores. Mil pruebas, miles de tratamientos, miles de intentos. Fernanda decía ser tan fecunda como lo habían sido antes que ella mil generaciones de Hauteville. Mil, nada menos. Thomas ponía en duda esa supuesta ancestral fecundidad familiar. Normal, teniendo en cuenta que ella y Mariana eran solo dos. No era precisamente un alarde de fertilidad sin límites por parte de la sexta vizcondesa. Pero Fernanda tenía razón. Varios médicos, pruebas, intentos, ilusiones y llantos más tarde se descubrió que la «culpa» de todo no era de Fernanda. Sus credenciales de fertilidad se confirmaban impecables. Era Thomas el que tenía, como confesó educadamente Fernanda a Mariana, «los bichitos muertos».

En ningún sitio se llora como se llora en las clínicas de fertilidad. Esos cementerios de esperanzas. Esos basureros de ilusiones. Pero Fernanda no vertió ni una lágrima. Volvió a casa y se entregó plenamente a sus rosales. Thomas la valoraba, pero no la quería. Nunca le perdonó su inicial desdén, ni dejó jamás de considerarla como una de sus muchas posesiones. Una posesión preciada y muy cara, pero posesión, al fin y al cabo. Los seis primeros meses, aquellos en los que ella se esforzaba por tener un hijo, fueron el único momento en el que Thomas se sintió feliz. La retirada de Fernanda, que Thomas interpretó como fruto del disgusto por no poder concebir, cambió las cosas. El distanciamiento temporal se volvió perpetuo. Thomas lo aceptó. Se conformó con tener a Fernanda «a su nombre», como otras propiedades. Le bastaba saber que era suya. Ella, como ser humano, en realidad nunca le interesó. Tan solo quiso poseerla, más en el sentido material que carnal de la palabra, y eso lo había conseguido. Thomas admiraba la obra que su

mujer había hecho con su casa; le enorgullecía que fuera su mujer, Mrs. Thomas J. Shearman, quien apareciera en la lista de las mejor vestidas, y se henchía de satisfacción al ver la admiración de sus amigos y la envidia de sus mujeres. Eso le hacía sentirse superior. Le reivindicaba en un mundo donde sus millones no eran suficientes para ser aceptado, necesitaba clase, estilo. Eso se lo daba Fernanda.

Agradecía también que Fernanda nunca hubiera dado que hablar en nada, nunca un pie fuera del tiesto, nunca una indiscreción, ni un rumor siquiera que hablara de ello. Los camisones de Los Encajeros seguían existiendo, Fernanda encargaba cuatro nuevos cada año, pero las visitas nocturnas ataviadas con ellos habían cesado desde que se supo que nunca podrían tener el fin anhelado. Él sí que tuvo sus amantes a lo largo de los años. Muchas, y cada vez más públicamente expuestas. Fernanda o no lo supo o no quiso saberlo. En todo caso, si lo sabía, nunca hubo un reproche, nunca una escena de celos. Thomas parecía apreciar esto, pero poco más. Por otro lado, si lo apreciaba, nunca lo dijo. Los cumplidos de Thomas jamás fueron palabras, si acaso un pellizco en el trasero. En los primeros años de casados, a Fernanda y, más tarde, a toda secretaria, criada, camarera, repartidora de Amazon o ser viviente que pasara por allí. El transcurso de una vida entera rodeado de gentes de mundo no refinó en nada a Thomas; él fue un batracio chabacano y ordinario de principio a fin. Pagado de sí mismo, maleducado, exigente y mucho más vanidoso que su mujer (si bien, en su caso, sin motivos objetivos para serlo). Thomas nunca se hizo querer. Así que cuando, un 14 de febrero de 2025, estiró la pata, convenientemente colocado encima de una camarera desnuda, en la suite del Ritz-Carlton de Palm Beach, ni su perro le lloró.

EL LAGO DE LOS CISNES

Odo-Eguare, África, octubre de 2024.
Sesenta y seis años más tarde del inicio del prólogo; cuatro meses antes de la muerte de Thomas.

«Dinamita pa' los pollos», pensó Mina, acordándose del grupo musical de los ochenta.

El lunes, la gallina de su jardín tenía siete pollitos, ahora solo quedaban dos. «Aquí la vida es dura hasta para los pollos», se dijo Mina.

África te devora por dentro y por fuera. Está llena de miseria, polvo y crueldades. Pero luego llegan esos atardeceres fugaces, con el cielo entero rasgado a jirones rosas y amarillos, esas llanuras inmensas que te hacen sentir pequeño, esas noches tibias cuajadas de estrellas y te roban el corazón en un minuto.

«Como me lo robaron a mí», se dice Mina, «África y el hijo de puta que me encontré aquí».

Dobla descuidadamente su ropa y la mete apilada en una maleta. Un año entero, ese es el tiempo que lleva allí. Pocas posesiones materiales que llevarse de vuelta. Muchas de las camisetas que trajo han muerto desintegradas por el barro, el uso y la lejía. Al igual que las botas de goretex que inocentemente compró en Decathlon para su periplo africano, y que quedaron empotradas en el primer charco de barro en el que encalló su camioneta. Copiando a los lugareños,

compró unas chanclas de plástico y con ellas ha pasado un año entero. Pocas cosas en la maleta y un corazón humillado, al que su año africano ha dado un buen mordisco.

Se sienta en la cama y mira alrededor de ese pequeño cuartucho que durante doce meses ha sido suyo. El catre de madera, la mosquitera, la silla de plástico, la ventana sin cristal. Más allá de ella, las copas de las palmeras se mecen al viento. «Está el tiempo revuelto —se dice—; como yo».

Mina se acuerda de *El lago de los cisnes*, cuando Sigfrido conoce a Odette y ella le cuenta que una hechicera la convirtió en cisne. «Ahí hay un lago —explica Odette mediante el mimo— formado por las lágrimas de mi madre». Mina no tiene ya madre, pero sí un lago de lágrimas en el corazón. Son lágrimas no lloradas y sabe que, si el viento las agita, saldrán todas fuera sin remedio.

Se va de África. Sin querer irse, pero se va. Es necesario.

Mina se pregunta cómo una palabra tan insignificante y pequeñita como un «sí» te puede cambiar la vida entera. «Sí» no es casi ni una palabra... Dos letritas de na. ¡Y qué follón más grande organiza! Las cosas pequeñas son a veces las más peligrosas. Ese «sí» dado casi en un suspiro. Apenas nada. Un «sí» quedamente exhalado y un pequeño pasito desde el *finger* de un aeropuerto a un avión y ¡zas! Apareces en una vida nueva.

—Mina —le había dicho el padre Henry, sacerdote misionero y uno de los mejores amigos de su padre—, la mejor cura para la pena es levantar los ojos del ombligo. Ocuparte del dolor de otros hace que el tuyo desaparezca —y, luego, la propuesta—: Vente unos meses conmigo a África, a Odo-Eguare, y échanos una mano. ¿Qué me dices?

«Sí». Mina dijo «sí». Como podría haber dicho «a un panal de rica miel». Cualquier cosa. No tenía en ese momento ni criterio, ni

voluntad, ni un plan B para la vida. Su padre acababa de morir; Rodrigo, su novio, con gran sentido de la oportunidad, la había plantado la mañana misma en la que murió su padre. Mina era una autómata con el corazón arrasado y los ojos en carne viva de tanto secárselos. Así que dijo que sí y se subió en Madrid a un avión que la llevó a África, a años luz de cualquier universo por ella conocido.

Mina recuerda el inconsciente júbilo de ese poco meditado «sí». Dejar Madrid, dejarlo todo, e irse a un orfanato en medio del África adorada por su padre, de voluntaria en la misión fundada con el dinero que él dio. «¡Bravo, Mina! —le dijo su primo Jaime cuando le contó que se iba—. Siempre he pensado que las mejores decisiones van seguidas de un "a tomar por culo" al final de la frase».

Siendo justos, no dejaba tanto atrás. Sus padres ya no estaban, y de aquellos a los que ella quería de verdad en Madrid tan solo dejaba a Jaime y a su adorado y excéntrico padrino, Pantaleón. No se despidió de nadie; solo de ellos dos. Un curso acelerado de enfermería, los trámites para el visado y unas cuantas vacunas. Instrucciones al banco y un poder notarial para Jaime.

—Señorita, este es un poder amplísimo. Lo cubre todo. Un poder con el que su primo puede disponer de sus bienes como quiera, ¿es usted consciente?

—Sí —dijo Mina.

—Un poder de ruina —insistió el notario—. ¿Se da cuenta?

—Me doy cuenta. No insista, por favor. Insulta usted mi inteligencia y la honradez de mi primo, que, como ve, está aquí delante.

Jaime. En él sí que se puede confiar. No como en otros.

Y Mina se fue. Cambió su viejo Volkswagen Golf por un camión Mitsubishi; los Manolos, regalo de Pantaleón, por las consabidas chanclas de plástico; y la ducha de hidromasaje de su casa por un

bidón de agua y una jarra con la que lanzarse jarrazos de agua fría sobre la cabeza. Y, con todo, fue feliz.

Durante un año entero, fue feliz. Feliz sin nada, como se es cuando uno lo es verdaderamente. Ya no se acordaba de a qué sabía un filete y solo recordaba el burbujeo de una Coca-Cola en su imaginación. Por la noche las sábanas se le pegaban al cuerpo y su mosquitera rebelde, colgada de un único gancho encima de la cama, adoptaba forma de pirámide y se le adhería a la cara incumpliendo su más básico deber como mosquitera. La semana antes se había despertado de madrugada con un cosquilleo en la mejilla para descubrir un bicho grande y verde, con alas en forma de hoja, trepando por la mosquitera a la altura de su moflete. Sus pies estaban llenos de heridas; sus tobillos y rodillas cuajados de las picaduras de los insectos variados que hacían noche en su cuarto, al que Mina se refería como «el paraíso del entomólogo».

Todo eso no era nada. Ruido de fondo tapado por la música de su júbilo. África, magnífica, la esperaba cada mañana.

También lo hacían los niños de su pequeña escuelita, con sus amplias sonrisas, sus ojos brillantes, sus abrazos. Eran veinte y Bayo era, sin duda, su favorito.

«Bayo tiene cinco años —escribió Mina en una carta a Jaime—. Eso es todo lo que tiene. No tiene madre, no tiene padre, no tiene casa. A la semana de llegar me seguía a todas partes. Nadie te toma la mano como él. Un día, jugando al fútbol, se rompió el labio y vino llorando a mí. Le curé la herida y se quedó sentado en mi regazo, acurrucado entre mis brazos, en silencio. Mientras le abrazaba pensé: ¡quién tuviera tanto amor para rellenar tanto vacío!».

Mina ha pasado un año llenando vacíos. Por las mañanas se instalaba en la enfermería y bajo la atenta mirada y precisas instrucciones de la madre Jacinta, médico de profesión, se ocupaba

de las curas. Acudían a la enfermería los niños del orfanato y la gente de las aldeas vecinas. Venían, pensaba Mina, como si aquello fuera la gruta de Lourdes: esperando milagros. Vacunaba cuando había vacunas, daba pastillas de hierro a los anémicos y de ácido fólico a las embarazadas. Pesaba bebés desnutridos y repartía leche en polvo. Limpiaba heridas, cosía puntos y cortaba carne necrosada como si llevara haciéndolo toda una vida. Con infinito cuidado, procurando hacer el menor daño posible. Al terminar las curas, si tenía un rato, se colaba en el nido de los bebés. Seis meses antes había llegado Kunle, un recién nacido al que las monjas encontraron abandonado en un vertedero. Kunle lloraba cada vez que no le sostenían en brazos, porque con seis meses ya tenía recuerdo de su abandono. Mina se levantaba la camiseta, se recostaba en una hamaca y colocaba al bebé encima de su vientre, piel con piel, como le habían enseñado. Hacía de incubadora humana y pensaba que, a pesar de todo, era inmensamente dichosa.

Su vida tenía un sentido. Ella tenía una causa. Arreglar entuertos, enjugar lágrimas, curar heridas, abrazar niños, enseñar a escribir. No hay chute más grande que el de hacer el bien. Su insulsa y normal vida podía transformarse en algo que mejorara la de los demás. ¿No era eso —se decía Mina— un pedazo de superpoder?

A veces, acompañaba al padre Henry a algún poblado cercano donde se requerían sus servicios. Bautizos, misas, confesiones, extremaunciones... Y también reparto de comida, medicinas, mosquiteras. El padre Henry llevaba treinta años al frente del orfanato. Era un irlandés alto y desgarbado que, tres décadas y varios millones de kilovatios de radiación solar más tarde, seguía siendo de color rosa. Era un hombre bondadoso, pero tenía un carácter de mil pares de demonios. Su generosidad era tan legendaria como sus arranques de cólera. Verle dar alaridos hasta

ponerse rojo era algo habitual. Vestido siempre con su *clergyman* negro y un viejo sombrero de tela, Mina pensaba que el padre Henry era como Darth Vader: vestido de negro y sembrando el terror por toda la galaxia.

La galaxia era pequeña: las aldeas, la misión de Odo-Eguare[1] con el orfanato, el hospicio y la enfermería, el padre Henry, las monjas... y Javier. Él llegó apenas un mes después que ella.

—Mina, te presento a Javier —le dijo el sacerdote, colocando un brazo en la espalda de un hombre joven moreno y muy bronceado —; le hemos contratado para que nos ayude a recaudar fondos y gestionarlos. Se quedará unos meses con nosotros. Javier es un experto en gestión de ONG —añadió como explicación—. Tiene muchísima experiencia y viene muy bien recomendado. Ha estado por todo el mundo... ¡No como yo que llevo treinta años sin moverme de este mismo sitio! Le necesitamos para ver si podemos sacar adelante el proyecto de nuestro pequeño hospital.

Javier se quitó las gafas de sol y dio dos besos a Mina, sonriendo. Tenía una sonrisa magnífica, de dientes blancos perfectos.

—Encantado de conocerte, Mina. Y encantado de estar aquí.

Encantado, encantado... ¿O encantador? Tez bronceada, ojos caramelo y espíritu aventurero. Javier. Javier, cuyo conocimiento de África no tenía rival. Javier y sus historias extraordinarias sobre peligros inesperados, huidas de conflictos y guerras, construcciones de pozos, escuelitas y hospitales, enfrentamientos con guerrillas y negociaciones con gobiernos. Javier, que descifraba sin despeinarse las burocracias de las subvenciones y los recovecos de los laberintos administrativos. Javier, que siempre sabía lo que había que hacer. Javier, con su sonrisa impecable y su encanto sin límites, que encandilaba a benefactores del primer mundo con la misma facilidad que a jefes de aldeas del tercero. Esa risa franca y sonora, ese

inclinar de la cabeza cuando escuchaba. Javier era invencible. Y no tenía miedo a nada. A nada. Ni a las víboras que se habrán comido a los pollitos de la gallina irresponsable, ni al ejército corrupto del país en donde estaban, ni a los fuegos salvajes de la sabana. Ni a la furia de Mina. A nada.

Él iba y volvía de la capital. Salía por la mañana para ir a su pequeña oficinita allí y volvía por las noches con la camioneta cargada de sacos de trigo y de suministros. Se ocupaba de los permisos administrativos, de las cuentas, de ir a Madrid a obtener fondos para el pequeño hospital que el padre Henry soñaba abrir en Odo-Eguare. Cada noche regresaba al orfanato, cual paloma mensajera, al volante de su *pick-up*, ventanilla bajada, el brazo moreno apoyado en la puerta, el pelo despeinado y los ojos caramelo tras unas Ray-Ban viejas. Como un héroe de Hollywood. Mina le adoraba.

Cenaban juntos en el patio, bajo un techo de uralita y una única bombilla desnuda que colgaba de un cable. Mientras los mosquitos se daban un festín en los tobillos de Mina, él le contaba sus historias, unas la conmovían, otras la hacían reír. Y no había escuadrón de mosquitos que hiciera que Mina se perdiera los cuentos diarios de su versión africana de Sherezade.

No fueron mil noches. Acaso ni un tercio de las mil. Cuando llevaban unas veinticinco, le dio el primer beso bajo la veranda de la enfermería mientras la acompañaba a la puerta de su bungaló. Las estrellas brillaban en un cielo oscuro como un agujero negro, los grillos cantaban desde el jardín. Olía a lluvia y a madreselva. La mano de Javier en el hueco de la espalda de Mina, sus labios sobre los suyos y la tierra árida del corazón marchito de ella que recibía el agua como el barro seco de la sabana obtiene el alivio del monzón. Pues claro que se enamoró de él. O eso creía.

Su seguridad sin fisuras ante las dudas perpetuas de Mina. Los problemas del día a día a ella la dejaban insegura y perpleja, pero Javier siempre tenía una respuesta. Nada le hacía dudar. Él regresaba a Odo-Eguare al caer la tarde, en busca del descanso del guerrero, y Mina pensaba que ese descanso lo encontraba entre sus brazos. Hicieron juntos una excursión a un parque nacional y otras dos a la playa. Una hoguera, más tomarse de las manos y mirarse al fondo de los ojos. Más besos. Largas noches de pasión bajo las ineludibles estrellas.

El padre Henry y Mina soñaban con un hospitalito en el que evitar más muertes en los partos, en el que curar diarreas y malarias, entablillar tobillos y escayolar brazos. Un hospitalito con un pequeño quirófano en el que cirujanos voluntarios extranjeros pudieran operar y solucionar problemas hasta entonces irresolubles por no tenerlo. Mientras el padre Henry y Mina dibujaban planos y recababan informes de expertos, Javier, su arma secreta, era enviado a negociar permisos, gestionar subvenciones y obtener fondos. Mina pensaba que los tres formaban un gran equipo. Alineados en la búsqueda de un común objetivo.

Cada noche, ella esperaba el regreso de Javier para cenar con él. Él le contaba su día, ella le contaba el suyo. Mina, en brazos de Javier, se dormía pensando que eran como una Karen Blixen y Denys Finch Hatton en versión misionera. Juntos los dos, cada cual por su lado, luchando por aliviar penas, por un mundo mejor. Por Odo-Eguare, por Bayo, por el hospital.

Mas los días de Mina transcurrían entre niños y ancianas, esos repositorios de verdad y ternura. Los de Javier entre funcionarios, militares y tecnócratas, esos malabaristas de mentiras y mezquindades. Sus realidades eran distintas.

Dicen que de la abundancia del corazón habla la boca. Y la de Mina hablaba de la ternura de Bayo, de las manos artríticas que las ancianas colocaban sobre las suyas, de una incubadora de verdad para Kunle y de los sueños del hospitalito. De su preocupación por los bebés que no ganaban peso, por la herida de la pierna del viejo que no acababa de cicatrizar y de los planes para un nuevo pozo de agua. Cuando Javier asentía a lo que decía, Mina pensaba que era porque se sentía igual que ella. No sabía entonces que el asentimiento de Javier era un asentimiento nipón: no significaba nada.

Ahora ya lo sabe. Javier se fue el día anterior. Sin despedirse. O casi, con apenas una nota para ella. El padre Henry le echó sin miramientos tras una explosión de ira más grande que las erupciones del volcán Kilauea. Mina no estaba presente, pero lo oyó todo desde el jardín. Sentada en un banco consolaba allí a una adolescente asustada. Aina. Dieciséis años, piernas de gacela y ojos grandes y negros como el agua del pozo del jardín. El día anterior Aina se había acercado, dubitativa y temblorosa, a hablar con ella. A Mina le costó un rato largo tranquilizarla y, finalmente, sonsacarle lo que le pasaba. Estaba embarazada.

La abrazó y procuró calmarla.

—¿Quién es el padre? —preguntó Mina.

—Abié —murmuró Aina, la de los ojos negros.

—¿Quién?

—Abié —repitió Aina.

Mina tardó un tiempo en comprender que decía «Javier».

Y la canción de amor africana que su corazón tatareaba desde hacía meses se interrumpió abruptamente, como si levantaran de golpe la aguja del tocadiscos.

Al padre Henry le costó creer lo que Mina le contó, hasta que Aina se lo confirmó todo. Javier echado a patadas; el padre Henry furibundo; Aina desvalida, y Mina intentando reconciliar en su cabeza a su novio admirado con un abusador de menores.

Mina recordó como su madre decía que los disgustos eran como las olas, que llegan de tres en tres. Está aún esperando la tercera, pero la segunda fue un tsunami: Javier no se había conformado con seducir a una pobre niña adolescente. Tras su partida, se descubrió el desfalco. Las cuentas estaban prácticamente vacías, los donativos para el proyecto del hospitalito nunca se ingresaron en la cuenta del orfanato, sino directamente en la de Javier. ¿Denunciarle? «Claro» —le contestó el padre Henry—. «¿Domicilio para notificaciones?». Ninguno. Javier era el rey del paradero desconocido.

El padre Henry fue parco en conmiseraciones y franco con ella. Era un hombre práctico que no se demoraba en comentar desgracias, sino que, enseguida, buscaba el medio para remediarlas. «No hay dinero», le dijo a Mina. No ya para el proyectado hospitalito, para nada. Las cuentas no salían.

—No hay dinero para tu escuelita de alfabetización, no hay dinero para el comedor benéfico que has montado en la aldea, ni para más vacunas, ni para el otro pozo ni para nada.

Los proyectos que Mina había puesto en marcha debían cesar y había que funcionar bajo mínimos. El sacerdote había llamado a todos sus benefactores y conocidos, había aporreado todas las puertas. Los donantes, reconoció con amargura, no suelen ser receptivos a dar mucho dinero cuando el que antes dieron lo acaban de robar. No dice mucho de la fiabilidad del receptor. Dinero había el justo para terminar el año. Luego, nada. No lo había ni siquiera para pagar lo poco que costaba la estancia de Mina. Sus proyectos debían

suspenderse y a ella la necesitaba en Madrid. «¿Haciendo qué?», preguntó. Haciendo lo que pudiera para conseguir dinero.

—Llama a todas las puertas, pide, ruega. Y confía en la providencia —le aconsejó el padre Henry.

—¿La providencia?

—Sí, la providencia. La de los pájaros del cielo y los lirios del campo. Esa. Agárrate bien al lirio, Mina, que llegan curvas.

Con eso, señaló a su maleta. Debía irse, le dijo.

¿Irse? ¿Cómo irse? La traición de Javier no era nada comparada con el *shock* de esas palabras. ¿Dejar Odo-Eguare ella? Pero ¡si era el centro de su universo!

—Si lo es, haz algo por él —le contestó el cura.

Así que Mina se fue. Con la cabeza gacha y mucho miedo, miedo a perder a los que quería y dudas sobre su capacidad para hacer algo. Ella no se veía buena pidiendo dinero. Se creía más dotada para abrazar niños y colocar gasas y esparadrapos. Hubiera preferido hacer eso, quedarse allí a capear el temporal, a vivir el apocalipsis todos juntos, pero no fue esa una opción que el sacerdote le ofreciera.

Sus niños no eran «niños» en plural, como un grupo anonimizado, un rebaño de ñus. Tenían cara y nombre. Les había quitado los mocos y sostenido la mano. Habían apoyado la cabeza en su hombro, habían tirado de su mano. No eran rostros desconocidos en un anuncio de UNICEF: «Done usted cinco euros, vacunamos a un niño gratis». No; era Imara, era Bayo, era Kunle. No eran un dato frío, eran los suyos. ¿Qué hacer entonces, mimarlos un rato y luego olvidarlos a su suerte? De todas las traiciones del mundo esa hubiera sido la más grande.

El padre Henry la llevó al aeropuerto. En el nido, Kunle lloraba a todo lo que daban sus pulmones. Al salir la camioneta camino del

aeropuerto, Bayo, que acababa de enterarse de que ella se iba, corrió detrás del vehículo gritando y tirando piedras de rabia contra las ventanillas. Las pedradas no acertaron a los cristales, pero dieron de lleno en el corazón de Mina y le dolieron, justo es reconocerlo, mucho más que la traición de Javier.

LA CÓLERA DEL PRÍNCIPE PIRATA

Han pasado seis meses desde que Mina volvió de África.

Regresó a España un año después de haberla dejado con la sensación de estar jugando a un gigantesco juego de la oca: de la casilla de salida al pozo, y del pozo a la casilla de salida. Se fue cansada y triste y regresó como se fue: exhausta y llena de heridas. Las visibles por rascarse las picaduras de los insectos. Las invisibles por la decepción de Javier y el desgarro de la partida.

—Tú ¿es que no sabes hacer nada a medias? —le dijo su primo Jaime cuando fue a recogerla al aeropuerto, consternado al ver su delgadez, deplorable estado físico y agotamiento.

—Me encantaría hacer las cosas a medias —contestó ella mordaz, cerrando el maletero del coche—. Si la vida me dejara y esto no fuera como estar permanentemente subiendo el Tourmalet en el Tour de Francia.

—¿Y cuál es el plan ahora? —preguntó Jaime mientras la llevaba de camino a su casa—, aparte de haber alquilado tu piso para mandarle el dinero a Henry...

—El plan no es ninguno. Hace menos de una semana que mi mundo se vino abajo tras descubrir el estupro y la estafa... —Y, de repente, absurdamente, porque así funcionaba su disparatada cabeza, Mina dijo—: ¿Te has dado cuenta de que Javier se especializa en delitos que empiezan por «es»? Es-tupro. Es-tafa... El caso es que no me ha dado tiempo ni a pensar —continuó—. Sé que

hace falta dinero, que yo no lo tengo y que no sé de dónde sacarlo. A más no he llegado.

Jaime no insistió. Le contó que, a petición del padre Henry, había interpuesto en España la misma denuncia que interpusieron en África, pero que había hablado con la policía y no tenían grandes esperanzas de dar con Javier. Javier Alarcón no era su nombre real. Ni siquiera pensaban que fuera español.

—Creen que se llama Edmundo Nogales —le informó su primo—, y le buscan también por...

—No me lo digas: ¿ESclavitud y ESpionaje?

—Eres idiota, Mina —le contestó Jaime, pero se rio.

El delito por el que le buscaban resultó ser blanqueo de capitales. Capitales. En plural. Y ella sin uno, siquiera pequeñito, a su nombre.

Jaime, abogado estrella en un bufete inglés y más acostumbrado que Mina a estas cosas, le ayudó a hacer un PowerPoint para explicar el proyecto de Odo-Eguare, a escudriñar el BOE y demás boletines oficiales para buscar subvenciones; le consiguió citas para presentar el proyecto ante cualquier cosa que llevara el nombre Fundación por delante y toda empresa que se considerara concernida por su responsabilidad social corporativa. Y Mina, que salió de Odo-Eguare meditando sobre los efectos de la palabra «sí», constató cuán más devastadores eran los de su antónimo «no». De esos, recibió varios en sucesión.

Pero no todo fueron fracasos: Mina logró arrancar un convenio de colaboración a una ONG conocida (a la que Jaime y ella investigaron como si fuera el supuesto novio de una imaginaria heredera, hija primogénita). Eso dio un poco de aire al padre Henry. Alguna otra donación pequeña. El alquiler del piso de Madrid de Mina, que mensualmente se ingresaba en la cuenta del orfanato. La transferencia de la mayor parte de los escasos ahorros que ella

tenía. Eso valdría para darles alivio unos meses más. Al menos, el futuro a un año de la misión, funcionando en servicios mínimos, eso sí, estaba garantizado.

Al principio, Mina llamaba al padre Henry a diario para tener noticias de Odo-Eguare. Pronto él le dijo, firme pero amablemente, que no podía tenerle una hora al teléfono todos los días, que tenía muchas cosas de las que ocuparse y que con una llamada a la semana era más que suficiente, que, si había algo urgente, ya la llamaría él. La llamada semanal era para Mina su cordón umbilical con África.

Agotadas todas las ideas, tras dos meses de puertas aporreadas y noes ametrallados uno tras otro, Mina comprendió que no podía seguir *sine die* dejándose las vértebras en el sofá cama del salón de Jaime y que allí no había más que hacer. Y resolvió hacer lo único que se le ocurría: escribir. Mejor dicho, volver a escribir. Que es lo que hacía antes. Antes de la muerte de su padre, antes de África, antes de la debacle de los delitos que empiezan por «es».

Rebobinemos. No era tanto escribir como volver a escribir. Porque hemos omitido que, con anterioridad a la partida de nuestra heroína a África, ella misma fabricaba heroínas. Antes de su particular *annus horribilis*, Mina escribía folletines. Y mucho antes aún, su padre, Vicente, se puso enfermo: ELA fue el diagnóstico. Mina tenía entonces veintinueve años. Hija única querida de dos padres mayores, criada entre algodones, resguardada y mimada. Fue la niña bonita de su padre. Y lo fue más aún tras la muerte de su madre, cuando Mina tenía doce años. Eran solo ellos dos. Unidos contra el mundo.

Mina había pasado fuera de España la mayor parte de su vida, siguiendo los destinos de su padre, diplomático, y, cuando estos eran malos (léase, países inseguros), interna en un colegio, en

Inglaterra. Volvió a España con dieciocho años, sin más amigos que su primo Jaime y los que conocía de sus veranos en Todaria. Su padre era su vida entera. Cuando él se puso enfermo la existencia le dio la vuelta. Al principio, las cosas no cambiaron mucho, porque él no dejó que lo hicieran. «Si hay algo seguro en la vida es la muerte, Mina. Esto no cambia nada. El resultado es el mismo, solo me han dado la fecha aproximada de la cita». Y esa cita se produjo en un hospital, siete años después.

Entre medias, Mina vendió prácticamente todo lo que tenían, hasta el alma si hubiera podido, para pagar los tratamientos experimentales que prometían salvar la vida de Vicente. Seis años de su vida transcurrieron prácticamente enteros en un hospital. La mayoría de ellos junto a la cama de su padre. Pasaba las tardes allí cuando salía de la universidad, donde cursaba un doctorado en filología inglesa. Charlando, jugando a las cartas, leyendo juntos. Y, más tarde, cuando él dormía, entreteniéndose en escribir cuentos absurdos, folletinescos, con los que entretenerle al día siguiente. Empezaron siendo un escape a su tristeza. «Si estoy triste y escribo cosas cómicas —pensó—, quizás, a fuerza de fingir una voz alegre, ese ánimo se me contagie». Y también, porque uno escribe cosas absurdas cuando escribir la verdad le hace daño.

Lo primero que Mina escribió, a capítulo por tarde, animada por las risas de su padre, fue *El rapto del beduino.* Protagonistas: una estirada lady inglesa que viaja a todas partes con su juego de té a cuestas y un rudo, pero atractivo, beduino que la secuestra. El resto se imagina fácilmente. Mina incluyó de todo. Tigres domesticados, enanos espías, tormentas de arena, un novio yanqui despechado y hasta una naumaquia en las ruinas de Cartago. Y mucho revolcón, por supuesto. Su padre se reía como un loco. Al terminarla, a Vicente se le ocurrió que Mina la autopublicara en Amazon. Y ella,

para complacerle, aceptó hacerlo. Con pseudónimo, eso sí, porque Mina se hubiera muerto de la vergüenza si alguien llegaba a saber que esas paparruchadas las escribía ella. Amazon clasificó erróneamente su novela dentro del género histórico-romántico en lugar del de comedia. Y quizás gracias a ello Mina logró vender dos mil quinientos ejemplares de esa farsa a dos mil quinientas dementes, a quienes semejantes absurdos desmanes les parecieron —y citamos una de las reseñas de Amazon—: «Una novela fascinante, bien documentada y muy romántica».

La siguiente fue *En poder del marajá.* Esa la publicó por fascículos en Substack. Los ingresos por subscripción eran más regulares. Tras eso, una pequeña editorial contactó con ella y le propuso hacer la tercera. Fue *El secreto de la selva negra.* Éxito moderado, el suficiente para merecer que le encargaran una cuarta: *La cólera del príncipe pirata.* Y así, marajá a marajá y beduino a beduino, entre sesiones de medicina experimental, vómitos y sustos, llegaron a seis folletines.

Su padre ya no podía hablar y apenas siquiera moverse, pero se reía casi igual. El dinero venía bien para ayudar con las facturas del fisio y del hospital. Esclavas persas y lores ingleses, remeros del Volga y condesas francesas repasaban el *Kamasutra* entero en globos aerostáticos y laberintos de minotauros. Pero cuando Vicente murió, la imaginación se le secó a Mina al mismo ritmo al que le rodaban las lágrimas. Como si gota a gota, lágrima a lágrima, pena y disparates se derramaran juntos fuera de ella hasta vaciarla por entero. Yacimiento agotado.

Pero al regresar de África, Mina pensó que quizás podría volver a escribir. Porque allí, tímidamente, fue otra vez capaz de redactar algo, una especie de diario. No escribía mucho, y es cierto que, en puro estilo Mina, dedicaba las mismas líneas a llorar por Bayo que al

seguimiento puntual de la progenie de la gallina de su patio. Pero algo escribía. Por eso Mina creyó que quizás el «duende había vuelto», y que igual incluso le daba para alguna que otra odalisca más con la que conseguir dinero para el padre Henry. A su padrino Pantaleón no le parecía tan buena idea.

—¿Folletines, sección romances prohibidos, subsección heroínas petardas?

—Ya sé que esto de escribir bodrios románticos no es la panacea —protestó Mina—, ¡pero es que no sé hacer otra cosa! Es pura necesidad. Tampoco es que nadie haya nacido con la vocación de escribir pseudofarsas erótico-festivas.

—Bueno, eso nunca se sabe —la contradijo Pantaleón—. Mi amiga Eugenia tiene una hija a la que mandó a los mejores colegios, apuntó a *ballet*, hípica, inglés y piano. Tres años interna en St. Mary's Ascot y, a los diecinueve años, ¿no va la muy burra y le dice a su madre que quiere dejar la carrera y abrirse una cuenta en OnlyFans? «Ay, Pantaleón —me dijo Eugenia—, ¡le ha salido la vocación!».

Mina no tiene vocación de bufón. La tuvo tan solo para animar a su padre. Pero, aparte de las traducciones que le encargan y de las que vive, no tiene otra fuente de ingresos suplementaria que escribir parodias de novelas de amor. Aunque ahora el plan no parece tan bueno, porque lleva cuatro meses encerrada en la casita de campo que heredó de su padre en la Vera y no ha conseguido escribir ni una palabra. Cuatro meses delante de la pantalla de un ordenador y nada. *Niente*. Vamos, que ni el título.

Esos cuentos absurdos que antes volaban desde sus dedos hacia el teclado en apenas días ya no existen. Las tonterías que antes se le ocurrían de seguido ahora se le atascan a la tercera frase. Pantaleón, cual institutriz decimonónica, le dice que es porque ha

sufrido «un desengaño amoroso» y que eso es lo que le impide imaginar escenarios románticos. Si uno tuviera que esperar a experimentar algo para escribir sobre ello, piensa Mina, iba yo lista.

—No hace falta ser vaca para saber si la leche está buena —replica a su padrino, impertinente.

—¡Guillermina Álvarez de Vicuña! —le reprende Pantaleón—. Haz el favor de no ser ordinaria.

Jaime también le pregunta si ella cree que el atasco literario es por eso, que si sigue enamorada de Javier. ¡Enamorada de Javier! ¡Si Javier no existe! El que ella creía que era nunca existió, ni real ni figurativamente. Estar enamorada de quien no existe, explica a Jaime, no es romanticismo, es una enfermedad mental diagnosticable. No, ella no está enamorada de Javier. A Javier solo le desea una pronta detención por la Interpol. Y una alopecia temprana. Eso también. Como castigo divino.

¡Desengaño amoroso! ¡Ja! Mina, que ha leído vorazmente toda su juventud, opina sobre las novelas románticas lo que Cervantes de las de caballería: que reblandecen el cerebro. Las ha leído todas. Lo sigue haciendo. Es un placer irrenunciable, aunque sabe que su efecto es pernicioso. Ella no ha tenido suerte en el amor. Aparte de flirteos de juventud, esos de unos besos aquí y allá, sus dos relaciones serias han sido con dos mamarrachos. Uno la dejó el día mismo en que murió su padre. El otro lo hizo tras un desfalco. Y Mina culpa de parte de eso a su afición juvenil por las novelas de amor, que estropean para siempre la capacidad para elegir bien. En ellas, la protagonista consigue convertir al objeto de sus amores de grandísimo gilipollas en modelo de perfección. Otras, como las de Victoria Holt, parecen enseñar a las lectoras que un tipo que te encierra en un castillo y del que se sospecha que ha matado a su mujer es, en realidad, un marido excelente. ¡Si hasta a Mr. Darcy le

transforman de engreído vanidoso en hombre perfecto! Pero los hombres no se transforman, lo que «ni se crea ni se destruye pero se transforma» es la energía. Los hombres siguen igual. Según los compras, así se quedan. Sin embargo, las lectoras de historias de amor se creen otra cosa. Y luego nos quejamos. Tras leer *Mistress of Mellyn* o *Jane Eyre* una queda irremediablemente impedida para elegir un marido ni medio decente. En *Memorias de África* nos venden a un alérgico al compromiso. En *Pretty Woman* a un putero. Tristán se enamora de Isolda gracias a los psicotrópicos. Romeo era un desorganizado incapaz de abrir un canal de comunicación seguro que evitara el suicidio. Mina tiene multitud de ejemplos de cómo el género romántico enseña a las mujeres a escoger mal. Las novelas de ese rubro hacen un daño inconmensurable. E irreparable. Todas ellas deberían venir con un CD de Joaquín Sabina pegado con celo en la contracubierta a modo de antídoto, para escuchar en bucle: «Me han traído hasta aquí tus caderas no tu corazón».

¡Como si encontrar a quién querer y que te quiera fuera tan fácil! Porque no es solo elegir bien, piensa Mina, está también ser elegida. Lo que ella llama «el síndrome del jersey». Entras en una tienda. Zara, pongamos. Y de entre la multitud de perchas y baldas tus ojos detectan un jersey al que te diriges directa. Pero luego lo sacas de la balda, lo extiendes y no es lo que buscabas. Vuelves a dejarlo en la balda. ¿Qué te hizo ir derecha a ese jersey? ¿Qué te atrajo de él? ¿Su color, su textura? Y ¿qué te hizo descartarlo tras la inspección? ¿Un cuello erróneo? ¿La manga o la forma equivocadas? Mina se ha sentido a veces como el jersey repudiado. Y la alegría de haber sido elegido de entre muchos no compensa la desilusión de haber sido rechazado tras una inspección. ¿Qué hace que alguien te prefiera entre una multitud? Y peor: ¿qué ha visto quien tras conocerte te deja? Todo eso tampoco lo explican bien en las novelas románticas.

Allí todo son medias naranjas que saltan de la malla para juntarse unas con otras como atraídas por un imán cuántico. Pero amar, amar de verdad, con lealtad, con fiereza, con generosidad, implica hacerse vulnerable. El precio del amor es el dolor. Y eso tampoco lo cuentan. Si desde el principio supiéramos esto, ¿lo haríamos? ¿Arriesgaríamos todo al rojo sabiendo el alto precio que deberemos pagar si sale el negro?

Incluso tras meditar sobre todo esto, Mina, que se sabe incongruente, se esfuerza por engrosar las listas de escritores —¡sin escrúpulos!, se recuerda— que escriben historias de amor. Al menos las suyas son tan absurdas que no hay peligro de que nadie se las crea. Y sus heroínas son el mejor jersey de la tienda: nunca nadie las devuelve.

Pero incluso habiendo aceptado unirse al lado oscuro de la fuerza, esta no se manifiesta. No sabe por qué, pero los días pasan y no escribe. Lleva cuatro meses enclaustrada, y su única actividad es sentarse ocho horas diarias frente a un ordenador viendo parpadear el cursor en la pantalla. Como siga así, lo único que está creando, se dice, es una gigantesca almorrana.

El perro Pérez

La casa que Mina heredó de su padre está en Cáceres, cerca de Madrigal de la Vera. Es una antigua cabaña reconvertida en casita de campo. Cocina, salón comedor con un porche y dos dormitorios pequeños que comparten un diminuto cuarto de baño. Un modesto jardín, medio salvaje, lleno de tomillo y encinas. La cabaña de Mina es una *rara avis*, un minúsculo enclave entre los latifundios que lo rodean. Pero los caminos y bosques comunales le permiten pasear por ellos cuanto quiera, como si tuviera, ella también, una gran finca.

Da largos paseos mañana y tarde con el objetivo de «despejar la cabeza». Nada que despejar, reconoce, está vacía. Son paseos solitarios en los que las interacciones sociales más interesantes que observa están en un charco del camino donde retozan unos renacuajos. Casi nunca se cruza con nadie. Algún excursionista despistado, los turistas de los fines de semana y el guardés de La Alcahueta, la finca de al lado, al que ha vislumbrado, de vez en cuando, a lo lejos.

Mañana y tarde, se sienta estoicamente delante de un ordenador en el que nada escribe. Escribe y borra lo escrito como una Penélope moderna que teje y desteje historias en lugar de telas.

Esa vida solitaria, con apenas dos fugaces visitas de su padrino Pantaleón (que detesta el campo con todas sus fuerzas), inquieta a su primo Jaime, que cree que tanta soledad no es buena para ella. La preocupación de Jaime es el motivo por el que procura visitarla

cuantos fines de semana puede, cuando su trabajo o alguna de sus múltiples novias no se lo impiden. En su última visita, le dejó a Mina en préstamo a su perro, Pérez, con la esperanza de que le hiciera compañía.

—Jaime —le reprocha Mina por teléfono—, Pérez es el can Cerbero, ¡el maldito perro del infierno!

—Pero ¿por qué? —inquiere Jaime.

—Me dijiste que comía pienso y de eso nada, ni una bola: ¡solomillo, vuelta y vuelta! Dijiste que dormía en su cesta, y se sube a mi cama porque prefiere sábanas de hilo. ¡Si hasta intenta levantar el embozo! Dijiste que estaba educado y se ha comido las patas de dos sofás, ha arrancado las faldas de una butaca y se ha hecho pis en la alfombra del salón. ¡Llora si lo dejas solo, llora si lo metes en un coche, se escapa en cuanto huele el rastro de una liebre y ladra a cada vaca que ve! ¡Es un hijo de la grandísima puta! ¡Me va a volver loca!

Jaime ríe.

—Cada perro es como su amo, querida. A Pérez le gusta lo bueno, incordia todo lo que puede y sale disparado tras el rastro de la liebre, como hago yo tras cada rubia —ríe—. Con lo que me quieres a mí, dudo mucho que, en realidad, no adores a Pérez. Deja de protestar. De todos modos, no te preocupes, que llego mañana por la noche y, si verdaderamente quieres, me llevo a Pérez de vuelta el domingo, cuando me vaya.

¡Mañana! A Mina se le había olvidado totalmente que mañana es viernes. En el campo los martes se te juntan con los miércoles y los jueves, y en toda esa melé acabas sin saber en qué día vives. Le alegra la próxima visita de Jaime, que aliviará la condena a observación perpetua del documento en blanco, pero también le

preocupa darse cuenta de que ha pasado otra semana entera sin avance alguno en su folletín sin título.

Hay que volverlo a intentar. Mina se sienta delante del ordenador con Pérez a sus pies. Estira los brazos. Mira al frente. El cursor parpadea en la pantalla.

—Nicole, una joven inocente recién salida de un convento conoce a Frederick en el baile de máscaras del castillo de sus padres... —dice, pensando en voz alta.

Pérez la mira aparentemente embelesado.

—Se enamora de Frederick... un poeta paupérrimo que escribe sonetos de amor en una gélida buhardilla parisina. Se compadece de él, pasan la noche juntos —prosigue ante la atenta mirada del perro —. Pero hete aquí que, al día siguiente, al acudir a la cacería del rey, Nicole descubre que ha sido engañada: Frederick está allí ¡y es un príncipe! ¡La ha engañado para seducirla! Entonces, Nicole... Nicole... ¿Nicole qué, Pérez? —interroga al perro, que, gracias a Dios, no dice nada.

»Nicole nada. ¡Nicole es una mema! —concluye Mina frustrada—. Volvamos a empezar —anuncia a Pérez—. Alexia, sí, Alexia es mejor. Alexia es la joven criada del gran duque Vladimir Vladimirovich. El gran duque ha de casarse antes de cumplir los veinticinco años para poder heredar la fortuna de su retorcido abuelo, que así lo ha estipulado en su testamento. Es necesario que lo haga para sortear la maldición que pesa sobre su familia, pero Vladimir no conoce dama alguna que no le produzca repugnancia...

«Esto va bien». Mina se embala mientras Pérez escucha absorto con aparente atención.

—Un día, el gran duque pasea al alba por palacio meditando su desgracia y ve a Alexia arrodillada limpiando las cenizas de la chimenea... Ve a Alexia arrodillada, con su nívea cofia y su culo

perfecto y... y... ¡Y se la tira allí mismo, Pérez! Para qué nos vamos a engañar...

Mina se levanta frustrada y coge, sin mirar, el primer abrigo que ve colgado en el antiguo armario de su padre.

—Vamos a dar un paseo, Pérez —le propone—. Esto no va bien.

Hay mucha niebla y hace frío, pero eso a Mina le da igual. Le hace falta andar, salir de su encierro voluntario, descansar la mente. Enfila el camino del río con Pérez trotando a su lado. Va pensando sola: «Charlotte... Charlotte es una rica heredera inglesa enamorada de su primo, que es capitán de los Grenadiers y está destinado en la India —nota a mí misma: ¿los Grenadiers han estado alguna vez destinados en la India?—. Los padres de Charlotte no aprueban ese amor y quieren casarla con el viejísimo conde de Chester, pero la noche antes de la boda, Charlotte se escapa y se cuela como polizón en un barco rumbo a la India. El airado pero guapísimo capitán del barco la descubre en alta mar. Ella, temblorosa, le explica su dilema entre lágrimas y el capitán..., el capitán... ¡La tira por la borda por petarda!».

Da una patada de frustración a un trozo de rama y Pérez sale corriendo a buscarla. De repente, de entre la niebla, un Land Rover parece surgir de la nada. Un claxon, un frenazo, Mina se aparta de un salto y se oye un gemido.

—¡Pérez! ¡Pérez! —grita, angustiada.

Del Land Rover sale un hombre alto. Es el guardés de La Alcahueta.

—¿Está usted bien? —le pregunta acercándose con gesto de preocupación.

Mina ni le escucha. Solo acierta a balbucear:

—¡Pérez! ¡Dios mío! ¡Pérez! ¡Lo ha atropellado!

El hombre palidece y ambos se lanzan a mirar presurosos debajo y alrededor del Land Rover. Tras dos tensos minutos, se oye un ladrido en la cuneta, y de un charco enorme surge Pérez, al que Mina corre a coger en brazos. Aparentemente, está ileso. Mina lo cubre a besos.

—Deje eso ahora —dice el guardés malhumorado—. No es momento de besar perros. Ayúdeme a buscar al hombre que dice que he atropellado.

—¿Hombre? —pregunta Mina perpleja.

—Sí, ese Pérez que usted dice —contesta él. Habla con un ligero acento del este, que Mina acaba de identificar.

—¡Pérez es el perro! —le aclara riendo mientras se lo muestra.

—¿UN PERRO? —responde el guardés airado—. ¡Un perro! ¡Me ha hecho usted creer que he atropellado a un hombre y resulta que es un perro!

—Oiga, que yo no le he hecho creer nada.

—¡De todos los nombres estúpidos que...! ¿Se da cuenta del susto que me ha dado? ¿Qué hacen poniendo nombre de personas a los perros? ¡Idiotas! —El hombre vuelve a subirse al Land Rover, muy enfadado, mascullando algo en su idioma irreconocible.

Mina está lívida.

—¡Oiga, que yo no he hecho nada! —dice a la puerta trasera del Land Rover, que ya se ha puesto en marcha—. ¡Será imbécil! —dice sin darse cuenta de que habla todavía en voz alta—. Va el tío, atropella a mi perro y encima resulta que el que se enfada es él ¡el muy cretino!

Pérez salta de los brazos de Mina al suelo y juntos vuelven a casa. Pérez trotando alegremente, ajeno al drama que ha protagonizado, y Mina, aún enfadada con el guardés idiota, pensando respuestas inteligentes y mordaces que dar en una conversación que hace rato que ya ha terminado.

«Radio Sarcófago» ataca de nuevo

Al día siguiente, la niebla se ha ido y luce un sol espléndido que se refleja, como pequeñas pepitas de plata, en las gotas de rocío que salpican la hierba.

Mina, que ha abandonado toda pretensión de escribir, se esfuerza en arreglar el respaldo roto de una silla. Ha sacado todas las herramientas de la caja de su padre, aunque no tiene ni idea de para qué sirven la mitad de ellas. Cuando empieza a caer la tarde oye llegar el coche de Jaime, anunciado por los ladridos de Pérez. Sale corriendo a recibirle.

Jaime llega sonriente, cargado de bolsas y maletas, y entre los saltos y ladridos de Pérez, Mina se lanza a abrazarle.

—¿Qué tal viaje has hecho? —le pregunta mientras toma de sus manos algunas de las bolsas que trae.

—Bueno —contesta su primo, cerrando el maletero—, no había mucho tráfico. He salido un poco antes del despacho para evitar el atasco. ¡Tengo grandes noticias que darte, Minita querida! Pero antes invítame a un *gin-tonic*, anda.

La mesa de la cocina está invadida de tacos, sierras, un martillo y una Black and Decker. Jaime levanta una ceja.

—Estaba haciendo bricolaje —aclara Mina.

—¿Bricolaje? No has escrito nada, ¿verdad? —inquiere él—. ¿Tan grave es? Tú haciendo bricolaje es el preludio del apocalipsis.

Mina se encoge de hombros. Ella es conocidamente torpe en asuntos manuales. Es un milagro que la jornada carpintera no se

haya llevado por delante ninguna de sus extremidades. Apartando el material de faena, coloca las bolsas que Jaime ha traído sobre la mesa y deja que él vaya extrayendo de ellas exquisiteces variadas.

—Jamás entendí la expresión «ese nunca ha comido caliente» para hacer de menos a alguien —bromea Jaime sacando un sobre de jamón ibérico de su bolsa—. ¡Si todo lo elegante se come frío! —y enumera—: Ostras, *foie*, caviar, salmón ahumado, jamón...

—¿Y has traído todo eso? —ríe Mina mientras corta limones para el *gin-tonic*.

—No, solo el jamón —responde Jaime guiñando un ojo—. Anda, vamos al porche —dice tomando la bandeja con las bebidas y el jamón—. Tengo mucho que contarte.

Ambos se instalan en dos cómodas tumbonas del porche con vistas a la dehesa.

—¿Qué es eso que tienes que contarme? —pregunta Mina.

—Ha llamado Radio Sarcófago —anuncia Jaime.

«Radio Sarcófago» es el mote de su tía Ofelia, que se dedica a escudriñar el *ABC* en busca de esquelas para ser siempre la primera en enterarse de las defunciones de familiares y conocidos y llamar rauda para anunciarlo.

—¿Quién se ha muerto? —se interesa ella.

—No te lo vas a creer: ¡el Yanqui! Parecía eterno, el tío, con todos esos suplementos vitamínicos y el planchado con bótox, pero la ha cascado. En plena faena parece ser. Con una camarera veinteañera de Kentucky Fried Chicken. ¡Elegante hasta el final!

—¡No! —ríe Mina—. Pobre tía Nanda. ¡No puede ser! ¡Te lo has inventado!

—Rigurosamente cierto, querida mía. Es lo del Kentucky Fried Chicken lo que lo eleva a obra de arte, ¿verdad? —bromea Jaime—. Pero ¡es que eso no es todo! Hay más.

—¿Más? ¡Estoy expectante!

—¡Nanda vuelve! ¡Vuelve y abre la Torre!

—Eso sí que no me lo creo, Jaime. Lleva casi setenta años sin poner un pie en España, con ese mamotreto cerrado a cal y canto, ¿y tú me dices que, nada más morirse Thomas, va a volver?

—Es que Thomas no se acaba de morir. Parece que murió hace dos meses. En eso Radio Sarcófago nos ha fallado. Hasta le he notado la vergüenza en la voz cuando se ha dado cuenta de que he comprendido que las noticias no eran frescas. Resulta que Nanda no quiso anunciar ni su muerte ni su funeral. No sé si por lo de la camarera o por la manía que le tenía. El caso es que Thomas murió hace dos meses, Nanda lo ha heredado todito todo y, además, ha enloquecido, porque ahora es cuando viene lo bueno bueno de verdad.

—Pero ¡qué intriga! ¡No me digas que aún hay más! —Mina se incorpora de la tumbona riendo—. ¡Creo que vamos a necesitar otro *gin-tonic*! —anuncia mientras se levanta y toma el vaso vacío de la mano de Jaime.

—Tú, desde luego —le dice él mientras ella prepara los *gin-tonics* —, porque lo siguiente te concierne.

Mina se da la vuelta.

—¿Me concierne? ¿Qué quieres decir?

—Tu tía Nanda —prosigue Jaime— ha decidido donar cien, ¡nada menos que cien! Uno, cero, cero; cien de los incontables millones que le ha dejado el Yanqui a aquel de sus tres sobrinos, o sea, Carolina, Gonzalo o tú, que esté mejor casado.

—¿Mejor casado? No entiendo. ¿Qué significa mejor casado? —pregunta sorprendida, y, luego, tras pensarlo—: Y, además, ¿por qué me va a concernir eso a mí? En todo caso será a mis primos, Carolina y Gonzalo, porque yo, como bien sabes, no estoy casada...

Esto empieza a no divertirle. Mina frunce el ceño y agrega:

—Y... ¿qué es toda esta tontería? No me creo que tía Nanda, tan seria y con tan poco sentido del humor toda su vida, se haya propuesto ahora semejante estupidez. Si le sobran los millones que me los dé para mi orfanato, pero ¿qué gilipollez es esta? Radio Sarcófago te ha tomado el pelo, Jaime.

—Que no, que no —protesta él—, que esto no viene de Radio Sarcófago, viene de una carta a tu nombre, remitida por tía Nanda en persona, que me ha llegado al despacho con el resto de tu correspondencia. Me sigue llegando a mí, tu abogado, como pediste que se hiciera desde que te fuiste a África. Mira, ¡te he traído la carta! Te prometo que es todo como te cuento. Como dijo el cardenal Lefebvre: «Si esto es una locura, ¡bendita locura!».

—Eso lo dijo Franco cuando inauguró Endesa —corta Mina, seca —. Trae la carta —le ordena—. No te creo.

—Lee, mujer de poca fe —dice Jaime, tendiéndole un papel.

En él lee:

A Guillermina Álvarez de Vicuña y Belavia

Querida sobrina:

Mediante esta carta quiero primeramente informarte de la muerte de mi marido, Thomas J. Shearman. No hace falta que me des el pésame, su muerte no ha sido para mí ni dolorosa ni inesperada.

Como sabes, Thomas tenía una considerable fortuna que es ahora de mi propiedad. Como yo fui propiedad suya. Mis padres me vendieron —sí, vendieron, que mi sinceridad no ofenda tus sentimientos, pues no hay motivo— a Thomas para salvar Torre Vicuña. Del hecho de que hayan preferido unas cuantas piedras a la felicidad de su hija habrán tenido ya que rendir cuentas a Dios.

O al diablo. El hecho es que Torre Vicuña sigue en pie y no tiene más herederos aparentes —además de mi hermana Mariana— que Carolina, Gonzalo y tú misma. Mariana, como yo, es ya vieja. Y de entre vosotros tres, ninguno tiene dinero para mantener Torre Vicuña como merece. Una casa tan grande y antigua como esa, y además frente al mar, déjame que te diga, porque lo sé de primera mano, tiene unos gastos de mantenimiento muy altos.

Y, sin embargo, es crucial que se mantenga. He desperdiciado una vida entera al lado de un palurdo cateto, engreído y cruel para que esa casa permaneciera en pie y se quedara en la familia. Comprenderás que no puedo tolerar que semejante sacrificio sea en vano. Así que uno de los tres tendrá la Torre y también los millones que hacen falta para preservarla y vivir, además, de forma sobradamente relajada. Donde queráis, pero, eso sí, siempre ocupándoos del mantenimiento en perfecto estado de la Torre. Dejo otros doscientos millones en un trust. *Los primeros cien para aquel de vuestros herederos a quien se la dejéis. Con el mismo objetivo: que la mantenga. Los segundos y últimos cien millones para los nietos. Y pasadas dos generaciones, sinceramente, lo que sea de la Torre ya no me importa. Apañáoslas —o que se las apañen ellos— como os parezca. Igual para entonces, con esto del tan cacareado calentamiento global, el mar ya la ha engullido. Quién sabe.*

No os conozco apenas a ninguno de los tres, así que no tengo preferencias. ¿A cuál de los tres dejarle semejante legado? Me daba bastante igual. Pero estos meses, reflexionando sobre lo que ha sido mi vida, casada con ese hombre indigno y grosero, he meditado sobre la importancia de un compañero de vida adecuado. Cuán distinta hubiera sido mi vida, de la que poco ya queda, con un marido educado, con modales, sensibilidad y los

mismos valores que a mí me inculcaron mis padres. Así que no teniendo más guía para escoger entre vosotros que la que yo quiera establecer, he decidido legar la Torre y los millones a aquel de vosotros tres que haya escogido el mejor consorte.

Por Mariana sé que tanto Gonzalo como Carolina están casados. Pero no tengo noticias de tu matrimonio. Si a la recepción de esta carta sigues soltera, tírala a la basura sin más. Si no fuera así, notifícaselo, por favor, a mi hermana Mariana, junto con el nombre de tu marido. En ese caso, te esperamos junto a tus primos el domingo 4 de mayo en Torre Vicuña para pasar dos semanas con nosotras. Creo que será tiempo suficiente. Al término de esas dos semanas os anunciaré mi decisión.

Si tienes más preguntas dirígeselas, por favor, a mi abogado, cuyos datos de contacto te indico abajo.

Afectuosamente,

Tía Nanda

Mina se queda sin habla. Así que ¡era cierto! No sabe qué decir. La carta, con esa mezcla de frialdad y arrogancia que todos atribuyen a Nanda, suena auténtica. Mira a Jaime, estupefacta.

—Bueno, pues me alegro por Gonzalo —acierta a decir tras pensar un rato—. Ojalá se lleve él los millones. Carolina es una gilipollas insoportable. Aunque, claro... mucho le va a costar a Gonzalo convencer a tía Nanda de que la insulsa de Franziska es una óptima «compañera de vida» o como diablos diga la carta. ¡Lo que hubiera hecho yo con esos millones, Jaime! Mis niños tendrían todo lo que pidieran por esas boquitas suyas... Pero ¡qué se le va a hacer! Quizás si le tocan a Gonzalo podría convencerle de que done... En fin, la suerte nos pasa de largo, Jimmy. Chinchín —le dice devolviéndole la carta y acercando su vaso al de Jaime.

—Pero ¡qué dices, loca! ¿Tan fácilmente tiras la toalla?

—Qué toalla hay que tirar, tú lo has leído, si no tengo marido, ya está... No estoy ni invitada de observadora.

—Ah —dice Jaime—, es que sí tienes marido. Desde esta tarde, me temo.

—¿Cómo?

—No me mates, Mina —comienza Jaime—, es que cien millones son muchos millones y una oportunidad como esta, en la vida, no llega dos veces... Sé lo que significa el orfanato de Odo-Eguare para ti, y mira, ¡que cien millones son muchos, cojones! Por mucho que inviertas uno en la Torre cada año que te quede de vida, que ya es decir, eso son sesenta y tres millones, incluso suponiendo que vivas hasta los cien años. Te quedarían treinta y siete, Mina, ¡treinta y siete! ¿Tú sabes lo que son treinta y siete millones? Te da, no para uno, ¡para cien orfanatos! Bueno, quizás cien no, pero es igual. Treinta y siete, Mina, treinta y siete... pero ¿tú te das cuenta, chiquilla?

¡¿Que si se da cuenta?! Claro que se da cuenta. Y de repente Mina sueña sin querer con pozos de agua, generadores eléctricos, mosquiteras y quizás hasta una piscifactoría con la que suministrar proteína a los niños... Y el hospital, un pequeño hospital donde recibir a médicos extranjeros todos los años y que le curen la ceguera a Samira, el labio leporino a Aisha, la pierna a Madou... ¿Es posible? ¿Es, de verdad, eso posible? La cabeza le va a mil por hora. Tía Nanda no sabe nada de ella, es su tía segunda, vive desde hace décadas al otro lado del charco y no es como si se hubiera preocupado de ella ni de su padre, que al fin y al cabo era su primo hermano. A tía Mariana, hace años que no la ve. Todos los que hace que no visita Todaria. Ni ella sabe de Mariana ni Mariana sabe mucho de ella, a pesar de que escribía solícita durante toda la

enfermedad de su padre. Bueno, es verdad que la vio en el funeral de este. Ahora se acuerda. Una viejita cariñosa, pero desconocida que no sabe nada de ella. ¿Sería entonces posible...? Inventar un marido, ¿podría hacerse?, ¿debería hacerse?, ¿es factible? No, no lo es, se dice, y vuelve de golpe a la realidad.

—Pero, Jaime, te olvidas de lo más importante: el marido. ¿Dónde está mi marido? ¿O es que acaso te ofreces voluntario? —bromea Mina para quitarle hierro a su nerviosismo. Su primo, tres años menor que ella, es lo más parecido que tiene a un hermano.

—Hija mía, de mil amores me casaba contigo, pequeña asaltacunas, si no fuera porque somos primos carnales y porque Sigrid me mataría —dice, mencionando el nombre de su última novia *influencer*—. Es mundialmente sabido que tú y yo somos casi hermanos. Y que soy un tarambana. Mariana lo sabe y, por ende, Nanda también. Pero he pensado... Mira, nadie te ha visto desde que has vuelto de África. Te largaste un año a Nigeria... ¿Y si allí te hubieras casado? Mariana no lo sabría... y es verosímil, ¿no crees? Te largaste sin decir adiós y cuando te fuiste tenías un novio que nunca conocieron y con el que no tienen por qué saber que rompiste...

Mina lo medita. No está mal pensado. Podría colar.

—Pero sería mentir a tía Mariana... —protesta. Se acuerda de la viejecita amable del funeral de su padre—. Jaime, no lo sé. Me has puesto nerviosa... No lo veo... No me veo capaz de llamar a tía Mariana y contarle una trola así. Me cazaría al momento.

—Ya lo sé —dice Jaime—, por eso lo he hecho ya yo.

—¿Cómoooooo? —Ella se pone en pie de un salto.

—Que le he escrito, Mina. Le he dicho que te casaste en Odo-Eguare con un novio que te echaste allí.

—¿Que has hecho qué? ¡Pero tú estás mal de la cabeza, Jaime! ¿Cómo has hecho eso? ¡Y sin hablar conmigo antes! Y ahora ¡¡¿qué hacemos?!!

—Pues buscarte un marido —dice Jaime sin alterarse— y rapidito, que solo tenemos quince días.

Mina camina arriba y abajo. Se lleva las manos a la cabeza. Se debate entre mandar a Jaime a la porra, llamar a tía Mariana y deshacer el entuerto, o seguir con esta locura. La cara de Bayo se cuela entre su enfado y sus dudas.

—Podría quizás... —comienza dubitativa— ¿convencer a Rodrigo? —sugiere, mencionando a su antiguo novio.

—¿A ese imbécil? No —responde Jaime—, no sirve. Tiene que ser alguien totalmente desconocido; ha de ser verosímil para todos, no solo para las tías. ¿A cuenta de qué dices ahora en Madrid que te has casado con ese mamarracho de Rodrigo, a quien todo el mundo ha visto entrando y saliendo sin ti todo este tiempo? No. Lo he pensado mientras conducía hacia aquí. Tiene que ser alguien nuevo, alguien que nadie conozca, que pueda encajar con la historia de la boda en el orfanato africano.

—Pero ¿quién? ¡Si es que no se me ocurre nadie! ¿De dónde saco yo ahora a un desconocido con el que fingir un matrimonio? —protesta Mina.

—Yo había pensado —propone suavemente Jaime, temiendo la ira de su prima— en el ruso.

—¿Qué ruso? —pregunta ella.

—El guardés de los González —responde—, el de La Alcahueta. Buena planta tiene, desde luego. Alguna vez he coincidido con él en el pueblo... Quizás, pagándole. Estos González son muy rácanos; no puede tener muy buen sueldo. Y no me negarás que estar, está como un tren.

—¿Me estás tomando el pelo? —dice Mina muy lentamente.

MARIANA SIGUE LAS INSTRUCCIONES DE SU HERMANA

La Brigada del Canapé acorrala a Mariana en la inauguración de la exposición de Zuloaga.

—¿Nanda vuelve? ¿Es cierto eso?

—Totalmente cierto —suspira Mariana—. Llega en una semana y yo estoy ya exhausta. Nanda sigue igual de perfeccionista que siempre. Me ha hecho retapizar todos los muebles, cambiar todas las cortinas, actualizar electrodomésticos, baterías de cocina, colocar cafeteras Nespressos por doquier, instalar wifi, aire acondicionado... y todo en un mes. Si veo a un operario más, me da un síncope.

—¿Cortinas y electrodomésticos? Pero ¿vuelve a Torre Vicuña? ¿La abre?

—No es que la abra, es que ya está abierta. Yo me instalé ya ayer ahí para supervisar mejor los preparativos. He contratado a un ejército de servicio siguiendo sus instrucciones. Ella trae a su mayordomo y su doncella. Porque sigue teniendo doncella, creo que es la única que debe de quedar en el mundo, aparte de alguna jequesa árabe...

—Bueno —dice una de las brigadieres, croqueta en mano—, mi madre sigue llamando doncella a la pobre paraguaya que tiene contratada por horas. Claro que también limpia, cocina y hace las camas... Es la pobre un cuerpo de casa en sí misma. Lo que tienen que aguantar...

—No la disperses, Marita —regaña otra de las brigadieres—. Mariana, escucha, ¿por qué quiere Nanda tanta gente de servicio?

¿Vais a dar una fiesta?

—No —responde Mariana—, ojalá fuera eso. Quiere invitar a nuestros sobrinos, maridos, mujeres, no sé si incluso a los niños, a pasar quince días con nosotras... y quiere, por lo visto, organizar una especie de gincana.

—Pero ¡qué me estás contando! ¿Todos juntos, en Torre Vicuña? Y ¿una gincana? ¿Nanda? ¿Estás segura? No le puede pegar menos.

—Lo sé —dice Mariana—, es todo una locura. Cuando estuve unos días con ella en Palm Beach, tras la muerte de Thomas, parecía que estaba bien. Alegre, incluso. Más calmada y menos tiránica que otras veces... —Se arrepintió de decir esto último. A Mariana no le gusta criticar a su hermana, le ha salido sin querer—. Bueno, ya sabéis cómo es Nanda —dice para disculparla.

Pero no. No sabían cómo era Nanda. Fernanda había dejado Todaria hacía sesenta y seis años, cuando todas ellas eran apenas unas adolescentes. Lo que recordaban de ella lo habían olvidado y la Fernanda de ahora no era la de antes. A decir verdad, tampoco Mariana conocía ya a su hermana. Dos visitas anuales a Palm Beach, algunas llamadas de teléfono y esos correos llenos de instrucciones, muchas veces enviados por su secretaria, no eran suficientes para conocerla. Nunca hablaba de ella misma. A lo largo de los años, lo más habitual que Fernanda hacía era mandar a su hermana catálogos de casas de subastas marcando el lote por el que quería que Mariana pujara e ingresando los fondos para ello en la cuenta corriente destinada al mantenimiento de Torre Vicuña. Ese mausoleo... Fernanda parecía tener con la Torre una relación de amor-odio. Por un lado, había dedicado una vida entera a mantenerla impecable, a mejorarla, a mimarla. Nadie, salvo Mariana, sabía lo que había ahora ahí dentro. El dinero y el buen gusto de Nanda, concentrados durante más de sesenta años en convertir esa

casa en la más bella del mundo. Pero vacía. El parqué, originalmente de Versalles, que Nanda compró en un derribo e hizo instalar en la Torre, no había sido pisado jamás más que por Mariana y el retén de mantenimiento. Los tapices de Bruselas, comprados en la Bienal de París; ese Rothko, adquirido en Nueva York, que Nanda, acertadamente, había obligado a colocar encima de la cómoda Luis XVI. Los armarios con las tripas llenas a reventar de porcelana de la Compañía de Indias. La vajilla Flora Dánica de una condesa empobrecida, la Gardner, que fue propiedad de Catalina la Grande. La mesa del *hall* de Giacometti, el Picasso de dudosa proveniencia, la cama *à la polonaise* donde durmió María Antonieta. Todo eso nunca nadie lo había visto. Torre Vicuña era un museo cerrado, vedado a todos, con una fortuna ahí dentro.

Cerrado durante décadas. A pesar de todas las maravillas que enviaba para la Torre, Fernanda parecía hacerlo con disgusto. Una vez dada la instrucción, no quería que su hermana le hablara de ello. Si Mariana mencionaba lo bonito que era un tapiz, lo espectaculares que estaban los rosales o lo bien que había quedado la iluminación de un cuadro, Fernanda la cortaba de cuajo. No quería hablar de Torre Vicuña. Nunca. Era tema tabú.

¿Y ahora, de repente, quería alojarse en ella? ¿Llenar la casa de sobrinos segundos a los que apenas conocía? Mariana estaba inquieta. No sabía qué pasaba por la cabeza de su hermana, pero había algo que no le gustaba nada.

ANTE NOTARIO

Mina se va a dormir con dolor de cabeza y el corazón revuelto. La tan ansiada llegada de Jaime ha traído de todo menos lo que esperaba. ¡Casarse por dinero! ¡Con un desconocido! Descartado de inmediato. Era una auténtica locura. Cómo ha podido contemplarlo ni un segundo. No, no puede ser. Es un disparate. Resuelve decírselo a Jaime nada más levantarse, en el desayuno. Una es pobre, pero honrada. Nada de farsas con guardeses fornidos y antipáticos por un puñado de euros. Que se peleen por ellos Carolina y Gonzalo. Ella lo que tiene que hacer es escribir.

Se lava la cara, se lava los dientes, se mete en la cama. Sale de la cama. ¿Dónde está la carta? «A Guillermina Álvarez de Vicuña...», la vuelve a leer entera. ¡En su vida ha visto nada tan absurdo! Se vuelve a meter en la cama. Apaga la luz. Cien millones, dos semanas. Recoloca la almohada y da una vuelta. Es la primera de las muchas que da mientras la tentación y la sensatez se pelean en su cabeza. Cien millones. ¿Será esto la providencia? ¿Es este el lirio del que hablaba el padre Henry? Los niños del orfanato de Saint-Paul de Odo-Eguare se cuelan entre sus pensamientos y por su cabeza van pasando las caras de todos ellos, como diapositivas. Y recuerda.

Recuerda la desesperación, la angustia por no poder hacer más cuando llegó la sequía. Recién aterrizada de España, con su ingenuidad a cuestas y aún descubriendo el universo paralelo de ese mundo africano donde los problemas eran muy distintos a los que se había enfrentado en Madrid. De una vida de comodidad a otra en la

que cada mañana era una batalla ganada a la adversidad. Recuerda esos largos caminos recorridos al amanecer con Indira en el asiento de atrás, camino de la capital para sus transfusiones. Recuerda la mano tibia que se aferraba a la suya en cuanto veía la aguja. Recuerda cómo Indira le pedía que le cantara, mientras la sangre entraba en su pequeño cuerpo, y Mina, que no sabe cantar ni para salvar la vida, cantaba el repertorio entero de Los Secretos y los grandes éxitos de Nino Bravo en un cuarto lleno de moscas de un hospital de Lagos. «Al partir, un beso y un adiós». Y un «Agárrate fuerte a mí, Indira, que esta noche es la más fría», cambiando el nombre de la niña por el María original.

—¿No se puede hacer nada más? —preguntó un día al médico.

—No sin medicinas, no sin equipo, no sin dinero.

Recuerda la muerte de Indira, silenciosa e inevitable, por muchas transfusiones que recibiera, en el sucio catre de la choza de sus padres. Recuerda los aullidos de su madre, expresando su dolor como un animal herido y la tristeza y frustración que sintió tras haber luchado ¡denodadamente! y perdido contra un mal más grande que ella misma.

Recuerda las largas colas cuando empezaban las vacunaciones en el dispensario de día y tener que mandar a casa a muchos cuando se acababan las dosis. Todo eso se le va colando en el corazón y, en ese momento, se cree capaz de hacer cualquier cosa por evitarlo.

Un día en el dispensario, ayudando con las curas, Mina hizo un descanso para tomar un vaso de agua y, apoyada en la barandilla de la veranda del primer piso, vio la inmensa cola de gente esperando a que los atendieran.

—¿Qué te pasa? —le preguntó la madre Jacinta.

—No puedo más —le explicó—. Míralos: son muchísimos, demasiados... Cuando terminas con uno aparecen cien más.

La monja suspiró y dejó en el suelo la palangana que llevaba.

—Mira, Mina, te voy a contar una historia. Había una vez una playa a cuyas orillas la marea había arrojado miles y miles de estrellas de mar. Un hombre paseaba por ella y vio como un niño corría orilla arriba y abajo recogiendo estrellas y lanzándolas de vuelta al mar. El hombre se acercó y dijo al niño: «Pero ¿qué haces? ¿No ves que son miles? Es inútil lo que haces. ¿No ves que van a morir de todos modos?». El niño tomó una estrella en la mano y, mirando al hombre, dijo: «Esta no» y la arrojó de vuelta al mar. Pues eso, Mina, no pretendas salvar el mundo entero. Pero que eso no te impida intentar hacer algo por quien tienes delante. Uno a uno. «Este no».

Y con eso volvió con su palangana a limpiar heridas.

Mina da vueltas y más vueltas en su cama de la Vera y no para de pensar en Bayo, con sus ojos grandes y negros, a miles de kilómetros de distancia, en ese mundo hostil que le rodea. Una voz dentro de ella le dice: «Este no». Se levanta de la cama, coge su móvil y, antes de que se pueda arrepentir, escribe un wasap a Jaime.

Dice solo: «De acuerdo. Adelante».

A la mañana siguiente, Mina se levanta tarde, cansada y con dolor de cabeza. Ha dormido mal, con un sueño inquieto lleno de pesadillas. Pone la cafetera en el fuego y mira el reflejo de su cara ojerosa en la ventana de la cocina. Fuera, ha vuelto a aparecer la niebla y el día está triste.

La mañana convierte en absurdas las ensoñaciones de la noche anterior y le hace volver a meditar la decisión que tomó de madrugada. Ahora, en su cocina, a la luz del día, todo le parece otra vez un disparate. No es ese el camino. Es un atajo. Ella no es una

estafadora. La tentación es grande, pero este vodevil de mentiras no le gusta y le pone nerviosa. Lo que tiene que hacer es ponerse a escribir de una vez, seguir traduciendo todo lo que le encargan y sacar el dinero de donde lo ha sacado siempre, de su trabajo, no de engaños ni de quimeras descabelladas. Resuelve decírselo a Jaime en cuanto este amanezca. Le extraña que no esté ya dando vueltas por la casa. Son casi las once de la mañana y normalmente Jaime está despierto al alba, lleno de energía, y sin parar de hablar y de hacer cosas. Ese es uno de sus pocos defectos, su manía de hablar sin parar antes de que ella se haya tomado su primer café. Mina necesita media hora de aclimatación para volver al mundo de los vivos, pero su primo se despierta siempre lleno de brío, como un niño con un subidón de azúcar. Qué raro que no esté ya dando vueltas por la casa, encendiendo la chimenea, enderezando los cuadros, recolocando muebles y enredando por todas partes como es habitual.

Mina se asoma por la ventana y se da cuenta de que el coche de Jaime no está, casi en el mismo momento en el que oye el ruido de su motor en la carretera y ve que se acerca de vuelta levantando polvo por el camino. Nada más entrar él en la cocina, se lo suelta de sopetón:

—Jaime, lo he pensado mejor. No lo hagamos, no es buena idea. Es un gran engaño y, además, es imposible que salga bien.

Jaime la mira consternado.

—Demasiado tarde, me temo. Ya está hecho —dice levantando las palmas de las manos.

—¿Cómo que ya está hecho?

—Que ya estás casada. Vi tu mensaje de WhatsApp y me puse en marcha, Mina. Fui a hablar con el ruso temprano esta mañana. Se

llama Mijáil y es encantador. Luego te lo presento. Dijo que sí enseguida y juntos fuimos al notario.

—Pero ¡cómo voy a estar casada! ¡Si yo estaba tranquilamente aquí, desayunando y no he hecho nada!

—¿Te acuerdas del poder notarial que me diste? —dice Jaime medio avergonzado—, pues con eso te he casado. Faltan unos papeles para mandar al registro, pero casada, estás casada. En separación de bienes.

Mina se agarra al respaldo de la silla de la cocina y se desploma en ella. La taza se le tambalea en las manos y se vierte un poco de café encima del mármol de la mesa de la cocina. Mina mira a Jaime sin hablar mientras su cabeza le da vueltas.

—Que ya está hecho...

Rompe a llorar. Él se sienta a su lado y le toma la mano.

—Todo va a ir bien, Mina, no te preocupes. El ruso, Mijáil, es un tipo estupendo, muy sensato. Le he ofrecido pagarle cincuenta mil euros tras cumplir con su función y le ha parecido bien; es más, me ha dado la sensación de que lo hubiera hecho incluso sin dinero de por medio. Muy respetuoso, no te va a dar ni medio problema. Es verdad que queda el asunto de educarlo y refinarlo un poco antes de llevarlo a la Torre, pero no te preocupes, hasta eso lo he resuelto. He llamado a Pantaleón. Promete que él se ocupa de convertir a tu cosaco en un príncipe en los quince días que tenemos. Si Pantaleón lo dice, será así, ya verás. No llores, Mina, no llores... Si todo es para bien, tontita mía. Hecho está, ahora deja de dar vueltas a esto... Ven, dame un abrazo y piensa en cómo vas a ganar los cien millones para tus niños... Siento de verdad haberme precipitado, pero vas a ver como es para bien... Te lo prometo.

Pérez aparece y al ver las lágrimas de Mina se acerca y salta a su regazo. Mina le acaricia distraídamente y se seca las lágrimas con la

manga de su bata.

—Pero, Jaime, si el cosaco es un imbécil. Me lo encontré el otro día paseando a Pérez; casi lo atropella... y, encima, luego va y me grita. Estuvo francamente antipático. Me pareció un idiota engreído.

—A mí no me ha parecido nada imbécil, la verdad. Un poco envarado sí. Y de pocas palabras. Pero imbécil no. Me ha parecido un tipo listo. Le he dicho que venga esta tarde a las siete para que os lo presente. No me ha dicho que ya os conocíais. Le he explicado todo y lo ha entendido bien, dice que hoy mismo hablará con los González para explicarles que se va. He pensado que se puede quedar con Pantaleón —prosigue Jaime—: Le mandamos al colegio interno, ja, ja, ja —bromea buscando la risa de Mina, que mantiene un gesto angustiado.

»De verdad que creo que esto puede salir bien, Mina —insiste—. Y también te digo una cosa, tu ruso es ceñudo, pero ¡es un cañón del Colorado! ¿Le has visto bien? Es como un Rupert Everett joven, pero rebosante de testosterona. ¡Podría hasta envidiarte! Sonríeme, Minita, no te enfades... —le dice Jaime, zalamero—. Dame otro abrazo, anda... Sabes que te quiero con locura, no dejaría que nada malo te sucediera, esto es una aventura. No estés tan seria... ¡Ríete, anda! Es un reto y nosotros ¿qué somos? ¿Gallinas? No, estaremos a la altura. Hasta lo vamos a pasar bien transformando a tu campesino ruso en un lord inglés. ¡Vas a ver! —Y continúa, ya más serio—: El plan tiene su riesgo, es cierto, pero merece la pena. Nunca en tu vida se te va a presentar una posibilidad como esta de conseguir el dinero que te permita volver a África, como sueñas. Y, a lo peor, ¿qué puede pasar? Que se descubra el engaño y tengas que explicar tus motivos, que son muy dignos. Igual, hasta a Nanda se le pasa el enfado y te ayuda de todos modos. ¡Anímate! ¡La fortuna sonríe a los audaces!

Mina se levanta y lleva su taza de café al fregadero.

—Lo hecho, hecho está —le dice a Jaime—. Pero que no venga aquí esta tarde. Es demasiado pronto, dame un tiempo para que me haga a la idea. Dile que le veré el lunes en casa de Pantaleón. Me voy a duchar... Haz las maletas, Jaime, nos vamos a Madrid. Necesito hablar con mi padrino.

El padrino de Mina

Pantaleón González-Paddington y Rimsky-Korsakoff era, sin duda, el ser más excéntrico que Mina conociera. Y uno de los que más quería. El origen de su padrino era incierto. Decía que había nacido en Maracaibo, de carambola, en mitad de un crucero que habían emprendido sus padres, sin dar más detalles. De su edad nada se sabía. Y su fortuna, o la ausencia de ella, era un misterio mayor que el del triángulo de las Bermudas: nadie le conocía oficio ni fuentes de ingresos, pero lo cierto es que vivía como un marajá. Un marajá medio tieso, pero marajá al fin y al cabo. Educado, decía, en Ludgrove, Harrow y Le Rosey. Una parte de esto al menos era cierta porque fue en Harrow donde se hizo amigo del padre de Mina. Dos personas más distintas nunca se vieron, pero su amistad, firme y verdadera, duró toda la vida del padre de Mina. Las amistades de la infancia, sobre todo aquellas nacidas de una larga convivencia, perduran en el tiempo como conservadas en sal, sin más esfuerzos que el afecto mutuo.

Pantaleón se vanagloriaba de hablar varios idiomas a la perfección, pero todos ellos los mezclaba sin piedad con su español nativo. Decía que sus padres habían sido diplomáticos. Nunca nadie supo de qué país, y los destinos, junto con las historias de Pantaleón, se multiplicaban con los años. Era alto y enjuto como un Quijote moderno, impecablemente vestido, de dedos largos y ojos pequeños, uno de los cuales escondía tras un monóculo. Leía incansablemente, pero solo de los temas que le gustaban, así que

podía ser un asno en algunas cosas y enormemente culto en otras. Vanidoso también. Una vez, corrigiendo datos históricos a un sacerdote que hacía de guía en una iglesia de Toledo, dijo, señalando una hucha con un cartel que ponía «Para el culto del templo»:

—Eso me lo deberían dar a mí. En este templo, el único culto soy yo.

Apasionado de todas las artes decorativas y de la moda, Pantaleón era un conversador impertinente y entretenido, lleno de pequeñas anécdotas e historias —la mayoría apócrifas— con las que, desde pequeña, regalaba los oídos de Mina. Contaba, por ejemplo, que, una vez, tomando el té en el Gran Hotel de Gstaad, le pareció ver en el *lobby* a la emperatriz viuda de Japón y se levantó raudo a saludarla:

—Me acerqué y le hice la reverencia imperial, *darling*: brazos pegados al cuerpo e inclinación de noventa grados desde la cintura... y, cuando levanté la cabeza, ¡resultó que era Valentino, el modisto!

Pantaleón era un ser lleno de contradicciones. Discretísimo en lo suyo, guardaba los secretos como un confesor, pero luego era amante del cotilleo ajeno. Inmensamente sociable y radicalmente misántropo a la vez. Salvajemente sincero al dar su opinión —muchas veces no solicitada—, pero sospechosamente mentiroso al hablar de sus cosas. Podía ser descuidadamente cruel y, al mismo tiempo, el ser más tierno del universo con aquellos a quienes quería —Mina, por ejemplo—, pero también con aquellos que, por lo que fuera —nunca se sabía bien por qué—, le cayeran en gracia. Amable con los desafortunados y exigente, hasta rayar la impiedad, con los satisfechos. Práctico y soñador a la vez. Le gustaba ganar y, al mismo tiempo, nada le apasionaba más que una causa perdida. Pantaleón y sus contradicciones reinaban, cual príncipe supremo,

sobre una cohorte de nonagenarias impertinentes que le reían todas las gracias y seguían al pie de la letra sus excéntricos dictados.

Vivía solo en un ático con una magnífica terraza en la calle Monte Esquinza de Madrid. Sin más compañía que su criado, que respondía al nombre de Jenkins (lo cual era sorprendente, porque se llamaba Abelardo). Abelardo era el antiguo portero de la casa, a quien Pantaleón había reconvertido en *valet de chambre.* Había aterrizado en su nueva profesión con más entusiasmo que pericia. Abelardo, natural de Castilblanco de los Arroyos, se había tomado sus labores de *valet* más en serio que un Jeeves y se esforzaba denodadamente en estar a la altura de su excéntrico señor, a quien idolatraba y temía a partes iguales. Pantaleón le obligaba a planchar los periódicos por la mañana (para evitar mancharse con la tinta, decía, como si aún mancharan), a introducir un termómetro en su bañera para asegurarse de que el agua estuviera exactamente a 38 grados (ni uno más, ni uno menos) y a almidonar hasta los paños de la cocina. Abelardo acogía con vehemente fervor todas estas absurdas peticiones y por la noche, en su modesta portería —decorada por Pantaleón con un papel pintado escocés y cuernas de venados—, surcaba Google para encontrar nuevos modos en los que un «mayordomo del siglo XXI» puede atender mejor a su señor. Su señor, pensaba él, era el mejor, y él, Abelardo, debía estar a la altura. Eran como Batman y Robin. Un equipo. Con un Citroën Dos Caballos de 1980 por Batmóvil y un batín de seda uzbeka por traje de trabajo.

Pantaleón, no nos engañemos, era un esnob que pensaba que la especie humana empezaba en los vizcondes. Pero su *esnobez*, al revés que la de Carolina, la prima de Mina, no era despectiva. Jamás hubiera hecho de menos a nadie por su condición social o educación, pero ciertamente le interesaban más las grandes

duquesas que los albañiles y disfrutaba más en un palacio que en un adosado. Eso era así. Tenía pasión por los *macarons* de frambuesa y el champán y odiaba las bebidas carbonatadas y el ajo. Pero como era un hombre lleno de contradicciones, también detestaba las berenjenas, pero servía invariablemente *baba ganoush* porque le gustaba el nombre.

Soltero empedernido, Pantaleón no tenía hijos. Mina, su ahijada e hija de su mejor amigo, era lo más parecido a uno. Pantaleón la quería de la única forma que sabía: ferozmente y con fingido desapego. Hubiera hecho por ella lo que fuera, pero su naturaleza de monarca absoluto impedía que, además de ahijada, no fuera a la vez juguete. Sujeto y objeto. Sujeto de su ternura, objeto del que servirse. Él la llevaba del brazo a conciertos y cócteles para lo que esperaba que ella estuviera disponible siempre, a golpe de teléfono. La vestía como él quería, decoraba su casa y elegía sus libros. Era la receptora de incontables llamadas de teléfono, generalmente a horas intempestivas, pero también los domingos, durante su desayuno en la cama. Ese era el momento que elegía para relatar a Mina los acontecimientos de toda la semana salpimentados y aderezados por sus escandalosas glosas y disparatadas opiniones. Mina era la audiencia predilecta de sus anécdotas, pareceres, gustos y excentricidades. Pero, lejos de requerir de su ahijada un dócil asentimiento, le gustaba recibir de ella una ración de sano escepticismo. Mina reñía y corregía al tiempo que se reía.

Él, por su parte, habiendo escuchado las peroratas infantiles de Mina niña con la misma seriedad que si de conferencias filosóficas se tratara, acostumbraba a despachar las cuitas de la Mina adulta con absoluta frivolidad. Al menos aparente. A nadie le venía bien que le tomaran demasiado en serio, pensaba él.

Pantaleón adoraba a Mina por dos principales y antagónicos motivos: uno porque era como él y otro porque era totalmente distinta a él. En las cosas que para él eran importantes —véase decoración y moda— la había hecho a su imagen y semejanza. En todo lo demás, el carácter iconoclasta e independiente de su ahijada le suministraba unas buenas dosis de realismo siglo XXI. Todo excéntrico necesita de un pragmático para brillar más. Pantaleón lo sabía y Mina cumplía gustosa su papel de espejo en el que brillaran más las idiosincrasias de su padrino.

Su padrino hacía a Mina regalos caros, todos ellos adquiridos según su propio gusto, ignorando el de ella (que él consideraba peor que el suyo). Los regalos llegaban en momentos inesperados, cuando a Pantaleón le venía en gana, porque luego olvidaba sin piedad santos y cumpleaños. Ella no olvidaba uno solo, regalaba pensando solo en él y aceptaba sin reparos tener peor gusto que su padrino. Lo que tenían en común esos dos seres tan distintos era que cada uno era la debilidad del otro. Y que ambos pensaban que era el otro quien necesitaba de su cuidado y protección, aunque ninguno lo decía.

PANTALEÓN HACE DE PIGMALIÓN[1]

Pantaleón, recostado en su *chaise longue* favorita, ataviado con una de sus múltiples batas de *ikat* sobre camisa de Turnbull & Asser y pantalones de franela gris con la raya impecablemente planchada, hojea, con desagrado, el último ejemplar de la revista *Cabana* cuando Abelardo-Jenkins anuncia la llegada de Jaime y Mina.

—*Darling!!!* —exclama Pantaleón levantándose y abriendo sus brazos para acoger en ellos a Mina—, me encaaaaaanta ese remero del Volga que te has echado por marido. Ha llegado hace un rato y ya le he inspeccionado. ¡Qué ejemplar! ¡Qué nariz! ¡Ni Cleopatra! Y ¡qué brazos, querida! ¡Qué brazos! ¡Como el *David* de Miguel Ángel! ¡Eres UN GENIO!

—Bueno, el genio es más bien Jaime —dice Mina riendo, dando un beso a su padrino y sentándose a su lado.

Jaime se deja caer en la butaca de enfrente de Pantaleón.

—Así que le has conocido ya. ¿Qué te ha parecido mi hallazgo?

—¡Maravilloso! Nadie, desde que Schliemann descubrió Troya, ha hecho hallazgo igual. ¡Qué marido! Con esa increíble mirada torva y ese ceño perfectamente fruncido. Me arrebata, queridos, me arrebata. Es como un Andrei Bolkonsky moderno. *My darling* —exclama girándose hacia Mina—: ¡Qué infinitas posibilidades!

—Andrei Bolkonsky, ¿eh? —se burla ella—, así que por fin has leído *Guerra y paz.* —A Pantaleón, la literatura rusa, a excepción de

las memorias del príncipe Yusúpov (que más que unas memorias eran un gigantesco cotilleo), se le hacía bola.

—De *Guerra y paz* leí solo *Paz*, querida; las partes de guerra me las salté porque me aburrían. Pero sí, estoy, como Natasha, *in love* total con tu Andrei.

—¿Y crees que es posible convertirlo en un príncipe Bolkonsky de verdad en quince días? —inquiere Jaime—. Ten en cuenta que Nanda es muy puñetera.

—Quince días me bastan. Para otro sería imposible, pero no para mí. Ya lo he pensado, hay que atacar el asunto con un *approach...* ¿Cómo dicen los cursis? Holístico. Que significa «por todas partes», creo. He hecho un plan de estudios. Al cosaco hay que atacarle por dentro y por fuera. Por fuera hay que vestirle por entero, necesita un *trousseau* completo. Esos pantalones que traía son un crimen de lesa humanidad. Hay que quitarle esa barba y arreglar esas manos de sacador de patatas. De hecho, lo he mandado ya a mi manicura como primera medida. Volverá en un rato.

—¿Manicura? No lo disfraces de lechuguino, por favor —interrumpe Mina.

—¿Por quién me tomas? —se indigna Pantaleón agitando el monóculo—. Le vestiré como el bruto que es, pero un bruto con buen gusto. Las apariencias son importantes. Solo la gente superficial no se fija en las apariencias.

—Eso lo dijo Oscar Wilde —dice Jaime.

—Pues ahora lo he dicho yo —contesta Pantaleón sin inmutarse—. Las apariencias importan —insiste.

—Ya, pero no es lo único —apostilla Jaime.

—Evidentemente —se irrita Pantaleón, a quien no le gusta que le interrumpan—, pero he pensado en todo. La segunda línea de ataque es la parte instructiva: que aprenda modales al comer, que

ninguna mesa, por muchas copas y cubiertos que tenga, le amedrente, que se levante como un resorte cuando aparezca una señora, que les abra las puertas y les aparte las sillas... Todas esas cosas. Lo básico.

Jaime asiente.

—Después, cultura y lenguaje. Lo más difícil. Por la boca muere el pez. A eso dedicaré más clases. En Inglaterra, la clase social se detecta por el acento; en España, por la elección de las palabras. Tiene que aprender a decir «cuarto de baño» en lugar de «baño» y «jamón de York» en lugar de «jamón York». Todo esto hay que enseñárselo, porque aquí la pertenencia a una clase social determinada se revela por el uso de unas y no de otras. Aunque es cierto que tenemos la ventaja de que es extranjero. A los de fuera siempre se les perdona mucho más. Casi todo. Lord Standhope, que en paz descanse, invariablemente se bebía los lavafrutas y nadie le decía nada. Además —continúa—, con la excusa de que es extranjero, no hace falta que le pongamos al día de quién es quién ni importa tampoco que no conozca a nadie. No hace falta que tenga tíos o primos que Nanda conozca ni que haya coincidido con fulanito o menganito en el colegio. Como es extranjero, puede contestar tranquilamente que no sabe quién es la persona por la que le pregunten sin revelar nada por ello. Pero sí que tenemos que inventarnos una historia verosímil sobre quién es y cómo os conocisteis...

Mina y Jaime están de acuerdo.

—Queda la tercera parte, la más difícil, lo de dentro: la formación del espíritu de un auténtico señor, que nada tiene que ver con linaje o con dinero. Y que creo es, si me lo preguntáis, lo que de verdad busca Nanda. Caballerosidad, gallardía, nobleza de espíritu, generosidad, lealtad. Lo más difícil de enseñar si no lo tiene. Para

eso tengo que volver a inspeccionar el producto. No sé de dónde partimos. No sé si es Calígula redivivo o el Cid Campeador. Es hora de poner a prueba la teoría de Rousseau sobre el buen salvaje. ¿Cómo será nuestro salvaje?

—Veo que lo has pensado bien —murmura Mina.

—No he hecho otra cosa desde que me llamaste, *chèrie* —dice Pantaleón con dulzura—. Te juegas mucho. Y tu padrino quiere estar a la altura.

Mina le mira con cariño. Le resulta extraño cómo ese ser excéntrico y frívolo tiene la capacidad de inspirarle siempre tanta calma.

—Se tendrá que quedar a vivir aquí, claro está —prosigue Pantaleón—. Necesito verle las veinticuatro horas del día. Quiero saber cómo se acuesta, cómo se levanta y hasta cómo va a hacer pis al cuarto de baño. Necesita vigilancia continua, como en un gulag. Eso lo entenderá bien. Me lo tienes que dejar interno, *darling*, solo así puedo asegurar el resultado en tan corto espacio de tiempo.

—¡Tus sueños cumplidos! ¡Confiesa que siempre quisiste ser Henry Higgins en *My Fair Lady!* —se burla Jaime.

—No, querido, siempre quise ser *My Fair Lady* en *My Fair Lady* —responde Pantaleón sin inmutarse—, pero ya ves. Como mucho soy la suegra de *Sissi emperatriz* —guiña el ojo a Mina.

—No tengo palabras para agradecértelo —suspira esta—. Si alguien puede lograr esto, ese eres tú. Me tranquiliza saber que todo este disparate está en tus manos.

—¡Ah, pero no, *chèrie*! No TODO está en mis manos. Tú también tienes una parte importante.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿O es que pensabas plantarte en Torre Vicuña del brazo de un perfecto desconocido? La familiaridad no se finge, monina.

Tendréis que conoceros, y mucho. Hablar, cenar juntos, contaros vuestras vidas. Lo que hacen las parejas normales. Tiene que saberlo todo de ti. Lo que te gusta y lo que no, cuántos hermanos tienes (eso es fácil, ninguno), dónde fuiste al colegio, cómo se llaman tus amigas (fácil también, tampoco hay tantas). Tendréis que charlar como charlan esos que se sienten cómodos el uno con el otro. No puedes dar un respingo cuando se acerque, tendréis que estar a gusto el uno con el otro. Y deberás saber de él lo mismo que un marido, un novio o un amante te contaría en los seis o siete meses que se supone que lleváis casados. Y luego deberéis inventar una historia común... cómo os conocisteis, cómo os enamorasteis, bajo qué baobab te dio el primer beso. Todo eso.

—Eso último déjamelo a mí —sugiere Jaime—, lo tengo pensado. Como es ingeniero agrónomo se me ha ocurrido que estuviera en Nigeria trabajando en algo de semillas. Y que conoció a Mina en una fiesta de la embajada. O incluso en Odo-Eguare... ¿y si fue allí a donar un cargamento de semillas o algo así? Hasta he buscado un posible empleador: Syngenta. Ellos en Nigeria tienen hasta una fundación: lo he mirado.

—No está mal —reconoce Pantaleón—, puede mejorarse y hay que trabajarlo, pero no está mal.

Mina sigue pensando en lo que ha dicho Pantaleón. Contrariada, se da cuenta de que su padrino tiene toda la razón. Tiene que pasar todo el tiempo que queda cosida a pespunte al ruso antipático. Y según lo piensa, aparece en el salón, guiado por Abelardo, un metro noventa de ruso antipático.

—Ah, Mijáil, ya has vuelto —dice Pantaleón, levantándose para estrecharle la mano—. Qué rápido. ¿Cómo has venido?

—En metro —responde él.

—¡En metro! —se extasía Pantaleón—. ¡Cuéntamelo todo! ¡Tiene que ser apasionante!

El ruso mira a Pantaleón como si fuera un batracio enloquecido y se acerca a Mina, que se ha puesto de pie.

—Señorita —saluda, besándole la mano con un chasquido de talones.

—¡No, no, no! Nada de señorita —le amonesta Pantaleón en su papel de suegra de Sissi—. Mina. Llámala Mina: es tu mujer. Y tenemos que trabajar esa mirada, Mijáil, *my dear*. La miras con ira; haz el favor de esforzarte en contemplarla con ojos de cordero degollado.

—¿Cordero degollado?

—Es una expresión española —explica Pantaleón—. Significa mirarla con arrobo.

La cara de Mijáil no expresa comprensión alguna.

—Adoración, enamoramiento... —aclara Pantaleón.

—Ah —dice Mijáil, entre pensativo y burlón—, enamoramiento. —Y mirando a Mina arriba y abajo, añade—: Aquí llega mi nominación al Oscar.

Ella, que se siente despreciada por el comentario, se enfurece. Ese hombre tiene la virtud de sacarla de quicio.

—Mira, guardés —replica ella airada—, Mijáil, te llamas Mijáil, ¿verdad? A mí esto me hace tan poca gracia como a ti. Pero me juego mucho en ello, y por motivos que no te conciernen es muy importante para mí. Para ti también implica una remuneración considerable, así que va en beneficio de ambos que salga bien. Si no te ves capacitado para hacerlo, dilo ahora. En caso contrario, si aceptas ayudarme, lo cual agradezco, te recuerdo que no hace ninguna falta que seas impertinente. ¿O es que ese es tu modo por defecto?

—Gracias por la explicación, Mina. Te llamas Mina, ¿verdad? —repite él copiándola—. ¿Como la del lápiz? Me creo capaz. Estoy dispuesto a ayudar, es cierto que me viene bien el dinero. No me encuentro impertinente. Pero tendré más cuidado, ya veo que eres de las de piel fina.

—¿«Ya veo que eres de las de piel fina», pero el señor no se encuentra impertinente?

—¡Ya! ¡Ya! —interrumpe Jaime a los dos contendientes, que se miran airados de una esquina a otra del imaginario ring—. ¡Basta, los dos!

Y luego, sentándose, añade:

—Esto es un desastre —le dice Jaime a Pantaleón—. Carolina y Gonzalo van a ganar por goleada. ¿Pareja perfecta? A los demás solo les hace falta no matarse entre ellos para superar a estos dos cenutrios.

CAROLINA CONSPIRA EN LA PELUQUERÍA

—Marquesa de las Heras, pase por favor al lavabo —dice una ayudante de peluquería uniformada de impecable blanco.

Carolina coge su Birkin —más falso que ella, pero de los turcos caros, que dan el pego— y se acomoda en un sillón de peluquería reclinable más cómodo que un asiento de primera clase en Qatar Airways.

—¿Cómo le gusta que le laven el pelo a la señora marquesa? —pregunta, solícita, la peluquera.

—En silencio —contesta agriamente Carolina, que no tiene tiempo ni modales que desperdiciar en meras ayudantes de peluquería.

La peluquera calla. Todas allí conocen a la famosa marquesa, a la que secretamente llaman marquesa de las Peras, por el tamaño de los implantes mamarios que se colocó en 2015 y se descolocó en 2021 tras darse cuenta de que resultaban ordinarios. «Carolina, querida —le había dicho su suegra—, ninguna chaqueta sienta bien con mucha *poîtrine,* acuérdate de Coco Chanel, perfectamente plana. Esos *tailleurs* magníficos solo quedan bien cuando una es delgadísima y plana, querida, plana».

Carolina lleva años dejándose el dinero que no tiene en esa peluquería de la alta sociedad a la que acude todo el que es alguien. Es cierto que François hace milagros. Su pelo escaso y liso parece algo cuando él lo corta y peina. Carolina distingue uno de sus cortes a la legua. Tienen esa elegancia y ese volumen distintos a cualquier otro. François es un impertinente. A Carolina no le gusta que la trate

de tú ni que le cambie la hora cuando llega alguien más importante que ella. Pero es indudable que es un genio. Y recibe los secretos y confidencias de todo Madrid. Así que Carolina, como todas las que a ella le importan, va a François Peridot una vez por semana. Con la cabeza lavada, Carolina entra en el salón principal de la peluquería y saluda al peluquero francés con dos besos al aire.

—François —pregunta Carolina señalando la foto de una modelo con una corta melena cuadrada llena de rizos—, ¿qué tengo que hacer para tener una melena como esa?

—*Gueencagnarte* en otraaa —responde él, encogiendo los hombros—. Tú no tienesss eso *guizoss*, *chérie* —dice, tijera en mano —. *Confóggmate* con lo que Dios te ha dado. Hacemos una melena con movimiento, ¿sí? —dictamina, ignorando la mirada colérica de Carolina.

«Menudo idiota —piensa airada Carolina—. Pronto no se atreverá a volver a hablarme así. Cuando tenga todos los millones de tía Nanda y esa casa llena de gente importante haciéndome la pelota, nadie me hablará así».

Bajo las tijeras de François, Carolina se concentra. Habrá que hacer algo con Raimundo, claro. Con lo guapo que era. Que es el mejor marido de todos bien lo sabe ella, que se ocupó de elegirle así. El paso del tiempo no le ha sentado bien, y todo lo que bebe tampoco ayuda. ¿Cómo disimular eso ante tía Nanda? Conseguir que no beba nada en quince días es inasumible. Hay que pensar cómo disimularlo. E intentar convencerle de que se porte bien, aunque Carolina no sabe cómo. El dinero no le interesa y lo que ella le pida hace tiempo que ha dejado de importarle. Le importan sus hijas y sus viñedos, y no necesariamente en ese orden. Y su mamá, claro, que a sus ojos nunca ha hecho nada mal. Quizás esa sea la llave de todo, su madre. Solo de pensar en la estirada de su suegra, a

Carolina se le hace un nudo en la tripa. Celia, la madre de Raimundo, finge tras su impecable educación, pero nunca ha perdonado a Carolina esa boda precipitada, las explicaciones que hubo que dar y que se llevara a su adorado niño. A pesar de esto, su suegra puede ser la solución. Si es cierto lo que dicen por ahí, que el dinero de los De las Heras se lo han comido los viñedos, ella será la primera interesada en lograr los millones de tía Nanda. Otra cosa es que luego Carolina vaya a querer gastárselos en esa podredumbre de finca y en los dichosos viñedos. Pero eso no hay por qué contárselo a Celia, ¿no? Sonríe bajo el secador y la peluquera que le seca el pelo piensa que le está dando un ictus. La marquesa de las Peras es famosa por no sonreír nunca a nadie. Carolina paga la cuenta de la peluquería, que equivale al PIB de un pequeño país africano, y rauda detiene un taxi y le da la dirección de la casa de su suegra. «Allá vamos», piensa.

Fernanda vuelve a la Torre

En el norte de España, al acercarse a la costa del Cantábrico, las montañas y valles van tatareando un *allegro* antes de llegar al mar. Primero, surgen prados verdes, salpicados de algún pino; luego, valles enteros y una sucesión de montañas cubiertas de hayedos y pinares, que van marcando el compás. Las montañas se van haciendo más altas, los valles más profundos, el verde más intenso, la hierba más húmeda. Hasta llegar al mar; allí se acaba el estribillo de valles y montañas y estas caen, en picado, como desmayadas, hacia un Cantábrico bravío, vestido del azul marino de las chaquetas de los pescadores.

Fernanda observa todo aquello desde el asiento de atrás del Rolls que la lleva de Madrid a Todaria. Observa la aparición repentina, tras esa cortina de pinos verdes, del mar de su infancia. Las rocas abruptas, la playa infinita, el casco antiguo de Todaria con sus casas de indianos, el campanario cuadrado de la iglesia y la Torre. Majestuosa. Resguardada de los vientos en una ladera de la bahía, con su frente al mar y abrigada por un bosque de hayas y robles detrás. La carretera que lleva a Todaria está llena de curvas y, en cada una de ellas, hay una hortensia de cuneta, un helecho real, una ipomea desatada cubriendo el muro de una casa. El olor a salitre y a hierba mojada se cuela por la ventana semiabierta, el sonido del viento y las olas también. Fernanda oye el ruido de la verja de hierro al abrirse, el crujir de la gravilla bajo las ruedas del silencioso Rolls; siente en la cara alternar el sol y la sombra al pasar bajo las ramas

de los plátanos de la avenida que conduce a la entrada principal de la Torre.

Fernanda había tenido el buen criterio de no eliminar ninguna de las extravagancias arquitectónicas que creó el tercer vizconde cuando le dio por jugar a Exin Castillos. No había suprimido ni una sola torrecilla ni torreta, ni un solo arco de medio punto, ni siquiera el absurdo foso de la parte trasera que albergaba carpas en lugar de los cocodrilos que ansiaba el cuarto vizconde. Hasta mantuvo el puente sobre el foso que llevaba al jardín, a pesar de que había sido imprudentemente copiado del puente de los Suspiros veneciano. Había dedicado su dinero a mantener y mejorar la Torre sin alterar ninguno de sus más ridículos elementos. Nadie encuentra ridículo el hogar de su infancia.

Cuando Fernanda regresa a la Torre, más de seis décadas después de dejarla, la *pelouse* del jardín delantero está lisa como una alfombra, los rosales de la sexta vizcondesa lucen como en un catálogo de David Austin, las hojas de la hiedra que cubre en filigrana el ala izquierda de la Torre se ven lustrosas como la piel de una manzana, las contraventanas están todas abiertas como las alas de una paloma, las ventanas relucientes, los toldos de la terraza de un blanco níveo. Fernanda sube las escaleras de piedra, cruza el umbral de la puerta principal de Torre Vicuña y, con el primer golpe de olor a madera encerada, rompe a llorar.

Mariana se queda de piedra. No recuerda haber visto nunca a Fernanda llorando. La última vez fue cuando dejó la Torre, obligada a casarse con el infame Thomas. Mariana supone que está bien que Fernanda solo haya llorado al salir y al volver a la Torre, creando ese perfecto paréntesis de lágrimas que engloba todo lo sucedido entre medio. Fernanda y su obsesión por la simetría que llega hasta los sollozos.

El llanto de Fernanda cesa tan repentinamente como empezó. Saca un impecable pañuelo de batista de su Kelly negro (ella es fan de Hermès, pero detesta los Birkin, cuya proliferación y tamaño considera ordinarios) y sube las escaleras con el paso lento y la espalda recta hasta el antiguo cuarto de su madre. Mariana intenta seguirla, pero Fernanda, sin volverse, la frena levantando su mano derecha. La puerta del cuarto de la vizcondesa se abre y se cierra tras ella. En puridad, el cuarto de la vizcondesa pertenecía por derecho a la vizcondesa. O sea, a Mariana, la hermana mayor. Pero Fernanda ni se planteó no hacerlo suyo y —lo que la honra— Mariana tampoco lo había puesto en duda. Ella se había instalado ya en otro cuarto.

Los siguientes días, ambas hermanas fueron acostumbrándose a la marcha de la Torre. Ninguna de las dos hacía ya lo mismo que hiciera casi setenta años antes. Mariana se autoproclamó ama de llaves y se ocupaba de las comidas, de supervisar al servicio, revisar cuartos y salones, decidir sobre sábanas y toallas, escribir menús, despachar con la cocinera y, en general, encargarse de que todo funcionara como en un hotel de cinco estrellas. Fernanda había importado de su vida norteamericana la obsesión por mantener el aire acondicionado permanentemente a 18 grados. También a levantarse temprano y bajar a nadar al mar. Las tardes las pasaba en la piscina. De modo que, a lo largo del día, se bañaba en receptáculos cada vez más pequeños, empezando por la mar océana y terminando en una bañera. Esa obsesión por estar a remojo, junto con la temperatura ártica a la que mantenía la Torre, hizo que, en el pueblo, se refirieran a esta, con guasa, como Congelados la Sirena.

Mariana y Fernanda eran distintas. Una fea, la otra guapa; una parlanchina, la otra hermética; una relajada, la otra tensa. Pero se querían de verdad. Se habían querido siempre. Cada una a la

manera de su personalidad. Mariana de forma tierna, cálida, comprensiva. Fernanda, desde el silencio y la austeridad en los cumplidos. Pero ambos amores eran igualmente recios y verdaderos. En esos días, Mariana intentó convencer varias veces a su hermana de que abandonara su estrambótico plan, pero no sirvió de nada.

—Nanda, Nandita... Piénsalo bien, querida, deja tu dinero a quien mejor te parezca, lo divides entre los tres, se lo das todo a la caridad, a los Hare Krishna o al gremio de operarios del aire acondicionado, ¡lo que tú quieras!, pero, por Dios, no montes esa pantomima. ¿No ves que solo conseguirás dividirlos, enfrentarlos y al final que unos envidien a otros? ¿Qué te han hecho esos tres pobres a los que apenas conoces?

—No insistas, Mariana, estoy decidida. El dinero es mío, y hago con él lo que yo quiera. Por supuesto, si muero antes que tú, el resto que no les dé a estos será tuyo.

—Pero ¡qué cosas dices! ¿Tú crees a estas alturas que a mí me importa tu dinero? No hablo por mí, Nanda.

—Ya lo sé... No he querido decir eso —se disculpa Fernanda—. Lo que quiero decir es que no tengo herederos forzosos. Legalmente, puedo repartir mi dinero como quiera. Y más que los Hare Krishna que tú dices, lo que me interesa es esta casa. Que sobreviva. Y alguien deberá encargarse de eso. Cualquiera de los tres me sirve.

—Si lo que quieres es mantener la Torre, hija, crea una fundación. Si no hay nada más fácil. Viniendo de donde vienes, parece mentira...

—No, nada de fundaciones. Me horroriza pensar en gente desconocida paseando por esta casa, en chándal y mascando chicle. —Fernanda se estremece—. No, Mariana, no. Nada de venta de entradas, cafetería en la salida, hierba pisada y salones sin vivir. Esta casa ha de ser habitada y vivida por un Vicuña —sentencia decidida.

—¡Pues déjasela a los tres! Llénala de Vicuñas, niños y perros y haz que esté viva de verdad.

—Pero qué ingenua eres. Parece que no has visto lo que pasa con los proindivisos que son de todos y no son de nadie. Si quisiera que esta Torre se viniera abajo por falta de mantenimiento, eso es precisamente lo que haría: dejarla en proindiviso a tres pobretones y sus proles. ¡Ja!

—Yo no llamaría pobretón a ninguno de los tres. En especial a Raimundo, el marido de Carolina, creo que gana bastante dinero. Es socio de un despacho de abogados importante.

—Nadie gana dinero de verdad en una profesión liberal, Mariana. Uno no se hace rico de verdad con un salario... ¿Cuánto puede ganar al año como mucho? ¿Cien mil? ¿Doscientos mil? ¿Qué tiene ahorrado, un millón? Yo les ofrezco cien.

—Mina tiene los derechos de autor de esas novelas... Creo que también se las apaña bastante decentemente.

—Mina tiene alquilado su piso de Madrid y sé que vive en la casita que su padre tenía en el campo. No queda ya nada de la fortuna de Vicente e Isabel; creo que se la gastaron entera en médicos. Niña tonta. Si me lo hubiera dicho, yo podía haber ayudado con las facturas médicas. Thomas nunca me negó dinero. Pero no, doña «soy independiente» se dedica a vender las joyas de su abuela y todo lo que se le puso en medio para pagar las facturas ella solita. ¿No soy yo su tía? ¿Por qué nunca me lo dijo...?

—Hombre, Nanda, en eso eres injusta. Tú sabías perfectamente del estado de Vicente y la enfermedad de Isabel, que yo te lo conté todo. Si hubieras querido...

—¡Pero ella no lo pidió! —protesta Nanda.

Mariana suspira tristemente.

—Hay cosas, Nanda, que se dan sin que se pidan.

Fernanda es consciente de que aquel no fue el episodio más glorioso de su vida. Su primo Vicente había sido diagnosticado de ELA. Guillermina, su hija, había hecho lo posible por ocuparse, pero entre facturas médicas, consultas caras y tratamientos experimentales se habían dejado cuanto tenían. Mina vendió casi todo, empezó a escribir noveluchas desde el sillón de un cuarto de hospital, investigó cuantos tratamientos y estudios había, pero siete años y una fortuna después, su padre murió irremediablemente. Mina organizó un funeral al que Fernanda no acudió. No se sabe si por su proverbial frialdad o por la vergüenza que le daba no haber hecho nada por ayudar a esa pobre niña. Es difícil aceptar la mezquindad y la falta de compasión propias, así que Fernanda, con el tiempo, para poder mirarse a la cara en el espejo, inventó aquello de que «la niña no me lo pidió». Pero Mariana sabe perfectamente lo avergonzada que Nanda está de su conducta y opta por no insistir para no perjudicar a Mina. Hay veces que, cuando nos portamos mal con alguien, le cogemos manía. Esa ojeriza es como una especie de ofensiva preventiva al sospecharnos juzgados. Tenemos aversión por las víctimas de una mala actuación propia que no nos hemos perdonado. Y Mariana no quiere que Fernanda coja tirria a Mina. Así que cambia de conversación.

—Y Gonzalo está muy bien considerado en su banco... Todo el mundo habla maravillas de él. Franziska, su mujer, es estupenda. ¿Te acuerdas de Franziska?

—¿El cerdito austrohúngaro?

Mariana se ríe a su pesar. Franziska tiene los ojos azules, la nariz muy chata y una cierta propensión a engordar. Era —creía Mariana— condesa, princesa, archiduquesa, ya no se acordaba. Austriaca, checa o lo que fuera. Franziska no lo olvidaba nunca ni dejaba que lo olvidaran los demás. Es alta como buena teutona y le gusta cazar.

Corzos, gamos, cochinos, lo que sea. A la primera vista de un cuerno o una pluma, Franziska se abalanza a por la capa de Loden y la escopeta. Le gustan también los obispos, arzobispos y demás príncipes de la Iglesia que recibe en su casa a almorzar sin parar y sin piedad. Entre escopetas y *Te Deums* transcurre su vida en España en continua añoranza de su patria austriaca.

Conoció a Gonzalo hace doce años en una cacería cerca de Viena. Gonzalo era guapísimo, tiraba como el que mejor, tenía gran conversación y en esmoquin quitaba el hipo. Franziska confundió Álvarez de Vicuña con Vicuña a secas y pensó que existía una fortuna en el Nuevo Mundo. También pensó que existía un título de vizconde y una Torre. Así que en una de las cenas del fin de semana cinegético le tocó algo más que la rodilla por debajo de la mesa y comenzó un *affaire* que terminó en boda. Para cuando se descubrió el pastel, el matrimonio ya había sido bendecido por un arzobispo, dos obispos, tres jesuitas y un capellán castrense. Todos ellos de Centroeuropa. Ni Franziska se atrevió a dar la campanada de solicitar una nulidad. Además de que, tras consultar con uno de los mencionados jesuitas, este le explicó que cuando el código canónico habla de «error en la persona» no se refiere a errar en una fortuna, un título y una torre equivocados. Lo cierto es que Franziska no se casó con Gonzalo por la fortuna, la torre y el título. Estas eran solo las acreditaciones indispensables, el punto de partida, para que la hija mediana del *graf, furst,* archiduque o lo que fuera su padre se pudiera casar. En Centroeuropa estas cosas son importantes. El varón primogénito se queda con el título (inconstitucional) y el *schloss* y trata de casarse con una rica para sacar ambos adelante. A las hijas, nacidas y criadas en el *schloss*, hay que buscarles otro *schloss* parecido para que lo puedan gestionar debidamente, tal y como están acostumbradas. Franziska había sido educada así. No es

que no le gustaran los actores de Hollywood, los cantantes de rock o los jinetes de polo argentinos (todos ellos le habían procurado grandes satisfacciones), sino que sus requisitos de acceso al matrimonio eran otros. Pero Gonzalo era guapo, simpático, divertido y excelente cazador. Y Franziska opinaba que, en la cama, su marido era un genio. Disfrutaba tanto de ello que entraba en un éxtasis silencioso, en un paroxismo tal que la petrificaba en su arrobamiento. Se mordía los labios, estiraba los brazos rígidos y ponía los ojos en blanco. Disfrutaba muchísimo. Importante consuelo este en un matrimonio nacido del error.

INICIO DEL CURSO EN EL INTERNADO PARA MARIDOS

La primera semana de Mijáil en el «internado de maridos» de Pantaleón fue mucho mejor de lo que podía esperarse. El ruso era metódico y ordenado, algo que Pantaleón apreciaba sobremanera. No era necesario repetirle las cosas dos veces. Apuntaba todo lo que Pantaleón le contaba y al día siguiente, ¡zas!, ya lo tenía todo en su memoria. Pantaleón envidió la juventud de un cerebro que no olvidaba cosas.

El ruso le caía bien. No hablaba mucho, pero escuchaba atentamente. Es cierto que no se reía mucho con sus anécdotas; al menos no todo lo que a Pantaleón, acostumbrado a ser festejado por doquier, le hubiera gustado, pero era discreto, limpio y disciplinado.

Se levantaba al alba para ir a correr y leía mucho en su ordenador. Cosas ambas tan extrañas para Pantaleón que le parecían unas excentricidades. Pantaleón intentó conversar con él sobre sus temas favoritos. Ya la primera noche le preguntó si conocía a algún familiar de los incontables rusos blancos exiliados en París que Pantaleón había frecuentado en su infancia. Su madre era muy amiga de la princesa Paléy[1] . ¿Quizás Mijáil...? Pero no. El ruso le cortó en seco. Él era un ingeniero de provincias y no sabía nada de Ekaterimburgo ni tenía una opinión formada sobre si Anastasia se salvó o no del fusilamiento o de si la vajilla de la Orden de San Vladimir[2] ,

encargada por Catalina la Grande, era más bonita o más fea que la de la Orden de San Jorge.

La conversación sobre la Rusia de los zares con su campesino ruso interno no dio para más. A cambio, jugar a las muñecas le procuró grandes alegrías. Toda la ropa que Pantaleón mandó comprar le sentaba al ruso a las mil maravillas. Cada caja abierta y prenda probada fue una alegría para el alma de esteta que Pantaleón lleva dentro. Las camisas propiciaron una comparación con el Hércules farnesino expuesto en el museo arqueológico de Nápoles. Las chaquetas y los chinos, la evocación a un joven Cary Grant. Las gafas de sol, un suspiro profundo y la consiguiente alusión a Marcello Mastroianni y, cuando llegaron los trajes de baño Vilebrequin, Pantaleón casi sufrió un desmayo creyendo ver en su salón al mismísimo David Gandy, el modelo del anuncio de la colonia de Dolce & Gabbana en Capri. La conversación sobre Capri, si la Piazzetta estaba sobrevalorada y si Axel Munthe era buen escritor, pero pésimo decorador, tampoco tuvo mucho seguimiento por parte de Mijáil.

El sastre vino a tomar medidas a Mijáil para el esmoquin y, con eso, Pantaleón dio por casi cerrado el episodio sartorial. Esa semana habían hecho grandes avances. El *trousseau* estaba completo y habían cubierto prácticamente todo el temario relativo a comportamiento, saludos y mesa. Apenas quedaban dos o tres cosas más.

Además, por algún motivo que Pantaleón desconocía y Mijáil no terminaba de aclararle, el cosaco hablaba inglés y francés divinamente.

—El francés, en concreto, como la mismísima princesa de Beauvau-Craon —informó Pantaleón a Mina.

Eso era extraño. También lo era la reticencia de Mijáil a encontrarse con Mina en sitios públicos. Pantaleón recuerda que Jaime le había dicho que, al firmar el acuerdo, el ruso preguntó si lo de Nanda saldría en los periódicos u otros medios y que insistió mucho en que nada de prensa, nada de fotos, nada de exposición pública. Vaya con el ruso. Está hecho toda una Greta Garbo con esa obsesión por el anonimato.

También puso reparos a ir todos los días a las nueve a recoger a Mina a casa de Jaime como Pantaleón había previsto.

—Todos los días, el mismo camino, de un mismo sitio a otro mismo sitio, a la misma hora. No puede ser.

—Bueno, pues cambia de camino.

—Aun así.

Pantaleón, que encontraba absolutamente deliciosa la monotonía, no comprendió el porqué y cuáles eran los reparos, pero ante sus preguntas el ruso repitió lo mismo y de ahí no hubo forma de apearle. Finalmente, llegaron al acuerdo de que fuera a recogerla en días alternos y que el resto de las veces quedaran en otro sitio. También puso pegas a pasar mucho tiempo en sitios públicos. Pantaleón, agotado, optó por no discutir más. Puso a disposición de los falsos tortolitos su biblioteca y su terraza para las citas de las nueve. Ni aun así acabó el problema.

—¿La terraza se ve desde la calle? —preguntó Mijáil. Pantaleón, intrigado y exasperado a partes iguales, le aseguró que su terraza no se veía desde la calle.

—Pareces Taylor Swift, hijo —le dijo recordando a la cantante, que, al visitar Madrid, hizo tapar con sábanas todas las ventanas de su hotel.

Y luego estaba lo de su teléfono. Cuando Pantaleón le vio extraer aquello de su bolsillo le preguntó:

—¿Esa reliquia de la Segunda Guerra Mundial es tu móvil?

—Sirve para llamar —respondió Mijáil, encogiéndose de hombros.

—Dile a Abelardo que pase por el Apple Store y que te traiga un teléfono decente.

—No —dijo Mijáil—, iPhone no.

—¿iPhone no? ¿Es esto un vestigio de tu era anticapitalista, *my sweet Russian*?

—iPhone no.

—¿Galaxy? ¿Huawei? ¿Otra cosa?

—Mi teléfono está bien.

—Pero querido Mijáil...

—Nada con geolocalizador —sentenció el ruso.

¿Nada con geolocalizador? Esta Greta Garbo estaba dando máximos.

GONZALO NECESITA UN CASTILLO

Franziska von Eggenberg, vestida de negro de pies a cabeza, se encuentra en un taxi junto con otras dos señoras, igualmente vestidas de negro tinta de chipirón. Están llegando al tanatorio del cementerio de San Isidro cuando suena su móvil.

—Fran, ¿puedes hablar? —pregunta su marido.

—Gonzalo —responde ella—, me pillas en mal momento, estamos yendo a la inseminación del pobre Paco.

—Incineración.

—¿Qué?

—Incineración, Fran, se dice incineración —le corrige él.

—Y yo ¿qué he dicho?

—Déjalo, no importa —responde Gonzalo—. ¿Cuándo estarás en casa? Necesito hablar contigo. Ha llegado una carta muy rara de tía Nanda.

—¿De tía Nanda? Será la contestación al písame que le envié por la muerte de Thomas.

—Pésame —corrige distraídamente Gonzalo—. No, no es eso. ¿Estás sola?

—No, estoy con Alicia Gurtubay y Bubú Santa Fe. Te mandan un abrazo.

—Otro para ellas. Hablamos luego entonces. No tardes. Un beso.

—Un beso.

Gonzalo cuelga. Vuelve a leer la carta de tía Nanda, que le aguardaba a la vuelta de su viaje de trabajo, estupefacto. Le cuesta

aguantar hasta que Fran regrese a casa para comentar semejante noticia. Está a punto de llamar a Carolina, pero luego recuerda que es Carolina. Las conversaciones con ella son como que te pasen un cepillo de cerdas de metal por los ojos. Un suplicio. La Torre y cien millones. El castillo que Fran siempre quiso y la vida que siempre quiso él. Al lado del mar, dieciocho hoyitos por la mañana, un aperitivo en el tenis, comida en casa, siesta y un paseo en barco por la bahía al atardecer. La tertulia del Bar Bordelais, donde se reunían los borrachos más divertidos de la zona y, a menos de hora y media, Tinieblas de la Sierra con esos corzos tan buenos. ¡Eso sí que era vida y no lo de ahora! A tomar por culo el banco con sus intrigas, cotilleos y peloteos. ¡Lo contenta que se iba a poner Fran!

Gonzalo y Fran viven, con sus dos hijos, en un pisito situado en donde el barrio de Salamanca pierde su ilustre nombre. Fran lo ha amueblado con los restos de muebles que había en las cocheras del *schloss.* Los va arreglando con mimo en las clases de restauración a las que acude. Las cortinas son de terciopelo verde caza, los sofás tapizados en lana, los colmillos de cochinos y las cuernas de cérvidos diversos cazados por Gonzalo cubren todas las paredes y hasta la plata tiene motivos de caza. Fran se ha montado un castillo en pequeñito en un piso de La Guindalera.

Su mujer se esfuerza, Gonzalo lo sabe. Pero él es perfectamente consciente de que Fran no se ha adaptado del todo a su vida en Madrid. Ella no es de ciudad y menos aún de piso. Fran necesita una casa grande en la que los pasos resuenen por los pasillos y llena de salones en los que perderse para estar solo y rumiar. Una casa con maderas que crujen, con tejados con goteras y puertas de armarios que no cierren bien. Las casas de su infancia. Lo que siempre ha conocido y esperaba tener. Una casa grande, en mitad de un bosque centroeuropeo, una casa que sacar adelante con grandes dosis de

habilidad e imaginación y poco dinero. Ella añora chimeneas chisporroteantes en salones llenos de personajes anacrónicos, vestidos como sus bisabuelos. Todo aquello para lo que ha sido criada. Fran necesita un castillo, resume Gonzalo, pero, por desgracia, el único castillo que él puede ofrecerle es de plástico y está en el parque infantil de debajo de su casa.

Las cosas, se dice Gonzalo, nunca salen como uno había pensado. Él siente que le ha robado a Fran su destino natural por culpa de un absurdo malentendido. Quisiera arreglarlo, pero no ve cómo. Y ahora... ¡esta carta! Un nuevo comienzo, ¡una nueva oportunidad de ser felices! En estos diez años en Madrid, Fran se ha esforzado de verdad. Ha hecho algunas amigas. Bueno, conocidas, más bien. Con ellas va a toda suerte de actos benéficos y pseudorreligiosos. Porque siempre hay una subasta benéfica por aquí, un rosario por allá, una intervención en Radio María o una recogida de ropa para una parroquia. Pero la llevan con ellas como quien pasea una mascota, como una especie de exótico accesorio extranjero con acento extraño. Pero luego, cuando organizan cenas en sus casas o tienen un plan de fin de semana, Gonzalo sabe que no llaman a Fran. Amigas de verdad, con las que charlar de lo preocupado que uno está por las malas notas de sus hijos o de las desilusiones de su matrimonio y acabar llorando y riendo en una cocina, de esas, Fran no tiene. Las de la parroquia, con las que Fran juega a las cartas los jueves, no son propensas a las confidencias. Hasta tienen una regla: hay que poner cinco euros en el bote si quieres hablar de tus hijos y diez si quieres quejarte de tu marido. Posiblemente esto mejore enormemente la calidad de la conversación, pero ella, pobre criatura, no tiene a nadie a quien contar sus cosas.

Con los amigos de siempre de Gonzalo y con sus mujeres tampoco acaba de encajar del todo. Ellos no lo dicen, claro está, pero Gonzalo

lo nota, porque siempre se alegran más cuando acude a las citas él solo, sin Fran. Fran es antigua, Fran es torpona. Y eso que se ríen con ella y sus ocurrencias. Porque Fran habla español por aproximación: cuando le falta una palabra elige el vocablo que le suena más parecido a lo que busca. Así ha protagonizado momentos inolvidables. Gonzalo recuerda divertido cuando le dijo a la mujer de su amigo Juan Quiroga, visiblemente más delgada, que se había quedado «hecha una sífilis». O cuando a otro amigo, muy mejorado tras su paso por la clínica Buchinger, le alabó diciendo que «estaba hecho un Andoni». Las anécdotas son miles: al fontanero le pidió que arreglara «el bote sinfónico» y los muebles del cuarto de los niños los compró en «un polígamo industrial». Fran decía haber leído «*El mito de la taberna*» de Platón, y un día, tras volver de clase de historia española, le comentó a Gonzalo muy seria la desgracia que había sido para Felipe II lo de la «Armada Invisible». ¡Fran no tenía fin! La semana anterior, cuando vinieron de visita sus amigas de Viena, Fran las llevó al Prado a ver «*La rendición de Brenda*». Gonzalo está como Brenda: rendido ante Fran.

Él se había convertido en un experto en entenderla. En el idioma, al menos. Del resto no está tan seguro. Su mujer tiene silencios y actitudes que él no entiende. Quererla, la quiere con locura. Como el primer día. Gonzalo es hombre de una sola mujer. A él le da igual que Fran haya engordado un poco —gorda o delgada, sigue siendo su Fran—, que se le haya desfondado la barbilla o que se vista como la señorita Rottenmeier. Él dio su corazón entero a su valquiria y es un hombre fiel a este y a su palabra. Es una virtud admirable, porque Gonzalo es muy guapo y tiene muy buena planta. En su banco —donde ven a veces llegar a Fran a recogerle— piensan que ella no está a su altura. La miran, con su doble barbilla, su falda de franela y su abrigo Loden, y no hay banquera, banquerita, becaria o

secretaria que no piense que tiene una oportunidad con Gonzalo. Todas le tiran los tejos y todos ellos caen al contenedor amarillo de reciclaje: Gonzalo no es solo que no haga caso, es que ni se entera de que se los tiran. Él tiene los ojos fijos en su Fran, a la que idolatra. No quiere ni necesita nada más. Toma entre las manos una foto del día de su boda que preside la entrada de su casa y mientras Gonzalo admira a su Fran en efigie, esta entra en persona por la puerta.

Está ataviada cual ama de llaves de los cincuenta: falda plisada de lana negra y camisa con gran lazo anudado al cuello.

—¡Perdón, mi amor! —dice Fran quitándose el abrigo—. He intentado escaparme, pero el cura que ha venido a decir el *sponsor* («responso», traduce mentalmente Gonzalo) era un pesado y se ha alargado muchísimo. ¡Ha sido terrorífico! Más largo que las acequias de Otto de Habsburgo. Dame un beso. ¿Cómo te ha ido el día? ¿Qué tenías que contarme?

—Pues algo increíble. No te lo vas a creer. Ha llegado una carta de tía Nanda y... Bueno, lo mejor es que la leas tú misma. Es tan asombroso que no sé ni por dónde empezar.

Gonzalo le da la carta a Fran y ella se sienta a su lado en el sofá y saca las gafas. Lee, atónita, y tras terminarla dice:

—Perdona, creo que la voy a volver a leer.

La lee por segunda vez y mira a su marido perpleja.

—¿Cien millones y un castillo?

—Torre Vicuña no es exactamente un castillo —aclara Gonzalo—, pero sí... Bueno, como si lo fuera. Tiene torres, tiene foso, tiene bosque... La verdad es que no sé por qué he dicho que no es un castillo. Sí, Fran —confirma—: cien millones y un castillo, más otros cien para nuestros hijos y otros cien para los nietos, cuando los tengamos.

Fran se pone de pie y lanza un alarido de gozo tal que asusta a Gonzalo. Está exultante: Dios existe y ha escuchado sus plegarias. Su marido perfecto ahora tendrá las circunstancias perfectas y ella, una misión en la vida. Ya no tendrá que disimular ni seguir contando verdades a medias a sus hermanos y primos austriacos cada vez que vuelve a casa por Navidad.

—¡Nadie cuidará de esa Torre como yo! —dice a Gonzalo entusiasmada—. Díselo a tu tía Nanda, Gonzalo, ¡díselo! Dile que he crecido cuidando de castillos. ¡Nací para eso! Que lo sé todo sobre arreglos, tejados, corrientes y fontanería. Sé qué hay que hacer con las alfombras raídas y los tapices con humedad; distingo a la legua Meissen de Nymphenburg, la plata de la alpaca, sé cuidar de la huerta, diseñar menús, organizar cenas para cincuenta sin despeinarme, y si hace falta quedarse sin dormir revisando juegos de cama, ocupándome de desayunos o revisando cuentas, ¡lo hago feliz! ¡No me importa nada! ¡Son los gases del oficio!

—Gajes —corrige descuidadamente Gonzalo.

El júbilo glorioso de Fran es contagioso y él sonríe también.

—Yo se lo digo, Fran, y sin duda lo tendrá en cuenta, pero no es eso lo que busca, ya has visto. Lo que quiere, por lo que pone aquí —dice señalando con el dedo la carta—, es saber cuál de los tres está mejor casado... Y te confieso que yo no sé lo que significa eso... Que he elegido a la mejor mujer del mundo eso yo ya lo sé. —Ella le sonríe con cariño al oírle—. Pero yo creo que tía Nanda busca un matrimonio que se compenetre del todo, un matrimonio feliz... y nosotros...

—¡Somos felicísimos! —termina ella entusiasmada y, sin observar la cara de consternación de su marido, sale rauda por el pasillo—. ¡Corro a decírselo a Max y a Leo! —dice refiriéndose a sus hijos—. ¿Dónde están? Mirando absurdos una pantalla, ¿verdad?

—Absortos... —murmura Gonzalo.

Pero ella ya se ha ido. «Felicísimos», dice. A pesar de que su vida sexual raya en la necrofilia y que a él se le escapa la autoestima a raudales cada vez que, a pesar de sus denodados esfuerzos, hace el amor a una estatua de mármol, tiesa e insatisfecha. Felicísimos. Si ella lo cree así...

LOS ESPÁRRAGOS SE COMEN CON LAS MANOS

El «internado de maridos» está en su segunda semana. Abelardo está planchando obsesivamente los dos trajes y dos chaquetas de Mijáil. Sin trapo por debajo. Así se lo ha ordenado Pantaléon. No puede evitar estremecerse al hacerlo, pero las ordenes de su señor se cumplen a rajatabla. Aunque vayan en contra de su naturaleza de mayordomo. El objetivo es, al contrario de lo habitual, conseguir que les salga algún que otro brillo. «Algunos, pero no muchos» ha especificado Pantaleón. «Todo menos que parezcan nuevos. Pero que tampoco parezca que los limpiamos con Sidol». Sidol. Hace mucho que Abelardo ya no limpia la plata con eso. Tan siglo XX. Él, que sigue de cerca las innovaciones relativas al cuidado de las artes decorativas domésticas, hace mucho que se pasó a los productos Hagerty. Otra cosa. Ahora la plata de Pantaleón brilla más que el relicario de la Catedral de Toledo, se ufana Abelardo mientras triunfa en sacar un brillo en una de las aperturas traseras de una chaqueta azul marina. Le quedan luego las camisas. Abelardo no entiende por qué pero algunas de las camisas recién recibidas de Jermyn Street[1] han llegado con los puños y cuellos un poco gastados. Se lo hizo notar a su señor, para devolverlas, pero él le dijo que las había encargado así.

En Hawes & Curtis nunca han recibido un encargo tan extraño: remitir las camisas con cuellos y puños extra es lo normal, recibir la

petición de cambiarlos para renovar la camisa también. Lo que no lo es es pedir que las envíen con ambos ya gastados. Pero Pantaleón explica a un perplejo Mijáil que no puede ir «de nuevo», que su vestuario no podía parecer enteramente recién comprado. Pero que no tema, que tampoco le va a mandar a la Torre como un duque inglés.

—¿Como un duque inglés? —repite, confundido, Mijáil.

—Con cuellos y puños raídos, traje con más brillos que una vedette del Folies Bergère y calcetines remendados. En Inglaterra, cuanto más elegante eres, más te vistes de pordiosero. Eso es así.

Pantaleón, que ha cubierto gran parte del temario previsto, se encuentra a sí mismo un espléndido profesor. Le da pena desperdiciar toda esta erudición y conocimientos en un único alumno y contempla la idea de establecer un máster sobre la materia. Ya imagina a Jenkins revisando las *applications* y los *curricula vitae* de los futuros alumnos en la mesa del *office.* Visualiza la placa de latón en su portal: «Pantaleón González-Paddington: escuela de alpinismo».

—¿Alpinismo? —inquiere Abelardo.

—Pues claro, Jenkins. Para aprender a trepar.

Pantaleón vuelve su atención a su alpinista primigenio.

—Espárragos —comienza—, recuerda, con la mano. Si te ponen una pinza, ignórala, es una trampa. El golf y la caza evítalos; es demasiado complicado, en una semana, explicarte todas las normas no escritas. De la mesa no te queda nada que aprender y el besamanos, impecable. Debiste de ser húsar austriaco en otra vida, hijo, porque ese taconazo extra que haces, lo bordas.

Mijáil hace una mueca que podría, o no, ser una sonrisa.

—Está bien que eso lo tengas dominado, porque no es nada fácil. La base, levantar la mano y besarte tu propio dedo pulgar, es lo más

fácil. El problema principal en la ejecución son las señoras. Pocas lo hacen bien. Están las que ayudan y dan impulso de subida a la mano, dándote con ello una buena bofetada en la boca. Están las que no se dejan, y tienes que tirar de la mano como un campeón de halterofilia. Están las que la dejan muerta y cae a plomo cuando se la sueltas. Son pocas las que lo dominan. Hijo mío, en esto, como en todo, somos el último mohicano. Los restos de un refinamiento pasado. Estos tiempos no son los nuestros. Pronto nos meterán en reservas, como los *cherokees*. Y vendrán las hordas a visitarnos en Land Rover y sacar fotos, como en un *safari park*.

Pantaleón se estremece. Y tras llevarse la mano a la frente como queriendo borrar un mal pensamiento, continúa.

—Dicho lo anterior, esto no es una película de los años cincuenta. Ni se te ocurra dar la vuelta al coche para abrir la puerta de tu acompañante femenina. Eso ahora mismo es una cursilada imperdonable. Y, por cierto, las señoras son señoras y los señores son señores. Aquí, por mucho que se empeñen los dependientes de El Corte Inglés, no hay caballeros. Ni aunque estén a caballo.

»El cuarto de baño —prosigue Pantaleón— lo es con todas sus letras; el baño, sin más, es una bañera o lo que te das en la playa. Los establecimientos no llevan un artículo delante: es IKEA a secas, no el IKEA. Ni el Mercadona. Y la gente nunca fallece, muere. Nada revela más el *non*-P. L. U. (Pantaleón lo pronuncia en inglés, «*non pi el yú*») que un fallecimiento.

—¿Qué es P. L. U.? —pregunta Mijáil, que ha dejado de escribir en su cuaderno.

—*People Like Us* —contesta Pantaleón—, que es un biotipo internacional, fácilmente reconocible en todo el planeta.

Y prosigue:

—Es almohadón y no cojín. No se «da a luz», bajo ninguna circunstancia. Los niños se tienen o se paren. No hay críos, no hay televisores, no hay bañadores y no hay yates. Hay niños, televisiones, trajes de baño y barcos. Barcas en el estanque del Retiro, el resto son botes o lanchas.

Mijáil sigue anotando furiosamente.

—Nada de guapa, ni cariño. A nadie. Nunca un «jolín». Mejor un «joder» con todas sus letras. Nadie es «maja» salvo la de Goya. «Fino» no es un adjetivo, es solo lo que te tomas de aperitivo. A cambio, utilizarás colosal, regio, genial, fantástico, maravilloso, estratosférico. «Me parece muy fino» se traduce en «lo encuentro colosal». Encontrar es un verbo muy útil, Mijáil, anótalo. ¿Alguien con buen aspecto? La frase P. L. U. es «Te encuentro bárbara».

—¿Aunque no se llame Bárbara? —inquiere Mijáil.

—Para bárbaros, ya estás tú —responde Pantaleón, que se ha dado perfecta cuenta de que Mijáil ha hecho la pregunta solo para chincharle.

—Sigue apuntando —ordena—: El servicio no es un cuarto de baño, son los criados. Sus miembros femeninos nunca son el despectivo «chacha» ni el burgués «chica», es «muchacha» con todas las letras, o *maid*, en inglés, si lo prefieres. Sigo: a todos, menos a los gremios y al servicio —a quienes tratarás siempre de usted por respeto a ellos—, les hablas de tú. Nada de tratar de usted a nadie de tu misma clase social, tenga la edad que tenga, me da igual que sea una abuela nonagenaria. De tú.

Pantaleón consulta sus notas.

—Los reyes no creo que os visiten en la Torre, pero bueno, por si acaso aparece por ahí alguna grulla destronada, recuérdame que hablemos del tratamiento real en la siguiente clase...

Mijáil asiente y anota.

—Y si tienes dudas sobre qué vocablo elegir —aconseja Pantaleón —, mete una palabra en otro idioma. Ruso sirve. Da igual que no entiendan nada. A veces es incluso preferible. No más de dos de una tacada si puedes evitarlo, el exceso de galicismos o anglicismos da imagen de mequetrefe. Continúo: la nevera es nevera, no frigorífico (a lo sumo la «frisíder», *frigidaire*, en francés correcto); el lavavajillas no lo es, es lavaplatos. El implemento donde expulsas tus excreciones jamás, jamás, jamás es un horterísimo váter (me estremezco solo de pronunciar la palabra) ni un inodoro de vendedor de enciclopedias: es un retrete.

Mijáil sigue apuntando.

—El *hall* es un *hall* o una entrada, pero nunca un vestíbulo o un recibidor, salvo que seas agente inmobiliario. Preguntarás por el cuarto de baño de invitados y jamás, Dios me libre, por el aseo de cortesía. Habitaciones son las de los hoteles u hospitales, el resto son siempre cuartos. Dirás que te vas a tu cuarto, nunca a tu habitación... Si tienes dudas, copia a Mina o usa el comodín de la palabra en ruso.

Mijáil deja de anotar y dice:

—Tengo una pregunta.

—Procede.

—¿Qué pasa si Mina simplemente se ha casado con un ingeniero ruso un poco burro?

—Define burro.

Mijáil consulta sus notas y contesta:

—Críos, televisores, bañadores y jamón York.

—¡Ah! Eso. En la vida real no tiene la más mínima importancia.

—¿Y por qué me lo enseñas entonces?

—Querido, ¡porque estás *undercover*! ¿Cómo se dice? Infiltrado. ¡Te enseño el código Enigma! Para hacerte pasar por miembro de

una clase social a la que no perteneces. ¿Por qué? Porque no sabemos qué quiere decir la chiflada de Nanda con eso del marido perfecto. Hay que cubrir todos los frentes. ¿Cómo te lo explicaría? Veamos: tú eres un caballo blanco y quieres hacerte miembro de un grupo de cebras y que ellas te acepten como uno más de la manada, ¿no? Pues yo te pinto las rayas. ¿Comprendes?

Mijáil asiente.

—El problema —advierte Pantaleón— es que tienes que bordarlo. Solo la perfección nos vale. Mira, lo irónico es que, si de verdad quisieras formar parte de ese grupo en lugar de simplemente fingir quince días, lo que te aconsejaría es que olvidaras toda esta palabrería en código y fueras tú mismo. Que dijeras lo que te viniera en gana y fueras natural. La naturalidad es, en realidad, el único modo de integrarse y ser bienvenido. Ser quien eres y no pretender ser otro. Fingir ser quien no se es resulta un juego muy peligroso. Son como tiburones, ¿sabes? Huelen la sangre. Basta un único fallo, una palabra rara, una referencia que no cuadra, una historia inventada que se revela inexacta para que se den cuenta. Y en el momento en el que te identifican como un «trepa», ahí estás perdido. Ya no hay nada que hacer. Nunca te lo dirán a la cara, por supuesto, pero se reirán de tus esfuerzos a tus espaldas. Porque nada les hace sentirse más superiores que encontrar a alguien que quiere ser como ellos y no puede. Les da la importancia que ya no tienen. Y mucho me temo que el noventa y nueve por ciento de los que intentan infiltrarse falla. Recemos para que tú seas del uno por ciento. Estamos jugando a algo que muy fácilmente puede salir mal. Tenlo en cuenta.

Y con eso, Pantaleón vuelve a consultar sus notas:

—Volvamos a la clase. Tacos. ¿Cuáles sabes? —inquiere.

—¿En los insultos también hay protocolo? —se asombra Mijáil.

—Lo hay: unos se dicen y otros no. Pero dejemos esto para mañana. Veo que es tarde y tienes que irte a tu cita de las nueve. Anda, pide a Jenkins un *Kir Royale*, que estoy exhausto.

Mijáil se levanta y va a la cocina. Pantaléon normalmente toca el timbre para llamar a Abelardo, pero se congratula de ver que Mijáil no lo ha hecho. No es *bon ton* usar el timbre en el salón de casa ajena. Pantaleón está satisfecho de que Mijáil lo haya recordado: cuartos sí, zonas comunes no. ¡Tanto por enseñar! Pantaleón está agotado. Y todo esto para quince días. ¡Qué desperdicio! Si al menos se quedara más tiempo. Pero Mijáil ha dejado claro que lo único que puede ofrecer, en el caso de que Mina y él ganen la Torre, es un mes o mes y medio más hasta que Nanda entregue legalmente Torre y millones ante notario. Pero ni un día más. Tendrá que irse pase lo que pase.

Pantaleón no comprende nada. ¿De verdad alguien rechaza vivir a cuerpo de rey en un castillo? Él, cuya autobiografía soñada se llamaría *De palacio en palacio con gente conocida*, no acierta a saber qué es lo que le pasa por la cabeza al ruso. La niña, su ahijada, es monísima. Con ese pelo pelirrojo oscuro y esas pecas. Ni que pasar tiempo con ella en casa de Nanda, renombrada y excelente anfitriona, fuera un suplicio. Bueno. ¡Qué se le va a hacer! Al menos Pantaleón podrá aprovechar el temario que ha preparado para su futuro máster de alpinismo. Si el éxito social se enseña, su academia será sin duda el Harvard del ramo. ¿No ha transformado él a Jenkins? ¿No parece el ruso —medita mientras le ve ponerse la chaqueta— un archiduque?

El archiduque, con ceño fruncido, se despide para acudir a su cita de las nueve.

«Al menos hoy no se ha quejado», se consuela Pantaleón.

EL ABOMINABLE HOMBRE DE LAS NUEVE

Mina lleva toda la tarde sentada en el escritorio de Jaime aporreando el portátil. No ha parado de escribir. Con Pérez sentado a sus pies, escribe furiosamente, sin repasar. No sabe por qué, pero desde que empezaron las aborrecibles citas de las nueve, su sequía escritora ha llegado a su fin. Ha terminado *La cólera del príncipe pirata* e incluso ha empezado un folletín nuevo: va por la página setenta de *Luna nueva en el harén,* cuya protagonista, Carlotta, está a punto de escapar de su cautiverio en Jeda.

Escapar es lo que quiere Mina. De las citas de las nueve de las que ya lleva nada menos que diez. El hábito no las hace menos dolorosas. El ruso es seco como la mojama e impertinente por naturaleza. Mina conoce moluscos bivalvos con más conversación que él. La mira mal. No es normal que siga enfadado por lo de Pérez. ¡Tampoco fue para tanto! Al principio, ella se esforzaba por ser simpática, porque hay que hacer de tripas corazón y sabe que antes o después esto hay que arreglarlo; no pueden llegar a la Torre cabreados como monos. El problema es que, en vez de disminuir, su enfado va en aumento, porque como dicen los ingleses «hacen falta dos para bailar un tango» y aquí solo baila ella. Tendrá que poner también él de su parte, ¿no? Todo lo que ella dice que sea susceptible de más de una interpretación, Mijáil lo interpreta sistemáticamente de forma negativa. ¿Por qué está tan tenso? Los intentos de Mina por ser graciosa se topan con un muro de frialdad siberiana. Y eso no solo cansa, cabrea. ¿Por qué piensa tan mal de

ella continuamente? Cuando no la mira por encima del hombro es porque le mira el trasero (a Mina le ha parecido cazarle haciéndolo dos veces). Es el colmo. ¿Quién se ha creído el ruso ese que es?

Mina está a punto de comenzar el capítulo en el que Carlotta llega al aeropuerto escondida en el maletero de un Uber cuando suena el timbre. Otra vez las nueve, vaya por Dios. Abre por el telefonillo y pide a Mijáil que suba.

—Hola, Mijáil, perdona, solo tardo un segundo. Déjame que guarde el archivo y cierre el ordenador. Cojo una chaqueta y ya estoy.

Mina no se molesta en arreglarse. Ni siquiera se quita el lápiz que —precariamente— sujeta el moño desordenado que se ha hecho. Lleva puestos unos vaqueros y un jersey gris oscuro, con algún roto en los codos, que claramente ha vivido mejores tiempos. Pero cuando abre la puerta, Mijáil ni se inmuta. Los primeros días Mina se arreglaba un poco para salir, como lo hubiera hecho con cualquiera. Pero visto el poco esfuerzo dialogante de su contraparte, hasta en eso ha tirado la toalla.

Mijáil, sin embargo, va siempre hecho un pincel. Claro, Pantaleón no le dejaría salir de casa de otro modo. Y la verdad, de nada sirve negar que es muy guapo. Es alto y tiene un fachón. Y está cuadrado, el tío: al cogerle del brazo el otro día le pareció que aquello era mármol puro. Mina se ha fijado en cómo otras mujeres se vuelven a mirarle por la calle y le molesta un poco. ¿No es ella —al menos, en el papel— su mujer? ¿No llevan ambos una alianza en el dedo? ¿No camina ella a su lado? Qué poca vergüenza tienen algunas.

—¿Te importa si antes de ir a cenar sacamos a Pérez? —pregunta a Mijáil cogiendo la correa—. Son solo diez minutos, tres vueltas a la manzana y se queda encantado.

—Sí.

—Pues ya está, vamos.

—No me has entendido, digo que sí me importa.

—¿Cómo? —pregunta Mina girándose sorprendida desde la puerta de entrada—, pero es que no ha salido desde la hora de comer. Olvidé sacarlo antes. Necesita...

—Lo sé, lo entiendo —responde él—, pero... —se asoma por la ventana y mira a un lado y a otro de la calle—; perdona, no quiero estar mucho tiempo merodeando por la calle. Sácalo tú. Yo te espero aquí.

Atónita e irritada, sin más palabras, Mina toma la correa, llama a Pérez y desaparece escaleras abajo.

Este tipo es un paranoico. En la calle, ella no ve a nadie raro. Los mismos coches de siempre. O al menos eso cree, porque ha de confesar que no se ha fijado. Son los mismos, ¿no? Pérez trota alegre por la acera olisqueando cada árbol y cada arqueta. Mina no entiende estas reacciones del ruso. ¿Es una paranoia? ¿Se esconde de alguien? ¿Teme algo? ¿O está loquísimo? Su flamante falso marido es muy extraño y, ahora que lo piensa, en realidad ella no tiene ni la más remota idea de quién es. Sí, le ha contado que es ingeniero agrónomo, que estudió en la Universidad Estatal de Moscú, que no ha estado casado, pero tuvo una novia muchos años con la que había planeado hacerlo y salió rana. Que tiene una hermana que vive en América, que su madre murió y que su padre vive, aunque lejos. Sabe que lleva tres años en España, que pasó muchos veranos siendo niño en Murcia, en casa de unos amigos de la familia, y que por eso habla bien español. Que le gusta la literatura francesa y el campo extremeño, que le encantan las películas de Hitchcock y la pasta a la *amatriciana.* Tonterías todas ellas, se dice Mina, porque, de lo de verdad, ella no sabe nada.

Le dijo que se fue de La Alcahueta porque necesitaba «cambiar de aires» y «que no es bueno estar mucho tiempo en el mismo sitio». Que ella sepa, no tiene amigos y no conoce a nadie y, sin embargo, recibe continuas y extrañas llamadas, en esa reliquia que llama móvil, que contesta en ruso. Las llamadas no duran mucho y le dejan con cara de preocupación. Aquí, definitivamente, hay algo raro. Por todo lo que ella sabe, podría ser un asesino en serie huyendo de la justicia y ella no solo le ha metido en casa de Pantaleón, sino que está contemplando convivir quince días con él y toda su familia. Un poco locura, ¿no? ¿No deberían antes contratar a un detective? ¿Cómo es que Jaime y Pantaleón, de habitual tan previsores, no han pensado ya en eso? A tres días de partir a la Torre ya no da tiempo. Mina entiende ahora esa insistencia de Pushkin en lo de la «misteriosa alma rusa». Misterioso es, desde luego.

Pérez agita alegre el rabo tras contribuir copiosamente a la colección de desechos orgánicos perrunos de un alcorque. Mina saca distraída una bolsa para recogerlos.

La verdad es que quizás sea ella la que está siendo paranoica, reflexiona. Mijáil no es simpático, eso es así, pero a Mina su instinto le dice que sí es buena gente. Claro que su instinto, que Dios se lo conserve, también la llevó a confiar en Javier, y mira lo bien que acabó eso. Mina vuelve a repasar mentalmente lo que sabe del carácter de Mijáil. Él habla de su familia, especialmente de su padre, con afecto y admiración. Sus reacciones, en general, son las de un tipo normal. Salvo esa obsesión por el secretismo. A ella —que está claro que no la traga— en todo momento la trata con respeto e impecable educación: abre puertas, camina por la parte exterior de la acera... Bueno, como le habrá enseñado Pantaleón, supone. Le sujeta el abrigo, le sirve el vino, respeta su espacio, no la interrumpe

cuando habla. Las pocas veces que ríe tiene una risa sonora y franca. Los comentarios sobre la película que vieron el otro día en el cine son empáticos, sensatos, inteligentes y, a veces, hasta divertidos. Con un humor seco y un poco negro, pero sí, divertidos. No parece un psicópata, la verdad. Está claro que el problema es con ella.

Es imposible no detectar una animadversión mal disimulada. Un desprecio. Ella le debe de parecer una niña mimada dispuesta a mentir y engañar a toda su familia por dinero. Mirándolo así... pero ¡le molesta que la juzgue! ¡Sabrá él para qué es todo esto! Es cierto que ella podría explicarle..., podría hablarle del orfanato y de por qué y para qué quiere el dinero. Pero no lo ha hecho. ¿Qué derecho tiene él a juzgarla? ¿Por qué tendría ella que darle a ese tipo una explicación de nada? No. *Never complain, never explain,* como le enseñaron en el colegio. Es él quien está lleno de prejuicios.

Mina supone que la considera una pija preocupada tan solo por las apariencias y el qué dirán. Una pija que le manda a unas clases donde le enseñan superficialidades frívolas, carentes de importancia, que solo tienen relevancia para unos cuantos cursis preocupados por banalidades. Sin duda, piensa que ella es así. Frívola y superficial. Y que ha tenido una vida fácil. ¡Fácil! ¡Si él supiera! Pero no sabe. Porque ella no se lo ha contado... Mina se debate entre la tentación de hacerlo o seguir disfrutando de la superioridad moral que le da el sentirse erróneamente juzgada. Gana lo segundo.

Entre otras cosas porque todo ese aire de suficiencia que Mijáil destila la irrita muchísimo. ¿Así que este campesino venido del Este, que han rescatado de entre encinas y vacas, se siente superior a todos ellos? ¿De qué va? ¡Si no los conoce! ¿Acaso no ha aceptado él también fingir por dinero? ¿Hay alguna diferencia en eso, entre Mina y él?

Ya han dado tres vueltas a la manzana y Pérez se para en el portal de casa de Jaime indicando mudamente que quiere volver a casa. Hay que hacerlo, se dice Mina; volver a casa. Hoy toca ir al cine con el abominable hombre de las nueve.

Última noche en la terraza de Pantaleón

Para celebrar el último día de curso en el «internado de maridos», Pantaleón invita a Jaime y Mina a cenar a su casa. Decide poner la mesa él mismo, con mimo, y repasa el menú. Al día siguiente, Mina y Mijáil parten hacia la Torre. Es la cena de despedida y Pantaleón quiere que todo esté perfecto. Pide a Jenkins que coloque la mesa redonda de juego en la biblioteca. Decide que cenarán ahí. Cabrán cómodamente los cuatro y es menos formal que el comedor. Pantaleón cubre la mesa con el muletón y coloca su preciado mantel de geranios azules y verdes de Porthault[1]. Le trae buenos recuerdos; es el mismo estampado que tenían en los años ochenta las sillas de la terraza del Hotel Crillon de París. ¡Qué buenos tiempos aquellos!

La cena se desarrolla adecuadamente. Mijáil ha gestionado los *escargots* divinamente y recibe una mirada orgullosa de su preceptor. El lenguado lo limpia como un cirujano y Pantaleón suspira de satisfacción. Y cuando pela la pera del postre con cuchillo y tenedor, Pantaleón hincha el pecho de orgullo como un palomo. Se congratula. Todo va bien. Y, a pesar de la constatable animadversión entre los falsos esposos, la cena ha transcurrido sin incidentes: los tenedores y cuchillos han sido usados para el fin para el que fueron creados, los líquidos han permanecido en sus copas hasta su total ingesta, y en general reinaba la paz. «Pero vamos —se dijo Pantaleón—, tampoco es que esto sea ninguna romería». Buenas

noches, cómo estás, pásame la sal, interesante la película de antes de ayer. Ni la peor cita de *First Dates* era como esta.

La niña idiota no ha permitido que Pantaleón explique al ruso qué fin tiene el dinero que ella ansía. «*Never complain, never explain*» va y le dice. ¡Ja! ¿Esas tonterías son las que les enseñan en los internados? Quejarse es fundamental. Por ejemplo, si no quieres comer filete pasado de punto toda tu vida. «¿Nunca te quejes, nunca te expliques?». ¡Pamplinas! Pero ¿cómo creen que se consigue una buena habitación de hotel más que quejándose como un Jeremías? Y la boba de Mina, su querida y muy española ahijada, ¿va y decide que este, ¡precisamente este!, es el momento propicio para encarnarse en señorita inglesa? ¡Hay que fastidiarse! Pantaleón teme que su obra maestra, su *David* de Miguel Ángel de las buenas maneras, se eche a perder por estas tonterías. Debe respetar los deseos de Mina, *noblesse oblige,* pero le cuesta*.* Mijáil solo sabe que ella pasó un tiempo en una ONG en Nigeria. Nada más le ha podido contar. De ahí la historia de que se conocieron en una fiesta de la embajada de España en Abuya. Pantaleón hasta ha llamado a su amigo Paco, cuyo sobrino fue embajador en Nigeria, para pedir fotos de los salones de la embajada y enseñárselas a sus pupilos para que no hagan el canelo si les preguntan. Él hasta creía que la embajada estaba en Lagos. ¡Menos mal que habló con Paco! Ha hecho todo lo que está a su alcance. Ahora todo depende de ellos y Pantaleón mucho se teme que no tienen la sangre fría necesaria para sacar esto adelante.

—Queridos míos —dice dirigiéndose a los dos al terminar el postre —, mi misión está cumplida. Mijáil ha sido un estupendo alumno, a la altura de un estupendo profesor —el ruso agradece el cumplido con una breve inclinación de cabeza hacia Pantaleón—. Le declaro preparado y listo para toda ocasión social. Graduado *cum laude* en

modismos y maneras. Mi labor está hecha. A partir de ahora, toda esta aventura está en vuestras manos. Mañana partís para la Torre y me temo que nuestro esfuerzo no haya servido de nada si continuáis así.

Mijáil y Mina escuchan en silencio.

—¿Así, cómo? —pregunta ella.

—No te hagas la tonta, niña, no lo eres y no te favorece hacértelo. Así de tensos y así de fríos. Nada ha pasado entre vosotros que justifique esto. ¿No? ¡Lo de Pérez fue una tontería! Lo que pasa es que cada vez que abrís la boca el uno se las apaña para acabar insultando al otro. Es lo más absurdo que he visto en mi vida. ¿Es que acaso no queréis ganar? ¿Nos habéis embarcado a todos en esto para nada?

Ambos, Mina y Mijáil, bajan la cabeza.

—Os conozco a ambos, a una más que al otro, pero da igual, y, si quisierais, os podríais llevar espléndidamente. Es vuestro último día en cautividad antes de soltaros a la selva. Os pido que paséis un rato juntos, olvidéis vuestros prejuicios y, sobre todo, que intentéis buscar, el uno en el otro, esas virtudes que yo veo tan evidentes en ambos, pero que a vosotros se os escapan. Debéis encontrar una forma de llevaros bien, al menos lo suficientemente bien como para poder fingir que estáis enamorados. Mañana será un día duro y apenas os queda tiempo para conversar a solas, sin posibles espías alrededor. Salid a tomar el café en la terraza, hablad y hallad el modo de llegar a una tregua. Mina: cada vez que Mijáil dice algo no es para ofenderte. Si suena impertinente, ignóralo, pero no seas picajosa, no hay motivo. Mijáil: deja de mirarla como si se dedicara al narcotráfico. Mina tiene motivos lícitos y honrados para todo esto y, en eso, mi palabra debe bastarte. Comportaos como los adultos inteligentes que sois.

Abelardo tiende a cada uno su taza de café.

—Venga, a la terraza —ordena Pantaleón, encaminándolos con las manos como si fueran gallinas.

Mina se sienta en silencio en una de las butacas de la terraza. Mijáil se sienta en la que está al lado. Ambos miran al frente. Ella toma un sorbo de su café.

Para romper el incómodo silencio, Mijáil le pregunta:

—Cuéntame quién es exactamente tía Nanda.

—No te puedo contar mucho, apenas la conozco. Como ya sabes, se casó, a los dieciocho años, con una especie de Donald Trump de Minnesota y se fue a vivir allí. Creo que de joven era muy guapa. Al menos eso decía mi padre. Yo solo la recuerdo vagamente, de una vez que vino a cenar a casa, cuando vivíamos en Ginebra. Pero yo tenía diez u once años y no me acuerdo bien.

—Me refiero a quién es respecto de ti, qué parentesco tenéis.

—Ah, eso. Creí que Pantaleón te lo había contado ya —se sorprende Mina—. Es prima hermana de mi padre: su padre y mi abuelo eran hermanos. Mi abuelo era el hermano menor. En el medio estaba tía Adela, la abuela de mis primos, Carolina y Gonzalo.

—La competencia.

—Sí, la competencia —suspira Mina, a quien no le gusta verlos como tales—. Gonzalo te caerá bien, es un tío estupendo. De Carolina no puedo decir lo mismo.

—¿Cuál de los dos será más difícil de batir?

Mina, sin saber bien por qué, se siente molesta por la competitividad de Mijáil. Ella, en el fondo, sigue sin aceptar del todo que el camino hacia el dinero que tanto necesita, sea una mentira. Una mentira en la que deberá competir con sus primos, con engaños, por el favor de una millonaria caprichosa.

—Es difícil saberlo —responde al fin—. Gonzalo es estupendo, divertido, guapo, amable, buena persona... No es el más trabajador del mundo y dedica más pasión al golf que a la oficina. Su mujer, Franziska, es difícil de leer. No consigo saber lo que piensa. Lleva años viviendo en España y sigue hablando español fatal; quizás sea la barrera del idioma lo que haga que ella y yo no hayamos acabado de conectar del todo. Aunque es cierto que apenas la he visto. Está siempre en la iglesia rezando o dedicada a causas benéficas. Carolina, por su parte, es lista y ambiciosa. Ella, si va a la iglesia, es para poner una vela y apagar todas las demás, para que Dios se concentre solo en lo suyo. Es el ser más egoísta que conozco. Nunca me ha caído bien. Íbamos al mismo colegio de pequeñas. Ella es tres años mayor. Yo la admiraba y la seguía como un perrillo a todas partes, pero, en el recreo, ella y sus amigas me chinchaban y se reían de mí porque tenía los pies planos y unas gafas de culo de vaso.

—Los pies los veo bien y las gafas desaparecieron —le dice Mijáil mientras la mira—. Podrás de sobra con ella. ¿Y su marido?

—A Raimundo casi no le conozco. Estuve en clase en Inglaterra con una de sus hermanas. Una familia muy antigua y con dinero. Aunque se dice que el dinero ya voló. Tienen campo, creo que hacen vino. Sé muy poco más. Es mayor que Carolina y parece buena gente. Trabaja en un despacho de abogados. En su momento, se consideraba un partidazo, era guapísimo, rico y de buena familia. Todas se lo disputaban. Las malas lenguas dicen que Carolina lo cazó. Creo recordar que la boda fue un poco escándalo porque Carolina se casó embarazada y eso, en ese momento, no se veía nada bien.

—Os preocupáis por muchas tonterías —musita Mijáil.

—No puedo estar más de acuerdo —coincide Mina.

—Háblame de tus padres —le pide Mijáil.

Mina titubea. Es la pregunta más personal que le ha hecho. ¿Se lo cuenta? Se gira y mira al nocturno cielo gris oscuro de Madrid antes de contestarle. Por prevención. Porque hay veces que, al hablar de ellos, es incapaz de contener las lágrimas por mucho que se esfuerce, y no quiere que Mijáil la vea llorar. A Mina no le gusta mostrar debilidades.

—Mi madre murió cuando yo era una niña. Mi padre murió de ELA hace un año y medio. Ambos eran mi roca, mi refugio, mi todo. No hay un día en el que no los eche de menos.

—Te quedaste sola.

—Sola del todo no. Tengo a Pantaleón y a Jaime, que, como quizás sepas, ya que te interesa mi genealogía familiar, es hijo de una hermana de mi madre. Para mí es como un hermano. Hemos crecido juntos, nuestras madres eran inseparables y de pequeños Jaime y yo lo éramos también. Luego a mi padre le destinaron a Suiza, más tarde a Costa de Marfil y finalmente a Estados Unidos. Estuve fuera de España —algunos años interna en Inglaterra y otros con mis padres— hasta que cumplí los dieciocho. Jaime y sus padres nos venían a ver allá donde estuviéramos, y las dos familias pasábamos juntos los veranos en España. Todos juntos en Todaria, bajo el mismo techo, en una casita que mis abuelos maternos tenían allí. Pero es verdad que yo volví a Madrid siendo adulta y ya no tenía tantas amigas. Hice algunas amistades nuevas, pero nunca me resultó fácil encajar. Al menos hasta que desaparecieron las gafas de culo de vaso. —Mina sonríe—. Tengo primos, tengo familia... Me salieron algunos novietes, pero amigas, pocas. Luego la enfermedad de mi padre lo invadió todo... y ya no hubo más que él. Sus visitas a los médicos, la rehabilitación y, más tarde, su silla de ruedas, su cama, su respirador... Él siempre fue el amor de mis amores. Mi

debilidad. Quise a mi madre mucho, pero mi padre fue mi ídolo, mi guía, mi referente en todo, la persona más recta y buena que jamás he conocido. Le quería con toda el alma y le echo de menos todos los días. Y todos le tengo presente, sé que me ve. Mi padre camina en mi sombra y yo solo aspiro a hacerle feliz.

—Imagino bien lo duro que tuvo que ser —dice Mijáil en un tono que hasta ahora Mina no había conocido— y el pensar en no verlos nunca más —añade, y suena como si hablara para sí mismo.

—Yo sí creo que los veré —dice Mina convencida—. Tengo fe. Tengo la creencia inquebrantable de que no acaba todo aquí. Que se han ido a otro sitio, aquí al lado, en donde me ven y me oyen, pero yo a ellos no. Tengo la esperanza de volver a verlos un día. De estar juntos de nuevo otra vez. Pero mientras tanto... ¿es su sombra la que camina a mi lado? ¿Es mi madre quien me vela por las noches? ¿Es la de mi padre la mano imaginaria a la que me aferro? O soy yo... otra vez inventando historias. Cuando imagino que mi padre contesta a mis buenos días, ¿es él quien lo hace o es solo mi inmensa desdicha que se niega a aceptar su ausencia? Mi fe está plagada de dudas. Y de pesar... Si tuviera uno solo, sería el no haberlos querido aún más. Es tarde ya para eso. Perdí con su muerte más de treinta años de memoria, de recuerdos y pequeños afectos. Dos amores incondicionales. Dos adalides que siempre veían lo bueno en mí. No me quedan muchos de esos —sonríe Mina tristemente—. Dos corazones buenos. Los brazos que siendo un bebé me sostuvieron, me dieron un biberón, quienes me enseñaron a andar... Y de repente, te ves en pie, contemplando cómo introducen sus restos en una sepultura. Pocas cosas más desgarradoras que enterrar bajo tierra los restos de aquellos a quienes quisiste. Sepultar historias de amor enteras, llenas de infancia, de ternura, de adolescencias egoístas domesticadas por

afectos inamovibles, de manos protectoras convertidas en vejeces desvalidas. Girarte y ver que no están a tu lado.

Se seca con la mano las lágrimas que espera que la oscuridad de la noche haya escondido a Mijáil y le pregunta a este, de repente:

—Y tú, ¿por qué haces esto? ¿Por qué has aceptado?

—Por mi padre —responde simplemente—; él también es mi ídolo. Y necesita dinero.

—¿Está enfermo?

Mina ve que Mijáil duda.

—No, no es eso...

—¿Y entonces? —pregunta Mina.

Él titubea.

—Es complicado.

—¿Es complicado? ¿Eso es todo lo que vas a decir?

Mijáil sigue en silencio.

—Te abro mi corazón, suelto todo lo que tengo dentro ¿y a mi primera pregunta tú te limitas a un «es complicado»? —se indigna Mina.

Mijáil suspira apesadumbrado.

—Es complicado.

—O, por el contrario, muy sencillo —dice Mina enfadada, y cogiendo su jersey le deja solo en la terraza.

ALEA JACTA EST

Un 4 de mayo, en el norte de España, uno tiene las mismas posibilidades de encontrarse con un lúgubre día de lluvia que con la más espectacular manifestación de la diosa Primavera. Esta última eligió exhibirse en todo su esplendor el día que los primos Álvarez de Vicuña llegaron a la Torre. Parecía como si Deméter[1] , diosa de las estaciones, hubiera recibido la llegada de Fernanda a la Torre, procedente de su particular infierno, como si del regreso de su hija Perséfone del Hades se tratara. El sol relucía sobre una explosión de vida vegetal. Hacía un día espléndido, los campos estaban verdes, las copas de los árboles frondosas y todo aquello que podía florecer estaba en flor.

Los tres primos conocían la Torre. Por fuera, eso sí. O por viejas fotografías e historias de sus padres. Pero ninguno de ellos había puesto nunca un pie dentro. No conocían la avenida de plátanos más de lo que se veía asomándose desde la siempre cerrada verja de la entrada. No habían contemplado nunca los rosales, ni el laberinto de boj, ni la pérgola del jardín. Nada sabían del foso lleno de carpas más que sus padres, de niños, jugaban a piratas en él, tirando flechas de juguete desde el falso puente de los Suspiros. Era una casa desconocida, pero llena de microhistorias familiares, escuchadas desde su infancia, que les hacían sentirla suya. Así que ninguno de los tres pudo escapar de una cierta nostalgia al cruzar por fin el umbral de la verja de hierro y adentrarse en un legendario paraíso añorado.

La Torre estaba llena de recuerdos ajenos que sentían propios: en su gravilla se habían arañado las rodillas sus padres aprendiendo a montar en bicicleta; al foso, Vicente empujó a Fernanda en una discusión de niños; Lola, la madre de Carolina y Gonzalo, se había roto un brazo trepando por la hiedra de la torre sur. Todos ellos habían cenado en su cocina, dejado sus dientes de leche bajo sus almohadas, observado los fuegos artificiales de las fiestas de agosto desde su jardín. Los seres queridos de los tres primos contrincantes habían sido niños felices y despreocupados en este lugar desconocido al que ahora se dirigían ellos por primera vez.

Primero llegaron Raimundo y Carolina. Les recibió tía Mariana, siempre cariñosa, con los brazos abiertos y sonrisa sincera. Les mostró su cuarto y les pidió que bajaran a la terraza del salón a las siete y media. Gonzalo y Franziska aparecieron poco después, en el Jaguar *vintage* de Gonzalo, su más preciada posesión. Habían comido por el camino en una tasca que Gonzalo recordaba de los viajes familiares a Todaria de su infancia. La tasca decepcionó como lo hacen muchos recuerdos infantiles, y Gonzalo llegaba un poco predispuesto a que la Torre le decepcionara también. Nada más lejos de eso. Fran conducía y él asomó la cabeza por la ventana abierta del coche, como un niño, para absorber el claroscuro mágico de ese jardín y la fachada de piedra dorada de la Torre, que, bañada con la luz del Cantábrico, ofrecía, orgullosa, la frente al mar.

Mijáil y Mina llegaron los últimos. Se habían disculpado el uno con el otro por lo de la noche anterior. El viaje transcurrió sin sobresaltos. Mina un poco nerviosa, Mijáil aparentemente muy calmado. Mijáil conducía muy bien, seguro de sí mismo, tranquilo. Mina había disfrutado del viaje. Le gustaron sus manos grandes sobre el volante y ese perfil de actor de Hollywood tras sus gafas de sol. Como siempre, no había hablado mucho, pero escuchó

pacientemente el aluvión de anécdotas paternas sobre la Torre que Mina le fue relatando. Cuando estaba nerviosa, hablaba mucho. Tuvo miedo de haber abrumado a Mijáil y parecerle una cotorra. Luego pensó que por qué le importaba lo que pensara de ella ese ruso, procedió a sentirse ridícula porque le importara y como consecuencia volvió a parlotear para disimularlo. Tras esto, rendida de puro cansancio y nervios, se quedó dormida y despertó de su cabezada en la primera curva de subida a la Torre. Ahí estaba, casi coronando la cima del monte Carpio, tal y como ella la recordaba.

—Acuérdate de ser simpático —instruye Mina a Mijáil al cruzar la verja.

—Siempre soy simpático —respondió él.

—Conmigo no lo eres. Si crees que lo que haces conmigo es ser simpático, tenemos un problema. Por favor, haz un esfuerzo, sabes bien cuánto nos jugamos.

—Tranquila, Mina, llevo la lección bien aprendida.

Mijáil aparca el coche en un lateral de la Torre y de inmediato bajan las escaleras dos hombres uniformados, seguidos por una señora con bastón, pequeña y sonriente.

Uno de los hombres abre la puerta de Mina y otro se ocupa del maletero mientras Mina se abraza con la señora de traje azul.

—Mina, querida, ¡qué alegría tenerte por fin aquí! —exclama la sonriente viejecita.

Mijáil se acerca.

—Tía Mariana, te presento a Mijáil, mi marido.

Este toma la mano de Mariana y ejecuta uno de sus impecables besamanos.

—¡Huy, pero qué maravilla! —ríe coqueta tía Mariana—. Hacía tiempo que no me besaban la mano así. ¡Qué ganas tenía de conocerte, Mijáil! ¡Y veo que eres tan guapo como me habían dicho!

—Y yo veo, Mariana, que eres tan zalamera como me habían dicho a mí —sonríe Mijáil guiñando el ojo a la viejecita.

Ella ríe y le dice:

—Llámame tía Mariana. Eres ya un sobrino querido. Dame el brazo, dejadme que os enseñe vuestro cuarto. Os va a encantar, es uno de los más bonitos, y es el cuarto donde dormían tus abuelos, Mina. Aunque claro, si lo vieran ahora, ¡no lo reconocerían! Fernanda ha mejorado mucho la casa. ¡Venid! Venid conmigo.

Del brazo de Mijáil, Mariana sube las escaleras inusitadamente ligera para sus ochenta y cinco años. Y abre la puerta de una gran estancia con una *bow window* con vistas al mar. El cuarto está enteramente empapelado con un papel de fondo blanco estampado con enredaderas de hojas verdes y campanillas de la reina azules trepando por las paredes. Las cortinas son de la misma tela y lo es también un gran almohadón corrido que hace de asiento en la *bow window*. Moqueta color hueso, un gran sofá blanco, un escritorio francés de laca negra y, en medio del cuarto, una inmensa cama con dosel mirando hacia la ventana.

—La puerta del fondo es la del cuarto de baño y la que veis aquí cerca, la del clóset. Dentro del clóset tenéis una *kettle,* una Nespresso y un minibar. Cosas de Fernanda, que es muy americana, pero si necesitáis algo, llamad al timbre que está junto a la cama. Nunca he entendido por qué a ella esto del *self-service* le parece un lujo cuando el lujo de verdad es no tener que hacer nada. —Ríe la anciana—. En fin, os dejo para que os instaléis. Mina, mando ahora mismo una doncella para que te deshaga el equipaje y te planche lo que necesites. Nos vemos a las siete y media en la terraza del salón. Es esa que veis ahí por la ventana. No hay pérdida. Os dejo, chatitos míos, ¡qué alegría que estéis aquí!

Y con eso Mariana desaparece. Los mozos que han llevado el equipaje lo hacen también y Mijáil y Mina se quedan solos. Mijáil inspecciona el cuarto mientras Mina solo puede mirar fijamente hacia la inmensa cama. Es enorme. A la americana.

Dos semanas de preparación exhaustiva, todos los frentes cubiertos, un máster en historia social, modales y manías. Mina no puede creer que no hayan pensado ni previsto esto.

Mijáil se da cuenta de que se ha quedado tiesa en el sitio como un poste.

—¿Qué pasa? —pregunta y, al seguir su mirada fija hacia la cama, comprende—: Ah, eso. No te preocupes. Obviamente, dormiré en el sofá.

—Pero ¿cómo vas a dormir en el sofá quince días? Y en una casa con criados entrando y saliendo a todas horas. Se darían cuenta, seguro. No, no pasa nada. Esta cama es grande como una plaza de toros, hay sitio de sobra para los dos, cada uno en su lado. Elige el que prefieras.

—¿Estás segura, Mina? —pregunta Mijáil.

En ese momento tocan a la puerta.

—¿Sí? —contesta Mina, abriéndola para encontrarse a una doncella uniformada.

—Buenas tardes, señora, soy Bibi. He venido para deshacer sus equipajes y ocuparme de lo que necesite.

—Gracias, Bibi —agradece Mina y la deja pasar.

Bibiana se pone manos a la obra, eficiente y rauda, y Mina se sienta en la *bow window* mirando al mar mientras Mijáil coloca sus cosas en el cuarto de baño.

—Mira, Minoushka, tienen las sales de baño que a ti te gustan —anuncia sonriente Mijáil saliendo del cuarto de baño con una caja de sales de Santa María Novella en la mano. Se acerca a Mina, le pasa

el brazo por los hombros y cariñosamente deposita un beso en su frente.

Ella le mira sorprendida. Él, por toda respuesta, hace un ligero gesto con la cabeza hacia Bibi, ocupada deshaciendo sus maletas.

—¿Sabe qué, Bibi? —pide Mina levantándose—, casi prefiero que vuelva usted a las siete y media, cuando estemos en la terraza. Ya continúo yo ahora y le dejo lo que sea para planchar sobre la cama. ¿Puede ser?

—Claro que sí, señora —responde ella sonriente—, vuelvo luego.

Al irse Bibi, Mina dice a Mijáil:

—Por su sonrisa, deduzco que ha pensado que la echaba para que pudieras abalanzarte sobre mí.

—Esa era la idea.

—¿Abalanzarte sobre mí?

—No. Que lo pensara. Nada de abalanzamientos. Puedes estar tranquila, Mina —dice él señalando a la cama—, no me dedico a... ¿Cómo se dice? Deshonrar doncellas contra su voluntad.

—¿Deshonrar doncellas? —Mina suelta una carcajada—, pero tú, ¿¿de qué folletín medieval te has escapado?? ¡Deshonrar doncellas!

—Medieval no...

Mina comprende.

—¡Has leído mis libros!

—Todos.

—Me siento halagada, la verdad.

—Pantaleón me obligó.

—Menos halagada.

Él se encoge de hombros.

—Volviendo al asunto que nos ocupa —prosigue ella—, tú, el lado derecho; yo, el izquierdo. ¿Te parece bien? Pon tus cosas en esa mesilla. Voy a darme una ducha, hay que arreglarse para lo de las

siete y media, y —añade— lo de Minoushka y todo eso ha estado bien, muy bien pensado, pero te confieso que todo esto, estar aquí, la representación que tenemos que hacer, me pone tensa.

—Todo va a ir bien, Mina. Hemos ensayado más que para la ceremonia de apertura de las Olimpiadas. Tienes que aprender a... ¿cómo se dice?, salir de tu zona de confort.

—¿Salir de mi zona de confort? ¡Pero si todavía no he entrado!

La española cuando besa

A las ocho y media postmeridianas, una hora más tarde de la indicada, Fernanda Álvarez de Vicuña de Shearman, enfundada en un impecable traje negro de Dior, broche de Fulco di Verdura[1] en el hombro izquierdo y *kitten heels* de Aquazzura, baja pausadamente las escaleras para dirigirse a la terraza.

Todos han llegado. Sabe que Carolina y Raimundo lo hicieron los primeros y que este llamó para pedir un *whisky*, que luego fueron dos, nada más llegar. Sabe que Gonzalo y Franziska lo hicieron después y que esta se interesó por saber si decían misa en la capilla de la Torre y él pidió que dejaran cargados en el coche sus palos de golf. Sabe también que Mina y el ruso desconocido llegaron los últimos y que echaron del cuarto a Bibi porque, según la doncella, él devoraba a Mina con la mirada. Todos están ya aquí.

Mientras cruza el salón, acompasada por el clac-clac de sus tacones, Fernanda observa a sus invitados, en la terraza, a través de los cristales de las puertas que dan a ella. Mina y un moreno alto, que Fernanda deduce que es Mijáil, conversan con Gonzalo y Mariana. Mariana mira al ruso embelesada. «Parece que este ya ha conquistado a mi hermana», se dice Fernanda. Qué fácil es Mariana, que siempre piensa bien de todo el mundo. Carolina y Fran, de pie, charlan animadamente en una esquina. Raimundo, solo y hablando por un móvil, está sentado en una butaca con un vaso de *whisky* vacío a su lado. Los criados circulan llevando bandejas de plata con canapés y rellenando el champán de las copas.

«Que empiece la función», se dice Fernanda. Cruza las puertas de cristal y llega a la terraza. Nadie se gira cuando ella hace su aparición, lo que la molesta un poco. Ella es la protagonista. ¿No se han dado cuenta de que ya está allí? No es que quiera anunciar su entrada con un bombo, como si fuera ella el premio de una feria, pero sí pensó que su sola presencia haría que todos se giraran. Fernanda es especialista en «hacer entradas». Contrariada, para remediarlo, finge tener frío y ordena en voz alta a un criado:

—Mateo, un chal.

Y al oír su voz, todos se dan la vuelta.

—¡Tía Nanda! —exclama Carolina, y es la primera en acercarse—. Muchas gracias por habernos invitado —dice dando dos besos a la anciana—. Qué ganas teníamos de verte. ¡Qué bonita tienes la Torre!

Su anfitriona se deja besar sin decir nada. El siguiente es Gonzalo, que lleva sujeta por el codo a su mujer.

—Hola, tía Nanda. Soy Gonzalo, te lo digo porque creo que solo me conociste de bebé y supongo que he cambiado —sonríe—; esta es Fran, mi mujer.

—Hola, Nanda —dice Fran ofreciendo los acostumbrados dos besos—. Gracias por tenernos. Es preciosa tu casa, qué vista más maravillosa.

Carolina lanza una mirada furiosa a su marido, que sigue hablando por teléfono. Mariana, Mina y Mijáil se acercan a Nanda.

—Hola, tía Nanda. Soy Mina, no sé si me recuerdas.

—Perfectamente, querida —responde Fernanda ofreciendo los besos de rigor.

—Mira, Nanda, este es Mijáil, el marido de Mina —presenta Mariana.

—Mijáil ¿qué? —pregunta ella, seca.

—Mijáil Ivanovich Kuznetsov —contesta él, inclinando la cabeza.

—*How do you do*[2] *?* —Nanda le extiende la mano.

—*How do you do?* —responde Mijáil, besándosela.

—Nanda, Mijáil habla perfectamente español —aclara Mariana a su hermana.

—Lo sé —dice enigmáticamente esta y, mirando a su alrededor, dice—: Me falta uno.

—Te falto yo, Nanda —se acerca Raimundo, que acaba de colgar. Besa la mano de Nanda al igual que Mijáil—, perdóname, estaba al teléfono en una *conference call* del despacho y no podía colgar. Gracias por invitarnos, felices de estar aquí, van a ser unos días estupendos. Hola, Gonzalo, tío, ¿cómo estás? —Saluda a su cuñado con una palmada en la espalda—. Perdonad, con lo del teléfono me lo he perdido todo. Hola, Fran; hola, Mina... Hola, a ti no te conozco —extiende la mano hacia Mijáil, quien se la estrecha.

—Soy Mijáil, el marido de Mina.

—Sí, sí, claro. Carolina me lo ha contado todo. Encantado, Mijáil —asegura Raimundo sonriendo—. Qué tarde tan magnífica, Nanda; no hay nada mejor que un buen día de primavera en el norte. Espero que el tiempo aguante estos días. Nunca se sabe, ¿verdad?

—Aunque no aguante —replica Nanda, rechazando el chal que Mateo le ofrece solícito—. Entretenimiento no os va a faltar —sonríe y, asegurándose de que tiene a todos a su alrededor y que todos la escuchan, añade—: Os he traído aquí sin falsas pretensiones. Todos sabéis a lo que habéis venido. No soy yo quien necesita un heredero, sino esta casa —lo dice extendiendo un brazo y haciendo un semicírculo que parece abarcar la Torre entera— a la que el destino, o mis padres, quisieron que sacrificara mi vida. Quiero elegir de entre vosotros a aquel más capaz de hacer perdurar mi legado. Esta casa necesita esfuerzo, bien lo sabe Mariana, y dinero, que bien

lo sé yo. Sé que os preguntáis qué tiene que ver estar bien casado con gestionar esta casa. Pues todo. O nada. Es cierto que un compañero de vida con quien formar equipo hace todo más llevadero, y esta Torre necesita, al menos, cuatro manos y dos cerebros a su disposición. Si bien todo eso podría suplirse contratando un equipo profesional. Pero yo no quiero profesionales, quiero que esta Torre sea, como lo ha sido siempre, habitada por un Álvarez de Vicuña. Que sea un hogar, no un museo. Que viva aquí una familia y crezcan aquí unos niños. Como lo hicimos Mariana y yo. Como lo han hecho decenas de generaciones de Álvarez de Vicuña en el pasado.

—Tanto como decenas... —susurra Gonzalo al oído de Mina.

—¡Chsst! ¡Te va a oír! —susurra ella de vuelta.

—Y también... porque no me gusta engañarme a mí misma —continúa Fernanda—; puede que esto, en parte, no sea más que una sutil venganza contra mi pasado. No recuerdo si llegasteis a conocer a Thomas. Era un ser imposible. Vanidoso, engreído, soberbio, mentiroso, pagado de sí mismo y enormemente cruel. He pasado junto a él sesenta y seis de los ochenta y cuatro años de mi vida. Muchas veces me pregunto qué hubiera sido de mi existencia con otra persona a mi lado. Nadie mejor que yo para valorar lo que significa la compañía de alguien educado y atento que te quiera. Por supuesto que sé que en quince días será difícil averiguar cuál de vosotros tres, Carolina, Gonzalo, Guillermina —dice mirando a cada uno de ellos al pronunciar sus nombres—, ha elegido mejor. Pero he diseñado una serie de pruebas para intentarlo. Pronto sabréis más.

Se acerca Fidel, el mayordomo, y le dice algo.

—Y ahora, pasemos a la mesa, Fidel me avisa de que está lista. Gonzalo, dame el brazo.

El comedor, con las paredes forradas de espejos divididos por bronces dorados, está más bonito que nunca, enteramente iluminado por velas, que se reflejan en los espejos, en los cristales de las copas y en la plata de los cubiertos. La luz es tenue pero suficiente, las llamas de las velas parpadean. La atmósfera es ensoñadora. Dos criados con librea aguardan de pie, tiesos y rectos, contra la pared. En la mesa, sobre un impecable mantel de nipis verde pálido, reluce impoluta la famosa vajilla Flora Dánica. Una profusión de flores, cortadas del jardín de la propia casa, sabiamente colocadas, como si se inclinaran en reverencia hacia la mesa, llenan de primavera y de color esta regia puesta en escena. La plata reluce, las copas brillan, los pábilos de las velas tiemblan y a Mina le parece una escena de cuento de hadas.

Tía Nanda se sienta en una de las cabeceras de la mesa y tía Mariana en la otra. Mina observa a Mijáil desplegar la servilleta y colocarla sobre su regazo con gesto seguro. Por ahora todo va bien. De primero, timbal de berenjenas y *foie*; de segundo, rodaballo al horno; de postre, un milhojas de manzana con el hojaldre más crujiente que Mina ha probado nunca. Ve a Mijáil, sentado a la derecha de tía Mariana, hablar animadamente con Fran, sentada a su otro lado. Todo sigue bien. Mina empieza a relajarse. La cena termina y tía Fernanda sugiere tomar el café en el salón.

Aparece Fidel con la bandeja de café, que la señora de la casa pide que coloquen en la mesa, frente a Carolina.

—Puedo ocuparme yo, Nanda —se ofrece su hermana.

—No, gracias, Mariana —rechaza el ofrecimiento Fernanda—. Estoy segura de que a Carolina no le importa servirnos el café, ¿verdad, querida?

Carolina asiente fervientemente y se ocupa de hacerlo ante la atenta mirada de Fernanda. Todos comienzan ya a intuir que en

cada una de sus peticiones hay una trampa escondida, pero nadie sabe qué ni por qué. La anciana es un enigma. Pero Carolina no parece cometer ninguna falta, que por otro lado nadie alcanza a discernir cuál puede ser. Quizás no haya ninguna y Fernanda sea como una esfinge sin secreto. Todos están tensos, se saben estudiados y no aciertan a averiguar qué es una prueba y qué no lo es. Nada más terminar de servir el café, Fernanda desvela lo que quiere. Nada tiene que ver con el café.

—Bueno, queridos. Como os decía, hay varias pruebas. Y la primera es esta: quiero ver vuestros besos de amor —dice Fernanda cual niña petulante.

—¿Cómo dices? —pregunta Gonzalo sobresaltado.

—Lo que oyes —replica tía Nanda, resuelta—. Si os voy a dar más de cien millones, creo que eso me da derecho a casi todo, ¿no? Así que, como primera prueba, quiero ver cómo os besáis. Empezad.

Mina palidece.

—¿Aquí? ¿Ahora? —insiste Gonzalo.

—Aquí y ahora —confirma ella—. ¿Algún problema en besar a tu mujer, Gonzalo?

—Ninguno, tía Nanda —replica, sintiéndose como un mono de circo.

—Empiezo yo, ¡empiezo yo! —dice Carolina poniéndose de pie—. Ven aquí, Raimundo —ordena.

Raimundo, obediente y un poco piripi como siempre, se levanta, se ajusta las gafas y se acerca a su mujer con prevención. Carolina se abalanza sobre él como una leona en celo y comienza a besarle furiosamente, introduciendo la lengua hasta la glotis y enredando sus uñas rojas sobre los escasos rizos de Raimundo, quien, francamente, se deja hacer, hasta que, hacia el final de los casi tres

minutos que dura el beso, se pone rojo. Pero más bien por la falta de aire que por la emoción.

Satisfecha, Carolina se atusa el pelo y la falda y vuelve triunfante a su sitio en la butaca, con sonrisa de ganadora de Eurovisión.

—Es lo más parecido a una violación en directo que he visto nunca —susurra Gonzalo a Mina, sentada a su lado.

Su prima no contesta. Está aún haciéndose a la idea de cómo resolver esta papeleta que les ha soltado tía Nanda. Su primer beso ruso. ¿Daría el pego? ¿Notaría tía Nanda, en la torpeza mutua, que ella y Mijáil no se han besado nunca? Y ella ¿quería ella que Mijáil la besara? En su fuero interno sospecha que sí. Todas las tonterías de Pantaleón sobre sus brazos de titanio y su *allure* Bolkonsky han hecho mella en ella. Como espécimen había que reconocer que su marido era de los buenos. Mina tiene curiosidad. Mientras piensa todo esto, Gonzalo se ha puesto en pie.

Franziska también. Gonzalo se acerca a ella. En su interior, él solo ruega: «Ojalá tía Nanda sepa ver la verdad, sepa ver en este beso lo absurdamente enamorado, cual idiota que soy, que estoy de Fran». Ella lo mira expectante y eso da alas a Gonzalo, quien, tomándola de la barbilla, la besa tiernamente al principio y luego con toda la pasión y los megatones de amor puro acumulados dentro de él durante tantos años. Franziska, como siempre que disfruta de las atenciones de su marido, se pone rígida como una tabla, estira los brazos bien tiesos a lo largo de su cuerpo y pone los ojos en blanco. Gonzalo, que malinterpreta como disgusto el envaramiento de su mujer —como, por otra parte, lo han hecho todos los demás—, siente una punzada en su interior, cierra los ojos con pesar y se sienta de vuelta en el sofá con el corazón herido de muerte. «Fran ni siquiera es capaz de fingir por los millones de tía Nanda», piensa

Gonzalo, hasta ese punto desagrada él a su mujer. Está todo perdido.

Mina sabe que es su turno. Con nerviosa anticipación, se pone de pie y se coloca en la mitad del salón. Ve a Mijáil levantarse. Su corazón late a cien por hora. Él se acerca. Pausado, con movimientos deliberados y sin dejar de mirarla a los ojos. Cuando llega junto a ella a Mina le invade su olor a hierba y a bosque, y siente la sombra de su altura cernirse sobre ella. Mijáil, clavando su intensa mirada verde en los ojos de Mina, toma su mano, lentamente se la lleva a los labios y deposita un intenso beso sobre ella sin dejar de mirarla fijamente. Mina, a su pesar, se estremece.

—Guau —dice Raimundo, absorto.

—Bueno, ¡pues ya está claro quién ha ganado! —dice tía Mariana, aplaudiendo—. ¡Nunca he visto nada así! —Y guiña el ojo a Mina—. ¡Qué suerte tienes, querida!

Mina, aún hipnotizada por la mirada de Mijáil, casi ni la escucha. Él le suelta la mano, que aún tenía entre las suyas, da media vuelta y vuelve a su sitio en el sofá junto a tía Mariana.

«¿Qué cojones ha pasado? —se pregunta Mina, atónita—. Este tipo me da un casto beso en la mano y me tiemblan las piernas como si fuera una peli porno. Pero ¿qué narices me pasa?».

Los labios de Mijáil aún le queman en la mano y el corazón le sigue latiendo como un tambor arrebatado. Mira al ruso, quien, desde el sofá, sin dejar de charlar animadamente con tía Mariana, le lanza lo que a Mina le parece la mirada de un felino satisfecho.

—Bien jugado, primita —le dice Gonzalo.

—Perdona —acierta a decir Mina—, tengo que ir a hacer una cosa —y, saliendo por la puerta que da a la terraza, se escapa al jardín.

Mina llega al banco que está debajo del magnolio en un trance, casi sin saber cómo sus piernas la han llevado ahí. Se sienta. La

bahía entera a sus pies refleja las luces de las casas y de las farolas hilvanando filigranas de oro entre las olas. La brisa huele a salitre y a magnolia. Mina no se entera de nada de eso.

«Eres una perfecta imbécil, Guillermina —se dice a sí misma—. Qué manera de complicar las cosas innecesariamente. No me jodas que ahora resulta que te gusta el ruso. ¡El ruso!, que es un engreído impertinente, que está aquí por dinero, que se cree la última Coca-Cola del desierto, y piensa que eres un ser deleznable, que engaña a los que la quieren por codicia. Ese. El ruso que prefiere montar ese numerito *Sissi emperatriz* antes que darte un beso de verdad. Y tú, idiota de ti, que mira que los eliges bien, monina, aquí, con las rodillas aún temblando, helada debajo de un árbol, y con quince días de convivencia por delante con ese patán que ahora parece que te gusta. ¡No es POSIBLE que seas tan gilipollas!».

Mina no se da cuenta de que esto último lo ha dicho en alto.

—¿Gilipollas? —dice Mijáil saliendo de las sombras.

—No, no hablaba contigo —aclara Mina.

—¿Con quién entonces?

—Conmigo misma —suspira.

—A mí no me pareces una gilipollas —sonríe el ruso sentándose a su lado—. Toma, estás helada —dice quitándose la chaqueta y colocándola sobre los hombros de Mina—. He venido a buscarte. Fernanda se preguntaba por qué te habías ido.

Ante el silencio de Mina, Mijáil prosigue:

—Perdóname, Mina, no supe qué hacer —responde Mijáil apesadumbrado—. No quería hacerte sentir incómoda ni forzar nada que tú no quisieras. Lo resolví lo mejor que pude. No pensaba haberte ofendido.

—No me has ofendido —contesta ella.

—Nos vamos a ver en muchas situaciones así —le advierte Mijáil —. Tienes que aprender a dejar que las cosas fluyan.

—Vale —acepta ella—, pero necesito saber cuándo van a empezar a fluir. Para organizarme.

LAS TROPAS SE DESPLIEGAN

Cansados por el viaje y los sobresaltos de la noche, las tres parejas de concursantes se van pronto a la cama. Mina y Mijáil gestionan lo más civilizadamente que pueden su nueva y estrecha convivencia, respetando visitas al cuarto de baño, cambios de ropa y la división del enorme lecho con una línea recta de almohadones creada siguiendo un perfecto meridiano, cual colonizadores de África.

Mina se va a dormir con su impecable camisón nuevo, parte del completo ajuar que le ha regalado, antes del viaje, su adorado Pantaleón. «Tienes que estar a la altura del ojo crítico de Nanda, *ma chère»,* le dijo con una sonrisa de hado padrino bueno. Las sábanas son de un hilo excelente y la almohada de la mejor calidad. Pese a todo, a Mina le cuesta conciliar el sueño. Es muy consciente de la respiración del desconocido que duerme a su lado, y del calor que despide su cuerpo, del ligero movimiento, con cada respiración, de su ancha espalda. Es tarde cuando Mina, vencida por el cansancio, consigue por fin dormirse. Al despertarse, Mijáil ya no está. Imagina que se ha levantado temprano para ir a correr y agradece la soledad para llevar a cabo sus «abluciones» matutinas a su aire.

Pero Mijáil no está corriendo. Se ha levantado pronto y ha inspeccionado todo el perímetro del jardín de la Torre. Ha hablado con el guardia de seguridad de la puerta, ha inquirido sobre los protocolos de entrada de proveedores, visitantes y servicio y ha revisado todas las cámaras de seguridad de los muros y del jardín.

Ahora mismo, tras desayunar, está interrogando a Fidel, el mayordomo cubano que tía Nanda se ha traído consigo.

—Fidel, ¿cuáles son, en tu opinión, los requisitos indispensables para ser un gran mayordomo? —pregunta Mijáil.

—La memoria, la discreción, la eficacia, la templanza, la capacidad de organización y de planificación —enumera Fidel—. Conocer y adelantarse a los deseos de sus señores, estar al tanto de sus gustos, al día de las novedades tecnológicas y, por supuesto, la formación continua, el *current awareness.*

—¿Por *current awareness* quieres decir escuchar detrás de las puertas? —inquiere el ruso.

—Por supuesto.

—Lo suponía —sonríe Mijáil—. Hablemos tú y yo, Fidel —propone pasándole un brazo por los hombros y sacando del bolsillo un pequeño fajo de billetes de cincuenta—. Quisiera que escucharas por mí.

—Comprenderá, señor —responde Fidel, embolsándose los billetes —, que yo no puedo hacer nada que mejore su posición ni la de la señorita Mina en el concurso de la señora —advierte—, ni tampoco nada que vaya en contra de los intereses de mi señora, ni suponga traicionar su confianza.

—Nunca te lo pediría, Fidel —asegura Mijáil—, esto es otra cosa. Escucha...

Fran los ve irse juntos por el pasillo. «Qué conversación tan extraña. Y qué fajo de billetes le ha dado Mijáil a Fidel. Deben de tener dinero esos dos. La chaqueta de Mijáil está claramente hecha a medida, y el trajecito de piqué blanco que llevaba Mina la noche anterior gritaba "soy caro y bueno" desde su aparente sencillez. Se ve que nadan en la ambulancia» —se dice Fran.

Carolina ve a Fran, cuaderno en mano, seguir hacia la capilla tomando notas. «Así que mi cuñadita está ya haciendo inventario —cavila Carolina—. Un poco prematuro, ¿no? Eso sí que es vender la piel de oso antes de cazarlo. Y cuñadita sabrá de osos y de pieles, que por algo es de Centroeuropa, pero de besos pasionales poco sabe, como ayer demostró. Y el doctor Zhivago que se ha buscado Mina —por cierto, es innegable, está como un tren— es un cursi, qué ridiculez ese numerito de húsar trasnochado». Ella, Carolina, va bien. «La que mejor», se dice. A ver si consigue controlar a Raimundo. Lo de estar todo el rato al teléfono no está bien. Y lo del *whisky* peor. Se impone una llamada a Celia, su suegra, para una sesión adicional de *coaching.* Carolina sale al jardín, móvil en mano, buscando un sitio donde hablar con su suegra sin ser oída.

Gonzalo está sacando su Jaguar E-Type v-12 descapotable rojo del garaje. Lo heredó de su padre y es su posesión más preciada. Lo cuida con mimo y lo quiere más que a un hijo. Se pone al volante para dirigirse a su otra pasión: el golf. Piensa en aprovechar la mañana jugando unos hoyitos. Al sacar el coche, ve a Carolina salir de la casa y mirando por encima del hombro, como comprobando que no la sigue nadie, esconderse detrás de un tilo. «¡Qué tramará! Menuda es esa hermana suya». Carolina no es un enemigo despreciable, él lo sabe bien, que ha compartido una infancia entera con ella. La quiere, muy a su pesar, porque una hermana es una hermana. Pero que es mentirosa, egoísta y ambiciosa lo sabe desde pequeño. Gonzalo recuerda cuando, en mitad del confinamiento por COVID, todos encerrados en casa, con los muertos contabilizándose por miles, empresas cerrando por doquier y los ERTE que se multiplicaban, Carolina dijo por teléfono a Gonzalo: «Gonzalo, es terrible, ¿no te das cuenta? Hay gente que se ha quedado sin nada. ¡Sin nada! Se han quedado sin clase de *bridge*, sin clase de golf, sin

clase de porcelana...». Carolina, en estado puro. Habrá que tenerla bien vigilada.

Mina ha estado buscando a Mijáil. No le encuentra. Ha mirado por toda la casa. ¡Y qué casa! Mina las ha visto muy buenas, pero nunca nada como la Torre. Cada cuadro es de museo, cada mueble una joya. Hasta los azulejos del *office* y la cocina son holandeses del siglo XVIII. Lo sabe porque hasta allí ha llegado buscando a Mijáil. Finalmente, se resigna a no dar con él y decide ir a dar un paseo a la playa. Absorta en sus pensamientos, cruza el jardín hacia la zigzagueante escalera de piedra que desciende hasta la arena. Ve pasar el coche de Gonzalo bajo la avenida de plátanos. La verdad es que ese Jaguar rojo es una belleza. «Va camino del golf, seguro», se dice Mina. La pasión de su primo por ese deporte es una constante en su vida. Claro que se necesitan muchas horas para mantener el dos de hándicap que tiene Gonzalo. «Muchas más de las que se pueden dedicar cuando uno trabaja a destajo», piensa. Gonzalo es un amor, pero no es precisamente estajanovista. Trabaja lo necesario para vivir y ni un minuto más. Mina no cree que estén sobrados de dinero, pero comprende bien la opción de su primo de trabajar para vivir y no vivir para trabajar. Piensa en eso y en lo bien que le vendría a su primo el dinero de tía Nanda mientras baja los escalones hacia la playa.

Raimundo ve a Mina cruzar el jardín desde su ventana. Acaba de descubrir con júbilo que lo que parecía una cómoda es, en realidad, un minibar oculto tras un falso panel. «Qué americanada», se dice, pero es mucho mayor su alegría que su juicio crítico hacia las elecciones decorativas de Nanda. Se dispone a sentarse en el sofá, revisando el contrato que le han mandado del despacho, con un buen *gin-tonic* en la mano. «Solo quedan trece días —piensa—. Tú puedes, Raimundo», se anima a sí mismo. Y abre el ordenador.

Nanda despacha con Fidel en la biblioteca:

—¿Y los menús?

—Todos hasta el viernes. Me los ha dado ya la señora vizcondesa.

—Ah, Mariana. Qué haría sin ella —reconoce Nanda—; por cierto, Fidel, ayer la nueva doncella... ¿Bibi?

—Sí, Bibi, señora —confirma Fidel.

—La oí llamar a mi hermana «doña Mariana». Sé que Bibi es nueva y estamos en casa, pero, por favor, asegúrese de que lo haga bien: señora vizcondesa. Y también a los marqueses de las Heras.

—Por supuesto, señora. Hablaré con ella.

—Gracias, Fidel, puede usted retirarse. Dígale, por favor, a mi hermana que me gustaría verla.

—Sí, señora.

Fidel. Lleva treinta y seis años con ella y se ha convertido en sus manos y sus pies. Fidel es uno de los miles de balseros cubanos que llegaron de milagro a Florida, a bordo de un cacharro hecho a base de cajas de frutas y tubos de aluminio que de balsa no merecía ni el nombre. Ciento ochenta kilómetros, los que separan Playa Baracoa de Cayo Hueso, en ese trasto. Veinticuatro horas en el mar. Los pilló una tormenta y Fidel varias veces pensó que se ahogaban. Todo eso se lo contó a Nanda su amiga Jayne, benefactora de una *charity* que ayudaba a los balseros. También le relató el estado de febril deshidratación en el que debía de estar Fidel, ya que contó que, cuando todo parecía perdido, apareció en el mar una luz brillante, con una mujer en medio, que los empujó en dirección a tierra.

—Las luces de un barco de recreo, con una mujer a bordo, supongo —explicó Jayne a Nanda—. Me alegro de que gente anónima aún tenga la decencia de ayudar a escondidas a esas pobres personas.

Pero cuando Nanda entrevistó a Fidel en el *office* de su cocina —estaba demasiado harapiento para entrevistarlo en su despacho— se fijó en que los ojos del joven balsero se iban y volvían hacia una imagen de la virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, que una de las doncellas había colocado en una repisa del *office.* Fernanda se irritó:

—¿Por qué miras ahí?

El cubano, con cara de susto, solo pudo balbucear.

—Es ella. La señora que vimos en el mar.

Fernanda se estremeció. A día de hoy no sabe si le cree o no, y si lo que vio tiene la explicación que dio Jayne, o no tiene ninguna. El hecho es que le contrató en el acto. Ella no creía en los milagros, pero si existían, buena falta que le hacían.

Así Fidel devino receptor de uno de los pocos y extraordinarios arranques de compasión que Fernanda tuvo en su vida. Los milagros en su favor ya eran dos. Nanda contrató a un abogado y arregló sus papeles con inmigración. Que no fueron fáciles de conseguir. Costó Dios y ayuda legalizar a Fidel, que, por una carambola del destino, se apellidaba Castro. La de explicaciones que hubo que dar en inmigración. Fernanda se portó muy bien con él. Hasta le cedió el uso del pisito de encima del garaje, normalmente reservado para el mecánico. Perdón, *chauffeur.* Fernanda no se acostumbra a lo de chófer, esa palabra con tintes de nuevo rico. Luego, le envió a un curso de conducción defensiva (se hablaba tanto de secuestros en esa época) y le elevó de criado de a pie a mecánico (chófer, chófer). Y cuando el viejo Williams anunció que se jubilaba, le envió a otro curso a una escuela británica de mayordomos y, tras eso, tres meses a casa de Jayne para que aprendiera del suyo. Hecho ya un Jeeves auténtico, Nanda le nombró mayordomo *en titre* de Beauchamp Cottage. El CEO de la pequeña PYME de servicio doméstico que

Nanda manejaba con mano firme y segura. Un pequeño ejército de empleados de hogar cuya cadena de mando y deber de lealtad no estaban del todo claros.

En Palm Beach, a Nanda le resultaba difícil saber quiénes, de entre el personal de servicio, le eran fieles a ella y quiénes lo eran a Thomas. Formalmente era ella quien reinaba en el oasis doméstico. Ella contrataba y despedía, concedía vacaciones y días de descanso, ella decidía subidas de sueldos y gratificaciones. Pero a nadie se le escapaba que el dinero con el que lo hacía era de Thomas. Nanda era perfectamente consciente de esto. Tenía que ir con pies de plomo. Fue labrándose pequeños afectos, obligándose a recordar nombres de hijos y sobrinos, haciendo regalos de cumpleaños y de primeras comuniones. Hasta pagó el caro tratamiento médico de la madre de Céline, su doncella. Incluso así, nunca dio nada por supuesto. Cualquiera de ellos podría ser un chivato de Thomas, un espía en su propia casa. Pero esa duda nunca la tuvo con Fidel. Fidel siempre fue de ella. Desde que, siendo apenas un niñato, decidió rescatarle de su incierto destino, ella supo que le sería leal para siempre. Lo supo. Y lo cierto es que Fidel, a lo largo de los años, se lo había demostrado sobradamente. Nanda nunca hubiera conseguido manejar con éxito lo de las amantes de Thomas sin él. Porque ella...

—Hola, Nanda, ¡buenos días, querida! —La llegada de su hermana Mariana interrumpe su hilo de pensamiento—. ¿Has visto qué tiempo tan espléndido? —añade abriendo las cortinas que Nanda tenía cerradas—. Me ha dicho Fidel que querías hablar conmigo.

—Cierra las cortinas, Mariana —dice Nanda, tapándose los ojos con las manos—, mucho sol.

—¿Lo dices por los muebles? No te preocupes, instalé los cristales que me dijiste y todos tienen protección contra los rayos UVA.

—Ellos sí, pero yo no —contesta Nanda—. Ciérralas, anda, no me viene bien al cutis tanto sol.

Mariana piensa que, si los cristales incorporan protección contra los rayos UVA, esa sirve lo mismo para el rostro de Nanda que para un secreter. Pero cierra las cortinas y se sienta obediente en una silla delante del escritorio de Nanda.

—Cuéntame —le dice a su hermana—. ¿Qué querías decirme?

Nanda separa su silla del escritorio y sonríe a su hermana.

—No quería nada. Solo cotillear.

—¿De nuestros invitados?

—¡De qué si no, Mariana!

Mariana calla un segundo y luego dice:

—A mí me han caído todos fenomenal. Me han parecido simpáticos y educadísimos.

—¡Por el amor de Dios, Mariana! ¡Lo tuyo es increíble! ¿Quieres hacer el favor de apearte del caballo de esa aburridísima bondad y cotillear conmigo?

Mariana sonríe levemente.

—El ruso de Mina es muy guapo.

—Lo es —concede Nanda.

—Y tiene un aire familiar. Me recuerda a alguien.

—Pero ¡a quién demonios te va a recordar un ruso de la Rusia comunista, hija mía! A quien te recuerda es a Rupert Everett, el actor. Es igual, pero en más guapo.

—Ah, pues puede que tengas razón. Rupert es el de esa película tan divertida con Julia Roberts, ¿verdad? *La boda de mi mejor amigo.* No me gustó el final, yo quería que ella se casara con el mejor amigo.

—Y yo. Pero uno no se casa con quien quiere. Cambiemos de tema, por favor. ¿Dónde están?

—Gonzalo en el golf, Raimundo en su cuarto y Mina en la playa... —va enumerando Mariana.

—¿El cerdito austrohúngaro?

—En la capilla. Nanda, no la llames así.

Fernanda se encoge de hombros.

—¿Carolina y Mijáil?

—No lo sé —reconoce Mariana—. Creo que Carolina en el jardín.

—Carolina, ¿tú crees que se parece a mí? —inquiere Fernanda.

—Todos dicen que es un calco, pero tú eras mucho más guapa, Nanda. Le veo un aire a ti de joven, es innegable. Pero tú tenías algo que no tiene ella.

—Más calma, supongo. Ella parece que está siempre en guardia, como un leopardo aguardando a quién devorar. Pero noto también más determinación en ella que en el resto. Y eso me gusta. Alguien con agallas.

—Devorar —ríe Mariana—, a quien devoró ayer fue a su marido. Casi se lo zampa entero.

—¡Sí! —reconoce Fernanda—. No fue muy *ladylike* la actuación, ¿verdad?

Ambas ríen juntas recordándolo.

—¡A quién se le ocurre pedirles que se besen! ¡Y delante de nosotras! Nanda, hija, eres de lo que no hay. Pero confieso que me divertí. Y para *ladylike* el beso en la mano del cosaco. ¡Fue increíble! ¿Te fijaste en que a Mina le temblaban las piernas? ¡No me extraña! ¡Me temblaron también a mí!

—A ti te tiemblan de normal, Manou, que tienes ochenta y cinco años —ríe Fernanda.

Manou. A Mariana no le ha pasado por alto que su hermana, sin pensarlo, ha usado para referirse a ella el diminutivo con el que la llamaba de niña. Ese que hace más de sesenta y seis años que

Mariana no escuchaba. Y, de repente, todas las preocupaciones y las inquietudes que le causan el plan de su hermana y estas dos semanas que tienen por delante se esfuman de un plumazo. Manou. ¿Será posible? Y Mariana se levanta y se gira para que su hermana no vea cuánto la ha conmovido ese nombre.

—Me voy al invernadero a inspeccionar la mesa —dice por toda explicación a su hermana.

—Pero, Mariana, ¡si me dejas con la miel en la boca!

—Vuelvo luego —promete ella mientras se va apresurada.

Manou. La ha llamado Manou. Mariana no se atreve a tener esperanzas.

ALMUERZO EN EL INVERNADERO

Mina recorre la playa con los pies descalzos y los zapatos en la mano. Al girarse, sus ojos se dirigen a la Torre y observan esa imagen desde la playa que tan bien recuerda de sus veranos de niña en Todaria.

La Torre. Nanda la ha convertido en un extraño cruce entre hotel de lujo y casa de portada de *The World of Interiors.* Bueno, de otra revista; la Torre está demasiado limpia y poco desvencijada para *TheWorld of Interiors*, que se especializa en interiores destartalados con techos llenos de humedades, pintura descascarillándose y alfombras raídas. Los palacios en buen estado quedan fuera de la línea editorial.

Esa mañana Mina ha encontrado en un cajón del escritorio un papel que detalla los horarios en los que operan la sauna y el *spa* de la Torre, junto con un listado de masajes que ofrece una tal Claudette, la masajista y esteticien en nómina. ¿Masajes? Resulta que la Torre tiene ahora una especie de centro de estética ubicado en un semisótano con grandes ventanas a tres cuartos de altura, decorado y equipado como una clínica suiza. ¿Relajarse ella en un masaje? Ni hablar. Mina, tensa cual agente del Mossad en Teherán, no se fía un pelo de los Nanda-masajes en oferta. Está paranoica, lo sabe. Tiene la espalda agarrotada por la tensión y le duele la mandíbula de tanto apretar los dientes por la noche. Esto de estar *undercover* tiene mucho menos glamour de lo que cuentan. ¿Masajes? ¡Quien pudiera! A pesar de su contractura, ella, en estado

de febril suspicacia, no descarta que las friegas vengan acompañadas de un batido con escopolamina, una vela aroma burundanga u otras artimañas que hagan revelar verdades escondidas. De esas ella tiene unas cuantas. ¿Relajarse ella en ese *spa*? Ni hablar. A cambio ha peinado la Torre en busca del elusivo Mijáil. Por cierto, ¿dónde diablos se habrá metido? Mina, cual Torrente, ha apatrullado la Torre entera buscándole. Torre, Torrente. Ja, ja, piensa. «Mina», se reconviene a sí misma, «se te está fundiendo el cerebro. O te tomas un *lexatin* o te encierran».

Lo de instalar una sucursal del Balneario de la Toja en el semisótano es un exceso. Quitando eso, ni un pero a la gestión fernandina de la Torre. Las sábanas de hilo, las mullidas toallas del cuarto de baño, el cuadrante de plumas de ganso, las perchas forradas del armario, las *toiletries* del cuarto de baño. ¡Si hasta los jabones son de Hermès! Dejas una camisa encima de la cama y, si te despistas, en diez minutos aparece lavada y planchada en el armario. En su ronda de inspección Mina ha cotilleado toda la casa y reconoce que jamás ha visto nada así. Los cuadros le han dejado sin habla, ¡si hay un Rothko en el *hall*! Todos son dignos de un museo y la mitad de los muebles también. El biombo del salón guarda un parecido asombroso con el del apartamento de Coco Chanel que ella recuerda de los libros de decoración de Pantaléon. La capilla haría las delicias de Eric el Belga; la cocina, las de un chef. Ni una mota de polvo, ni un cristal que no brille. Los interruptores todos de Forbes & Lomax (estas cosas las sabe, no por nada lleva ella treinta y siete años de vida junto a Pantaleón). ¡Aquí él se lo pasaría en grande!

La casa está llena de flores, vienen todas del invernadero desde donde un jardinero, cada mañana, trae montones de cubos de flores frescas para hacer los centros. En cada esquina, una vela de olor, cada olor adaptado a la estancia. La biblioteca huele a cera y a

madera; la capilla a incienso; los cuartos de baño a pino y jabón de Marsella. Mina lo encuentra increíble. Y un poco insufrible. La implacable perfección y exceso de magnificencia son malos para la autoestima: uno acaba, sin querer, comparándose con el entorno. Imposible, se dice, no caer en la tentación de pensar en las propias imperfecciones y limitaciones.

Aunque la perfecta Torre también tiene un fallo: hace un frío de pelotas. Tía Nanda los tiene al borde de la criogenización. Eso es muy yanqui; en Florida les gusta el aire acondicionado más que a un cochino un charco. Mina se pregunta si la obsesión de Nanda por tener todos los salones a temperatura ártica será para poder sacar partido a los chales de *shahtoosh*[1] que su tía se pone a todas horas. Ella pensaba que esos chales que se hacen con los pelos de la barba de una cabra del Himalaya en peligro de extinción estaban prohibidos. Igual ha sido tía Nanda, con la cantidad que tiene, en todos los colores, la que ha llevado a las pobres cabras a su fin. La fernandina perfección abruma a Mina, que preferiría que Nanda se «soltara un poco el pelo».

Entre que no encuentra a Mijáil por ningún sitio y que su inspección del entorno no ha hecho nada por apaciguar su ansiedad, ha decidido bajar a la playa. Mina necesita un poco de caótica naturaleza salvaje como contrapunto a tanto artificio impecable. Y el ruido del mar, el vaivén de las olas, la calma y acompasa su corazón como el metrónomo a un pianista.

La playa está desierta. Es mayo y no hace tiempo aún para bañarse, aunque ve un niño a lo lejos, entrando y saliendo del agua, aterido de frío, pero saltando olas entre risas, mientras a lo lejos le mira una señora mayor. Le recuerda a Jaime de pequeño, cuando ambos eran niños y sus madres los despachaban a la playa, sin hacer caso de la meteorología, en cuanto salía el primer rayo de sol.

Días enteros buscando cangrejos entre las rocas, surfeando olas, comiendo barquillo manchado de arena, jugando a las palas en jersey de cuello vuelto y traje de baño. Al llegar al final de la playa Mina resiste la tentación de meterse entre las rocas y pasar la tarde buscando cangrejos. No puede. Fernanda los ha citado para el aperitivo a la una y media y se le ha hecho tarde, distraída por su playa y su mar Cantábrico.

En el camino de vuelta es imposible no admirar la Torre, encima de su acantilado, ejerciendo de vigía sobre la bahía. Es la única imagen de ella que Mina tenía. Desde lo lejos, desde la playa. Desde ahí no se ve el foso (que ha resultado no ser un foso) que su padre describía, ni la terraza de piedra a la que dan las ventanas del salón. Sí las dos torres, una a cada lado, cubiertas de hiedra como ella recordaba, escondiendo la posible fealdad de unas incongruentes almenas. Recordar que ese era el paraíso que tanto amó su padre y la añoranza de su niñez con Jaime en la playa le han puesto nostálgica. Mientras la observa, Mina se pregunta, más allá del dinero para el hospital, ¿quiere ella que la Torre sea suya? No, no lo quiere. Le bastan las memorias, le abruma su perfección. Pero sí quiere el dinero. Con todas sus fuerzas. Para continuar otra obra de su padre que sí tiene anudada al corazón. Su sitio está en África, y es consciente de que ese sitio no existe si esto no sale bien.

Mijáil. Depende de él. ¿Cómo se desenvolverá aquí? Mina confía en Pantaleón, pero el reto es difícil. La convivencia continua no permite ni medio error, cualquier incongruencia los delatará. ¿Estará el ruso a la altura? Por ahora lo está haciendo bien, pero su evidente confianza en sí mismo la tranquiliza —parece que está seguro de lo que hace— y la intranquiliza a la vez. ¿No se estará confiando en exceso?

Lo del beso de ayer. Tiene razón él en que era la única solución. De besos no habían hablado (¿¡Cómo es que no lo habían hablado!?) y fue respetuoso al no imponérselo e inteligente a la vez, quién sabe cómo hubiera reaccionado ella al primer beso del guardés desconocido bajo el escrutinio de seis pares de ojos fijándose en cada detalle. Un momento: ¿Ha dicho «primer beso»? ¿Tiene ella pensado que haya más?

Mina es tímida, a su pesar, y reconoce que el ruso la cohíbe un poco. Es tan callado, tan hermético. Y tan guapo el muy cabrón. Que debe de ser ese el problema porque, siendo honesta, Mina sabe que un Quasimodo hermético y callado no la hubiera intimidado igual.

Sabe que ella le cae mal. Hay veces, cuando están solos, que él no se esfuerza en disimular un contenido desprecio. ¿Contenido? No, solo medio contenido. A ella le molesta, claro está. Y le parece injusto porque no ha hecho nada para merecerlo. Lo del perro fue una tontería. Ella es perfectamente aceptable. Inteligente, agradable, ingeniosa. Y esa misma mañana, al mirarse en el espejo del cuarto de baño, se ha visto incluso muy mona. Como todos, tiene días, pero allí, con la luz del Cantábrico y su *trousseau* pantaleónico, se ha encontrado muy favorecida. ¿Por qué tanta animadversión?

Pues porque da igual que el jersey azul marino le favorezca, que los pantalones blancos le sienten bien. Ya podría ser una Bella Hadid aderezada con el ingenio de un Bernard Shaw que daría igual. Él ve a una estafadora mentirosa que le obliga a participar en una farsa por dinero. Y se ve que no soporta ni mirarla.

«Y a mí, ¿qué me importa si me mira o no?», se dice. «Céntrate, Guillermina, hija, que estás dispersísima. Para fingir no hace falta que le gustes, solo que lo parezca. Qué bobadas son estas; da igual si no le caes bien, lo importante es que finja que sí». Y se da cuenta

de que también ella debe hacerlo, esforzarse por ser más dulce y cariñosa en público, en vez de quedarse pasmada, cada vez que él se acerca, como un cervatillo deslumbrado por los faros de un coche.

Mina se sacude la arena de los pies y se pone los zapatos. Al llegar a la puerta de hierro donde terminan las escaleras y empieza el jardín, divisa a todos ya agrupados en la terraza. Al borde está Mijáil, que parece que busca a alguien. ¿A ella?

—¿Dónde estabas? —susurra Mina al llegar a él.

—Inspeccionando —dice él por toda respuesta—. ¿Y tú? Yo también te he buscado.

—Fui a dar un paseo a la playa —le informa Mina, atusándose el pelo alborotado por el viento— y lo he pasado en grande. Me han dado ganas hasta de bañarme. Mañana tienes que venir conmigo —añade una sonrisa tras su nueva resolución de ser simpática—. La playa me trae muchos recuerdos de nuestros veranos aquí, en Todaria, con Jaime y nuestras madres. La casita de mis abuelos maternos no era como esta, claro, pero son los mismos olores, el mismo mar.

Mijáil la mira fijamente y bajo esa mirada tan fija, como siempre que se pone nerviosa, Mina se lanza a parlotear.

—Los olores son unos increíbles tiradores de la memoria, ¿no te parece? Son como un portal mágico que te transporta de golpe a otra dimensión temporal... Estos olores me han llevado a mi infancia. Jaime y yo íbamos a la playa por la mañana, aunque estuviera nublado, y nos bañábamos en el mar hasta estar morados y ateridos de frío. Hoy había un niño bañándose que me ha recordado a Jaime. ¡Igual de delgadurrio y helado de frío que él de pequeño!

—¿No había nadie más?

—¿Dónde?

—En la playa.

—No, nadie. Solo el niño. Bueno, y una señora mayor vigilándole a lo lejos. Creo que era su abuela. ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada —dice Mijáil—. Vamos, hablemos con los otros.

Y, sin más, tomándola por el codo, la lleva hacia el grupo donde están los demás. Al acercarse, Mina ve que todos parecen serios.

—¿De qué habláis? —pregunta ella.

—De las noticias —responde Raimundo—; le contaba a Gonzalo que he estado leyendo los periódicos esta mañana mientras esperaba una *conference call* que se ha retrasado. Terrible lo del terremoto en Colombia, pobre gente. Y las elecciones en Gran Bretaña, que parece que están cada vez más reñidas. ¡Ah!, y el vídeo que han publicado de ese pobre opositor ruso encarcelado. Es increíble que Voronin —dice, citando el nombre del presidente ruso— haya conseguido eliminar o encarcelar a todos sus opositores sin que nadie haga nada. Aunque ahora parece que la última leva para la guerra de Ucrania ha levantado ampollas. Hasta se habla de una revuelta. En fin, noticias mundiales deprimentes. Ah, por cierto, hay un artículo sobre los novelistas románticos del momento, y salías mencionada tú, Mina, o mejor dicho Nancy Fox —dice dándole una palmadita en la espalda—. ¡Enhorabuena! ¿Cómo va la producción?

¿Raimundo también sabe que ella es Nancy Fox? ¿De qué sirve tener un pseudónimo si todo el mundo sabe que los bodrios esos los escribe ella?

—*Luna nueva en el harén* —cuenta Mina levantando las cejas y haciendo una mueca burlona— va viento en popa. Supongo que Nancy Fox no escribirá mucho los días que estemos aquí, pero, aun así, espero tener el primer borrador terminado en un mes. ¿Qué tal tú, Gonzalo, qué tal el golf? —Mina cambia de tema. No le gusta en exceso hablar de sus libros.

—¡Espléndido! —responde Gonzalo—. He logrado jugar dieciocho hoyos. He jugado solo, así que he ido muy rápido. El campo está estupendo. Toda esta lluvia ayuda.

—Gonzalo se empeña en jugar con la bolsa de palos al hombro —dice Fran—. No quiere *buggy* ni carrito. Se cree que aún tiene veinte años. Como siga así le va a dar una hernia fiscal.

—Queridos, a comer —interrumpe Mariana.

Obedientes, todos se dirigen hacia el comedor.

—No, no —corrige Mariana—, al invernadero. Hace tan buen tiempo que hoy Nanda ha pedido que pongan la mesa ahí.

Al entrar en el invernadero, Fran suelta un «oohhh» involuntario.

Entre orquídeas, amarilis y dalias aparece una mesa redonda, con un impecable y almidonado mantel blanco, que destaca sobre el fondo de árboles frutales y kentias que pueblan el invernadero. Encima de la mesa, unas macetas viejas de terracota llenas de *pelargonium* en todos los tamaños. Cubiertos, platos de pan y jarras de plata, y unos bellísimos platos con dibujos de flores, hojas y con unos simpáticos bichitos y mariposas pintados junto a ellas. Copas verdes y moradas lucen como esmeraldas y amatistas brillantes. Se oye el ruido de una fuente y el cantar de unos jilgueros. Mariposas, como las pintadas en los platos, revolotean alrededor.

Mina está boquiabierta. No es la única.

—¡Qué copas, tía Nanda! ¿Son cristal de Urano, verdad? —admira Fran.

Fernanda, conteniendo una sonrisa, confirma que son, efectivamente, de Murano.

—Tía Nanda, ¡hoy te has salido! —la felicita Gonzalo admirando la puesta en escena—. Esta mesa es un espectáculo.

Tía Nanda sonríe satisfecha.

—Me alegro de que te guste, Gonzalo. Y que valores una mesa bien puesta. Ven, siéntate hoy a mi derecha —dispone Fernanda otorgándole el preciado sitio de honor con tanta ufanidad que parece que le estuviera concediendo un puesto de caballero a la mesa redonda del rey Arturo.

Carolina está que echa humo. Qué listo Gonzalo, acordarse de que a tía Nanda le gustan los platos. Carolina intenta subirse al carro.

—¿Qué platos son estos, tía Nanda? No creo haberlos visto nunca.

—No, no creo que lo hayas hecho —responde Fernanda y no dice nada más.

—Chelsea, ¿no es así? —aventura Mijáil ante el asombro de Mina —. ¿No es la colección basada en los dibujos botánicos encargados por sir Hans Sloane[2] ?

«Verdaderamente, Pantaleón es un genio —se dice Mina—. ¿Hasta ese punto de erudición han llegado?».

—Así es, Mijáil —confirma Fernanda sonriendo. Y como una reina que dispensa favores anuncia—: Siéntate tú a mi izquierda y cuéntame cómo conoces tú los platos Chelsea de sir Hans Sloane.

Mijáil se coloca a su izquierda.

—Creo que los vi una vez en un museo —contesta simplemente—. No hay más misterio.

—¿Estamos comiendo en platos de museo, tía Nanda? —pregunta Carolina, aún insistiendo en dorarle la píldora.

—Supongo que sí. Estos platos son loza inglesa —aclara Fernanda —, lo que significa que es frágil y se rompe fácilmente. Por eso no quedan muchos como estos, los originales son del siglo XVIII. Vi algunos hace mucho tiempo en Castle Howard, en casa del conde de Carlisle[3] . George —relata, refiriéndose al entonces conde de Carlisle — tenía una colección estupenda. Me gustaron muchísimo cuando los vi y, meses después, Thomas me regaló estos. Es probablemente

el regalo suyo que más ilusión me hizo. Porque es posiblemente el único al que dedicó más de dos minutos de pensamiento... Y eso me lleva a vuestra segunda prueba.

Todos aguardan expectantes.

—Esta vez —continúa tía Nanda—, voy a poner a trabajar a los señores. Carolina, Franziska y Mina, vosotras no tenéis que hacer nada; serán vuestros maridos quienes tendrán que devanarse los sesos y pensar en ofreceros el regalo que más ilusión os haga. En esta ocasión pongo a prueba no solo vuestra imaginación, sino también el conocimiento de los deseos de vuestras consortes. Para ello —se dirige a los hombres— os doy cuatro días. Tiempo prudencial. El jueves, en presencia de Mariana y mía, entregareis a vuestras mujeres los regalos que para ellas habéis pensado. Aquellos que creáis que colmarán plenamente sus anhelos.

—¡Qué genialidad! —aplaude Fran—. Tía Nanda, ¡los has dejado de una piedra!

A Raimundo, Gonzalo y Mijáil la idea no les parece tan genial.

—Y el miércoles de la semana siguiente daremos un baile. De largo, por supuesto. Os lo digo con tiempo para que mandéis enviar vuestros trajes y esmóquines. La Torre lucirá tan hermosa como en sus viejos tiempos. Invitaremos a todo el mundo, quiero que la vean como está ahora, y, por supuesto, que os conozcan.

Mijáil palidece.

—Fernanda, en ese baile ¿habrá prensa?

—¿Prensa? ¿Por quién me tomas, Mijáil? Una verdadera señora solo aparece en los papeles tres veces en su vida: cuando nace, cuando se casa y cuando muere. En mi casa jamás entrará nunca un periodista.

Mijáil parece quedarse satisfecho con la respuesta.

—Está bien. Nunca he estado en un baile de verdad. Será divertido.

—¿Nunca? —se asombra Fran. En su casa se suceden varios todos los inviernos, explica. Invitan siempre «a la flor innata».

Mijáil se ha dado cuenta de que quizás ha metido la pata. Chirría que ese aristocrático marido de Mina, que parece un duque inglés por arte de Pantaleón, no haya estado jamás en una fiesta de largo. Pero no dice más. Tampoco hace falta, porque Carolina y Fran, de seguido, tras ponerse a enumerar todos los bailes a los que han acudido, discuten animadamente la historia de una princesa italiana que los frecuentaba con ellas.

—¡Lavinia! ¡Claro que me acuerdo! ¿Qué habrá sido de ella?

—Hizo una terrible *mésalliance*[4] , ¿recuerdas? —le dice Fran a su cuñada—. Se casó con el hijo pequeño de un conde de la rama cadete de los La Rochefoucauld.

Mina se acuerda de la historia. Se la contó con pelos y señales Pantaleón.

—Creo recordar que el conde de la rama cadete era un cañonazo —interviene.

—Sí —reconoce Fran—, ¡pero Lavinia tuvo que renunciar a sus derechos dinásticos!

—¡Derechos dinásticos! —exclama Raimundo—. ¡Lo vuestro me mata! ¡Derechos dinásticos! Sobre un bajo interior de 50 metros, las joyas de hojalata que quedan tras haber empeñado las buenas y el derecho a reinar sobre un secarral que, como reino, dejó de existir mucho antes de la Primera Cruzada. Grandísima renuncia la suya. ¡Hasta yo me quedo con el conde buenorro!

Mijáil se echa a reír.

—*A man after my own heart!* —dice aplaudiendo a Raimundo—. Nos perdemos en muchas nimiedades, ¿no creéis? En cosas no

verdaderamente importantes.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Mariana.

—Que nos fijamos en títulos y dinero, sin recordar por qué le dieron el uno o cómo consiguió el otro. Nos perdemos en lo lustroso, en las formas, y olvidamos el fondo. Hemos descuidado todas las grandes causas. Hablamos de derechos y no de obligaciones. De matrimonios que solo son buenos sobre el papel. Apellidos, dinero. Formas. Amores absurdos a las cosas perecederas y tradiciones trasnochadas. Ahora se exalta una egoísta forma de amor humano, con todas sus inconstancias y fragilidades, y se ridiculiza el amor a las grandes causas: la justicia, la patria, la dignidad, la libertad, Dios... Y nuestros dirigentes han copiado de las clases altas esa obsesión por la forma, el vocabulario de lo correcto y lo que no. Que si dices bañador o traje de baño. Que si piso o solución habitacional. Que si ella o elle. La guinda del pastel. Todos hemos olvidado el fondo de la cuestión. Nos perdemos en el lenguaje, en las apariencias, en las convenciones sociales... Llamamos educación a tonterías, y luego no damos la vida por nada.

Se hace un silencio. Nadie sabe qué contestar a esa perorata. Mina no da crédito. ¿De verdad se ha sentado aquí y les ha reprendido a todos con un sermón? ¡La autoestima de ese hombre no tiene límites! ¿De verdad cree que la forma de congraciarse con todos es reprocharles su modo de vida tras conocerlos un cuarto de hora? Y encima, Mijáil tiene la audacia de añadir:

—¿No estás de acuerdo, Nanda?

Mina cierra los ojos. «Le va a fulminar», piensa. Pero, gracias a Dios, es tía Mariana la que contesta.

—Yo no estoy de acuerdo, Mijáil. Creo que quizás eres tú el que, esta vez, se ha quedado en la superficie —y sonríe para dulcificar la reconvención—. La buena educación, las formas, no son elegir un

tenedor u otro, lo que yo creo que hacen es educar en sensibilidad. Sirven para aprender a hacer la vida más amable al otro. Para ponerse en su lugar e intentar ser agradable. Hay un *bon mot* que dice que los ingleses inventaron la educación para hacer que todo el mundo se sintiera cómodo y los franceses inventaron el protocolo para que todo el mundo se sintiera incómodo. Me temo, Mijáil —y vuelve a sonreír dulcemente, mirándole de frente—, que quizás tu visión de la educación sea más francesa que inglesa. La verdadera educación tiene más de sacrificio que de pantomima.

Nadie dice nada y, de repente, Nanda, que no está acostumbrada a que un extraño le dé lecciones en su casa, declara:

—Me he quedado sin ganas de postre; si os parece, pasemos a la terraza para el café —y dejando la servilleta sobre la mesa, se levanta.

Todos salen del invernadero, pero antes de que él lo haga, Mina agarra del brazo a Mijáil.

—Precioso tu discurso sobre grandes valores —le dice—. Te habría quedado aún mejor si no te hubieras casado conmigo por dinero.

Él la mira fríamente.

—Es que yo no me he casado contigo por dinero.

—¿Ah, no? Y los cincuenta mil que pactaste con Jaime, por presentarte aquí haciendo de gigoló, ¿qué son?

—¿Gigoló? —replica Mijáil, alzando una ceja—. A mí nadie me habló de sexo. Si hay sexo de por medio, entonces la tarifa se duplica. —Y tras mirarla de arriba abajo, añade—: Perdón, se triplica.

Y dándose la vuelta deja a Mina plantada en el invernadero, bramando de furia en su interior.

Lo que hacen las diosas en el Olimpo

Nanda ha aprendido a ser hermética. Nunca una palabra de más. Jamás mostrar emociones.

Ha convertido esa impenetrabilidad en su religión. El hermetismo fue su tabla de salvación, su manual de resistencia, en los años de Palm Beach. Nunca mostrar a Thomas que algo le molestaba, para no dar pistas de sus debilidades. Nunca mostrar tampoco que algo le agradaba, para no hacerse vulnerable. «Frialdad, Nanda, frialdad. ¿No dice que soy una diosa? —pensaba—, pues debo actuar como una».

Nanda, a sus dieciocho años, se sabía diosa. Era un ser bendecido por los hados con la inusual combinación de belleza e inteligencia. Pero era, además, una superviviente. Fue expulsada de su particular paraíso terrenal por sus propios padres: por aquellos a quienes más quería, en quienes más confiaba. El corazón de Nanda se pulverizó irremediablemente por dentro. Y, cuando dejó de llorar por ello, resolvió no volver a querer, no volver a confiar. En nadie.

Existen corazones rotos que, como los huesos partidos, se recomponen con el paso del tiempo. El de Fernanda no. La culpable fue ella misma, que hizo del hermetismo y la frialdad su religión. Y en todo lo que se proponía, Nanda, con su férrea fuerza de voluntad, era perfecta. También en eso.

Tuvo amigas, claro que sí. Escuchó sus confidencias y repartió consejos. Ella nunca compartió sus pensamientos. ¿Confidencias? ¿Secretos que no quieres que se conozcan? Nanda se los guardaba

todos. Solo revelaba lo que falsamente podía pasar por tal, para que sus amigas se sintieran a gusto. «No comparte quien no recibe», eso Nanda lo sabía, así que contaba alguna que otra cosa tonta. Migajas. Limosnas. Cosas que, a ella, en realidad, no le importaba mucho que se supieran. Pequeñas confesiones tácticas, destinadas a crear en el receptor una sensación de intimidad que no existía. Nanda no entendía por qué la gente se exponía de ese modo. ¿Confiar en alguien? ¿Dar a otro la herramienta con la que puede herirte? No, muchas gracias.

Nanda, la diosa traicionada, valoraba la lealtad por encima de todo. En su vida, la única pura y probada: la de Mariana. En su hermana confiaba como en sí misma. Mariana sabía. Sabía sin necesidad de contarle nada. Y Mariana había sido leal. Era una *rara avis*, Mariana: su existencia, el único bálsamo de la de Nanda.

Fernanda solo confiaba en Mariana. Aun así, tampoco le contaba muchas cosas. Quizás la escandalizaría. Mariana era un espíritu puro, no necesitaba saber de las cosas que las diosas heridas y frías hacen en la oscuridad del Olimpo.

Las amantes de Thomas. Al principio, ella nada sabía y nadie parecía atreverse a decírselo. Mariana sí lo hizo. Y Nanda la quiso aún más por la valentía de hacerlo. Gracias a Dios, Thomas no se enamoró de ninguna. Eso habría sido una tragedia. Y una aún mayor que le hubieran colado un falso hijo. Nanda quería hasta el último dólar de la fortuna de Thomas. Eran suyos. ¿No los había pagado ella con cada día de su vida, con cada mes de juventud, con cada año transcurrido al lado de ese patán? ¿Divorciarse? Pero ¡en qué cabeza cabe! Ella había dado su palabra ante Dios, y las palabras se cumplen. Su sentido del deber, solo equiparable al de un marine americano, no le permitía tirar la toalla.

Y al principio, también, pasear altiva su desgracia por delante de sus padres le servía de consuelo y venganza. Sabía que ellos sabían. Cabeza alta, sonrisa fría cuando los recibía en Palm Beach. Que vieran lo rica que era, que vieran lo infeliz que tenía que ser, que la observaran cumpliendo con dignidad la cadena perpetua a la que la habían condenado.

Así que las primeras amantes la pillaron de sorpresa. Pero las siguientes las suministró ella. Hay que asumir el control de la situación. En secreto, por supuesto. Había aprendido a detectar ese gesto de la boca que hacía Thomas cuando estaba inquieto. Ese mal humor que aparecía cuando necesitaba lo que no tenía, un buen polvo. Y cuando lo detectaba, gracias a su incondicional Fidel, y a través de su fidelísimo abogado, Nanda llegaba a un arreglo con la camarera o repartidora de turno. Ella y Fidel se encargaban de que aparecieran y también de pagarles para que desaparecieran, previo leonino acuerdo de confidencialidad, debidamente firmado. El carrusel de camareras y esteticienes beneficiaba a Nanda, o al menos eso pensaba ella. Se aseguraba de que ninguna durara lo suficiente. Y, sobre todo, se garantizaba que ninguna fuera de su misma clase social, todo menos toparse con ella en una cena o un cóctel. Humillaciones, las justas. Su misión la tenía clara: Thomas no debía enamorarse, Thomas no debía tener un hijo. Ni siquiera adoptado. Nada que pusiera en peligro el derecho a la totalidad de una fortuna que Nanda creía suya. Era irónico. Thomas creía poseerla a ella, pero era ella quien poseía a Thomas. Era más lista. Y más perseverante: Nanda nunca bajaba la guardia. La venganza es un incentivo muy poderoso, y esta había anidado en el corazón de Fernanda, haciéndolo suyo y pudriéndolo por dentro.

Su incapacidad para perdonar emponzoñó casi setenta años de su vida. Su obsesión era la perfección, en su frialdad y en su cuerpo, al

que trataba como lo que era: el templo donde residía la diosa. Nadaba una hora todas las mañanas y todas las tardes. Montaba a caballo. Paseaba. Eso y los masajes, tratamientos, vitaminas y visitas dos veces al año a una clínica suiza, que hacía cosas incomprensibles con placentas de corderos, lograron que Nanda se mantuviera con aspecto joven hasta muy avanzada edad. Necesitaba estar perfecta: para que su presencia siguiera encandilando a Thomas y, sobre todo, para sobrevivir a Thomas. Para ella, espinacas cocidas y pescado; para Thomas, salsas francesas con mantequilla y chuletón. «Alimentemos esas arterias», pensaba. Para ella, kilómetros a nado; para Thomas, golf y noche de póker, puros y *whisky* con los amigos. Fernanda se convirtió en una facilitadora de todos los vicios de su marido. Los suyos eran los tratamientos con luz pulsada, las inyecciones de nutrientes y vitaminas, los masajes. Ni un pinchazo de relleno, eso sí, Nanda no creía en eso. Cuando fue necesario, Nanda viajó a Brasil, se puso en manos de Ivo Pitanguy, y volvió igual, pero con veinte años menos. Pero nada de labios de pato y cejas de *Star Trek*.

Ella era perfecta, su casa era perfecta, sus cenas eran perfectas; sus jardines eran perfectos. Y la Torre... ¡ay, la Torre! Torre Vicuña era la kriptonita de Fernanda. Su único punto débil. Fernanda guardaba los recuerdos de las vistas a ese mar bravío, el olor de la hierba mojada tras la lluvia, el sabor de las fresas silvestres y la memoria del tiempo en el que fue feliz encerrados en su interior tras una puerta con siete candados que nunca quería abrir. La nostalgia de cuando fue joven y dichosa. Tan llena de esperanza, con toda la vida por delante. Cómo dolía eso ahora. El anhelo de lo que pudo ser y no fue era una herida abierta por la que Fernanda se desangraba. No debía abrir la puerta. Tenía miedo de lo que podría suceder en ella si lo hiciera.

Amaba la Torre casi tanto como lo hicieron sus padres. ¿No era acaso ella quien se había sacrificado por salvarla? Fernanda oscilaba en su cabeza entre creerse Juana de Arco heroína salvífica o Juana de Arco víctima propiciatoria. Prefería el papel de heroína, que le gustaba más y se alineaba mejor con su ego, pero, sin embargo, actuaba como víctima, porque solo si se es víctima busca uno venganza; las heroínas nada tienen de lo que vengarse, solo de lo que enorgullecerse. Fernanda nunca fue consciente de esa contradicción interior, de la que surgió su única otra contradicción exterior: mimar la Torre y detestarla al mismo tiempo.

Tras la muerte de sus padres —a cuyos funerales no asistió—, comenzó su particular misión: convertir la Torre en su *opus magnum.* Hasta entonces se había conformado con enviar el dinero suficiente para su correcto mantenimiento. Lo estipulado, su parte del trato. Pero ni un céntimo más. Cuando sus padres dejaron de existir, Fernanda compró a Mariana su parte de la Torre y, sin prisa, pero sin pausa, empezó una meticulosa restauración primero, y un meditado embellecimiento después. La mejoró, la engalanó y la llenó de tesoros. Lo mejor y más exquisito que el dinero y la paciencia pudieran hallar. Y durante años dedicó a su inmobiliaria hija todo su esfuerzo y tiempo libre. La chimenea de Amboise, el Fra Angelico de la capilla, el escritorio de María Antonieta, las mejores telas, los mejores cuadros. Mariana era su brazo ejecutor. Ella, Fernanda, imaginó la Torre, rediviva, mejorada, espléndida, en su cabeza. Pero nunca quiso ver una foto, nunca tampoco poner un pie ahí. Tenía miedo de que eso abriera los siete candados de esa puerta que encerraba, revueltos y atormentados, sus recuerdos. Su amor genuino por la Torre, ese que corría en la sangre de todo Vicuña, la empujó a esta paradójica imbecilidad: amar y negar la Torre a la vez.

Y cuando Thomas murió y se quedó ya sin objeto de su venganza, sin prisionero apresado a quien empachar de perfección, Nanda volvió a pensar en la Torre. Thomas ya no estaba, el posible derrumbe tras abrir los siete candados ya no podía perjudicarla de ningún modo. Podía, ahora, arriesgarse a perder frialdad, rumbo y compostura. Ya no había a nadie a quien vencer y era posible permitirse, ¡al fin!, ser débil. Así que Fernanda pensó que por fin podía regresar a su amada Torre. Y de ese pensamiento vino todo lo demás, la charada absurda y necesaria que había puesto en marcha y que ahora veía desarrollarse delante de sus ojos. Todo por culpa de su propia mortalidad.

Ochenta y cuatro años. Se había dado cuenta de golpe. ¡Ochenta y cuatro, Dios mío! ¿Cómo era posible que hubiera pasado tanto tiempo sin que ella se diera casi cuenta? Ochenta y cuatro: todos ellos por detrás. Y por delante, ¿cuántos? Su salud era envidiable, su aspecto físico también, pero ochenta y cuatro eran ochenta y cuatro. No era eterna. Fernanda había hecho un cálculo rápido. ¿Trece? Con suerte y a lo sumo. Y de ellos: ¿cuántos en buen estado físico y mental? Imposible hacer una estimación fiable. ¿Trece? Pues, si eran trece, los trece allí, en su Valhalla, su paraíso perdido al que retornar. Fernanda recuerda haber sentido un calorcito dentro al pensar en ello, en volver. «¡Por fin, por fin, por fin!», pensó en su interior, y cerró los ojos. Y, de pronto, recuerda haberlos abierto de golpe:

Y luego, ¿qué? Trece, ¿y qué? O siete, o cuatro, o dos... Dos, ¿y qué?

Pánico. Pero ¡cómo no lo había pensado antes! Tenía los ojos tan fijos en la meta que no había pensado más allá de ella. La Torre tras ella. La Torre tras Mariana. ¿Qué sucedería entonces? ¿Un parque municipal? ¿Un hotel? ¿Un museo? ¿La decrepitud? Fernanda se

estremecía solo de pensarlo. Y tuvo una idea. A medio formar en su cabeza, pero una idea. Y llamó a su abogado. Recuerda su asombro. Y la conversación y la planificación posterior. Ahora su plan estaba en marcha. El resultado de todo aquello era lo que se desarrollaba en su casa en estos días. Su pequeño teatrillo de actores *amateurs*: Carolina, Gonzalo, Mina. Raimundo, Fran, Mijáil...

Piensa en ellos.

Carolina. No le gustaba, pero era indudable que tenía lo que hacía falta para poseer y defender la Torre. Pero, claro, ese marido... ¿Gonzalo? Un insensato divertido. A él le duraría la Torre diez minutos. Si no fuera por Fran. Fran entendía. ¿Y Mina? A esa niña no era capaz de comprenderla bien. ¿Y el ruso? ¿La complementaba o la perjudicaba? Fernanda ni siquiera le había tenido en cuenta hasta hoy. Ese discurso tan poco meditado y tan poco diplomático. Totalmente *maladroit* eso de cortar una conversación ligera y agradable con una perorata moral sobre cosas tan serias. Qué poco mundo. Qué torpeza. Pero tenía razón. ¿Y no era ese espíritu incauto y desinteresado acaso lo que Nanda buscaba? ¿No era precisamente la franqueza de un vehemente y nada calculador alegato como ese lo que revelaba una persona decente y desinteresada? ¿O, por el contrario, estaba todo medido para dar esa sensación? Carolina, Gonzalo, Mina. Raimundo, Fran, Mijáil. Todos piezas de esa partida de ajedrez que tan entretenida encontraba la Fernanda de Palm Beach y que ahora desasosegaba a la Nanda de Torre Vicuña.

¿Por qué? Pues porque, en la Torre, ella era distinta. Pasaba la mano por la barandilla de la escalera y, a través de los dedos, una sensación olvidada le llegaba al corazón. Calor de hogar. Nostalgia. Gestos de Gonzalo que le recordaban a los de su padre. El olor de un armario al ser abierto tras muchos años. La sonrisa franca de

Mariana al darle los buenos días cada mañana. Cosas cálidas que funden el hielo de una diosa gélida.

¿Se derretía el permafrost?

La fila de Marco Aurelios[1]

«No le soporto, no le soporto, ¡no le soporto!», aulla de ira Mina en su interior. Le arden las mejillas de rabia cuando sale del invernadero tras el humillante desprecio del insufriblemente soberbio ruso. ¡Triplicar! ¡Triplicar, dice! Y mirándola como se mira al chicle que se te ha pegado en la suela del zapato. Pero ¿de qué va? Ella había resuelto ser amable. Y lo ha sido, ¿no es así? Pero es imposible serlo con ese perdonavidas arrogante.

Decide evitarle todo lo que pueda. Al menos hasta que se le pase el enfado y sea capaz de controlarse. Sube sigilosamente al cuarto que comparten y, tras comprobar que él no está, coge un libro y un bikini y se dispone a pasar la tarde atrincherada en la piscina, lejos de ese gilipollas, hasta que disipe un poco la nube negra de su cabreo.

La piscina está al fondo del jardín, cerca del acantilado que da al mar, a unos cincuenta metros a la izquierda de las escaleras que bajan a la playa. Mina se cambia en la caseta de la piscina, y coge una de las múltiples toallas a rayas amarillas y blancas que están perfectamente dobladas y apiladas en el vestuario. Toallas a rayas amarillas y blancas. Como las del hotel Il Pellicano, en Porto Ercole, cuya piscina fue tantas veces fotografiada por Slim Aarons. ¿Será por eso por lo que las ha elegido tía Nanda? Mina nunca ha estado en ese icónico hotel que ha sido elevado a lugar de peregrinación por los yanquis, tan mitómanos ellos. Pero le cuesta pensar que su

piscina sea mejor que la de la Torre. Una de las ventajas de la de la Torre es que finge no ser piscina, sino una alberca excavada sobre roca. Pantaleón le ha contagiado su aversión a las piscinas tradicionales de gresite azul y su predilección por lo que él, como una Fran cualquiera, llama «ambercas».

Al frente de esta gran «amberca» alargada, de formas redondeadas, hay una construcción blanca, con forma de templete corintio. Completo: con su cornisa, tímpano y frontón, y sus seis columnas. El templete alberga, en sus laterales, dos puertas a sendos vestuarios, uno a cada lado. A la derecha, en el lado del mar: señoras; izquierda: señores. En el interior, que sirve de porche, hay una chimenea central con un sofá blanco a cada lado.

En un lateral de la alberca, a la izquierda del templete, la piscina está rodeada de una planicie de césped de unos tres metros, con hamacas de madera oscura colocadas en fila, todas cubiertas de colchonetas blancas. Donde termina el césped comienza a elevarse una ladera con árboles. Al otro lado, el que da al mar, hay otra fila de las mismas hamacas y colchonetas, pero esta vez colocadas sobre un suelo de piedra caliza que llega hasta una balaustrada. La balaustrada marca el principio del acantilado que cae al mar. Está intercalada de pilastras coronadas por bustos de emperadores romanos. Nanda, la diosa, se ha hecho un templo a sí misma, ironiza Mina.

Hace buen tiempo y brilla el sol, pero la brisa del mar es fresca y Mina se acomoda en una de las hamacas de la izquierda, las resguardadas por la ladera de árboles, mirando, por encima del agua de la piscina, hacia el mar. Mina se alegra mucho de que no sea una de esas *infinity pools* que tanto vértigo le dan, pero la balaustrada de piedra con los bustos, a lo Villa Jovis de Tiberio, en Capri, también le molesta porque le tapa la línea del horizonte. En el

humor del que está, todo le molesta. «Los bustos quizás hasta son antiguos de verdad —se dice—. Tía Nanda es capaz de habérselos comprado a los mismísimos Museos Vaticanos para luego colocarlos en una piscina». Mina recuerda como en *La historia de San Michele*[2] *,* el libro de Axel Munthe sobre Capri, este cuenta que cuando llegó a la isla, a finales del siglo XIX, los campesinos al labrar sus huertas de vez en cuando encontraban un ánfora o un trozo de estatua que puntualmente tiraban al mar con un despectivo «*Roba di Timberio*!»; en dialecto: «¡Cosas de Tiberio!». Mina está de tan mala leche, tan tensa y tan cansada de la perfección fernandina que está a un tris de empujar toda la fila de Marco Aurelios al mar.

La colchoneta de la tumbona es de plumas y está tapizada de una finísima felpa blanca. ¡Cómo no! Dios libre a Fernanda de la vulgar gomaespuma, a dónde vamos a ir a parar. Cuando Mina regresa de ponerse el bikini en el vestuario de señoras (cesto de mimbre lleno de cremas; tanto de sol como hidratantes de La Mer, cepillos de pelo, secador Dyson, albornoces de algodón egipcio, la inevitable vela de olor), se encuentra una mesita blanca al lado de su hamaca con una bandeja de plata en donde reposa una jarra de limonada helada y un vaso. Nadie a la vista. ¿Tendrá tía Nanda unos camareros agazapados como los recogepelotas de Wimbledon, que salen disparados de sus madrigueras, jarra de limonada en mano, en cuanto bajas la vista un minuto? ¿Dónde estarán escondidos? ¿Los vestirá de camuflaje? Mina empieza a encontrar todo eso un poco ridículo.

Se coloca las gafas de sol y comienza a leer su libro. Normalmente, en esas circunstancias, elegiría una dosis de su veneno escapista favorito: una de esas naderías inglesas que compra en Amazon, al estilo de la serie de Julia Quinn, la creadora de los Bridgerton, que le sirven medio de inspiración, medio de

evasión y la ayudan a mantener las ondas cerebrales bien planas. Escapismo bibliográfico. Duques y condes ingleses y mucho frenesí en la Inglaterra de la Regencia. Té con pastas, paseos bajo sombrillas en Hyde Park y arranques de pasión que dejan las pelis porno en historias de carmelitas. Su padre las llamaba las novelas de los «duques cochinos». Pero no está ella para leer acerca de revolcones con arrogantes lores morenos e imponentes en castillos de la campiña. Ya está ella en su propio castillo de la campiña y no desea que el moreno imponente la haga temblar entre sus fornidos brazos, porque ella tiembla ya, pero de pura ira. Así que ha escogido *Cinco horas con Mario*, de Miguel Delibes, ese libro que nunca ha conseguido terminar, porque pasadas más de treinta páginas la sume en una profunda depresión que la incita a su abandono.

Tampoco esta vez consigue rebasar la meta volante de la página treinta y uno, pero, entre que el libro es de difícil digestión, ella acaba de comer y hace sol, nota como una somnolencia de sobremesa se apodera de ella. Así que baja el respaldo de su hamaca para ponerla plana, se tumba bocabajo y deja perezosamente que la modorra la venza. Cuando vuelve en sí, en un duermevela oye la voz de Carolina, y a lo lejos identifica la voz que contesta a su prima como la del objeto de sus iras. Mina no se mueve y, por supuesto, no abre los ojos. Pero nota un peso a los pies de su hamaca que hace que la colchoneta descienda. Escucha una voz que le dice con un afecto que ella sabe fingido:

—Mina, mi amor, te estás quemando la espalda, espera.

Y de repente percibe, sobresaltada, que alguien le deshace el nudo que sujeta su bikini a la espalda y unas manos se posan sobre esta. Mina resiste el instinto de incorporarse de golpe, meterle un derechazo en el ojo al ruso y de paso mostrar al mundo (y a él) lo que Mingote llamaría sus «turgentes pechos», y sintiéndose

absolutamente desguarnecida nota cómo unas manos llenas de crema toquetean su espalda. No es un masaje, son caricias. Pero caricias maquiavélicamente malvadas, destinadas a ponerla nerviosa. Mijáil deposita un beso en su hombro mientras sigue parloteando con Carolina y Mina continúa sin ser capaz de hablar, muda en una mezcla de furia y nerviosismo. Los dedos firmes y las manos grandes de Mijáil se mueven por su espalda, deshace el nudo del bikini en el cuello, y pasa las palmas sospechosamente cerca de los laterales donde comienzan los pechos de Mina. «¡No se atreverá!», piensa ella rígida. Y no se atreve, pero sus dedos pasan cerca las suficientes veces como para ponerla nerviosa. Él unta crema en la parte trasera de sus muslos, y desliza las manos por sus piernas. Mina es muy consciente de la presencia de Carolina. Y de las sensaciones que, sin querer, las manos de Mijáil generan en ella. Y del perverso juego de poder en el que se está entreteniendo su falso marido con este magreo gratis. Está segura de que es su forma de castigarla, indefensa ante el exceso de familiaridad, por lo de antes. Medio desnuda, obligatoriamente sumisa, a pesar de su enfado, a esa charada suya. Mina logra, por fin, sobreponerse lo suficiente como para seguir la farsa, e impedir que él descubra el poder que, muy a su pesar, parece tener sobre ella:

—¡Ay! Qué maravilla de masaje, sigue, por favor, mi vida. Creo que te has dejado un trozo detrás de la rodilla.

Por supuesto, en ese mismo momento, Mijáil se detiene y ella nota que vuelve a atarle las cintas de su bikini. En cuanto lo hace, Mina se da la vuelta de inmediato, y ahí está, sentado, con una sonrisa triunfadora y una mirada desafiante.

—Gracias por cuidar tan bien de mí —le dice Mina con falsa dulzura.

—Eso siempre. Os dejo con mi labor cumplida. He quedado para jugar al tenis con Gonzalo. Cuida esa piel, que te salen pecas.

Y lanzando un beso al aire se va. «Valiente hijo de puta está hecho el ruso ese —se dice Mina—. Primero nos juzga a todos, luego me juzga físicamente a mí y reclama unos ficticios ciento cincuenta mil euros por siquiera contemplar la idea de ponerme una mano encima, y luego va y me la pone, como si yo fuera de su propiedad, con ese chulesco desparpajo. ¡Como si tuviera derecho!».

Por el camino que baja de la Torre se acerca Nanda a la piscina para su sesión de nado vespertina. Mina la ve llegar y, antes de que Carolina diga nada, coge el libro, las gafas de sol y la toalla y decide retirarse a su cuarto aprovechando que él no estará. Su mal humor no ha mejorado.

—Suficiente sol por hoy —se despide Mina—. Nos vemos luego.

Camino de su cuarto suena su teléfono. Mina reconoce el número del padre Henry y se extraña. Hoy es martes. Las llamadas de Odo-Eguare son los miércoles. Frunce el ceño. ¿Habrá pasado algo?

CAROLINA IMPARTE INSTRUCCIONES

Carolina regresa de la piscina a las siete y media de la tarde y se encuentra con su marido en el descansillo que da al cuarto que comparten.

—Raimundo —susurra Carolina—. ¿Dónde están los M&M's?

—¿Chocolate? Y yo qué sé. La cómoda de nuestro cuarto es un falso minibar. Igual hay algunos ahí.

—No, idiota, M&M: Mina y Mijáil. ¿No te dije ayer que los llamaríamos así en clave? ¿Es que ya no me escuchas nunca?

—Procuro no hacerlo —dice Raimundo en voz baja.

Ambos entran en su cuarto. Carolina se deja caer en una butaca y suelta el pareo que la envuelve. Hay que reconocer, piensa Raimundo, que su mujer en bikini sigue estando buenísima. Se distrae momentáneamente admirándola.

—Hay que tener bien controlados a esos dos —prosigue Carolina —. La mosquita muerta tiene más peligro del que parece, te lo digo yo que la conozco desde el colegio. ¿Y qué me dices del pedazo de ruso que se ha traído? Desde luego no es el destripaterrones que yo esperaba. Los había descartado. Erróneamente, por lo que veo. No hay que perderlos de vista. Quiero que hables con él. Entérate de dónde ha salido.

—De la Madre Rusia —musita Raimundo mientras chequea los mensajes de su móvil.

—No sé si eres idiota o te lo haces. Entérate de qué parte de Rusia es, por qué habla español, en qué trabaja, qué hacía en

Nigeria cuando conoció a Mina. Dónde se casaron. Todo. Mañana te lo llevas aparte y averiguas todo eso. Y me lo cuentas. Antes de que te tomes un *whisky* y se te olvide. O mejor, lo grabas todo con el teléfono, así lo escucho luego yo.

—¡¿Qué lo grabe con el teléfono?!

—Hijo, ni que fuera tan difícil. Pones el teléfono grabando y te lo metes en el bolsillo. De toda la vida de Dios.

—Sabes que eso, además de estar muy feo, es ilegal, ¿verdad?

—Ilegal, ilegal... ¡Ni que lo fuera a presentar en un juicio!

Carolina se pone de pie y comienza a pasear de un lado al otro del cuarto.

«Tiene unas piernas alucinantes», piensa Raimundo.

—A Gonzalo la vieja le sentó ayer a su izquierda y hoy a su derecha, ¿te fijaste? —inquiere Carolina. Raimundo, que está distraído, no contesta.

—¡Que si te fijaste! —dice ella dándole un empujón.

—Sí —responde Raimundo, comprobando los mensajes de su móvil—, me fijé.

—Pues contesta cuando te hablo. No soporto esa manía tuya de no contestar. ¿Cómo sé si no que me has oído? Dos días seguidos vertiendo *sweet nothings* en los oídos de tía Nanda. Eso es más que suficiente para el zalamero de mi hermano. Un cuarto de hora más y la vieja se baja las braulias. A Gonzalo se le dan de miedo las mujeres y si tienen más de setenta, mejor aún. Se le derriten. No podemos permitir que le siga hablando.

—Y ¿qué hago?, ¿le corto la lengua con el cuchillo del postre? —pregunta Raimundo dejando por fin el móvil—. Van a convivir quince días bajo el mismo techo, Caro. Difícilmente puedes impedir que se hablen.

—Tienes razón —concede ella, que camina, nerviosa, de un lado al otro del cuarto—. Déjame pensar. Y abre las ventanas, que me voy a fumar un pitillo.

—¿Aquí? ¿En nuestro cuarto? Te pediría que, por favor, no lo hicieras.

—¿Y dónde quieres que me lo fume si no? Tengo que hacerlo a escondidas. Nanda viene del país donde ser fumador está el número tres en el *ranking* de los colectivos más odiados, solo por detrás de los pederastas y los asesinos en serie. Malditos yanquis hipócritas —musita encendiendo un Marlboro.

—Pues detrás de un arbusto en el jardín, Carolina, como se ha hecho toda la vida en los colegios, pero ¡no en el cuarto que compartimos y donde dormimos!

Ella le ignora.

—Calla, que no me dejas pensar —dice—; luego enciendes las dos velas de Diptyque esas y ya está. Gonzalo —continúa tras una calada —. Es obvio que tienes razón, no puedo impedir que le hable, lo que hay que hacer es lo contrario. Que le hable mucho. Pero mucho mucho. Mi hermano seduce a los diez minutos, pero harta a los veinticinco. Solo es peligroso durante los quince que dura su encanto. Luego enseguida te das cuenta de que es un vago insustancial, simpático, pero sin la más mínima hondura. Le he dado demasiada importancia —reflexiona dándole otra calada a su pitillo —; he olvidado que siempre se puede contar con Gonzalo para autosabotearse. Volvamos a los M&M's. La mosquita muerta y el ruso. ¿De dónde lo habrá sacado? Yo imaginaba un mafioso en chándal y riñonera y la tía nos ha traído a este Henry Cavill. ¿De dónde NARICES lo habrá sacado?

—De una fiesta en la embajada de España en Nigeria —contesta Raimundo, repitiendo la versión oficial.

—Ya, ya... Si hay rusos así en la embajada de Nigeria que me manden media docena.

—Carolina, que soy tu marido... —recuerda Raimundo.

—Ya, ya... —repite Carolina. Apaga su pitillo y lo tira por la ventana, escondiéndolo entre la hiedra—. Anda, llama a Bibi y pide que me planchen el traje para la cena. Me voy a dar una ducha. Y recuerda, mañana mismo te enteras de todo sobre el ruso. De todo. Ni *conference calls*, ni contratos, ni leches. Mañana mismo. Y enciende las velas.

Y con eso desaparece hacia el cuarto de baño.

Pax Romana

Mijáil y Mina se evitan durante el resto de la tarde. Ambos comprenden que su enfado mutuo no puede durar por el bien de su empresa, pero ninguno de los dos hace nada por arreglarlo. Mina sabe que en realidad Mijáil no ha dicho nada que ella no piense. Lo que discute es la sensatez de hacerlo cuando compiten por el favor de Nanda. Es bombardear innecesariamente su propia posición. Su enfado no tiene que ver con lo que él ha dicho, solo con la imprudencia de la perorata. Y luego, claro está, lo del insulto. Triplicar la tarifa, ha dicho el muy mastuerzo, alzando la nariz como si ella fuera un mal olor. Y luego va y se marca ese jueguecito de poder de la piscina, para añadir sal a la herida. Mina, inspirada por los Marco Aurelios, se dirige al salón, pensando en máximas estoicas que la ayuden a reconducir su enfado, cuando Gonzalo la intercepta y le pide hablar con ella en un aparte. Como tardan en aparecer, la cena se retrasa unos minutos, lo que irrita a la anfitriona, que acusa la llegada de los dos primos rezagados con expresión pétrea.

A pesar del mal comienzo, la cena transcurre sin sobresaltos, con la conversación dominada por Mariana y Fernanda, expertas ambas en el provechoso arte del inocuo *small talk*, que rellena vacíos con esa especie de contaminación acústica social de baja intensidad, que a nadie llena, pero a nadie molesta y hace que el tiempo transcurra sin más.

Gonzalo y Mijáil han disfrutado de su partido de tenis. Ha ganado Gonzalo. Fran cuenta que ha ido caminando al pueblo y ha

comprado unos jerséis para Max y Leo en la cofradía de marineros. Azul marino con tres botones en el hombro. «Una livianidad», proclama Fran. «Divinidad», traduce mentalmente Gonzalo.

Raimundo ha pasado la tarde trabajando. ¿Y Carolina? Ella también trabajando, ríe, pero en su caso en su bronceado, en la piscina.

Carolina ha echado la tarde allí, pero se ha largado de la piscina en cuanto Fernanda ha terminado de hacer sus largos vespertinos. No quiere quedarse a solas con la anciana. Hay algo en su mirada penetrante que la inquieta. Aún no la tiene calada y prefiere no hablar con ella hasta que perfeccione su estrategia. Normalmente aprovecharía cualquier oportunidad para dorarle la píldora. Ella, cuando quiere, es una aduladora profesional. Pero con la vieja se amilana. No como Gonzalo, que no parece tener problemas en hacerle la rosca. Pero ya no se inquieta. Que le den cuerda, que le den cuerda, él solito se ahorcará con ella. Raimundo, a la izquierda de Nanda, está concentrado en la *vichyssoise* y no habla. Qué cruz de marido. Muy señor y todo lo que quieras, pero es un pavisoso. Todo lo tiene que pensar ella. Y luego los de su despacho dicen que es un as. ¿As? Será del volante, porque su cacareada inteligencia no la ve ella en ninguna parte. ¿Qué hace que no aprovecha la oportunidad para charlotear con tía Nanda? «¡Huy! —piensa girando la mirada—, y al ruso ¿qué le pasa?». Mientras habla con Fran, lanza miradas torvas a su flamante mujercita. Y ella, que nunca ha sabido disimular nada, está que echa humo. «¿No le ha enseñado a fingir ese padrino suyo que parece el decano de la diplomacia vaticana? A ese sí que no se le mueve un pelo pase lo que pase. Pero la ahijadita tiene una cara que emite lo que piensa en subtítulos. ¿Se han peleado?». Carolina se fija en que no se dirigen la palabra. «Tate,

cuate, aquí hay tomate», se dice. Tormenta en el Valhalla matrimonial. Eso sí que son buenas noticias.

Antes de pasar al salón para el café, Mariana toma del brazo a Mijáil y se lo lleva aparte:

—Mijáil, querido, quería disculparme. No he querido molestarte antes. Te pido perdón si lo he hecho.

—¿Cuándo? —se sorprende él.

—Con lo que te he dicho en el almuerzo en el invernadero. Lo siento si te he ofendido.

—No lo has hecho, Mariana.

—Tía Mariana —corrige ella cariñosamente.

—No lo has hecho, tía Mariana —rectifica él —. ¿Cómo ibas a hacerlo si tenías razón?

—Bueno, creo que me la quité a mí misma corrigiéndote en público. Tras decir que la educación servía para hacer sentirse cómodo a todo el mundo, yo la perdí por entero incomodándote a ti. Espero que sepas perdonarme.

—Nada hay que perdonar —dice él—; solo agradecer. Dos lecciones, la de la hora del almuerzo y ahora esta. Me recuerdas a alguien a quien quise mucho, tía Mariana. —Y, en un impulso, besa la frente de la anciana, que le mira risueña.

—Me alegro de que hayamos hecho las paces. —Sonríe ella—. Ahora solo te falta hacerlas con Mina. Me da la sensación de que está enfadada contigo.

El ruso se encoge de hombros y ofrece el brazo a Mariana.

—¿Vienes conmigo a tomar el café al salón? Están ya todos ahí.

Ella le toma el brazo.

Al llegar al salón observan que están todos más bien serios y no hay mucha conversación. Raimundo está mirando los periódicos.

—Menuda tienen formada en Rusia —insiste, y le dice a Mijáil—: ¿Has visto el telediario?

—No, pero sí varias webs de noticias y he escuchado la radio —contesta este.

—¿Y cómo ves la cosa?

—Es difícil aún hacerse una idea. Voronin tiene controlada a la prensa y a su entorno. Las noticias no son del todo fiables. Es cierto que hay rumores de un hartazgo en el Ejército, pero no se sabe si es el suficiente para hacer algo al respecto y, si se hace, cómo y quién lo lideraría. El éxito de los manifestantes depende de lo que haga el Ejército. Y los generales tienen hijos, padres, primos. Hacer algo es ponerlos a todos ellos en peligro. Voronin es aún muy peligroso.

—Ya —dice Raimundo—, una pena que encarcelara a ese opositor tan valiente que se llevaba a la gente de calle, ¿cómo se llamaba?

—¿Iván Galitsin?

—Ese mismo —confirma Raimundo—. Un par de huevos ese tío. ¿No fue él quien dijo...?

—¿Vais a seguir mucho tiempo hablando de política? —interrumpe Carolina aburrida—, y, además, de política extranjera. ¿No se considera hablar de política de mala educación? ¿No dicen eso los americanos, tía Nanda?

—Política, dinero y religión —dice Nanda—. Tres temas supuestamente tabús en la mesa. En la que ya no estamos, Carolina. La regla es de los ingleses; en Estados Unidos se habla de dinero sin problema. En todos los sitios y a todas horas. Es agotador. Y hablando de cansancio, me vais a perdonar, pero me voy a la cama.

—Yo te copio —dice Mariana—. Subo contigo.

En realidad, todos están cansados. Estar permanentemente en estado de revista genera una tensión que agota y deciden retirarse

pronto. Mina y Mijáil, que llevan evitándose toda la noche, no tienen más remedio que hacerlo también.

Suben las escaleras sin hablarse, con semblante gélido, y, cuando llegan a su cuarto, la enorme cama que han de compartir parece más pequeña que nunca. Necesitan al menos cuatro kilómetros de zona desmilitarizada entre ambos, como entre las dos Coreas. El silencio retumba entre ellos. La tensión se palpa en el ambiente. Ambos bullen aún de indignación en su interior recordando el intercambio del mediodía.

Se cruzan, en silencio, entrando y saliendo del cuarto de baño, que usan por turnos. Callados y correctos. Mijáil se pone su pijama a rayas, Mina se pone su camisón de raso, y mientas él se mete en la cama, ella se lava los dientes y bebe agua con tanta furia que al depositar el vaso de vuelta en la encimera de mármol lo hace con tal fuerza que este se rompe en mil pedazos y Mina se corta el dedo.

—¡Mierda! —exclama.

Con el estrépito del cristal roto y el grito de Mina, Mijáil se levanta de un salto y aparece en el cuarto de baño. Ve a Mina de pie, con el dedo en la boca y el camisón manchado de sangre.

—¿Estás bien? —pregunta, seco.

Y ella, con los nervios de estos días y la tensión acumulada, rompe a llorar.

—Lo siento, lo siento —solloza—. No debí insultarte así...

Él titubea y tras vacilar un instante:

—No llores, ven aquí —le dice y, dando un paso hacia ella, la abraza—. No llores, Mina, yo tampoco he estado bien.

Ella se abandona al llanto.

—Estoy tan nerviosa... perdóname —y entre hipidos añade—: Si tú supieras lo importante que es esto para mí... Estoy tensa... Esta tarde hablé con el padre Henry: en el orfanato hay un brote de

cólera, están muriendo como chinches, Mijáil, como chinches, y yo ¡aquí! Hablando de condes de ramas cadetes y cenando caviar... Esos millones son más importantes que nunca —solloza—. Bayo está enfermo... Él está enfermo y yo estoy aquí...

Mijáil la estrecha entre sus brazos y le acaricia la cabeza con la mano para calmarla.

—Cálmate, Mina, ¿de qué niños hablas? ¿Quién es Bayo?

Ella se calma. Se sienta en el sofá y se lo cuenta todo. Habla de los niños del orfanato, de Bayo, el de la sonrisa sin dos dientes, de Kunle, de la epidemia de cólera y del padre Henry. No se deja nada. Mijáil a su lado escucha todo sin interrumpir. Mina llora a intervalos y le habla de Javier, de esa África que añora y del desgarro de su corazón. Le sale todo a borbotones.

Él sabía que ella había pasado tiempo en una ONG. Ni siquiera sabía cuál. Sabe apenas lo que ensayaron para que saliera bien la historia. Mijáil pregunta algunas cosas. Mina le cuenta. Él no dice mucho, pero, cuando rendida de la tensión y el llanto, Mina por fin se mete en la cama, él quita la almohada que divide hemisferios y la abraza. Y ella se deja abrazar.

LAS APARIENCIAS

Mijáil baja a desayunar cuando Mina está aún dormida. Sabe que estará exhausta tras tanto llanto y decide dejarla dormir. En la mesa de desayuno se encuentra con Raimundo, leyendo el periódico.

—Buenos días —saluda, mientras Fidel se acerca solícito a servirle el café.

—Otro para mí, Fidel, por favor —pide Raimundo levantando la taza—. Voy por el tercero, ¿te lo puedes creer? —le cuenta a Mijáil —. Un amigo mío decía que el día perfecto consiste en cuatro horas de cafeína y siete de alcohol, ja, ja, ja.

—No tengo nada en contra de la cafeína —responde Mijáil—, pero siempre he pensado que el alcohol, a partir de la segunda hora, no es más que tristeza licuada.

—¡Y eso lo dice un ruso!

—Lo del vodka es un mito, ¿sabes? —dice Mijáil extendiendo la mantequilla en su tostada—. Los occidentales creéis que en Rusia todo el mundo bebe vodka y pasa el día tocando la balalaika mientras los osos salvajes se pasean por las calles.

—Bueno, es un poco así, ¿no? —bromea Raimundo.

—Lo de los osos sí —contesta Mijáil siguiendo la broma—. Lo del vodka a ratos —y aprovechando que Fidel se ha ido y están solos añade—: Mi madre murió de cirrosis a los cincuenta y cinco años. Sé reconocer un alcohólico funcional cuando lo veo, Raimundo. Perdóname. Quiero ayudar.

—No sé cómo podrías hacerlo —responde él con pesar—. No me ofendo, Mijáil. No creo que sea un secreto para nadie. Y te creo de verdad cuando dices que solo quieres ayudar. Bebo, es obvio. No sé si me definiría como un alcohólico. Ese es el que no puede parar de beber, ¿no es así? Yo creo que podría hacerlo si quisiera. Pero el hecho es que no quiero. El aturdimiento que me da el alcohol me ayuda a sobrellevar una vida que detesto con una mujer a la que detesto aún más.

Mijáil se asombra de su sinceridad.

—¿Te he escandalizado?

—No, solo sorprendido.

—Tú no conoces a Carolina. Es como el chiste ese que dice: «Yo buscaba una mujer que fuera señora en los salones, cocinera en la cocina y puta en la cama, y acabé con una que era puta en los salones, señora en la cocina y cocinera en la cama». Pues eso, cocinera en la cama no es, eso es todo lo que puedo decir.

Mijáil se contagia de la desolación de Raimundo.

—Déjala. Acaba con esto si te está destruyendo así.

—No puedo. No tiene un duro a su nombre y a mí ya no me queda para partir entre dos. Aún no soy tan hijo de puta como para dejarla en la calle. Es la madre de mis hijas. Que no quiero que vivan solas con la víbora de su madre. El alcohol me ayuda a ser, ¿cómo lo has dicho?... funcional. A estar aquí y ser medianamente cordial.

Mijáil no dice nada y Raimundo prosigue:

—Cuando me casé con ella era una belleza...

—Aún lo es —reconoce Mijáil.

—Nada comparado con antes. He visto fotos por aquí, era igual que Nanda de joven. Una diosa. No me lo podía creer cuando me hizo caso. Era una seductora, fue ella la que me llevó a la cama de los pelos prácticamente el segundo día que nos vimos. Se quedó

embarazada y nos casamos, contra la voluntad de mis padres, apenas a los cinco meses de conocernos. Luego, Alfonso, un amigo mío forrado, tanto que está en la lista *Forbes*, me contó borracho, años después, tras una cacería, que también se había quedado embarazada de él antes de conocerme. Ese embarazo lo perdió. Suerte que tuvo Alfonso. Carolina no da una puntada sin hilo. Pensó que conmigo hacía buen negocio, supongo, pobrecilla. La seductora pronto se convirtió en un súcubo, Mijáil, ¿sabes lo que es?

Mijáil asintió.

—Así que trabajo todas las horas que tiene el día y bebo el resto para anestesiar la repugnancia que me da mi vida.

—Raimundo, perdona, ¿cuántos años tienes?

—Cuarenta y cinco.

—¿Y no crees que cuarenta y cinco años es un poco pronto para morir en vida? Tienes un montón de años buenos por delante. Dos hijas a las que dices querer, tío, haz algo. Si no es por ti, por ellas.

—Y lo estoy haciendo —responde Raimundo—. ¿No estoy aquí, peleando por una Torre y unos millones? Son mi salida, Mijáil. El *exit plan* del que hablan mis clientes inversores. O al menos eso dice mi madre. Que Carolina tenga su torre y sus millones, y yo mi libertad y mis hijas. Pienso dejarla en cuanto ganemos. Me va la vida en ello. Chinchín. —Termina levantando hacia Mijáil un vaso con *whisky*.

La amargura de Raimundo hace mella en Mijáil. Cuántas cosas esconden las apariencias. Y hablando de apariencias, ¿dónde estará la suya, que no ha bajado aún a desayunar? Mijáil pide a Fidel que le preparen una bandeja con el desayuno e insiste en llevársela él mismo a su mujer. Las doncellas sonríen y cotillean entre ellas. ¡Qué vida amorosa tan apasionada tienen los Kuznetsov! ¡Qué intensidad!

Las apariencias.

La playa

Tras desayunar, Mijáil propone a Mina ir a dar un paseo por la playa para poder conversar sin que nadie los oiga. Han de hablar de cómo van las cosas y de cómo enfrentar los días que les quedan. Esa mañana no hay nada previsto hasta la una, cuando Fernanda los ha convocado a todos en el salón.

Mientras pasean por la playa, Mijáil cuenta a Mina la conversación que ha tenido con Raimundo en el desayuno.

—Sabía que algún problema tenían —reconoce ella—. Algo me dijo Jaime. Pero nunca pensé en un panorama tan desolador.

Mina confiesa a Mijáil que Gonzalo habló ayer con ella justo antes de ir a cenar.

—¿Y qué te dijo? —pregunta él.

—No sé si debo contarlo, era una confidencia. Pero sí, supongo que, mientras esté todo en juego, lo mejor es que no haya secretos entre nosotros dos.

Desde la noche anterior, la relación entre ellos ha mutado. Ha aparecido una cierta entente cordial donde antes solo existía animosidad domesticada por grandes dosis de autocontrol. Mina percibe un claro cambio en la actitud de Mijáil hacia ella. Su ruso antaño altivo lo es menos y la trata de forma distinta. Se arrepiente de no haber sido franca antes, porque todo resulta ahora más fácil y quizás lo hubiera sido desde el principio si ella no se hubiera cerrado en banda a sincerarse con él. El cambio es constatable. Hay en él

una consideración hacia ella que no existía antes de la confesión de la noche anterior.

Hoy Mijáil le ha traído el desayuno a la cama y más tarde, al ayudarla a saltar un muro, la ha cogido en brazos con tal delicadeza que parecía estar transportando plutonio enriquecido. Es verdad que eso ha sido un poco para beneficio de la galería, pues Fernanda observaba desde el jardín, pero de todos modos. ¿Todo este cambio, se pregunta Mina, solo por conocer cuáles eran los motivos del engaño? Por un lado, el cese de las hostilidades la alivia; por el otro, se reafirma en su opinión: alguien que juzga a otros con tanta facilidad tiene un buen complejo de superioridad. Mina sigue pensando que no tenía derecho a juzgarla sin saber. En un *Orgullo y prejuicio*, se dice, él sería la sabelotodo de Elizabeth Bennet.

Mina rumia todo eso mientras termina de resumir a Mijáil lo que le contó Gonzalo el día anterior. Fran, su falta de adaptación a Madrid, sus fracasos amatorios, cuanto la quería y la desesperación por salvar un matrimonio que él cree insalvable de otro modo. Y su petición final:

—Me rogó que le dejemos ganar —confiesa ella.

—¿De verdad? —se asombra Mijáil—. ¡Menuda cara! Le mandaste a esparragar, imagino.

—No, no le dije nada... No supe qué decir. Me conmovió. Está profundamente enamorado de Fran y tiene mucho miedo de perderla. Él cree que esta es su última, no; su última, no; su única —rectifica Mina— oportunidad.

—Para resumir —dice Mijáil— y, por favor, corrígeme si no lo he entendido bien: este tío tiene una mujer a la que adora, que le dice que es feliz, dos hijos maravillosos, un sueldo digno, un trabajo que le deja tiempo para jugar al golf a diario, y todo su gran psicodrama es... ¿que no se siente Rocco Siffredi entre las sábanas?

—Puesto así... —Mina sonríe.

—Mina, te has dejado timar. Tu primo Gonzalo me cae muy bien. Es un tipo estupendo, pero también un llorón.

A lo lejos Mina ve al niño de ayer que se está bañando en el mar. Desde el agua, él la saluda con la mano y ella devuelve el saludo.

—Fran, sin embargo —añade Mijáil—, es el tubo de la risa: esta mañana le ha pedido a Fidel que le compre media docena de «porros» para la *vichyssoise* y después ha alabado con mucho entusiasmo mi «morcilla» señalando, gracias a Dios, a mi mochila de cuero.

Mina ríe a carcajadas.

—Tengo que reconocer que la había juzgado mal. Fran es maravillosa.

—Mi morcilla le ha entusiasmado —Mijáil le guiña el ojo—. Estoy por darle la dirección del guarnicionero a Gonzalo para su regalo. Y, hablando de regalos, ellos tienen la ventaja de una vida entera en común, pero yo estoy a ciegas. Échame una mano: ¿cuál es tu regalo soñado?

—Mi regalo soñado es un hospital para mi orfanato, y ya estoy en ello.

—Vale, ¿y algo que no valga varios millones de dólares?

—No sé, Mijáil, no quiero nada. Soy de bajo mantenimiento. Yo no doy guerra.

—Tú das más guerra que Helena en Troya —murmura él.

—La guerra de Troya, y sí, te he oído, tuvo menos que ver con la cara de Helena que con el pito de Agamenón —replica ella insolente.

Mijáil ríe.

—Tú y Fran sois iguales. Al final, siempre volvéis a las morcillas.

En ese momento, suena el teléfono de Mijáil. Él responde en ruso. Y, tapando el micrófono, dice:

—Perdona, Mina, tengo que contestar esta llamada. Ahora vuelvo. —Y dándole la espalda se dirige a grandes pasos tierra adentro, sin parar de hablar y con gestos preocupados.

Todo pasa muy rápido. Mina mira al mar y ve que la cabeza del niño sube y baja de entre las olas. Su abuela grita, el niño parece levantar las manos y ella, sin dudarlo, corre hacia la orilla. Se quita el jersey y los zapatos a la carrera y se zambulle en el mar.

Mina es buena nadadora, pero la resaca es fuerte y cuando llega al niño las piernas y los brazos le queman del esfuerzo. Agarra al pequeño de debajo del brazo y, procurando calmarle, comienza a nadar de vuelta, pero cada metro que gana hacia la orilla es un esfuerzo, el avance lo deshace la resaca, que es grande. Las olas los zarandean y Mina, que empieza a tragar agua, entra en pánico. El cuerpecito del niño tiembla entre sus brazos y ella sabe que cueste lo que cueste le tiene que salvar. Nada con un solo brazo, con todo lo que tiene, las olas los empujan y sigue tragando agua, se atraganta, tose, y aunque sigue pataleando con todas sus fuerzas comprende que no llegará. La desesperación la asusta, pero no se rinde, solo su férrea determinación los mantiene a flote y cuando ya no puede más, nota un brazo fuerte que tira de ella hacia la orilla y se desvanece.

Cuando Mina vuelve en sí está rodeada de gente, el niño envuelto en una toalla azul, sujeto por la mujer mayor (¿su abuela?), que llora. Un señor que dice ser médico. Gonzalo y Fran que han visto todo desde el jardín y han bajado corriendo a la playa. Y Mijáil, demudado.

—¡Menudo susto nos has dado, Mina! —dice Fran abrazándola—. Este señor ha tenido que hacerte el poca a poca.

La abuela del niño la abraza, y el pequeño, que aún tiembla, se lanza a los brazos de Mina, la estrecha fuerte y la besa. Se llama

Íñigo, y no, no ha tenido miedo, dice. Confiaba en ella.

—Mijáil ha estado soberbio —afirma Gonzalo, dándole a este una palmada en el hombro—. Pobre, lo mal que se lo has hecho pasar, Mina. Por un momento hemos pensado que te perdíamos...

A ella le duele el cuerpo entero y el pecho, donde sospecha que le ha aporreado el médico que le ha hecho «el poca a poca». Está aterida de frío. Gonzalo le da su jersey y juntos, los cuatro, caminan de vuelta a casa. Mijáil no dice nada, pero le pasa a Mina el brazo por la espalda sujetándola. Él también está mojado y cubierto de arena. Tiene toda la ropa pegada al cuerpo.

—Ahora una buena ducha caliente —recomienda Gonzalo—. ¡Los dos juntos! Je, je, je, chicos, ¡sois los héroes del día! Si esto da puntos con tía Fernanda... ¡el resto estamos perdidos! —dice medio en serio, medio en broma.

Cuando llegan arriba de las escaleras, hay un comité de recepción. Mateo, el criado, corre a recibirlos con dos mantas; Mariana se hace cargo de todo, manda a Mijáil a su cuarto de baño y lleva a Mina al de ella, donde la espera una bañera humeante que ha mandado llenar a Bibi.

—Eres una insensata, Mina —reprende Mariana mientras suben juntas las escaleras, la viejita con un brazo protector sobre la espalda de su sobrina, a pesar de que esta le saca una cabeza—. Mira que meterte en el agua así, tú sola, sin avisar antes a Mijáil.

—Estaba lejos, hablando por teléfono —se defiende Mina.

—Podrías haberte ahogado, mi sol; este mar es muy traicionero. Pero bueno, gracias a Dios todo ha quedado en un susto, y, la verdad, ha sido providencial que estuvierais en la playa, el niño al que has salvado es el nieto de un amigo muy querido. De hecho, ¡fue el primer novio de Fernanda!: Íñigo Vergara.

Mina oye parlotear a la viejecita y se deja hacer.

Permite que su tía le quite la manta, la empuje al cuarto de baño y revolotee en torno a ella. Se deja llenar de mimos y de las palabras tan llenas de bondad y afecto que salen siempre de boca de Mariana. La tensión de los últimos días la tiene exhausta y eso, unido a que hace más de veinticinco años que no tiene una madre, hace que el afecto de la viejita, sus manos frotando las de ella para calentarlas, su beso en la frente, sus atenciones y carantoñas, la conmuevan. Desaparece en el cuarto de baño para ocultar las lágrimas y, por fin, se introduce en esa bañera caliente, que tanto bien le hace, y cierra los ojos. Es solo en ese momento cuando se da cuenta de que ha estado a punto de ahogarse.

MANOU

Mientras Mina vuelve a la vida en su baño reparador, Fernanda interroga a Mariana en su despacho.

—¿Y el niño estaba solo? —pregunta.

—No, Mina dice que una mujer mayor lo vigilaba.

—¡Pues menuda vigilancia! Pero no me extraña, Mabel siempre fue una idiota —dice mencionando a la mujer de Íñigo.

—Pero bueno, Nanda, ¿qué es esto? —se enfada Mariana—. ¿A cuenta de qué te da ahora por insultar a la pobre Mabel? ¡Basta!

—¿Basta? Su nieto casi se ahoga delante de sus narices, ¿y te parece que no es como para llamarla idiota? Una cosa es ser buena, Mariana, y otra cosa negar las evidencias.

—¿Delante de sus ojos? Nanda, Mabel lleva seis años muerta, no sé quién era la anciana de la playa, pero te aseguro que no era ella. Probablemente sea Matilde, la cocinera, que a veces cuida del niño.

Nanda se para en seco.

—¿Seis años?

—Seis o siete, ya no recuerdo.

—¿O sea, que Íñigo es viudo? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Hija, ¡yo qué sé si te lo dije! Creía que te lo había contado, pero quizás no. Tengo ochenta y cinco años, Nanda. No me acuerdo de lo que cené ayer, ¿cómo me voy a acordar de si te he contado o no, una a una, todas las defunciones que ha habido en Todaria?

—Todas no, ¡esta!

—Bueno, tampoco es para ponerse así. No lo sé, Nandita, querida, te juro que yo creí que te lo había dicho. Te pido disculpas si no lo hice. En todo caso, te lo cuento ahora. Sí, Mabel murió de cáncer hace seis o siete años. No sé exactamente. Fue el verano en el que hubo tantas tormentas. Y sí, Íñigo es viudo.

—Desde hace seis años...

—O siete —dice Mariana dubitativa.

—¡Ay, Manou! ¡Qué viejas estamos!

«Manou», escucha Mariana. Por segunda vez tras casi setenta años. Y con una excusa a su hermana se escapa al jardín para llorar a solas. Los recuerdos olvidados, esos llenos de telarañas que ella encerró en un baúl, le asaltan. ¡Manou, Manou! Recuerda la llamada de Fernanda de niña, en su traje de nido de abeja, con un caracol en la mano. «Mira, Manou, le han salido cuernos». Manou, Manou. Nanda y ella trepando por la hiedra de la torre este, o jugando a los piratas en el foso, o saltando olas en la playa. «Manou, Manou, no me sueltes, Manou», agarrando su mano fuertemente, ambas con abriguito y capota azul marino, en la Gare de Montparnasse, cuando las mandaron internas a París. Y mucho después: «Manou, Manou, ¡tengo que contarte algo!», vestida de noche, con los ojos brillantes y las mejillas encendidas, la noche que Íñigo la besó por primera vez. Y, por último, llorando: «Manou, por lo que más quieras, Manou, te lo suplico; no dejes que me casen con él».

Pero ¿qué podía hacer ella? Fue a ver a su padre y se ofreció, como víctima, en lugar de su hermana. Estaba dispuesta a cualquier sacrificio por ella.

—Papá, cásame a mí con él. Al fin y al cabo, seré yo, cuando tú faltes, la vizcondesa, ¿no le interesará al americano el título?

Pero su padre la amonestó por tener envidia de la suerte de su hermana. ¡Envidia! Y, con todo, esa parte fue la buena, porque

cuando le fue con el cuento a Thomas, él se rio de ella a la cara. «¿Título? Ni el de reina de Inglaterra —le dijo— bastaría para compensar el tener que ver todos los días la fealdad de esa cara». No, él se quedaba con la guapa.

Nada de eso se lo contó nunca a Fernanda. ¿Cómo hacerlo? «Manou, por lo que más quieras...».

Ese día, el anterior al de su boda, fue la última vez que su hermana la llamó así. La hermana que ella conocía y quería con todo el corazón desapareció de golpe hace sesenta y seis años. En su lugar, apareció una versión pétrea y fría, que nunca volvió a tener la espontaneidad de la que ella conocía.

Manou, Manou... recuerda Mariana al pasar el arco que lleva al invernadero. Y sus ojos se llenan de lágrimas. Ella quiere también, claro está, a la Nanda de ahora. Es quizás un sucedáneo artificial que sustituyó a su hermana, pero ¡cómo no entenderla! Lo ha hecho siempre. La ha querido siempre. Por supuesto que siguieron viéndose, charlando por teléfono todas las semanas, y Nanda siempre la invitaba a Palm Beach dos veces por año. Pero la mirada que Mariana conocía ya no estaba en los ojos de Fernanda, y, cuando se reía, su risa no sonaba igual. Mariana se conformó con esa nueva versión de su hermana, la anterior la dio por perdida, ahogada quizás en un mar de autocompasión y amargura. Pero ahora... ¡Manou! ¡Ha dicho Manou!

Mariana se apoya en la puerta de la entrada del invernadero. Las lágrimas le caen calientes por sus arrugadas mejillas. Son de esperanza. No, no es posible, pero ¿y si lo fuera...? ¿Acaso puede ser verdad que no esté todo perdido? Ante la posibilidad de recuperar a su hermana, la de verdad, Mariana decide que cualquier sacrificio es pequeño. Y resuelve hacer uno muy grande.

TENGO UNA PREGUNTA PARA USTED

Con las emociones del día, Fernanda decide retrasar la prueba que tenía prevista para la hora del aperitivo hasta media tarde. Mina, por orden de Fernanda, come en una bandeja en la cama, y después de la siesta baja a reunirse con los demás en el salón. Se cruza con Mariana en el *hall.*

—¿Cómo estás, niña mía?

—Muy bien, tía Mariana. Gracias por haber cuidado de mí. Hacía mucho que no me mimaban tanto.

—Qué dices, bobita, seguro que tu marido...

—Sí, sí, Mijáil me mima muchísimo —se apresura a interrumpir Mina, consciente de que ha estado a punto de meter la pata—; me refería a mimos maternales...

—Lo sé, lo sé —dice Mariana, dándole unos golpecitos cariñosos en el brazo—. Te he entendido.

—¿Vienes al salón conmigo? —dice Mina tendiéndole el brazo—. Los demás están ahí.

—Ve tú —responde ella—. Yo voy en un rato. Tengo que hacer una llamada. —Y desaparece hacia el despacho de Nanda.

La tertulia del café está terminando. Mina se sienta entre Gonzalo y Mijáil.

—¿Qué tal el almuerzo? —pregunta a este último.

—Ha estado bien. A veces, incluso nos escuchábamos.

Mina no ve a Fran y pregunta a Gonzalo por ella.

—¿Y Fran?

—Hablando por teléfono con el arzobispo de sabe Dios dónde.

—¿Con el arzobispo?

—Te sorprendería. Tiene los teléfonos de media curia romana grabados en el móvil. Busca un sacerdote.

—¿Un cura? ¿Qué quiere, exorcizar la Torre? —bromea Mina.

—Llevando Carolina aquí tres días no sería mala idea —suspira Gonzalo—, pero no. Quiere que vuelvan a consagrar la capilla y que se pueda decir misa.

—¿Y tía Nanda está de acuerdo?

—Ya la conoces. Es prácticamente imposible que autoricen eso en una casa privada, es un privilegio, y a ella le gusta todo lo que sea un privilegio. Y a mí me vendrían bien varios litros de agua bendita para rociar con ellos a mi hermana.

Se oye a tía Nanda reírse a carcajadas al lado de Carolina.

Mina arquea la ceja.

—¿Y esta novedad?

—La muy zorra —dice Gonzalo hablando de su hermana—, cuando quiere, es muy graciosa. Cruel, pero graciosa.

—Siempre a costa de alguien... —apostilla Mijáil, que lleva un rato escuchando la conversación entre tía y sobrina.

—Sí, pero parece ser que a tía Nanda le gustan los cotilleos y, en eso, Carolina es un filón. Mírala, está encantada —se resigna Gonzalo.

—¿Quién está encantada? —pregunta Fernanda, que ha oído el final de frase.

—La casa de los González-Campos —resuelve Mina rápida—; dicen que tiene un fantasma.

—Imposible, si lo tuviera lo habrían vendido ya. Como el resto —replica Carolina.

Nanda le ríe la gracia.

—Es deprimente, casi siete décadas en un país de nuevos ricos y vengo al mío y me lo encuentro lleno de nuevos pobres. Todos quieren mi dinero.

—Bueno, tía Nanda, los González-Campos llevan ya tres generaciones arruinados, nuevos pobres no son, son pobres con pedigrí —bromea Gonzalo.

—¡Por favor! —se burla Carolina—, en esa casa el único con pedigrí es el perro.

Tía Nanda se ríe. Mina encuentra esa conversación deprimente.

Con razón. En el ambiente enrarecido del hábitat donde todos ellos se mueven, en la «buena sociedad», muchos han olvidado eso que la Declaración de Independencia americana llama «algunas verdades evidentes». Mijáil, en su discurso, había apuntado torpemente hacia alguna de ellas. La principal es esta: que una posición acomodada no implica más derechos, sino lo contrario. *Noblesse oblige,* queridos, nobleza obliga. Lo que significa que quien ocupa o ha nacido en una posición privilegiada tiene también la responsabilidad moral de usarla para el bien. De comportarse con generosidad, honor y sentido del deber. Proteger a quienes dependen de uno y procurarles, en la medida posible, una vida mejor. Todo eso va anudado a la fortuna de gozar de una posición acomodada. Ostentarla va acompañado de una redoblada obligación de ser ejemplar por ello. Quien lo ha olvidado no merece la situación que ocupa. Deberían arrancarle los galones. Pero en la «buena sociedad» del siglo veintiuno, muchos creen tener más derechos por tener más medios, cuando es justamente lo contrario. Cuando los que lo saben, como Mariana, vayan desapareciendo, no habrá nada de «bien» en la gente bien. Solo quedarán las Carolinas, que confunden ser una señora con tener la manicura hecha.

Gracias a Dios, en ese momento llega Fran.

—¿Cómo van las cosas en el Vaticano, cuñadita? —le pregunta Carolina, que se ha venido arriba con su reciente éxito de audiencia.

Fran la ignora. Cuando quiere ella también es muy *fürstin, gräfin,* archiduquesa o lo que demonios sea.

—Perdóname el retraso, tía Nanda —se disculpa, y se sienta en una butaca junto a la de Gonzalo.

—Bueno, ya estamos todos. Mina, espero que te encuentres bien del todo.

Mina asiente y Fernanda añade:

—Has sido muy valiente, pero esto podría haber sido una tragedia. Ha llegado un ramo enorme de flores para ti. He mandado que lo subieran a tu cuarto. Por la letra del sobre deduzco que es de Íñigo Vergara, el abuelo del niño al que has salvado. Es gracioso, la última vez que Íñigo mandó flores a esta casa eran para mí. Cómo cambian las cosas.

Mina no sabe bien qué decir. Se salva de tener que hacerlo por la llegada de Mariana. Tiene el semblante serio y los ojos rojos, como si hubiera llorado. Pero Nanda inquiere y Mariana le recuerda su alergia al polen y su manía de rascarse los ojos cuando le pican. Nanda no dice más.

—Bueno, si estáis todos, podemos empezar. ¿Mateo?

Mateo, el criado, se acerca y reparte un iPad junto con un lápiz electrónico a cada uno de los miembros de los tres matrimonios.

—Separaos un poco —pide Fernanda—. Cada uno en una esquina de cada sofá o en butacas bien separadas. ¿Raimundo? Raimundo, ¿estás despierto?

Carolina le pega una patada a su marido, que se había quedado traspuesto en una butaca orejera, durmiendo la mona.

—¡Sí!, perdón, había cerrado un poco los ojos. Mateo, si no le importa, un *gin-tonic*, por favor —dice, extendiendo su vaso vacío.

Carolina le fulmina con la mirada.

—¿Para qué es todo esto, tía Nanda? —pregunta Mina.

—Todo esto es para la segunda prueba. Bueno, si se la puede llamar así. Es tan fácil que no es ni prueba ni nada. Un mero cuestionario sobre los gustos y hábitos de vuestras parejas. En realidad, es como esos cuestionarios de revistas de adolescentes o esos *quiz* que hacen en la televisión —dice ella con voz inocente, quitándole importancia.

Mina bendice interiormente la previsión de Pantaleón, gracias a él se lo sabe todo. Color favorito, película preferida, actor, compositor, sabor de helado... que pregunte lo que quiera tía Nanda, que ella se lo sabe. Sonríe triunfalmente a Mijáil sentado enfrente suyo.

—Cuando os diga «ya» podéis abrir el iPad y veréis en él un correo electrónico mío con el cuestionario. Rellenadlo y enviadlo de vuelta a esa misma dirección. Debéis contestar la parte correspondiente a los gustos de vuestra pareja y a los vuestros propios, para poder ver después si el otro ha acertado. Escribid las respuestas con el lápiz, por favor. ¿Lo habéis entendido todo? ¿Listos?

Todos asienten.

—¡Ya!

Como seis colegiales o, mejor dicho, cinco colegiales y un colegial beodo, todos abren el iPad, el correo y el cuestionario.

Mina lee la primera pregunta. Compositor favorito: Prokófiev, él/Mozart, ella, tirado. Película favorita: *La ventana indiscreta,* él /*El Gatopardo,* ella, tirado. Cuántos terrones de azúcar toma en el café. ¿Cómo? Esto nada tiene que ver con gustos y preferencias. ¿Cómo va a saber ella cuánto azúcar toma en el café? Ha desayunado con él una sola vez en la vida. Mina mira la taza del café de sobremesa que Mijáil acaba de tomarse y que está en la mesita de delante del

sofá como intentando inferir, de lo que ve de los posos, cuánto azúcar hubo ahí dentro. «Esto es ridículo», se dice. Lado de la cama favorito. Mina entra en pánico. Desliza el dedo hacia abajo y ve que aproximadamente la mitad de las preguntas tienen que ver con hábitos y preferencias cotidianas, con manías de la convivencia. ¿Toalla o albornoz? ¡Por el amor de Dios! ¿Qué sé yo? Levanta la cabeza y mira a Mijáil. Él la mira a ella. Mina fija los ojos en la taza de café. Mijáil comprende y levanta las cejas dos veces. Dos terrones. Ella vuelve a mirar al café y niega levemente con la cabeza. ¿Habrá entendido que eso es sin azúcar? Parece que sí porque anota algo en el iPad, pero esto es absurdo, ¿qué van a hacer con el resto de las preguntas? ¿Cerrar los ojos fuertemente para ver si le puede transmitir que odia los albornoces por telepatía? Mijáil parece que ha llegado a la misma conclusión. Mira a Mina, se encoge de hombros levemente, y vuelve a su test.

Gonzalo ve a Fran contestando preguntas a toda velocidad y sonríe afectuosamente. Solo espera que no se haga un lío con las palabras porque del resto, ahí no hay nada que ella no sepa. Vuelve a su iPad y contesta tranquilamente. Personaje histórico favorito: Jesús de Nazaret. Flor preferida: Edelweiss. Lado de la cama: el derecho. Sabe silbar: sí.

Raimundo, medio piripi, al principio comienza a contestar mal las preguntas a propósito, para hacer rabiar a Carolina, que hoy está especialmente insoportable. Lugar de nacimiento: Mordor. Comida preferida: cicuta. Medio de transporte favorito: la escoba. Pero luego se da cuenta de que hacerlo juega en su contra porque le viene bien ganar, e intenta corregir lo que ha escrito, pero no se puede.

—¿No se puede borrar? —pregunta.

—Ay, perdón, ¿no os lo dije? —contesta con fingida dulzura Nanda —. No, el psicólogo ha dicho que solo respuestas instintivas. No se

puede borrar.

—¿Psicólogo? —inquiere Mina levantando los ojos del iPad.

—¡Pues claro, queridos! ¡No pensaríais que lo iba a revisar yo! Qué graciosos sois, ¡qué caras ponéis! Os quiero mucho, pero una tarde entera leyendo sobre vuestra flor favorita no es mi idea de divertimento. Mejor el doctor Goldstein, que sabrá mejor que yo lo que la flor representa.

Nadie dice nada. No hace falta ser muy listo para darse cuenta de que la trampa es doble. No solo es una prueba para averiguar cuánto se sabe del otro, sino también para descubrir cómo de compatibles son y, desde luego, cómo de tarado está el uno y el otro. Por ejemplo, Mina sabe que la flor favorita de Mijáil es el cardo (o eso dice), pero escribirlo merecerá sin duda una opinión negativa del doctor Goldstein. ¿Qué hacer, poner peonía y fallar o poner la verdad y arriesgarse a que Goldstein detecte que a su marido probablemente le gustan los cardos porque él mismo es uno? Mina opta por lo segundo. Sabe que con suerte acertará solo la mitad de las preguntas del test. Lo que Goldstein deduzca luego de las respuestas escapa a su control. Además, incluso si Goldstein decide que se ha casado con un psicópata, ¿qué impedimento hay en que ella sea perfectamente feliz con uno? Mina continúa escribiendo sus respuestas.

Gonzalo y Fran han terminado y entregan sus iPads. Carolina es la siguiente. Los tres se van y dejan a tía Nanda y a Mateo vigilando a los tres alumnos menos avezados.

Mijáil devuelve el iPad. Mina se levanta para entregar el suyo.

—¿Todo bien, Raimundo? —inquiere tía Nanda, que le ve frunciendo el ceño, acalorado.

—Sí, pero una pregunta: cuando habla del número de implantes, ¿son dentales o mamarios?

Mina ríe a su pesar y da gracias al cielo de que Carolina no lo haya escuchado.

Tras la prueba, Gonzalo y Fran se han autoconcedido un premio y han ido a darse uno de los masajes que ofrece el *spa* de la Torre. Mina está yendo a buscar a Mijáil para hacer puesta en común cuando suena su teléfono. Es Pantaleón. Sale al jardín para hablar con él sin ser oída.

—¡*Daaaarling*! ¡Me tienes en ascuas! Cuéntamelo todo, ¿cómo vais?

Mina le cuenta la cena del primer día y la prueba del beso de después. Omite decir nada sobre su temblor de rodillas. Pantaleón encuentra la escena decimonónica del beso absolutamente brillante, cree que han ganado la prueba, seguro, y opina que Mijáil estuvo «colosal».

—Y Nanda, ¿qué llevaba puesto?

—¿Cómo dices?

—Que qué llevaba puesto. Traje, zapatos, joyas. Cuenta.

—¿En serio es eso lo que te interesa?

—Me interesan muchas cosas, Mina, esa es solo una de ellas.

—No sé lo que llevaba puesto, Pantaleón, un traje de chaqueta negro, creo, y un broche con una concha.

—¿Una concha grande de color coral? ¿Con piedras preciosas encima? ¡Oohhh! ¡El Verdura! ¡Qué maravilla! ¿Y el traje? ¡Descríbelo!

—No pienso describir el traje. ¿Quieres hacer el favor de escucharme? Hoy hemos tenido la segunda prueba y ha sido una masacre.

—¿Una masacre? ¿Cómo es posible?

Mina se lo cuenta todo y se sorprende de lo mal que se lo toma Pantaleón.

—¡Pues, claro! ¡Qué estúpido he sido! Tenía que haberlo previsto. Es todo culpa mía, *chérie* —le dice apesadumbrado—. ¡Soy un patán, un merluzo, un cenutrio descerebrado! Se imponen grandes remedios. Me necesitas ahí.

—Te necesito a todas horas, pero no estás invitado.

—Qué tontería. Como si no hubiera pasado yo semanas enteras en sitios donde nadie me había invitado. Te parachutas ahí y ya está. Nadie es tan maleducado como para echarte y, a nuestra edad, la mayoría piensan que te invitaron y se les olvidó. ¿No te he contado la historia de Stephen Tennant[1] ? Su amiga Rosamond apareció un día en su casa de campo y él le dijo: «Rosamond, ¿qué haces aquí?». Ella contestó: «Stephen, tú me invitaste a pasar el fin de semana, ¿no lo recuerdas?», y él respondió: «¡Pero, querida!, ¿cómo puedes ser tan cruelmente literal?». —Pantaleón ríe él solo y, cuando ve que Mina no lo hace, añade—: El caso es que si me necesitas, me avisas y me planto allí en...

—Sí, ya lo sé, en cuatro horas —interrumpe ella—. Eso mismo me ha dicho Jaime.

—¡¿En cuatro horas?! —se escandaliza Pantaleón—. ¡Yo en cuatro horas no estoy en ningún sitio! ¡Cuatro horas es lo que necesito tan solo para meditar qué meto en mi maleta! Pero avísame con antelación y yo voy en un periquete. Y no te preocupes. Solo llevas allí tres días, tienes doce por delante para encandilar a Nanda.

Mina cuelga y va a buscar a Mijáil, a quien encuentra sentado en el banco donde escapó ella la primera noche. Se sienta a su lado.

—¿Cómo te ha ido? —pregunta ella.

—Como a ti, supongo. Todas las del cuestionario de Pantaleón perfectas y el resto... —Levanta las palmas de las manos en un gesto de ignorancia—. Asumí que tu lado favorito de la cama es el que has elegido y entendí que tomas el café sin azúcar. Del resto no

tengo ni idea. Por probabilidades alguna habré acertado. ¿Toalla o albornoz?

—Toalla.

—Pues, ¿ves? Esa no.

Mina deja caer la cabeza sobre sus manos y suelta un gruñido frustrado.

—Lo del test ha sido una masacre.

—Quizás no —dice él—; sabemos que más o menos la mitad de las respuestas son correctas. Debería ser suficiente para aprobar.

—Sí, pero ¿has pensado en el psicólogo? Se dará cuenta de que hemos acertado todas las preguntas teóricas y fallado todas las prácticas. ¿No le hará olerse algo?

—Bah, no hay preguntas teóricas o prácticas, todas son de preferencias. Tanta preferencia es el perfume que te gusta como lo del albornoz.

—Sí, pero unas se transmiten comunicando y otras conviviendo...

—¡Pues pensará que tenemos muy buena comunicación, pero que somos muy despistados! Deja de preocuparte, Mina; lo pasado, pasado está. Ya no podemos cambiarlo. A cambio, la locura que has hecho esta mañana... ¡No lo vuelvas a hacer! Me has dado un susto de muerte... Pero es verdad que has salvado la vida de un niño y ese niño ha resultado ser el nieto del primer amor de Fernanda. Ya sé que tú ni has pensado en eso, pero ¿no te dará eso puntos extra?

—No lo sé. Tía Nanda es tan rara que a saber si adora a Íñigo por ser su primer novio, lo detesta por no haberla esperado sesenta y seis años y haberse casado con otra, aprecia al niño, porque es el nieto de Íñigo, o le aborrece porque no es el de ella...

—Como sigas así —bromea Mijáil—, le vas a hacer el trabajo al doctor Goldstein.

JUEGOS DE GUERRA

Todos se han ido ya menos Raimundo y Fernanda. Esta llama al timbre. Aparece Mateo y recoge los iPads. Raimundo se levanta torpemente y busca las gafas que se le han caído entre los almohadones del sofá.

Fernanda se despide de él. Al salir al *hall* ve a Fran que sube por la escalera de regreso del *spa*. De repente, Fernanda se acuerda de algo.

—Mateo.

—¿Sí, señora?

—Pídale a Fidel que imprima los test de los señores. Que me deje una copia en mi despacho y los envíe mañana por FedEx al doctor Goldstein. Él sabe a dónde.

Mateo se sorprende. Y creyendo que su octogenaria empleadora es víctima de la brecha tecnológica, se atreve a sugerir:

—¿No prefiere la señora que se envíen por correo electrónico?

—Me encantaría, pero acabo de recordar que Goldstein está en el campo y no tiene acceso al mail —aclara ella—. No, que los imprima y se los mande mañana, por favor. Quizás esta tarde les eche un vistazo.

—Muy bien, señora.

—Y, Mateo...

—¿Sí, señora?

—Si Céline está en el *office* dígale, por favor, que me voy a la piscina. La necesitaré a la vuelta para mi pelo. Y que recuerde que

esta noche me pondré el Valentino rojo, creo que necesitaba un repaso.

—Sí, señora.

—Ella ya sabe los complementos.

—Muy bien.

Fernanda desaparece hacia la piscina. Le toca hacer sus largos vespertinos.

Raimundo, tras encontrar sus gafas, sube pausadamente las escaleras firmemente agarrado a la barandilla para no caerse y se dirige hacia su cuarto. Nada más llegar, abre la falsa cómoda-minibar, se sirve un *whisky* y se deja caer en un sillón.

Carolina está sentada en la repisa de la ventana fumando otra vez.

—Me he enviado una copia del test a mi mail para que lo repasemos. ¿A ti cómo te ha ido? —pregunta a su marido, que, desplomado en su butaca, no le contesta—. ¿Que cómo te ha ido el test? —repite más alto.

—Psst —contesta lacónico Raimundo.

—¿Psst? ¿Cómo que psst?

—Me he confundido un poco en algunas preguntas.

—¡Cómo no te vas a confundir, merluzo, si estás todo el día borracho!

—Piripi —corrige Raimundo, beodo perdido, llevándose a los labios su vaso de *whisky*.

—¡Idiota! —le dice Carolina acercándose y arrancándoselo de un manotazo—. ¿Es que no eres consciente de que nos la jugamos? Y ¿qué voy a hacer ahora? ¡Con lo bien que nos venían esos puntos extra!

Carolina camina arriba y abajo, como siempre que necesita pensar.

—Esto es un desastre. Ya estará ese Goldstein de Nanda revisando los test. ¿Has visto que rápido contestaban Fran y Gonzalo? Esta

prueba es de ellos. Mina y el ruso dudaban, me he dado cuenta; claro que ellos solo llevan siete u ocho meses juntos y Fran y Gonzalo, doce años.

—No.

—¿Cómo qué no? Doce exactos el mes pasado, me lo vas a decir a mí que fui testigo en esa boda.

—No a lo de Goldstein.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Carolina confusa.

—Que Goldstein no corrige aún nada. Los test están impresos en el despacho de Fernanda. A Goldstein se los mandan mañana.

Carolina enmudece por un momento. Detiene sus pasos.

—Y tú, ¿cómo sabes eso?

—¡Hip! —Raimundo vuelve a coger el *whisky* y suelta un involuntario hipido.

—¿Que cómo sabes eso? —Carolina se le acerca y se inclina sobre su marido.

—Qué guapa estás, cojones. ¡Hip! ¿Me das un beso?

—Si me dices cómo sabes lo de los test, te doy mucho más que eso.

—Oí a Fernanda, ¡hip!, decírselo a Mateo. Que los dejara impresos en su despacho y que Fidel se los enviara a Goldstein mañana por FedEx. Craso error, en España MRW funciona muchísimo mejor que FedEx para enviar...

Carolina ve una posibilidad.

—¿Sabes si el despacho está cerrado? Esta mañana te he oído pedir entrar para usar la impresora.

—Impresora... bestia del infierno. ¡Hip! Si necesitas imprimir algo urgente, es muy muy muy importante —aconseja un borracho Raimundo marcando cada muy con un golpe de su índice— que la zorra de la impresora no sepa que quieres algo de ella...

—Raimundo —insiste Carolina—. ¡Rai! —Le zarandea—. Que si el despacho está cerrado.

—¿Cerrado? ¡Hip! Sí.

—¿Con llave?

—Nooooo... con llave noooo...

—¿Y la impresora funciona...?

—Por blusú, bluzú, blu... ¡ay! —Con esfuerzo y concentración Raimundo al fin responde—: ¡Bluetooth!

Y, triunfante, suelta otro hipido.

Carolina sonríe. Y se quita la camiseta.

—Quítate los pantalones, Rai —dice—; hoy has tenido suerte.

NOCHE DE *BRIDGE*

Mina ha tardado un poco más en arreglarse y cuando baja a cenar se encuentra a Fernanda, Mariana, Carolina y Mijáil admirando un cuadro en el salón.

—Sí, es Isabel I de Inglaterra —confirma Fernanda—. Siglo XVI. Atribuido a George Gower. ¿Qué te parece, Carolina?

Carolina, que no tiene ni la más remota idea de quién es Gower[1] y que se interesó por el cuadro porque creía que era un Holbein, y ese sí sabe quién es, tira balones fuera.

—¿Qué opinas tú, Mijáil?

Este examina el cuadro. Le fascina el detalle con el que está pintada la gasa del traje de la reina y sus magníficas joyas.

—Un cuadro muy fino —sentencia.

—¡Fino! ¿¡Fino!? —Carolina se carcajea—. Aquí fino solo «La Ina», querido —Y le examina burlona.

Mina es rápida en echar un capote.

—Pero qué burra eres, Carolina, hija. ¿No ves que Mijáil estaba traduciendo del inglés? *A very fine painting, yes?* —dice cogiéndose del brazo de su marido y sonriéndole.

—A mí me pasa todo el tiempo —confirma Mariana, a quien no le ha pasado en su vida, pero que es especialista en desactivar situaciones incómodas.

Mijáil se rasca el cuello. Recuerda que Pantaleón se lo advirtió. Se impone repasar sus notas. Él aprendió español de adolescente en Murcia; lo que es un milagro es que no desentone más veces. Mina

parece calmada. Fernanda, que ni se ha enterado, sigue observando el cuadro. Lo cierto es que el retrato es «bonico del to». Mijáil codifica como le enseñó Pantaleón:

—El cuadro es bárbaro, Nanda. Colosal.

Ella sigue admirándolo. Lo compró porque el rojo del traje da un toque magnífico a esa esquina del salón. Ella tampoco tenía ni idea de quién era Gower cuando lo adquirió. Solo que el cuadro le gustaba y por un millón le pareció una ganga. En la Torre hay mucha pared como para tener que rellenarlas todas de Pollocks y Tizianos. Nanda tenía cariño al Gower, aunque en relación con el resto de su sin igual pinacoteca, era para ella el equivalente a un póster de Ikea.

Fidel anuncia que la cena está servida.

Los invitados van acomodándose al ritmo de la Torre y resulta una cena relajada. Todos charlan animadamente, incluso Fernanda, normalmente más taciturna. La vajilla de esta noche son unos platos blancos con delicados dibujos azules. «Chantilly[2] » los ha llamado la anfitriona para consternación de Fran, que pensaba que eso era un tipo de nata y resulta que son unos platos. «¿Llevo años pidiendo fresas con platos y nadie me ha corregido? —pregunta a Mina—. ¿Y cómo se llama la nata montada esa, entonces?». Fran confiesa que a ella el español la tiene perpleja.

A petición de su hermana, Mariana ha invitado a dos brigadieres del Canapé a que vayan a jugar a las cartas con ellas. Fernanda no perdona su partida semanal de *bridge* ni siquiera cuando hace de anfitriona.

Tras la cena, al pasar por el *hall* camino del salón, se oye sonar el teléfono fijo que está allí.

—Fran, contesta tú si no te importa, por favor —le pide Fernanda al pasar.

Fidel está poniendo la mesa de juego en el salón cuando aparece Fran con el teléfono portátil en la mano.

—Tía Nanda, eran las hermanas Salinas —dice mencionando a las brigadieres—. No pueden venir porque se ha muerto un primo suyo y tienen que ir al transitorio.

—Tanatorio —traduce distraídamente Gonzalo.

—Yo puedo jugar —se ofrece Fran a Fernanda—, pero necesitaríamos una cuarta.

—A mí no me miréis —dice Carolina—. Nunca aprendí a jugar al *bridge*. ¿Mina?

Mina se excusa:

—Juego si me necesitáis, pero estoy tan agotada que tengo miedo de que hasta se me caigan las cartas de la mano.

—Juego yo —dice Mijáil, poniéndose en pie.

Mina se incorpora de un salto del susto. Pero ¿qué hace? ¿Qué dice? ¿Se ha vuelto loco? ¡Ni Pantaleón enseña a alguien a jugar al *bridge* en quince días! ¡Y menos lo suficientemente bien como para engañar a Nanda! ¿Ha perdido la cabeza?

Mijáil se sienta en la cuarta silla frente a Fernanda, tan tranquilo. ¡Cuando todo parecía que iba bien! Mina se pone tensa. Otra vez igual que en el invernadero: todo marcha divinamente y, de repente, el cosaco descarrila. No se le ocurre qué hacer. Mientras reparten las cartas su cabeza va a mil, buscando excusas y explicaciones para solucionar esa debacle. ¿Y si se pone de pie y finge desmayarse? ¿Y si tira una botella de vino sobre la mesa?

Los cuatro jugadores están sentados a la mesa.

—Te propongo subastar natural —dice Nanda a Mijáil mirándole fijamente—. Mejor no complicar las cosas, ¿no?

—Conforme —contesta este.

¿Conforme? A Mina el corazón le va a mil.

—Comencemos pues —dispone Fernanda—. Trataré de ser prudente.

—Tú hablas —le indica Mariana.

—Paso —dice Nanda.

—Paso —repite Fran.

—Un corazón —anuncia Mijáil.

El de Mina está desbocado. ¿Es posible que sepa lo que hace? Pero ¿cómo?, ¿dónde?, ¿cuándo? No hay nada más elitista que el *bridge* y nada más difícil de jugar. ¿Qué hace un proletario ingeniero ruso, reconvertido en guarda, sentado en esa mesa? Mina confía a ciegas en Pantaleón, que es buen profesor y Mijáil es claramente inteligente, pero esto...

—Paso —repite Mariana.

—Cuatro corazones —indica Nanda observando a Mijáil.

—Paso —reitera Fran.

—Paso —copia Mijáil.

—Paso —dice Mariana y añade—: Para querer ser prudente, Nandita querida, no está mal el contrato que has cerrado. ¿Quieres poner en apuros al chico?

Y Fernanda sonríe enigmática.

—¡Bah! Estoy segura de que él sabrá desenvolverse. Si no, que no se hubiera sentado en esta mesa.

—Tú sales, tía Mariana —recuerda Mijáil.

—El siete de trébol.

—Aquí tienes el muerto —dice Nanda.

—Muchas gracias. ¿Me permitís un minuto, por favor? —pide Mijáil concentrado.

Ay, ay, ay, piensa Mina.

—Tómate el tiempo que quieras —le contesta Fran riendo—. Creo que solo conseguirás retrasar un rato tu tormento.

—Tiendo mi mano —anuncia Mijáil—. La salida de trébol me da el *impasse* hecho. Arrastro y continúo jugando triunfo hasta que quedéis en posición de *squeeze*.

Mina se pone de pie y se acerca a la mesa. No se cree lo que oye.

—No lo veo —dice Mariana asombrada—; por favor, juégalo.

—As de corazón. Rey. Dama. As de trébol. Diamante que cedo. A lo que salgáis, tomo la baza, cedo un *pic* y juego triunfo hasta la undécima baza. *Valet* de trébol desde mi mano y no tenéis defensa. Cuatro corazones más uno.

Nanda mira asombrada. No es la única, Mina también lo está.

—¿Cómo has podido verlo tan rápido? Llevo cincuenta años jugando y nunca hubiera acertado a plantear este desenlace.

El estupor de Nanda no es nada comparado con el de Mina. Eso que acaba de ver desde luego que no se aprende en quince días. Ni Pantaleón ni flores. Lo sabía de antes. ¿Un guardés ruso que sabe jugar al *bridge* así? Aquí hay gato encerrado. Se impone llamar a su padrino. ¿Ahora? No, ahora no, las emociones del día la han agotado y está demasiado cansada para pensarlo ahora. Mejor dejar la llamada para el día siguiente e irse a la cama. Basta por hoy de sobresaltos.

Los del *bridge* han vuelto a barajar y siguen jugando. Pero Mina ya no está tensa porque está claro que, ante su pasmo, el cosaco sabe lo que hace. Recoge su jersey, que está en un sofá, se acerca a la mesa y le da las buenas noches a Mijáil, aún sentado a la mesa de juego, con un beso en la frente. Él se gira, toma la mano de Mina y, sujetándosela, deposita un beso sobre ella.

—Buenas noches, mi amor.

Y vuelve a sus cartas.

El día ha tenido muchas emociones para Mina y está rendida. Cuando Mijáil vuelve al cuarto ella está medio dormida, soñando con

el mar bravío, el abrazo del niño y el brazo musculoso de Mijáil sacándola del mar. Le oye entrar. Lo hace con cuidado para no despertarla. Mina no abre los ojos. Él no enciende la luz, pero ella le escucha entrar en el cuarto de baño, lavarse los dientes y meterse en la cama. Mina aguarda expectante el abrazo de la noche anterior, pero este no llega.

ENCUENTROS NOCTURNOS

Mijáil no puede dormir.

Tiene calor. Pero no quiere encender el aire acondicionado ni despertar a Mina subiendo las persianas para abrir la ventana. Opta por bajar al salón y dar un paseo por el jardín. Quizás el frío de la noche y moverse un poco le ayuden a conciliar el sueño después.

Se levanta, se pone la bata sobre el pijama y se calza unas zapatillas. Gira el pomo de la puerta con inmenso cuidado para no hacer ruido. La escalera de la Torre, cuidadosamente restaurada por Nanda, no cruje ni chirría. Eso y la mullida alfombra que la recorre hacen que Mijáil pueda bajar por ella hasta el salón en perfecto silencio. Abre una de las puertas que dan a la terraza y respira a pleno pulmón el aire fresco que llega del mar.

Los focos del jardín están apagados. Hoy la luna está cubierta de nubes y solo las luces que alumbran la fachada le iluminan el camino. Decide pasear rodeando la casa, porque eso es lo único que acierta a ver.

Ha sido un día difícil. La propuesta de jugar a las cartas le ha venido como anillo al dedo. Necesitaba una distracción para concentrarse en otra cosa que no fueran las preocupantes noticias que le llegan por teléfono y los acontecimientos de esa mañana. Por estar tan absorto en ellas, Mina por poco se ahoga. Mijáil se siente culpable. Solo gracias a los gritos de esa mujer se dio cuenta. Treinta segundos más tarde y ni Mina ni el niño lo cuentan. Muy de

ella, por otra parte, eso de tirarse al agua, sin pensarlo dos veces, sin pedir ayuda. Jugarse la vida sin dudarlo y sin incomodar a nadie.

La revelación de la noche anterior le ha puesto las cosas en perspectiva. Y en cierto modo se las ha facilitado. Era difícil conciliar la Mina de la terraza de Pantaleón, esa que era capaz de hablar así de sus muertos, con la pija; impecablemente vestida, pero dispuesta a todo para conseguir un dinero que no le pertenece. La ingenua inocencia de su parloteo que tanto divierte a Mijáil —le divierte tanto que a veces procura ponerla nerviosa solo para que lo haga— no se compatibiliza bien con la fría ambición de engañar a cuanta familia le queda para hacerse con un castillo y un montón de millones. «¿Para qué los quiere?», se preguntaba antes de saber la respuesta, «si le da igual vestirse con un jersey roto y vivir en una casa prestada». ¿Y esas novelas románticas tan fabulosas y ridículamente divertidas? ¿Cómo encajaba eso con una transacción financiera, notario por medio, para alquilar los servicios de un desconocido? Un desconocido que ella ni siquiera considera de su misma clase social y con el que acepta convivir bajo el mismo techo. «¡Si no sabía si me huelen los pies o si ronco como una retroexcavadora!». Pero lo del hospital africano tiene sentido. Cuando la oyó contarlo, con esa sinceridad y desgarro, estuvo a punto de ofrecerse a donar sus cincuenta mil euros también, o ir a cavar pozos de agua por ese Bayo que no conoce.

Pero los cincuenta mil tienen ya un destino (los necesitan los abogados de su padre). La oferta de Jaime le vino caída del cielo, no solo por el dinero, sino por poder abandonar La Alcahueta por un sitio totalmente arbitrario y sin relación con su vida anterior. Tanto tiempo en un mismo lugar, por mucho que fuera recóndito, era descuidarse. Tenía miedo de que le encontraran.

Por eso dijo que sí. Y ahora, Mijáil, que lleva tantos años viviendo como un fugitivo y como un monje, duerme en sábanas de hilo junto a una pelirroja desconocida cuyos pequeños suspiros en sueños no le dejan dormir. Porque es eso, ¿no es así? Los tirantes cruzados sobre la espalda desnuda del maldito camisón de raso. La curva de su cadera, dormida de lado sobre la cama. El olor de su pelo sobre la almohada. Hasta ayer no le caía del todo bien, pero eso no significa que no le gustara un rato. Lo que añade una nueva dificultad.

Desde la prueba del primer día sabe que tiene que hablar con ella de la parte física de su relación. En teoría, llevan siete meses casados. Lo normal sería que existan muestras físicas de afecto entre ellos. Al menos, cuando se creen solos. Mijáil se ha fijado en que hay veces en las que están a solas, pero alguien los mira. Desde las diversas ventanas de la Torre se divisa todo el jardín. Incluso la piscina. ¡Hasta la playa donde se creen tan seguros! Lo lógico sería que quien mire vea alguna muestra de afecto, pero no hay ninguna entre ellos. Se ha dado cuenta de este fallo, deberían hacer algo y tiene que hablarlo con ella. Pero, hasta ahora, ha estado retrasando esta conversación que no le apetecía tener dada la intermitente animadversión que hasta ayer sentía por Mina. Antes de la revelación de la noche anterior a ratos le caía bien, pero enseguida recordaba que era una estafadora esnob y la simpatía por ella se esfumaba de un plumazo. ¿Qué es esa luz?

Mijáil ha dado la vuelta a la casa y, a la altura de lo que llaman el foso, ve la luz de una de las ventanas de la planta baja encenderse. Es la del despacho de Fernanda. ¿Qué hace la anciana despierta a esas horas? No puede ser ella. El día anterior le confesó que tomaba una pastilla para dormir y que gracias a eso lo hacía como un tronco toda la noche. ¿Quién entonces...? En ese lado del jardín el

estanque profundo que llaman el foso corre paralelo a la casa e impide que Mijáil se acerque a la ventana. Se aproxima todo lo que puede. Sabe que, con las luces encendidas dentro y la oscuridad de fuera, nadie que esté en el interior puede verle. Ve moverse una figura. Es Carolina. Conecta un ordenador e imprime algo. Luego busca entre unos papeles que están sobre la mesa de Nanda. ¿Qué estará haciendo? Se sienta en el escritorio de Nanda y, mirando a su ordenador, parece que se pone, laboriosamente, a escribir algo en el papel que ha impreso. Compara un papel con otro como si copiara algo. Tarda un rato en hacerlo, escribe como si hiciera caligrafía. ¿Estará copiando la letra de alguien? Cuando termina, coloca los papeles en el montón en el que estaban, mira a su alrededor, y se lleva su ordenador y también otros papeles. Mijáil tiene el tiempo justo de esconderse tras un rododendro antes de que apague la luz. Con la luz apagada, ella puede volver a ver el exterior. Espera unos minutos y decide volver dentro. Tiene la tentación de entrar en el despacho de Nanda para ver qué son esos papeles que ha estado tocando Carolina. Pero opta por no hacerlo. No está bien entrar en los espacios privados de la gente.

Al ir a entrar en el salón, se da de bruces con Carolina, que había entrado a averiguar qué hacía esa puerta abierta.

El salón está a oscuras, pero a Mijáil le parece que, al verle, ella ha dejado caer algo en el sofá. Quizás para esconderlo, Carolina da un paso adelante. Ambos están en la terraza, a apenas un metro de la puerta. Carolina en un camisón de seda con finos tirantes. El relente del mar hace que la noche sea fresca, pero ella no se inmuta.

—Hola, Mijáil, ¿no podías dormir? Yo tampoco.

—Hola, Carolina. Creo que se te ha caído algo en el sofá.

—¿En el sofá? Ah, sí, puede que sean unos papeles de Raimundo. He visto que se los ha dejado olvidados y he pensado subírselos.

Mijáil podría dejarlo pasar, pero decide no hacerlo. Tiene curiosidad por saber qué ha estado haciendo.

—¿Papeles? ¿No trabaja Raimundo en su cuarto?

—En su cuarto, en el salón... ¡en todas partes! Ya le conoces, trabaja a todas horas.

Carolina sabe que el ruso se huele algo. Le ve mirar por encima de su hombro al sofá donde ella ha dejado caer su portátil y los test robados. Está la luz apagada, no cree que pueda ver mucho, pero no puede arriesgarse.

Mijáil intenta dar un paso adelante. Carolina se lo impide poniéndose frente a él. A grandes males, grandes remedios. Bajo ningún concepto puede permitir que los descalifiquen. Y ella hace lo que ha hecho siempre, confiar en aquello que nunca le falló. A Carolina nunca nadie se le ha resistido. Pone las palmas sobre el pecho de él y se acerca ligeramente.

—A todas horas, Mijáil. Solo hace eso, trabajar y beber, a mí ya ni me mira. —Da un pequeño paso atrás—. Igual —dice ella, mirándolo fijamente— es que ya no soy digna de mirar...

Y deslizando los tirantes de su camisón hacia los lados deja que este le caiga, a plomo, hasta la cintura. Carolina, desnuda de cintura para arriba, sostiene la mirada de Mijáil.

Mijáil tiene treinta y nueve años. Con su aspecto y su planta no es este, como dicen los yanquis, su primer rodeo. En treinta y nueve años de vida Carolina no es, ni de lejos, la primera mujer que se le insinúa. Está de sobra curtido en estas lides. Pero también sabe que la situación requiere que se ande con tiento. Esto es un tablero de ajedrez. Carolina no es un enemigo despreciable. No se trata de lo que él quiera, se trata de lo que resulte mejor para ganar. Necesita

tiempo. Tiene que pensar. Por otro lado, es un hombre. Y Carolina es espectacular y tiene un cuerpo de modelo.

Mijáil baja la mirada y la recorre sin prisa por todo el cuerpo de Carolina. Ella intuye que ha ganado y se inclina ligeramente hacia delante. Mijáil se rasca el cuello con las uñas como cuando está nervioso. El torso desnudo de ella casi toca el de él. Ella le mira, abre ligeramente los labios y suelta un leve suspiro. Y en ese instante Mijáil se decide. Desliza sus manos sobre los brazos de Carolina y, agarrando firmemente los tirantes de su camisón, tira de ellos hacia arriba y vuelve a colocarlos en su sitio.

—Se te habían caído. Buenas noches, Carolina. No te quedes mucho aquí fuera, que hace frío.

Esquivando la estatua en la que se ha convertido ella, Mijáil vuelve a su cuarto con el corazón latiéndole fuerte. Sabe que ha hecho un enemigo de por vida. Sabe que, estratégicamente, no ha sido la decisión correcta, de ahí su duda. Era, sin embargo, la única que dejaba intacta la dignidad de Mina. Imposible tomar otra.

Cuando Mijáil se mete en la cama oye un aullido a lo lejos. Sabe bien que es un lobo, pero no puede evitar estremecerse al imaginar que, ese mismo, es el aullido de la venganza de Carolina.

El Bayou

Miércoles, 7 de mayo

Fernanda ha organizado un día en barco. En el suyo, claro está. Un velero clásico de madera de los años veinte del siglo pasado, comprado por Thomas a un duque inglés. Treinta y un metros de eslora en maderas de teca y caoba perfectamente barnizadas, dos palos y casco azul marino recién pintado, que brilla al sol. En una de las amuras de proa luce la silueta de un dragón tallado en madera y cubierto en pan de oro. Es el Bayou: el legendario y archiconocido cúter, uno de los iconos de los amantes de los veleros clásicos, devuelto por Nanda a su original esplendor de 1929, cuando por primera vez tocó el mar en los astilleros escoceses de William Fife & Son[1] .

Todos están expectantes por ver el barco. Sin embargo, Mijáil, que ha pasado mala noche, se ha despertado más tarde de lo habitual. Por eso no ha tenido tiempo de hablar con Mina a solas. Cuando ha bajado a desayunar se ha cruzado con ella, que subía de vuelta al cuarto. En ese momento, Fran ha aparecido para proponerles bajar al puerto antes que los demás, dando un paseo.

Cuando las dos parejas llegan al puerto, se encuentran con Fidel y Mateo, que están descargando comida y demás enseres de una furgoneta y entregándoselos a los marineros del Bayou, perfectamente uniformados con *shorts* azul marino y polo blanco con

el nombre del barco bordado en el lado izquierdo del pecho. Fran se baja un poco las gafas de sol para inspeccionar a los marineros y da un codazo cómplice a Mina mientras le guiña el ojo.

Hace un día espléndido, luce maravilloso el sol y, a pesar de una ligera brisa del mar, hace calor.

—¿Queréis ir a tomar un helado mientras esperamos a los demás? —propone Gonzalo—. Los de Guido's, aquí en el puerto, tienen fama.

—¡Gran idea! —dice Mina—. Son buenísimos, lo confirmo. Mi madre nos llevaba a Jaime y a mí de pequeños y era el plan del verano. ¡Mi favorito es el de fresas del bosque! No sabéis lo buenísimo que está. Vosotros, ¿de qué lo queréis?

—¡Yo de mentecato! —dice Fran con entusiasmo—. ¡Me chifla el mentecato! —Y se adelanta arrastrando a Gonzalo de la mano.

Mijáil aprovecha para susurrarle a Mina.

—Tengo algo que contarte. Busquemos un rato luego.

Ella le mira con intriga y asiente.

El helado de «mentecato» es un éxito. Fran se relame. El de fresas de Mina también es tan bueno como ella lo recordaba, y tienen idéntico éxito el de chocolate de Gonzalo y el de limón de Mijáil. Los cuatro se sientan al sol en un murete del puerto disfrutando de sus helados.

—¿Cómo veis la cosa? —pregunta Gonzalo—. A mí me da la sensación de que vosotros ganasteis la prueba del beso y que nosotros hemos ganado el cuestionario. —Da un beso en la cabeza a Fran—. No es por nada, solo es que Fran y yo lo sabemos todo el uno del otro. En la puntuación, debemos de ir, vosotros y nosotros, 1-1.

Mijáil no las tiene todas consigo con lo del cuestionario. Sigue dándole vueltas a qué hacía Carolina en el despacho de Nanda, y ha

llegado a la conclusión de que necesariamente tiene que ver con el famoso cuestionario.

—¿Sabéis qué hizo Nanda con los test? —pregunta.

Fran le mira sorprendida.

—Pero ¡si lo dijo! Mandárselos al podólogo.

—¿Por mail? ¿De inmediato?

—¡Ah! Ya sé lo que quieres decir —responde Fran—. No, de inmediato, no. Le escuché pedirle a Mateo que los imprimiera y que los enviara por FedEx al día siguiente.

«¡Bingo!», piensa Mijáil. Ya sabe qué hacía Carolina en el despacho de Nanda. Se debate en si revelar lo que sabe y, al final, opta por hacerlo.

—Entonces no estoy seguro de si habéis ganado la prueba del cuestionario...

—¿Por qué dices eso? —se inquieta Gonzalo.

—Porque ayer por la noche, cuando todos dormíais, vi a Carolina salir sigilosamente del despacho de Nanda. A las tres de la mañana.

Les cuenta lo que vio.

—¿Eso es lo que querías contarme antes? —pregunta Mina.

Mijáil asiente. Gonzalo se ha puesto de pie tan rápido que se le ha caído el helado.

—¿Y tú crees que...? —pregunta Gonzalo.

—No sé qué pensar. Por eso te lo digo, tú la conoces mejor, eres su hermano. ¿Crees que ha modificado los test?

—De que lo ha hecho, no me cabe la más mínima duda —responde Gonzalo, que vuelve a sentarse apesadumbrado—; lo que no sé es si se ha limitado a mejorar los suyos o ha empeorado también los de los demás...

Mijáil lo medita.

—Diría que solo lo primero —responde—. Alterar dos juegos distintos de cuestionarios tiene mucho trabajo y se tarda tiempo. Y hay que imitar cuatro letras distintas. Lo más probable es que solo haya retocado los suyos.

Fran, sentada al lado de Gonzalo, abraza a su marido y, pasándole el brazo por la espalda, lo consuela.

—No te preocupes, Gonzalo, todo va a salir bien. Si Carolina los ha retocado, y sí, yo también pienso que lo más probable es que lo haya hecho, pues habremos empatado, pero perder no. Mejor que nosotros no lo ha podido hacer.

A Mina le gusta la franqueza innata de Fran, dice lo que piensa con toda naturalidad sin preocuparse por quién la escucha. No tiene dobleces.

—Yo también lo creo, Fran —confirma Mina apoyando a su prima política—. En todo caso, será un empate.

—Y hablando del rey de Roma... —Gonzalo hace un gesto con la barbilla.

Donde ha señalado se ha parado un Rolls oscuro de cristales tintados del que desembarcan Nanda, Mariana, Raimundo y Carolina, esta última reinterpretando a Coco Chanel en la Costa Azul, versión mercadillo de Majadahonda. Pantalón *palazzo* azul marino, camiseta a rayas, pamela y gafas de sol Jackie O. Tras bajar del coche, los cuatro se dirigen por el pantalán hacia la pasarela del Bayou, seguidos de un criado que lleva la bolsa de Nanda.

Gonzalo mira la espalda de su hermana, mientras esta se aleja por el pantalán, con una mezcla de desprecio y rabia. Fran la mira con pena. Mina con recelo. Mijáil... ¿Mijáil? Mina se fija en la mirada de Mijáil, ¿es posible que mire a Carolina con aprensión? Aquí ha pasado algo.

Los cuatro se levantan y emprenden el camino hacia el barco. El buen humor de hace un rato ha desaparecido. Gonzalo y Fran caminan delante, de la mano. Mina se rezaga un poco a propósito.

—Ayer por la noche... —le dice a Mijáil.

—¿Sí?

—Hay más de lo que has contado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Es urgente que yo lo sepa?

—No —contesta Mijáil tras pensarlo un poco.

—Entonces mejor esta noche. En los barcos se oye todo y temo que alguien lo haga.

Mijáil asiente. Han llegado a la pasarela del Bayou y un marinero tiende la mano a Mina para ayudarla a subir al barco.

—Bienvenida al Bayou, señora. Señor —se dirige a Mijáil con un saludo—. Les pido, por favor, que se quiten los zapatos. Si me los dan, los guardaré en la cesta de allí. ¿Les apetece una copa de champán? —Y los dirige amablemente hacia donde están los otros, sentados en unas sillas plegables de teca.

—Bueno, ¿qué os parece? —pregunta Nanda nada más verlos—. Terminamos la restauración hace apenas unos meses. ¿No es una belleza?

—Nada comparado contigo, tía Nanda —le guiña el ojo Gonzalo, zalamero.

—Jamás he visto un barco tan bonito —admira Mijáil, con sincero asombro—. ¿Y el dragón? —se interesa.

—La marca de los astilleros. Desde finales del siglo XIX lo incluían en todos sus barcos, en la proa o en el interior.

Todos están verdaderamente impresionados. El Bayou es una maravilla.

—Es que todo está perfecto —alaba Fran—. Las velas impecablemente blancas como si las hubiera almidonado Bibi, y hasta las cuerdas están blanquísimas y como nuevas.

—En un barco no hay cuerdas —corrige Nanda, contenta de poder dar la lección—: Hay cabos, drizas y escotas.

—¿Y cuál es cuál? —pregunta Fran.

—Pues, más o menos: las drizas ayudan a izar las velas, las escotas a colocarlas y los cabos son para todo lo demás.

—¡Con lo fácil que sería decir cuerdas! —dice Fran—. Yo no sé si seré capaz de aprender todo eso.

—Yo no dudo de que no lo serás —responde Carolina.

Raimundo la mira con mala cara.

—¿Qué? —se defiende ella—. Lleva doce años en España y confunde despeñarse con despeinarse. Ayer me dijo que un primo suyo se «despeinó» en el Mont Blanc. ¿Tú crees que hay alguna posibilidad de que aprenda drizas, escotas y cabos en una tarde?

Fran se ríe.

—Tienes toda la razón, Carolina.

Se encoge de hombros, bebe un sorbito de champán y apoya la cabeza en el hombro de su marido, a todas luces feliz.

Terminado el aperitivo, los marineros les explican dónde deben sentarse para estar más cómodos mientras navegan. Nanda y Mariana tienen reservados unos bancos con unos confortables almohadones en la popa. El resto decide ignorar la comodidad de la popa y se colocan, a lo largo de la borda del barco, donde les indican los marineros. Estos les reparten chalecos salvavidas amarillos con el nombre del barco impreso en la espalda.

El Bayou suelta amarras, sale despacio de puerto y cuando llegan casi a la mitad de la bahía, los marineros, perfectamente coordinados, izan las velas, con un sonido parecido al que hace la

seda de un traje de noche cuando se gira al bailar. Shusss, shusss. Sopla un suave viento del nordeste, el justo para poder izarlas todas. Las velas suben y se recortan para recoger mejor el viento. Los vaivenes que se sentían al navegar a motor desaparecen y el barco, que reacciona al mar y al viento como un caballo de carreras, se desliza como patinando por el Cantábrico. Con sus velas desplegadas, el Bayou es un espectáculo. Mijáil ve que desde el puerto y la playa la gente empieza a tomar fotos con sus móviles. Están muy lejos, pero, por si acaso, se pone las gafas de sol y se cala una gorra.

Fran se palpa los bolsillos y el chaleco salvavidas buscando sus gafas de sol.

—Noto que me falta algo.

—Eso te lo notamos todos —responde agria Carolina.

—¡Carolina! —la reprende Raimundo.

—Basta ya, Carolina —le dice Gonzalo—, deja en paz a Fran. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Carolina le ignora. Está de muy mal humor.

En la popa, Mariana charla con su hermana.

—Nanda, ¡este barco es formidable!

Su hermana sonríe orgullosa.

—Lo es, ¿verdad? ¡Y es más viejo que nosotras! —ríe y le pasa la mano por debajo del brazo a su hermana—. Hacía décadas que no navegaba por esta bahía. ¡Cómo ha cambiado el paisaje! Las casas de muchos de nuestros amigos han desaparecido, y hay edificios de pisos en su lugar.

—Lo sé, ese es el mío —Mariana señala, apuntando con el dedo, un edificio de ladrillo rojo y contraventanas de madera blanca en mitad del paseo marítimo.

—Y cómo es posible que yo no haya estado nunca ni supiera cuál es —dice Nanda—. Es imperdonable. Mañana mismo vamos juntas, ¿quieres?

Mariana se ríe.

—¡No sé si me atrevo, Nanda! Mi pisito no está a la altura de tus casas, tus muebles, ni tus telas. Temo que te decepcione y no te guste nada.

—Nada tuyo me decepcionaría, Manou. Y si quieres otros muebles y otras telas, no tienes más que decirlo. ¿Eres feliz ahí?

Mariana duda un poco y, eligiendo bien las palabras, dice:

—Lo he sido mucho.

Nanda no percibe el uso del tiempo pasado, pero sí el pequeño estremecimiento de su hermana, que malinterpreta:

—Hace un poco de fresco ahora, ¿verdad? ¡Luis! —grita con la mano a un marinero—. Tráiganos, por favor, una manta. Bueno, dos.

Mariana gira la cabeza y mira la bahía de la única ciudad donde ha vivido toda su vida. La iglesia de San Ignacio en el centro; a su lado, la cofradía. A la izquierda, mirando desde el mar, el puerto de pescadores; un poco más a la derecha, el puerto deportivo. Entre ambos, la horrible casa de pisos en azulejo gris que construyeron los Pereda, donde antes estaba su villa. El paseo marítimo, la playa; a la derecha del todo, la Torre, sobre su promontorio en el monte Carpio con las escaleras de piedra que bajan por el acantilado desde el jardín a la playa. Y, al otro lado de la playa, la casa de Íñigo Vergara. A Mariana le parece ver abiertas las puertas del balcón del segundo piso y una figura erguida mirando al mar.

El Bayou dobla el cabo de Platero y se prepara para virar. Los marineros dan instrucciones a los invitados y, con un suave movimiento de timón, las velas cambian de lado y el Bayou pone

proa hacia ese mar bravío para cuyas aguas fue construido hace ya más de un siglo.

Con el viento y el sol en la cara y el mar a sus pies, Mina es feliz. Sin pensarlo, apoya su espalda sobre el pecho de Mijáil y este le pasa el brazo por delante en una suerte de abrazo. Con el viento apenas se puede hablar, pero Mina se gira a sonreírle, sin palabras, y él sonríe también.

Una hora y media después, el Bayou fondea en una pequeña cala natural en la cara sur de la diminuta y desierta isla de San Bartolomé. Los marineros aseguran el ancla, bajan las velas, extienden un pequeño toldo y montan la mesa.

—¿Nos podemos bañar, tía Nanda? —pregunta Carolina.

—Podéis, por supuesto, pero que el sol no te engañe; estas aguas, en mayo, están muy frías. No sé si te resultará agradable. Yo nado todas las mañanas en el mar y aquí no me bañaría.

—¿Cómo de fría?

Nanda se gira hacia Luis, el marinero.

—Doce grados, señora —reporta este recogiendo el termómetro que ha dejado caer al agua colgando de un cabo.

—¡Doce grados! —exclama Carolina—. Eso solo es apto para un ruso como Mijáil.

—Lo de que los rusos estamos todo el día perforando agujeros en el hielo para darnos un chapuzón es un mito, Carolina —responde este.

—No seas tímido, demuéstranos que eres un chicarrón ruso.

—Los chicarrones y chicarronas rusas se bañan en aguas heladas para celebrar la epifanía ortodoxa. En mayo, se nos ha pasado un poco la fecha. Y son solo tres inmersiones rápidas, entrar y salir. Con el agua a doce grados, en media hora entras en hipotermia. Estoy bien aquí, seco, a bordo, pero si quieres verme en traje de baño —

añade, guiñándole un ojo— no tienes más que pedirlo. Siempre dispuesto a complacer.

Lo último enfurece especialmente a Carolina. No sabe bien qué pretendía aparte de procurarle al ruso un mal rato, pero el tiro le ha salido por la culata. El ruso es un chulito.

—A mí me da igual —dice encogiéndose de hombros—; quizás tu mujercita quiera fardar de flamante marido.

—Mi mujercita —responde Mijáil abrazando a Mina posesivamente y plantando un beso en su cabeza— me ve desnudo siempre que quiere. Pero me siento halagado de que pienses que soy «algo» de lo que fardar.

Fernanda ríe a carcajadas.

—Bueno, bueno, bueno. ¡Esto se nos va de las manos! —interviene finalmente y propone—: ¿Os apetece que os enseñe el barco por dentro? Luego, los que quieran pueden bajar a explorar la isla, os acercarán en zódiac, si queréis. Y en una hora y media estará la comida lista. ¿Qué os parece el plan?

A todos les parece fenomenal el plan o, si no, fingen que se lo parece. Mina se queda la última y tiende el brazo a Mariana.

—Gracias, pocholita —le dice la anciana—. Agradezco mucho tu brazo, mi equilibrio no es lo que era y ya no me muevo en un barco como antes. Gracias por pensar en mí.

Pero Mina reconoce avergonzada que no estaba pensando en ella. Desde que él lo ha mencionado, y muy a su pesar, ella solo piensa en Mijáil desnudo.

Tras la exploración de la isla y la comida a bordo, el Bayou leva anclas. Dormitan a bordo mientras navegan y, tras una parada en una bonita aldea para visitar su conocida iglesia, ponen rumbo de vuelta a Todaria. Atracan de vuelta en el puerto al atardecer y Fernanda les pide disculpas, los días de mar cansan mucho, ella está

agotada y le gustaría cenar en su cuarto en una bandeja. Les deja la noche libre. Por supuesto, habrá un *buffet* en el comedor para quien decida cenar en la Torre y también, si quieren algo ligero en una bandeja, en su cuarto, no tienen más que pedírselo a Fidel.

—¡Ah! —dice, al meterse junto con Mariana en el Mercedes oscuro —, y he pensado que pasado mañana podemos organizar un tiro al plato para que todos mostréis vuestras increíbles habilidades con la escopeta. ¡Descansad bien!

FRESAS SILVESTRES

—¡Pedazo de perra! —insulta Jaime a Mina por el teléfono—. ¿Tú crees que es normal que me tengas casi una semana entera sin saber nada de ti? ¡Te he llamado hasta quedarme sin huellas dactilares!

—Lo sé, lo sé —reconoce ella—, perdóname. Nunca encuentro el momento de poder hablar contigo. En la casa no me atrevo, pienso que siempre puede haber alguien escuchando tras una puerta... En el jardín tampoco, que no sé lo que se oye desde las ventanas ni quién está detrás de un arbusto.

—Veo que es cierto que todo se pega menos la belleza: te has vuelto tan paranoica como tu ruso. ¿Y dónde estás ahora que puedes hablar?

—En la playa, de paseo. Pero tampoco podía llamarte porque hasta ahora no he conseguido pasear sola. Mijáil me sigue como una sombra en cuanto enfilo el camino a la playa... debe de ser por lo del otro día.

—Así que Mijáil te sigue como una sombra, ¿eh, primita? Pero, oye, ¿qué es «lo del otro día»?

Mina le relata el incidente con el niño y su casi ahogamiento.

—¡Joder, Mina! —dice Jaime, entre asustado y enfadado—. ¡Pareces nueva! ¿Has crecido en esa puta playa y no sabes la resaca que hay? ¡Podrías haberte ahogado! Ahora entiendo que Mijáil no te deje sola. Gracias a Dios por él, la verdad. Si no llega a estar no lo

hubierais contado. Ni el niño ni tú. Por favor, prométeme que nunca más lo volverás a hacer.

—No seas plasta. Estás igual que Mijáil. Haré lo que tenga que hacer y cuando lo tenga que hacer. ¿Qué quieres? ¿Que deje ahogarse a un niño? Cambiemos de tema, anda, que sois unos plomos los dos. ¿Qué me cuentas de Madrid?

—Madrid. Madrid es una ciudad infernal, con un calor que tumba moscas, donde nunca nadie sensato debería jamás haber instalado un asentamiento humano. ¡Qué carajo, Madrid! Cuéntame tú, ¿cómo va lo nuestro? ¿Se lo han tragado? ¿Va bien la representación?

Mina pone a Jaime al día de todo desde el primer día. De la prueba del beso, del enfado del invernadero, de los extraños conocimientos sobre *bridge* y loza antigua que tiene Mijáil, del abrazo de la noche del enfado, de la entente cordial firmada entre ellos.

—Así que al menos la tensión del principio ha desaparecido. Y me alegro, te lo confieso —dice ella—; porque además de lo agotador que resultaba, creo que se notaba por fuera. Es muy difícil hacer de pareja de recién casados enamoradísimos cuando lo que quieres es arrancarle los ojos al otro. Pero ahora todo fluye a una velocidad de crucero: es amable conmigo, me cuenta cosas, nos reímos. Creo que hasta podríamos llegar a ser buenos amigos.

—¡¿Amigos?! Tía, deja de fingir, ¡que soy yo! —protesta Jaime—. ¿Has olvidado con quién hablas? El ruso está para mojar pan. Tiene un pedazo revolcón. ¿Y tú me quieres hacer creer que a ti lo que te mola es sentarte a hacer punto de cruz con él? ¡Venga, Mina!

—Independientemente de que, a estas alturas, no me extrañaría que Pantaleón le haya enseñado incluso a hacer punto de cruz —ni te imaginas las cosas que ha aprendido—, te recuerdo que esto es una relación transaccional. Qué más da lo que me parezca a mí. Te

olvidas de que está aquí, FINGIENDO ser mi marido, porque tú le has pagado para hacerlo.

—Parafraseando a Fran: ¿Y eso es óbito para que te lo tires?

Mina ríe, a su pesar.

—Pues para ti no lo sería, pero yo no soy como tú, que te has tirado a poblaciones enteras. Me tomo estas cosas un poquito más en serio. Y, sobre todo, no creo que él tenga el más mínimo interés. Es correcto, amable, educado. Eso es todo. Si hubiera algo más, yo lo notaría. Créeme: no lo hay. Por cierto —dice Mina, que quiere cambiar de tema—, el miércoles que viene hay un baile. Y hoy recibo un regalo.

—Cuéntame lo del regalo —dice Jaime al teléfono—; lo del baile, lo sé; he sido invitado.

Mina salta de alegría.

—¿Cómo? ¿Estás en Todaria? —pregunta ilusionada.

—No, llego el mismo miércoles. El jueves es día quince, fiesta en Madrid, y me he cogido el puente. Pero ¡un baile un miércoles! Muy de ricos eso de un baile en mitad de la semana, primita. Si no fuera porque media España muere por ver la Torre por dentro y cotillear sobre Nanda, no tendríais invitados. A pesar de eso voy solo, Sigrid me ha dejado.

—¿Otra vez?

—Esta es la primera vez que me deja —responde Jaime confuso.

—Pero ¿Sigrid no es la rubia?

—Correcto.

—¿No es la que te deja en martes alternos?

—Esa era Mayra. Pobre, estaba como un cencerro.

—¿Y también era rubia?

—Mina, TODAS son rubias.

—Sabes que en realidad no, ¿verdad? —le chincha ella.

Jaime tenía una teoría, eminentemente machista y acaso misógina, que, de saberse, hubiera implicado su flagelamiento y condena a muerte a manos de cualquier feminista random. Y con razón. En su clasificación de mujeres del 1 al 10 (*ranking* elaborado teniendo en cuenta tan solo su aspecto físico) Jaime defendía que el campo de acción de todo hombre sensato debía estar por debajo del 5 o directamente en el 10. Las que quedaban por debajo del aprobado daban poco trabajo y eran, normalmente, encantadoras. Las del rango del 6 al 9 daban el mismo trabajo y requerían la misma devoción y atenciones que las que eran un 10. Así que, argumentaba Jaime, si hay que currárselo de todos modos, que sea para el sobresaliente. Además de que, según él, las del 10, precisamente por ser tan guapas, tenían menos pretendientes porque «hay mucho gallina que ni lo intenta».

Así que Jaime, él mismo un 7 raspado (físicamente, porque para Mina era un 10 en muchas cosas), se había especializado en mujeres «de alta gama», todas ellas rubias, despampanantes y sospechosamente iguales.

—Mina, estoy encantado de ir solo, con inmensas ganas de verte y observar la evolución de nuestro plan de cerca. Pero, no me distraigas, cuéntame lo del regalo.

Mina y Jaime charlan. Ella le cuenta lo del regalo, la conversación con Gonzalo. Sus llamadas de teléfono al padre Henry. Le dice cómo le ha contado a Mijáil —quien ella sabe que no tiene dinero para un regalo— lo mucho que a ella le gustan las fresas salvajes que recogía con Jaime en el bosque de las afueras de Todaria, y que el sabor de una fresa de bosque le recuerda a una infancia feliz. Mina ha insistido bastante y tiene esperanzas de que haya pillado las pistas y que su regalo sea una cesta de fresas del bosque. Le harían ilusión de verdad y solucionarían el problema de la falta de dinero de

Mijáil. Jaime piensa en cómo Mina siempre está resolviendo los problemas de otros. Pero no le dice nada de eso. La pone al día de su vida en Madrid, de las cosas que ha hecho, de los asuntos de su trabajo. Le cuenta anécdotas de Pérez, que la echa de menos. Hablan de las pequeñas nimiedades sin importancia que se cuentan los que se quieren. Esas que no llenan épicas ni libros de historia, pero que son la trama que teje la confianza y los afectos domésticos de aquellos cuyas vidas se entrelazan en un inexpugnable afecto cotidiano. Los primos charlan de todo y de nada, como han hecho siempre. Hasta que a Mina le duele la oreja de tener el teléfono tanto tiempo pegado a ella.

—¿Nos vemos entonces el miércoles? —se despide.

—Puntualmente, primita. Estoy deseando abrazarte.

Mina camina de vuelta a casa de buen humor. Está contenta por ver pronto a Jaime y piensa que estas dos semanas, que se planteaban como un auténtico suplicio, poco a poco han ido mejorando. Todo está saliendo como esperaban. Nadie sospecha nada, Mijáil está siendo encantador, se lleva bien con todo el mundo y tiene a tía Mariana comiendo de su mano. Tía Nanda es insondable, pero Mina cree que Mijáil también le cae bien. Las cosas van viento en popa. Bayo ya no tiene fiebre y ha salido de la cama. Luce un sol espléndido, el miércoles hay una fiesta y hoy tiene un regalo. No sabe qué es; espera que sus constantes alusiones hayan dirigido a Mijáil hacia el cesto de fresas. Sea lo que sea, tiene claro que ha de fingir que eso es lo que con más anhelo esperaba, lo que más le gusta en el mundo. Al final, piensa, esta prueba solo depende de sus dotes de actriz. Mina duda de ellas, pero hay que ganarla. No sabe cuál será la cuarta y hay que aprovechar para tomar ventaja ahora que se puede. Mina prepara palabras de entusiasmo para

recibir su regalo y ensaya reacciones en su cabeza mientras camina de regreso a la Torre.

Cuando vuelve, Mijáil la está esperando al pie de las escaleras.

—Sabes que no puedes ir a la playa sola —le reconviene.

—¿Quién eres tú, la madre superiora? —Mina le toma del brazo—. Anda, vamos. Ya has visto que no hay ni un ser humano en la playa y te he prometido no lanzarme a salvar ninguna foca. ¿Están ya todos en la terraza?

—Sí, te están esperando. Fernanda quiere que comamos ya y que os demos los regalos con el café. ¿Qué tal va *Luna nueva en el harén?* Te he visto escribiendo esta mañana.

—¡Espléndidamente! Carlotta está a punto de escapar de Topkapi hacia las Cruzadas con la ayuda de un jenízaro.

—¿Jenízaro? Pero ¿no estaban esos en Granada? Y Topkapi, ¿no se construyó más de un siglo después de la última Cruzada?

—Probablemente —contesta Mina impertérrita—, pero a mis lectores no les interesa mucho el rigor histórico.

—¿Y qué les interesa entonces?

—Que la heroína no sea una pusilánime y que, en algún momento dado, el guaperas le arranque el corpiño a mordiscos.

Mijáil suelta una carcajada.

—Como a todos, entonces. Vamos, nos esperan.

La mesa del almuerzo es otra muy celebrada creación de Fernanda. Esta vez está colocada en la biblioteca y luce platos *faux bois,* imitando las vetas de la madera, con pequeñas postales de paisajes pintadas en trampantojo en el centro. Son los famosos Nymphenburg de la quinta vizcondesa. Están colocados encima de un mantel castaño en cuyo centro corre un camino de musgo del que surgen infinidad de bulbos de jacintos y narcisos. Fernanda ha traído el bosque al interior de su casa.

—Hoy tenemos plato único —se excusa Fernanda—.Hay mucho lío en la cocina con la preparación del baile y no se puede pedir mucho más.

Nadie sabe a qué se refiere: nunca han probado una lasaña así de exquisita. Además, por mucho follón que haya, el repostero no se ha resistido a lucirse con un Mont Blanc de castañas con su celebrado merengue seco, cuya receta le dio Pierre Hermé[1] .

Con la tripa llena y el día radiante, se reúnen en la terraza, expectantes unas y nerviosos otros. Fidel sirve el café.

—¿En qué orden queréis entregar vuestros regalos? —pregunta Fernanda.

Gonzalo y Raimundo contestan un «me da igual» al unísono, mientras Mijáil dice:

—Quisiera ser el último.

—El último entonces —concede Fernanda—. ¿Raimundo?

—Allá voy —sonríe este. Saca de una bolsa negra una caja naranja enorme, con ribetes y lazo marrones y el logo de Hermès en la tapa. Se lo tiende a Carolina.

Ella lo abre, sonriente.

—¡Hermès! ¡Qué locura, Raimundo! No deberías... —Va quitando el papel blanco de seda, y bajo él aparece una bolsa de gamuza beige que parece cubrir un bolso—. ¡Un bolso! ¡Estás loco! ¡Te habrás arruinado!

De la bolsa protectora en gamuza beige sale un Birkin negro, impecable, en piel.

Carolina se queda sin habla. Ella lleva una semana paseando por toda la torre su Birkin turco a modo de escudo y seña de identidad.

—Pero ¡si ya tengo uno, bobito!

—Sí, pero el que tienes es falso... Por eso, imaginé que el verdadero te haría ilusión de verdad. ¡No sabes lo que me ha

costado conseguirlo en cuatro días! Hasta he tenido que rogar a un colega francés de mi despacho, que es amigo de Axel Dumas[2] , el CEO de Hermès, que le llamara para pedirle el favor.

Carolina se siente morir.

—¡Falso! ¡Qué cosas dices! Fue un regalo de tu madre, *vintage,* ¿recuerdas? —Carolina no ha engañado a nadie. Aunque Fernanda tiene que reconocer que el falso Birkin sí lo ha hecho. «Qué bien hechas están estas copias —piensa—, siempre creí que era de verdad».

Gonzalo, para echar una mano a su hermana y poner fin a su bochorno, interrumpe la conversación:

—Fran, ¿estás preparada? Ahora me toca a mí. —Se va al salón y de detrás de las cortinas saca una caja grande de madera. La coloca en la mesa delante de Fran. Ella ve que la caja lleva sus iniciales grabadas.

Fran le mira muda. Abre la caja, en ella aparece una pareja de escopetas inglesas con sus iniciales grabadas.

—¿Unas Purdey Side by Side[3] ? —pregunta atónita ella.

Gonzalo asiente satisfecho mientras sonríe ufanamente a su mujer. Fran no sale de su asombro.

—Pero, Gonzalo... ¡Estas escopetas cuestan al menos ciento cincuenta mil euros! ¿De dónde has sacado...? ¿Cómo es posible?

—El Jaguar —dice él encogiéndose de hombros—. Lo he vendido.

Y Fran se echa a llorar.

—¿Tu Jaguar? Pero ¿qué has hecho? ¿Cómo voy a querer yo nada que signifique que pierdas tú el coche que adoras? ¿Cómo voy yo a querer algo que te haga infeliz a ti? —Se abraza a él—. No las quiero, devuélvelas, véndelas. Recupera el coche, Gonzalo, por Dios te lo pido.

Nadie, Gonzalo el que menos, sabe qué hacer o decir ante los sollozos de Fran. Él está dispuesto a todo por ella. Pero ha cometido el error que muchos cometen: pensar que quienes los aman exigen sacrificios. Quien te quiere de verdad no pone su felicidad por delante de la tuya, y menos en asuntos materiales. Es cierto que un gran sacrificio es seña de una gran entrega, pero no se traduce necesariamente en la dicha de quien te quiere. Solo los egoístas construyen su contento sobre la privación de otros. Y Fran es todo menos egoísta.

—El sacrificio ha sido grande, Gonzalo, eso te honra muchísimo —dice Mariana, siempre la voz de la bondad—. Fran llora de emoción. Sabe cuánto la quieres, es un regalo precioso, Gonzalo.

Pero Fran sigue llorando hasta que Gonzalo, consternado, le promete que sí, que las devolverá. Y sí, sí cree que puede recuperar el Jaguar. En realidad, no lo cree, pero solo quiere que su Fran deje de llorar.

Fernanda, que no se mueve bien en lo emotivo, está ansiosa por terminar semejante despliegue de emociones. Esto no está yendo como ella pensaba.

—Mijáil, es tu turno —corta Fernanda.

Mina se prepara a recibir su ansiada cesta de fresas salvajes, pero, ante su sorpresa, Mijáil saca del bolsillo de su chaqueta una pequeña caja de cartón azul, como de la mitad de tamaño que una caja de zapatos, y con la mitad de su altura. Se la da a Mina. Esta, sorprendida, abre la caja. En su interior hay un puñado de cartas, dentro aún de sus sobres, atadas juntas con un lazo. Mina, temblando, deshace el lazo. Ha reconocido la letra nada más verla. Las cartas están dirigidas a Pantaleón, y la letra es la de su padre.

Mina toma la primera carta. La letra es vacilante y temblorosa y Mina sabe que corresponde al tiempo en el que su padre estaba ya

enfermo. Sin poder contener el temblor de sus manos, saca los folios del sobre:

Pantaleón, querido amigo:

Te escribo esta carta, cuando aún puedo hacerlo de mi puño y letra, sabiendo que mi fin, inexorablemente, se acerca. Mi hacienda, como sabes, no es grande y de lo que había apenas queda nada. A pesar de esto, quiero hacerte legado de lo más precioso que tengo: Mina, mi hija. La niña de mis ojos, la felicidad de este viejo...

Mina tiene los ojos arrasados de lágrimas... Saca otra carta, más antigua, en la que la letra de su padre aún era firme y clara:

Hoy Mina ha aprendido a andar en bici...

Y más:

Albricias, Pantaleón, a Mina se le han caído sus dos primeros dientes de leche y por fin he hecho de ratoncito Pérez...

Mina ha ganado un concurso de cuentos, Mina tiene su primer novio, Mina escribe un libro. La vida entera de Mina contada por su orgulloso padre a su mejor amigo. «Mi hija es el orgullo de mi vida. Una bendición del cielo y el único consuelo en estos días sin consuelo», escribe su padre tras conocer el diagnóstico del cáncer de Isabel.

Mina llora sin pudor y solo deja de leer para abalanzarse en brazos de Mijáil. Le estrecha con todas sus fuerzas, y sonríe y solloza al mismo tiempo.

—Jamás supe que nada de esto existía... —dice entre hipidos—. ¡Recuperar la voz de mi padre!... Recuperar sus recuerdos... ¡Es, sin

duda, el mejor regalo que nadie jamás me podría haber hecho! ¡Te lo agradeceré toda la vida! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! No te preocupes, no lloro... Lloro de emoción, de felicidad. —Y, secándose los ojos con la mano, añade—: ¿Cómo sabías que estas cartas existían?

Mijáil no puede contar cómo lo sabe. Las había visto en el secreter de Pantaleón cuando vivió esas dos semanas en su casa. Estaban tan cuidadosamente atadas, con un lazo de *grosgrain* negro, que se atrevió a preguntar a Pantaleón qué eran. Pero, claro, esto no puede contarlo. Porque nadie sabe ni debe saber de sus semanas interno en casa de Pantaleón, en la escuela de maridos. Pensando en el regalo, Mijáil llamó a Pantaleón en cuanto se acordó de ellas, para pedirle que se las enviara. Cuando supo para qué eran, Pantaleón no dudó en hacerlo y se encontró a sí mismo estúpido por no haberlo pensado antes.

La emoción de Mina es contagiosa y conmovedora. Mariana se seca también los ojos. Hasta Fernanda se ha emocionado un poco, aunque no lo demuestra.

—Iros —dice—. Supongo, niña, que querrás leerlas.

Ambos se van. Mina, aún sonriendo entre sus lágrimas; y Mijáil, henchido de satisfacción. Ha acertado en hacerla feliz. Menos mal que ha llegado hoy el paquete de Pantaleón con las cartas. Ahora ya se puede comer el kilo y medio de fresas salvajes que tiene escondidas en su armario.

SE APROXIMAN LOS BÁRBAROS

—Estoy nerviosa —dice Fran a Mina de hamaca a hamaca en la piscina.

Esa mañana no hay nada previsto y han aprovechado que ha salido el sol.

—¿Por qué?

—Porque tía Nanda ha decidido convocar a los niños a venir a pasar el fin de semana a la Torre.

—Convidar —corrige Mina inconscientemente.

—No —dice Gonzalo, sentado a los pies de la hamaca de Fran—. Esta vez no se ha equivocado. Convocar es la palabra correcta, no había nada optativo ni voluntario en ello. Llegan mañana.

—Estoy aterrorizada de que se porten fatal y Nanda nos descalifique —continúa Fran—. Nadie quiere un par de vándalos correteando por este museo.

—Pero ¿por qué se van a portar mal, Fran? Ellos están acostumbrados a casas como esta, ¡si pasáis el verano en el s*chloss* Erzendorff en casa de tus padres!

—La casa de mis padres no está llena de porcelana de cuatrocientos años, muebles *estampillés*[1] y piezas de museo. Los niños corretean por el bosque con sus primos y la mayoría de los salones buenos les están vetados. No es lo mismo.

Mijáil sale de la piscina donde ha estado nadando y se acerca a ellos para coger una toalla de la hamaca que hay junto a la de Mina. Protegida tras el cristal tintado de sus gafas de sol Mina aprovecha

para echar una mirada subrepticia a Mijáil. Los González le han debido de tener haciendo labores de carga porque tiene unos abdominales increíbles y unos brazos de gimnasio. ¿Cuál es exactamente la labor de un guardés?, se pregunta ella. Reconoce que no lo tiene claro, pero si ese es el formato adecuado, Chris Hemsworth tiene, esperándole, un gran papel como guardés. Mina deja de mirar antes de que él la cace. Mijáil se seca, se enrolla la toalla alrededor de las piernas y las caderas y se sienta a los pies de la hamaca de Mina.

—¿De qué habláis?

—Del avance inexorable de las legiones infantiles —informa Mina —. Fran teme que sus hijos no estén hechos para la vida en sociedad.

—... y mientras yo daba el pésame a tía Adelheid —sigue contando Fran—, Max y Leo, ¡en el salón de al lado!, habían arrancado los vivos de la tapicería de un sofá entero y se afanaban con el siguiente. Por supuesto, tuvimos que pagar el retapizado, pero eso no es nada; el día anterior, estando todos nosotros en el funeral, se entretuvieron practicando tiro al pichón contra el pájaro del reloj de cuco del *hall* —dice consternada—. Tía Adelheid, obviamente, no quiere que vuelvan. El año anterior, escondieron una cabra en su cuarto de baño y cuando los castigué por ello a estar una mañana encerrados en la biblioteca la reordenaron entera por colores. Cuatro mil volúmenes.

Fran parece que está a punto de llorar, pero Mijáil se esfuerza por no reírse.

—Eso es porque están aburridos, Fran —consuela Mina—. Si los mantienes entretenidos todo el día y, además, consigues cansarlos para que caigan rendidos por la noche, creo que reduces al mínimo las posibilidades de una catástrofe. Yo te ayudo a entretenerlos.

¿Playa? ¿Qué te parece? ¿Que intenten aprender a hacer surf? ¿Los llevamos al monte a subir a una ermita? Hay una en ese pico de ahí y el camino es largo y la subida empinada, eso los agotará.

—¿Subir al monte agotarlos? Mina, esos niños son como la cabra de Heidi, suben montes como rebecos. ¿No ves que son medio austriacos y pasan el verano haciendo eso? Agotarían a Juanito Oiarzabal antes de despeinarse siquiera.

—¿Despeinarse es despeñarse? —pregunta Mina por lo bajo a Gonzalo.

—En esta ocasión, no. Pero haces bien en preguntar.

—Lo del surf tiene más posibilidades —continúa Fran—, si no fuera porque soy su madre y no quiero que se ahoguen. Pero sí, tenerlos todo el día en la playa y montar un *checkpoint* Charly en la subida de las escaleras para que los intercepten y los plaquen si pretenden siquiera acercarse a la Torre es una buena idea. La mejor que he oído. Pero ¿qué hacemos si Nanda quiere verlos? Les habrá traído por algo, ¿no? Supongo que querrá saber si destrozarán su muy querida Torre, y me temo que, ahora mismo, no se puede descartar que así sea —solloza Fran—. ¡Necesitan un internado inglés como el agua del sayo!

—¿Mayo? —aventura Mina por lo bajo.

—Correcto —confirma Gonzalo.

—Esa era fácil —reconoce ella.

—Mi primo Heidrich —relata Fran— pegaba pellizcos en el culo a las amigas de mi abuela, fumaba porros en el confesionario de la capilla del *schloss* y robó un cuadro de casa de unos amigos, que vendió después en un rastro para derretírselo en copas.

—Fundírselo, Fran.

—Fundírselo en copas —corrige ella—. Iba camino de la penitenciaría, lo mandaron a Inglaterra interno y lo devolvieron de

Ampleforth[2] con tres A-Levels, contestando: «*Yes, sir*», cuadrándose para dejar pasar a los mayores por las puertas y con una disciplina que ni un sargento de los marines. Necesitamos eso, Gonzalo —suspira Fran—. ¡Nuestros hijos van camino de fundar la sección alevines de la Mara Salvatrucha en el tenis de Puerta de Hierro!

Mina anota mentalmente que debe cerrar su cuarto con llave y evitar a Max y Leo como a la peste bubónica.

—Y las hijas de Carolina, ¿cómo son? —pregunta Mijáil.

—Una igual que ella, pero en pequeño. Haces bien en estremecerte —dice Gonzalo a Mijáil, que tiene frío.

—¿Cómo se llama su «mini-yo»? —pregunta Mijáil mientras se pone su polo.

—Livia.

—¿Como Livia Drusila, la malvadamente despiadada, intrigante, manipuladora, pérfida y fría mujer de Octavio Augusto? —dice Mijáil alzando la ceja irónico.

Este qué hace, se pregunta Mina, ¿releer a Tácito en sus ratos libres?

—Esa misma —responde Gonzalo—. Creo que es su modelo a seguir.

—¿Y cuántos años tiene ese angelito?

—Biológicos, quince; mentales, unos cuarenta y cinco. Es aprendiz de mujer fatal. Además de, como diría mi abuela, muy generosa con sus encantos y afectos.

—Y luego decís que son Max y Leo los que tienen peligro. ¿Generosa con sus afectos significa lo que vuestra tía Nanda llama «un poco fresca»?

—Más fresca que un amanecer en los Alpes.

—¿Y su hermana?

—Sonsoles, la mayor. Ella es todo lo contrario —explica Fran—. Es gordita, con gafas, más callada...

—Gordita no, Fran; es obesa. Está a dos McNuggets de que Google Maps la identifique como una rotonda —corrige Gonzalo.

—Gonzalo, no me gusta nada cuando dices eso. Y, además, no es verdad. Es gordita. Tiene una cara redonda monísima, un cutis maravilloso y un pelo rubio glorioso con cascadas de rizos. Esa niña es guapísima, por mucho que su hermana y su madre la tengan amargada y acomplejada. ¡Lo suyo es solo *puppy fat*! En cuanto sea un poco mayor se estigmatizará...

—Esa no la he pillado —susurra Mina a Gonzalo.

—Estilizará.

—Y será guapísima, porque tiene una cara maravillosa y una sonrisa magnífica.

—Somos todos *Team* Sonsoles —se suma Mijáil.

—No, no, no —recuerda Fran—. ¡Somos *Team* Max y Leo!

—Total —confirma Mina—. ¡Hagámonos camisetas!

—Pero de kevlar —puntualiza Gonzalo—, que el año pasado prendieron fuego a las de la vuelta ciclista a Austria en el descanso de una etapa.

Mijáil no puede evitar reírse.

—¿Y cuándo llegan nuestros encantadores convocados?

—Mañana. Llegan en el mismo tren que las hijas de Carolina. Iremos a recogerlos a la estación, porque quiero aprovechar el viaje para darles una buena charla —dice Fran.

—Y un poco de Lorazepam —susurra Mina a Mijáil sin poder contenerse.

CRÓNICA DE UNA VICTORIA ANUNCIADA

Cuando todo parecía ir viento en popa, tía Nanda anuncia que el famoso tiro al plato será esa tarde. Mina tenía la esperanza de que se le hubiera olvidado.

—¿Tú sabes tirar? —pregunta a Mijáil.

—Poco y mal —confiesa—. En Rusia, el servicio militar es obligatorio, pero obviamente no usamos escopetas. Hasta llegar a La Alcahueta no había tocado una en mi vida. Ahora, si el tiro al plato es con un Kaláshnikov, lo bordo.

—¡Ay!

—¿Deduzco que tú no?

—No sé ni apoyarme la escopeta al hombro, que es lo único que me enseñó mi padre y ya ni me acuerdo.

—Pues somos un equipazo.

—¿Tú crees que esto es otra prueba?

—Mina, tu tía nos pone a prueba de mil formas desde que nos levantamos hasta que nos acostamos. A unas cosas les pone el nombre de pruebas y a otras no; pero no dudes de que todas lo son.

—Eso me temía. Y todas ellas absurdas. Qué más dará, en el esquema universal de las cosas, si aciertas a dar a un plato o no. Y qué tendrá que ver con el resultado de este paripé. Por cierto ¿cómo crees que vamos?

—¿Con total sinceridad? Creo que bien en el beso y el regalo; regular en el test. Y con la intervención de Carolina, aún peor. Así que, contando solo las pruebas oficiales, dos a uno. En las

extraoficiales, es imposible saberlo. Pero presiento que no va mal. Siento lo del cuadro, por cierto, me despisté.

—¿Lo del cuadro? ¿Llamarlo fino? Esas idioteces no tienen la más mínima importancia. Es cierto que algunos se sirven del uso de ciertas palabras para clasificar socialmente a la gente, como el número de patas sirve para clasificar artrópodos, pero no deja de ser una soberana gilipollez.

—Lo tapaste muy bien, pero Pantaleón me advirtió de que un solo error bastaría para que todos supieran que finjo...

Mina reflexiona.

—Normalmente sería así, pero como eres extranjero y les conté la milonga de que traducías del inglés, creo que ha colado. Además, solo lo oyeron Nanda y Carolina. Nanda creo que ni se dio cuenta y a Carolina ya la teníamos en contra. No creo que sea relevante. Yo también creo que no vamos mal, y —Mina hace cálculos— si el tiro al plato es una prueba, podemos permitirnos que la ganen Gonzalo y Fran. Pero no Carolina y Raimundo.

—Pero ¡si tú dices que Fran es como Billy el Niño! ¿Hay alguna posibilidad de que no la ganen Fran y Gonzalo?

—Remota, pero la hay. Raimundo ha nacido con una escopeta entre las manos y Carolina no es nada mala. Y, sobre todo, es muy competitiva.

La mención a la competitividad de Carolina le da a Mijáil la entrada que ha estado esperando.

—Hablando de eso. Mina, tengo que contarte algo.

Mijáil no ha encontrado el momento de hacerlo hasta ahora. El día que volvieron del barco Mina se quedó charlando hasta tarde con Fran y cuando llegó a la cama él ya estaba dormido. El día anterior desayunó y se fue a la playa antes que él, y tras la entrega del regalo, con Mina leyendo las cartas de su padre llorando a moco

tendido, él pensó que no era ese el mejor momento para revelarle el intento de seducción de Carolina. Ahora se arma de valor y se lo cuenta. Los ojos de Mina se abren como platos y su rostro muestra un carrusel de emociones según Mijáil va avanzando en el relato de lo sucedido esa noche en la terraza.

—¿Se quitó el camisón?

—Hasta la cintura.

—Y entonces, ¿tú dudaste?

—Dudé mientras pensaba qué era lo mejor, tácticamente, para nosotros.

—¿Y te la hubieras tirado si hubieras creído que era lo mejor?

—Fue todo muy rápido, Mina; lo que te cuento ahora con pelos y señales fueron tres segundos dando vueltas a todo en mi cabeza.

—Sin pensar en Raimundo...

—Mina —se exaspera Mijáil—, ¿qué parte de «no pasó nada» te has perdido? No, no pensé en Raimundo, no me dio ni tiempo. Pensé en ti.

A Mina le ha perturbado la historia más de lo que ella hubiera deseado. Mijáil es su marido solo en nombre. Y en realidad, no tiene hacia ella ningún deber de fidelidad. Pero, aunque eso ella lo sabe, intelectualmente, no había visualizado la situación tan crudamente hasta ahora. Mijáil con Carolina. Mijáil con cualquier otra. Bueno, sabe que eso es lo que sucederá. ¿Es tan buena actriz que aplicando el método Actors Studio[1] se ha metido en la trama hasta creérsela ella misma? Ella no tiene ningún derecho a pedir nada de él y no sabe a qué se debe esa punzada que le ha dado en el corazón al visualizar... Cuando en realidad Mijáil estuvo bien. E hizo lo correcto. Al menos con respecto a ella y al papel que representan. No sabe si es o no el mejor movimiento en esta partida de ajedrez con peones

vivos que ha establecido su tía Nanda, pero esto último no le importa. No sabe, entonces, por qué se ha disgustado.

—Sí, lo sé, Mijáil. Te lo agradezco. Pero ¿por qué me lo has contado ahora?

—Porque pensé que deberías saberlo. Y porque he hecho un enemigo de por vida; lo que convierte nuestro plan en mucho más peligroso. Ya sabes lo de la mujer despechada...

—*Hell hath no fury like a woman scorned*[2] *...* —cita Mina—, el infierno no conoce furia como la de una mujer despechada.

Y tras pensarlo:

—Ya nos odiaba desde antes. Esto cambia poco las cosas. Salvo rezar para que todo vaya bien, no podemos hacer mucho más. ¿Te puedo hacer una última pregunta? En realidad, es curiosidad... En otras circunstancias... quiero decir... ¿estuviste tentado...?

—Mina, Carolina es una mujer espectacular. Claro que estuve tentado.

La conversación no está yendo como él pensó. Mijáil se rasca el lado derecho del cuello como hace cuando está tenso o nervioso. Decide cambiar de tema.

—¿Quieres ir a ensayar un poco lo del tiro al plato?

—No, no merece la pena. Esa guerra no es la nuestra. Simplemente, cuando llegue el momento di algo así como que tú a cacerías no vas mucho, porque es caro y te dan pena los bichos. Eso salvará las apariencias. El resto no se puede remediar...

Mina se arrepiente de haber reaccionado así de mal a lo de Carolina. Mijáil está cumpliendo lo pactado e incluso haciéndolo muy bien. Debe de ser un esfuerzo grande tener que recordar continuamente todo lo aprendido en quince días sin poder permitirse ni un error. Si ella está tensa él debe de estarlo el doble. Hace tan bien su papel que hasta ella olvida a veces que es una

representación y no algo que le sale de forma natural. Añade para animarle:

—Nos queda menos de una semana. El fin de semana con los niños, el baile y tres días más. Estamos casi ahí, no queda nada. Gracias por prestarte a esto. Hubiera sido imposible sin ti, lo reconozco. Y tengo que confesar que, finalmente, esto no ha sido la tortura que yo imaginaba. Descubrir a Fran y volver a ver a Gonzalo ha sido fantástico. Cada vez me caen mejor. Raimundo, en realidad, es un amor. Y tía Mariana es maravillosa. Me he perdido muchas cosas y me alegro de haberlas recuperado. ¡Hasta tía Nanda me empieza a caer casi bien!

Mijáil levanta las cejas.

—He dicho «casi» —ríe ella—. Creo que tenemos una buena oportunidad de ganar y que vamos bien. No me puedo quejar. ¡Ya casi toco mi hospitalito con la punta de los dedos!

Mijáil la observa.

—Y entonces, ¿por qué no estás más contenta?

—Hmm —dice Mina por toda respuesta.

—Con todo eso de que les has cogido cariño, ¿no estarás pensando en dejar ganar a Gonzalo, como te pidió?

—No. ¡Sí! No. ¡No lo sé! —Mina se tapa la cara con las manos—. Quiero el hospital. Claro que lo quiero, por eso estoy aquí. Pero Fran y Gonzalo son de verdad y nosotros no. No te oculto que me pesa. Cada vez más, porque cada vez me caen mejor. ¿Quitárselo? ¿Con un engaño? Quizás el fin no justifica los medios.

—¿Y me lo dices ahora?

—Estoy segura de que si Fran y Gonzalo ganan y se lo pidiera me ayudarían con el hospital...

Mijáil se calla.

—Yo estoy en esto por ti, Mina. Lo que tú decidas me parecerá bien.

Y, de repente, Mina cae en la cuenta.

—¿Y tus cincuenta mil? Si no gano no podré pagártelos.

—Mina, hace mucho que ya no estoy aquí por los cincuenta mil. Me vienen bien y no me niego a recibirlos, por supuesto, pero incluso sin ellos seguiría. Te he escuchado día tras día, sé lo importante que es esto para ti. Yo también quiero contribuir a que Bayo tenga mejor vida y a que las mujeres no mueran en los partos. Estoy en esto por ellos. Y por ti.

Lo dice tan sencillamente, con tanta franqueza, que la conmueve. Mina está hecha un lío. Por un lado, cada vez se siente peor mintiendo a Fran y Gonzalo. Por otro, está claro que es distinto que el dinero sea de ella que tener que pedirlo. Si es suyo tiene la seguridad de que a los niños no les faltará de nada. Entiende perfectamente que, si gana, eso la obliga a quedarse allí, en la Torre, y no volver a África más que de visita. Pero, a cambio, sabe que en Odo-Eguare todo irá bien, habrá hospital, habrá comida, habrá escuelita. No les faltará de nada. Podrá asegurar un futuro decente a esos niños. Bayo estará bien. ¿A qué vienen estas dudas, este corazón tan revuelto?

A Fran y Gonzalo, piensa Mina, ella puede invitarlos a vivir allí, en la Torre, con ella. Será como si fuese de ellos. La Torre es lo que verdaderamente quieren y eso ella sí se lo puede dar. Fran la ayudaría a que conservarla fuera lo más barato posible para poder mandar a África todo lo que ahorrasen. La casa es muy grande, de sobra para que quepan todos sin molestarse unos a otros. Incluso con los temibles Max y Leo. ¿Cuánto costará el colegio que quiere Fran? Mina está segura de que con el dinero que deja tía Nanda da para todo. Tía Nanda lo ha calculado para vivir como ella vive, pero

a ellos no les hace falta eso, ni están acostumbrados a vivir así. Sí. No es necesario dejarles ganar. Si ganan Mijáil y ella, Mina puede aún dar a Fran y Gonzalo lo que ellos quieren.

—Sigamos —dice a Mijáil—; hemos llegado ya muy lejos.

—Entonces, ¿adelante?

—Citando a Buzz Lightyear[3] —responde Mina—: «Hasta el infinito y más allá».

—¿Quién es Buzz Lightyear?

—Un astronauta de juguete en una película de dibujos animados.

—Bravo, Mina, insuperable arenga de batalla —ríe él—. Siempre épica en la elección de tus héroes. Para qué elegir un Alejandro Magno estando Buzz Lightyear disponible.

Mina sonríe distraída. Se pregunta a dónde irá Mijáil cuando acabe esto. ¿Volverá con los González? Jaime pactó con él que, si ganaban, se quedaría como máximo un mes o mes y medio más hasta que Fernanda hiciera los papeles de la donación. Luego un amistoso divorcio. Si perdían, se iría de inmediato. A Mina le resulta extraño convivir tan intensamente con alguien y luego dejar de verle de la noche a la mañana. Siente una especie de nostalgia anticipada. Claro que esto no deja de ser un arreglo transaccional, se recuerda a sí misma; Mijáil tiene su vida; ha aceptado interrumpirla unos meses por ella, pero cuando se acabe este contrato de marido fijo-discontinuo, obviamente él tiene que regresar a su vida normal. No hay que darle más vueltas.

Esa tarde, a la hora acordada, comienza el tiro al plato.

Fran se coloca la escopeta al hombro, apoya la barbilla y grita: «¡Plato!». Y, en menos de diez minutos, abate una vajilla completa. Gonzalo llega después y repite un *score* perfecto, sin aparente esfuerzo.

Mijáil dice a Mina:

—Si todo falla, esos dos tienen un futuro brillante como francotiradores en cualquier grupo de mercenarios del África central.

—Se los rifarían —conviene ella.

Raimundo esta mañana no ha bebido. Carolina lo ha impedido, lo ha vigilado cual carcelera para evitarlo: quiere que pueda concentrarse en el tiro al plato. Y ha sido un error garrafal. Raimundo, magnífico tirador, escopeta de primera, no es capaz de controlar el temblor de su mano. Nada más dejar la escopeta pide a Mateo un *whisky*.

Carolina no lo hace mal, pero ella contaba con un pleno al 25 de Raimundo para tener alguna opción al primer puesto.

Mina va la última, es más lenta que Carolina y consigue menos aciertos. Mijáil tiene un *score* decente, pero ni se acerca a los logros de los otros. Mina lo anima entusiasta, y él celebra cada inesperado acierto de ella como si les hubiera tocado el gordo. Saben que no tienen nada que hacer. Eso les permite disfrutar de la tarde más que los contendientes que siguen aún en liza.

Raimundo mejora en las siguientes rondas según va ingiriendo *whiskies*. En la tercera, hace un pleno. Pero Fran y Gonzalo son imparables. Ronda tras ronda, su ventaja se va acrecentando. Tanto que tía Nanda, tras tomar el té con los auriculares de cancelación de ruido puestos, se aburre y se va. Ha visto suficiente.

El glaciar de «Heno de Pravia»

Esa mañana llegan los niños.

Mina no comprende del todo por qué Nanda les ha mandado llamar. No le da la sensación de que sea alguien que disfruta de ellos, y si es parte de una prueba, hasta para Nanda le parece cruel inspeccionar y puntuar a unos pobres chicos. ¿O da puntos tan solo por tenerlos y ella no tiene ninguno? Para Mina, tía Nanda es como una esfinge. Cuando le parece adivinar algún tipo de sentimiento o sensación en sus ojos, desaparece en un instante. A veces, con Mariana, le parece distinta: más amable, incluso cercana, como si fuera capaz de algún sentimiento. Pero luego las persianas se bajan y el puente levadizo se sube. Inexpugnable.

Los niños están a punto de llegar y Mina aprovecha el rato de la mañana que tiene libre para trabajar en su libro. Carlotta ha llegado a los Cárpatos, pero Mina aún no tiene decidido qué demonios hace ahí. Ha hablado con el padre Henry esa mañana. Todo sigue en orden. E igual. Por la ventana ve a Mijáil que habla por teléfono en el jardín. Camina adelante y atrás mientras conversa con semblante preocupado. Se pasa la mano por el pelo. Al colgar mira hacia arriba y ve a Mina, que le señala la hora en el reloj y le hace señas para que suba.

Mina se ha puesto un vestido marrón con motas blancas, de cuello halter y sin mangas. Se ciñe al cuerpo hasta la cintura, desde donde sale una falda con vuelo hasta media pierna. Otro regalo de Pantaleón. Intenta subir la cremallera, pero el traje es nuevo y está

dura. Se está poniendo unas sandalias cuando llega Mijáil, que sube a ponerse una chaqueta. En la Torre se come y se cena con chaqueta, tía Nanda es estricta en eso.

—¿Todo bien? —le pregunta Mina.

—Todo bien. Más o menos. Cosas de mi país.

Mina lleva días queriendo saber con quién habla todo el tiempo y qué le deja tan preocupado, pero él no lo dice y ella no se atreve a interrogarle. Hay otras muchas cosas que tampoco se atreve a preguntar. El otro día inquirió sobre lo del bridge y él le dijo que le había enseñado a jugar una viejecita para la que trabajó un tiempo de jardinero. ¿Jardinero? Si no distingue un ficus de un laurel. Está claro que él no quiere dar detalles de su vida. Ella lo comprende y no sabe si hacer preguntas forma parte del trato.

—¿Me subes la cremallera? —le pide a Mijáil.

Mina se aparta el pelo a un lado y se gira para darle la espalda. Mijáil toma el tirador y sube la cremallera deslizándola sobre la espalda lisa y morena de Mina, atravesada tan solo por la delgada línea del encaje negro de su sujetador. Ella huele a sales de baño y a su perfume de jazmín y madreselva. Un distraído mechón de pelo reposa sobre su nuca. Su piel es suave. Mijáil observa que al rozarla con su mano mientras sube la cremallera el vello se eriza involuntariamente y, sin reflexionar ni poder evitarlo, se inclina y deposita un beso en su nuca. Mina se gira sorprendida, pero no dice nada. Están uno frente a otro, ella le mira curiosa; quieta durante un segundo. Luego da un pequeño paso al frente. Mijáil se inclina hacia ella, retira el pelo de su cara y, de repente, parece cambiar de idea.

Mina está desconcertada. ¿Ha entendido mal?

—Te falta un pendiente, solo tienes uno puesto —informa él.

—El otro lo tengo en la mano —dice ella perpleja. Y, ante la ausencia de respuesta, simplemente se lo pone.

Al salir del cuarto Mina advierte a Mijáil:

—Acuérdate de cerrar la puerta del cuarto con llave. Max y Leo desembarcan hoy. Mejor no jugársela.

Mijáil lo hace y se mete la llave en el bolsillo de la chaqueta. Bajan juntos la escalera y juntos también entran en el salón.

—Pero ¡si son mis dos tortolitos! —exclama una voz potente que ambos reconocen al instante—. ¡A mis brazos *mes enfants*!

En medio del salón, sentado cómodamente en un sofá entre Mariana y Nanda, está Pantaleón. Se levanta para saludarlos. Raimundo, distraído, revisa emails en su teléfono con un *whisky* a su lado. Carolina, montando guardia bien pegadita a tía Nanda, mira a Pantaleón fascinada y contrariada a la vez. Pantaleón está interpretado de lord Carnarvon[1] descubriendo la tumba de Tutankamón: traje de chaqueta de tres piezas de hilo beige, reloj de bolsillo, monóculo, sombrero panamá y bastón de ébano con puño de plata. «Se ha disfrazado otra vez de Hércules Poirot en *Muerte en el Nilo*», piensa Mina, mientras resiste las ganas de tirarse a sus brazos.

Mijáil le estrecha la mano con una sonrisa y Pantaleón tira de él para darle un abrazo y unas palmadas en la espalda. «Soy yo —piensa Mina—, o Mijáil se ha puesto rojo de satisfacción cual alumno pelota predilecto ante la mirada orgullosa de su profesor».

—Pantaleón, ¿qué haces aquí? —inquiere Mina, besándole.

—Querida, ¿de verdad? ¿Sorprenderse de que alguien haya sido invitado al mismo sitio que tú? Es el colmo de la ordinariez.

—Ya. Mi pregunta —le dice en un tono más bajo para que solo lo oiga él— es si has sido invitado.

—No me he parachutado, si eso es lo que quieres saber —contesta por lo bajo y luego más alto—. Nanda, encantadora, me ha invitado a almorzar y hacer noche aquí, camino de Biarritz. Ya que

estás de pie, Mina, pide que llamen a Jenkins y dale mi sombrero —ordena tendiéndole su panamá.

—¿Abelardo también ha venido?

—Evidentemente. ¿Qué pretendías? ¿Que llevara yo las maletas? ¿Habéis oído? —exclama girándose hacia Nanda y Mariana—. ¡Pretende que viaje sin *valet de chambre*! ¡Estos niños modernos! Lo siguiente que querrá será que pida una de esas sillas de ruedas con las que te llevan por los aeropuertos, todas llenas de gérmenes del viejo anterior, con un pobre señor en traje de poliéster que las empuja. ¿Te lo imaginas? Aunque claro, es cierto que Baby Montalbán conoció a su actual marido así.

—¿En silla de ruedas? —pregunta Nanda.

—Sí, en una de las del AVE. Estaba Atocha en obras y el celador la llevaba de un lado a otro como si fuera el Jarama. Baby, que tiene mi edad, tenía miedo de caerse y solo dijo: «¡Vaya curvas!»; y el celador contestó: «Para curvas, las de la señora». Y se casaron.

Las tías rugen de risa. Hasta Carolina lo hace, a su pesar. Se ha dado cuenta de que su reinado como cotilla oficial del reino ha acabado y que un grande del género ha tomado su lugar.

—Pantaleón, *tu plaisantes*... —ríe Nanda.

—Para nada. Baby llevaba un bolso de Chanel, un collar de perlas tamaño de huevos de codorniz y un solitario gemelo del Koh-i-Noor. Radomiro José no tenía un pelo de tonto.

—¿Edad del audaz galán? —se interesa Nanda.

—Treinta y dos. Baby lo está pasando en grande. Eso sí, sus hijos se llevaron un berrinche que les dura ya meses. Acampan en los pasillos del ministerio del Interior buscando la pronta deportación de Radomiro José a su Ecuador natal.

—Me parece espléndido —opina Nanda—. ¡Bien por Baby! Recuérdame, Mariana, Baby era la rubia, ¿verdad? ¿La prima de

Marita Belmonte?

—Sí —confirma Mariana.

—¿Y Marita con quién se casó? —pregunta Nanda.

—Con nadie —responde Pantaleón—, pero fue novia de Paco Montoya, el torero.

—¿Mucho tiempo?

—¡Uf! Varias generaciones —confirma—. Y luego —añade— Paco se casó con una francesa muy mona que tiene un *chateau* divino en el Perigord. El *chateau*, que se visita, lo enseñan como un museo, pero ellos viven en las porquerizas.

—¿Viven en las porquerizas? —se sorprende Mariana.

—Por supuesto que no —interviene Mina—. Viven en la antigua casa del guarda, lo de las porquerizas lo ha dicho para añadir drama. ¡Es su especialidad!

Pantaleón la ignora.

—Monísimas puestas, pero porquerizas —insiste Pantaleón—. Ahí te reciben y te dan de cenar. Siempre pato, como buenos perigordinos, y de postre, invariablemente, *desastreroles*.

—¿Qué es eso?

—Como los profiteroles, pero incomibles.

—¡Pantaleón! —protesta Mina.

Pero él continúa. Impertérrito.

—Él era moreno cetrino. Guapo, como buen torero. Pero ella era pálida, rubia, con ojos claros, casi albina. Los niños salieron a ella, blancos y semitransparentes. Los llamaban Los Larva.

—¡Pantaleón! —vuelve a protestar Mina por encima de las risas.

—¡Pero si es cierto! —se defiende él.

—¡Porque lo sea, no es necesario decirlo! —le reprende su ahijada.

—Y hablando de larvas —continúa Pantaleón—. ¿Dónde están los niños?

—Deshaciendo las maletas —informa Carolina—. Ahora bajan.

Y en ese preciso momento, como si los hubieran llamado, aparecen Gonzalo y Fran con dos niños en pantalón corto de franela y chaqueta tirolesa, muy serios y repeinados. Tras ellos dos adolescentes, una alta y rubia con aspecto de vampiresa y otra igual de alta, pero gordita, con pantalón ancho, sudadera tres tallas más grande y zapatillas de deporte.

—Saludad, niños —instruye Fran con una mano en la espalda de cada uno de los tiroleses.

Max y Leo, bien mandados y sonrientes, van dando la vuelta para saludar con un beso a todos los presentes. Detrás de ellos, las hijas de Raimundo y Carolina.

—Hola, soy Livia —le dice la vampiresa rubia a Mijáil, mirándole con audaz desparpajo.

—Hola, soy Sonsoles —dice tímidamente su hermana, que la sigue.

Max y Leo son dirigidos por su madre hacia un banco, donde se sientan junto a ella, quietos, callados y con cara de formales. Raimundo abraza y besa a sus hijas con evidente alegría. Carolina, sin levantarse, solo les ofrece una mejilla para recibir su beso de pleitesía.

—¿Qué tal viaje habéis hecho? —pregunta Nanda.

—¡Estupendo! —responde Sonsoles.

—Bueno... había un tipo en chanclas y con camiseta de redecilla que olía fatal y no paraba de gritar por teléfono —dice Livia haciendo un aspaviento—. Pero yo estaba sentada con Sonsoles, que huele bien. Te he traído unas revistas, mamá. Sale la boda de la hija de tu amiga Flavia. Llevaba un traje maravilloso ¡impecable!... ¡de

Alexandre Vauthier[2] ! ¿No es amigo tuyo, mamá? Yo también quiero un traje suyo cuando me case. ¿A que era bonito, Sonsoles?

—Increíble —asiente ella—. Yo también querría uno así.

—¿Tú? —se ríe su madre—. Mucho tienen que cambiar las cosas, Piggy. Tal y como estás ahora, solo veo posible que te cases en chándal blanco.

Solo ella se ríe de su propia gracia. La niña, humillada, mira al suelo.

—¿Peggy? —pregunta Pantaleón por lo bajo a Mina—, pero ¿no se llama Sonsoles? ¿Por qué la llama Peggy?

—Peggy no; Piggy —aclara Mina con semblante hosco—. Como Miss Piggy, la cerdita de los Teleñecos.

Pantaleón se queda callado con cara seria.

—Comprendo.

Lanza a Carolina una mirada de desprecio, que ella no ve, y luego susurra solemne a Mina:

—Recuérdame que lo anote en el *Libro de los agravios*.

Mina eleva los ojos al techo.

Pantaleón tiene un cuaderno donde anota cuidadosamente las ofensas sufridas. Grandes y pequeñas, porque alega padecer «daltonismo moral» que le hace incapaz de distinguirlas. Él tiene el defecto de olvidar ultrajes fácilmente, un fallo de su carácter que se esfuerza en remediar. Por eso registra diligentemente todas las ofensas recibidas y presenciadas en su *Libro de los agravios*. De vez en cuando, lo relee. Al hacerlo, unos días suelta grandes carcajadas, otros le da una pataleta de renovada indignación. En algunos casos, la relectura del agravio le ofende de tal modo que resulta inevitable un escarmiento. Tanto por actos sufridos como presenciados, porque Pantaleón no es contrario a la venganza vicaria.

Antes de que Mina pueda responder, entra Fidel y dice que la mesa está servida.

—Pasemos al comedor —dice Nanda, levantándose.

Todos se levantan y la siguen. Gonzalo ofrece su brazo a Nanda. Raimundo a Mariana. Mijáil, tras mirar a Mina, quien asiente, elige dárselo a Sonsoles, quien se ruboriza.

—Cuéntame qué estás estudiando —le pregunta a la joven con interés—. ¿Me ha dicho tu padre que te gusta la Historia del Arte? En esta casa hay cosas muy interesantes, si te apetece podemos hacer un *tour* luego y te las enseño. ¿Cuál es tu época favorita?

El almuerzo es otro de los éxitos de Nanda. Ni Pantaleón podría poner un pero al mantel blanco con platos decorados con pequeñas florecillas azules y verdes salpicadas y un filo en oro. Dos *cachepots* y una sopera de la misma vajilla, llenos de centaureas azules y peonías blancas, adornan el centro de la mesa. De primero, consomé *en croûte* con su cáscara de hojaldre; de segundo, mero al horno con patatas panadera y salsa holandesa. De postre, *pavlova* de fresas silvestres.

—¿El postre es casero? —pregunta Pantaleón, cubiertos de servir en mano, cuando le toca el turno de servirse.

—¡Por supuesto! —contesta Nanda, casi ofendida—. Es obra de Hervé, nuestro repostero, que trabajó en el hotel Ritz.

—Ah, entonces no —dice Pantaleón volviendo a dejar los cubiertos de servir sobre la fuente—. La repostería casera me inspira desconfianza. Desde que Pilita del Río intentó envenenar a su madre metiendo el mercurio del termómetro en las tartaletas de limón para el té, no he vuelto a probar un postre casero.

Nanda le mira atónita.

—Perdóname, Nanda, pero es que no puedo remediarlo. Desde entonces, solo bollería industrial.

—Pero ¿y en tu casa?

—Lo mismo. Todo comprado. Confiaría a Jenkins mi propia vida, pero lo de los postres no puedo remediarlo. Prefiero servir Pantera Rosa, si no hay una pastelería abierta, que confiar en la repostería propia.

—¿Sirves de postre Pantera Rosa?

—Y Tigretones. Tienen un éxito bárbaro.

—Pero ¿piensas que te vamos a envenenar?

—Igual tú no, pero ¿tienes controlada la cadena de custodia? ¿Sabes acaso si el chef o el *sous chef* me tienen inquina o si desde la cocina hasta aquí alguien ha vertido cicuta en el merengue? Pues eso, prefiero no arriesgarme. No olvides, además, que tenemos una Livia a la mesa. Perdona, querida —dice, dirigiéndose a la hija de Carolina—, no asumo que seas igual que tu tocaya, pero el nombre asusta; el otro día, en casa de los Rivas, había una Lucrecia a mi derecha y en toda la cena no probé ni el pan.

Nanda sigue sin habla.

—No hay que hacerle caso, tía Nanda —tranquiliza Mina—; le da por estas cosas de repente, pero luego se le pasan. No hay lógica alguna, no intentes comprender. Es parte de su encanto.

—¿Y café tomas? —pregunta Nanda, con un punto de sarcasmo, cuando se levantan de la mesa para ir a tomarlo a la terraza.

—Más que el mismísimo Juan Valdés —confirma Pantaleón, que, para hacerse perdonar, le ofrece el brazo—; eso sí, para desayunar, por favor, puré de lentejas en tetera. No desayuno otra cosa. Tengo que decirte que estás regia, Nanda. Tanto de cerca como de lejos. —Se coloca el monóculo para inspeccionarla—. Ni Grace Kelly en lo más álgido de su belleza. Claro que con esa estructura ósea que tienes, hasta en momia serías una beldad. ¡Qué pómulos! ¡Qué hueso orbital! Eres la Nefertiti[3] del siglo XXI, *ma chère.* Sargent y

Boldini[4] tienen que estar tirándose de los pelos en el infierno por no haber podido pintarte...

Nanda sonríe a su pesar. Pantaleón es un impertinente sin remedio, pero es imposible guardarle rencor más de un minuto. Se alejan hacia la terraza. Fran obliga a los niños a ir a echar una siesta. Mina sospecha que es más bien a encerrarlos bajo llave con un móvil y cruzar los dedos para que ese anestésico digital surta efecto. Livia sigue a Mijáil hacia el salón y Mina ve cómo, descaradamente, le mira el trasero.

Tras el café, Pantaleón se retira a echar una siesta. Las tías deciden hacer lo mismo. Mijáil y Gonzalo se van a jugar al tenis, Raimundo a trabajar un rato, Carolina a la piscina con sus hijas y Fran sube a ocuparse de los suyos. Mina se queda sola en el salón leyendo una revista. Tan solo ha pasado media hora cuando oye desde la puerta una especie de susurro fuerte:

—¡Mina! ¡Chhss! ¡Mina!

Ve a Fran haciéndole aspavientos desde el *hall.*

—¡Mina! ¡Ven, por favor!

Deja la revista y sigue a Fran, que, con cara consternada, la lleva de la mano escaleras arriba. Abre la puerta del cuarto de los niños. Por llamarle algo: está tan impecablemente amueblado y decorado como el resto. La catástrofe es inmediatamente visible: una avalancha de espuma se ha derramado desde la puerta del cuarto de baño hasta la esquina de una de las camas gemelas. Dentro del cuarto de baño la espuma tiene un espesor de unos sesenta centímetros. Fuera, cual alud, se ha vertido sobre moqueta, una silla y la esquina de la colcha de una cama. Es como un glaciar de pompas de jabón deslizándose hacia el centro del cuarto. En fila y contra la ventana están de pie Max y Leo con las manos cruzadas a la espalda, cariacontecidos.

—Mira esto —solloza Fran—. ¿Qué voy a hacer? —le caen unas lágrimas gordas por las mejillas—. ¡Esto sí que es una faena de caribe mayor!

—Calibre. Pero ¿cómo ha pasado esto?

—Ha sido... —comienza Max. O Leo. Mina no los distingue.

—¡Chsstt! —dice Fran girándose iracunda hacia ellos—. ¡Ni una palabra más! ¡No quiero que habléis, no quiero que os mováis, no quiero que hagáis nada! Bastante habéis hecho ya —luego, le dice a Mina—: Lo que ha pasado han sido dos botes enteros de gel y la bañera puesta en modo Suzuki, echando burbujas de aire por todos los agujeros. Tenía que haberlo previsto, estos no han visto una bañera con Suzuki en su vida y la tentación ha sido demasiado grande.

—¿Suzuki? ¡Ah! ¡*Jacuzzi*! —comprende Mina.

—¡¿Cómo vamos a quitar toda esta espuma?! —pregunta Fran acongojada—. ¿Tú crees que la moqueta tiene remedio?

Mina observa la debacle.

—Puede ser. Pero tenemos que actuar rápido. —Mina escribe algo en su teléfono y luego le dice a Fran—: Ve al tenis a buscar a Gonzalo y a Mijáil. Gonzalo, que venga; a Mijáil dile que busque a Abelardo y que le diga que nos consiga una fregona, sal gorda y una botella de vinagre. Sin que nadie se entere. Y que Mijáil coja las llaves del coche y venga también. ¡Corre, Fran! Vete ya.

—¿Y esos dos?

—Yo me ocupo de que no se muevan.

Fran, obediente, sale siguiendo las instrucciones de Mina. Mina cierra la puerta con pestillo y les dice a Max y Leo:

—Vosotros dos, venid aquí. Quitaos los zapatos. Como ya estáis calados de los pies a la cabeza, meteos ahí dentro y quitad el tapón de la bañera. Y una vez dentro, pasadme las toallas y una botella de

plástico que pone Alcohol de 96 grados. Estará en el botiquín, una caja marcada con una cruz verde, en uno de los armarios. ¡Vamos!

Max y Leo obedecen, quitan el tapón de la bañera y pasan a Mina las toallas y el alcohol. Mina rocía el alcohol sobre la espuma de la alfombra y esta va bajando. Luego, usando la toalla a modo de recogedor, empuja toda la espuma hacia dentro del cuarto de baño. Seca la alfombra con otra toalla.

—Poneos aquí —les instruye—; pisad la toalla hasta que chupe toda el agua de la moqueta. Cuando esté mojada del todo, coged otra.

Aparecen Gonzalo y Fran.

—Gonzalo, coge unas camisetas y un jersey seco y llévate a estos dos al pueblo.

—Mina, no tengo coche —objeta Gonzalo, recordando su perdido Jaguar.

—Lo sé, pídele a Mijáil las llaves del nuestro. Mira, aquí está.

Mijáil aparece y le da las llaves a Gonzalo.

—Max, Leo, os vais con vuestro padre. Mijáil, por favor, trae el secador de pelo de nuestro cuarto de baño.

Este desaparece a buscarlo. Y cuando se va, llega Abelardo con la fregona, la sal y el vinagre.

—Fran, ayúdame, hay que tirar sal y vinagre sobre la espuma para que se rompa el jabón. Del de la moqueta ya me he ocupado. Abelardo, por favor, enchufe el secador y vaya dándole a la moqueta, luego a la silla y a la esquina de la colcha.

Fran y Mina consiguen reducir la espuma del baño con sal y vinagre y fregar el desaguisado después. Una vez solucionado lo del cuarto de baño, Mijáil coge el otro secador que hay en un cajón, comprueba que está seco y lo enciende también para ayudar a Abelardo. Fran enciende dos velas de olor en el cuarto de baño para

enmascarar el olor a vinagre. Veinte minutos después está todo resuelto. Mina da las gracias a Abelardo, que se lleva los enseres tras prometer que guardará silencio, y manda a Mijáil a entretener a Pantaleón, que ya se habrá despertado de su siesta.

Mina y Fran se dejan caer en el sofá.

—¡Uf! Creo que está resuelto. No hay marcas en la moqueta y, salvo el olor a vinagre, aquí no ha pasado nada —reconforta Mina a Fran.

—Mina, te lo agradeceré toda la vida —dice Fran y la abraza—. Has estado genial, como un comandante dirigiendo la guerra. ¿Cómo sabías que la sal y el vinagre deshacen la espuma?

—No lo sabía. Me lo ha dicho ChatGPT —confiesa Mina.

—Pues pregúntale también qué hago con ese par de salvajes —se lamenta dejando caer la cabeza sobre sus manos.

—Nada, Fran, son solo niños.

—Niños destructores. Cuando están aburridos es cuando son más peligrosos. No les puedo dejar sueltos en este mausoleo. Tía Nanda se daría cuenta de lo letales que son para su adorada casa y nos descalificaría.

—Entonces, llama a Gonzalo y dile que se los lleve al cine y a cenar fuera. Mantenlos lejos de aquí. Y mañana todo el día en la playa. Yo te ayudo.

—¿Y a tía Nanda no le parecerá mal que Gonzalo no venga a cenar?

—Pues, posiblemente, pero ¿qué vas a hacer? ¿Exponerte a que vuelvan?

—Tendré que hacerlo, Mina, no puedo arriesgarme tampoco a perder ningún punto con tía Nanda —sonríe tristemente—; quedan apenas unos días y todo cuenta. Hay que ganar. Como me caes tan bien se me olvida, pero eres la competencia.

—No quiero serlo.

—Ni yo que lo seas, pero así es. Nanda nos ha enfrentado a los unos con los otros. Solo de ella es la culpa. Como somos civilizados se nos olvida —salvo a Carolina, que compite las veinticuatro horas del día—, pero, desgraciadamente, aquí solo hay un ganador. Gracias por hoy, Mina, me has salvado.

Fran vuelve a abrazar a Mina, se levanta del sofá y dice:

—Me voy a duchar. Huelo a vinagre. Te veo luego.

Mina se queda sola en el cuarto de Max y Leo. Fran es lo más parecido a una amiga de verdad que ha conocido en su vida adulta. Maldita Torre de los demonios y maldito ese juego de Nanda, que todo lo emponzoña. Resignada, se encoge de hombros y se va a buscar a Pantaleón para hacer el *tour* de esa casa que todos quieren. Menos ella.

PANTALEÓN Y EL FOSO

A Mina el *tour* de la casa con Pantaleón le ha resultado entretenido, pero agotador. Recorrer la Torre con él es verla de nuevo, porque le enseña cosas en las que ella nunca se fijó, pone nombre a los cuadros, identifica objetos y cuenta anécdotas de todos ellos. Pantaleón está lleno de historias, aunque no todas sean ciertas.

Antes de la cena, Mina sale a dar un paseo con él por el jardín. Necesita hablar con su padrino a solas, pero hacerlo dentro de la casa, con todos esos recovecos y puertas, ha resultado imposible. No hace frío. Atardece y el mar está en calma. Los pasos de Mina los llevan hasta la terraza de la piscina, esa llena de bustos de emperadores romanos. Pantaleón los identifica a todos por sus nombres. Para disgusto de Mina, ninguno es Marco Aurelio.

—Vivimos por un instante, solo para caer en el completo olvido y el vacío infinito de tiempo de esta parte de nuestra existencia —declama Pantaleón.

—No te irás a tirar por el acantilado, ¿verdad? —bromea Mina ante lo descorazonador de la frase.

—Pero qué zopenca eres. Cito a Marco Aurelio, *darling*.

—No quiero que te vayas —confiesa ella repentinamente, agarrándole del brazo.

—¿Al «completo olvido y el vacío infinito» o a Biarritz?

—A Biarritz.

—He visto poco, pero por lo que he visto no me necesitas. El Palais[1] en mayo no está completo sin mí, y aquí nuestra pequeña

charada va viento en popa. No tienes de qué preocuparte, *darling;* Mijáil está haciendo un papel impecable. El resto ya solo depende de la opinión de una anciana loca a la que no puedes controlar.

—Lo sé —Mina mira al suelo.

—¿Qué más?

—No me siento cómoda mintiendo, no te lo oculto...

—¡No mentir! Pero ¿desde cuándo has adquirido tú ese gusto por los lujos? —se escandaliza Pantaleón—. No digas sandeces, Mina. ¿Qué más?

—Tengo miedo.

—¿De perder?

—De ganar.

Él suelta una carcajada.

—¡Acabáramos, Mina! Estás como Oscar Wilde, que decía que existen dos tragedias en la vida: una, no obtener el deseo de tu corazón; y la otra, obtenerlo. ¿Te dan miedo la Torre y cien millones? ¿Te da miedo el dinero? Conociéndote te durará diez minutos, entre pozos, hospitales y todos los males del mundo que te echas a la espalda y quieres solucionar de golpe.

Mina no le contesta. No es eso. Ni ella sabe lo que le da miedo.

—¿O lo que tienes es el síndrome del fin del verano?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, aquí estás, en esta noche con olor a jazmín y verano, en esta casa magnífica, con el mar que tanto te gusta a los pies. Tienes planes todos los días, ni un minuto de soledad; amigos que nunca tuviste, a los que empiezas a querer, y ese marido alto y fornido, guapo como un dios del Olimpo, con el que compartes cama cada noche. Para mí que lo que te pasa es que no quieres que se acabe... ¡Ni por cien millones!

Pantaleón le pone el brazo por los hombros.

—Anda, pequeña idiota, vamos para dentro. Me voy más tranquilo que nunca. No te pasa nada. Estos quince días de vacaciones del mundo te van a venir de perlas. Años después, ¡hasta escribirás sobre ello! Venga, veamos qué nuevo despliegue porcelánico-festivo nos ha organizado Nanda esta noche.

El despliegue porcelánico no es tal y hoy Fernanda los recibe con una vajilla de plata maciza. Mina no puede dejar de preguntarse si se debe a la presencia en la mesa de Leo y Max, cuyo historial delictivo ha debido de precederles: la porcelana es frágil, pero la plata no. Mantel blanco y rosas rojas. Las copas de agua son rojas también. Blanco y rojo pasión. Si no fuera tan increíblemente glamuroso, se dice Mina, parecería una mesa homenaje al Cholo Simeone, entrenador del Atleti. Por supuesto, Pantaleón no lo ve así.

—Nanda, querida, ¡estás como el duque de Osuna[2] ! ¿Conoces la anécdota? Cuentan que cuando era embajador de España en Rusia dio una cena en San Petersburgo al zar Alejandro II, en la que lanzó al río Neva una vajilla completa de oro macizo. Plato que se ensuciaba, plato que se tiraba por la ventana al río. ¡Lavar platos no es de duques, parece ser! La anécdota posiblemente sea apócrifa, pero quien sí lo hizo de verdad, en Roma, cuatro siglos antes, fue el conde de Tendilla[3] . En su caso la vajilla era de plata, como esta, y Tendilla fue listo: había colocado en secreto una red sobre el Tíber y así sus sirvientes pudieron recuperar, en la oscuridad de la noche, hasta el último plato de plata con cuyo lanzamiento fluvial Tendilla había «epatado» al papa. Yo confieso que no le veo el punto a eso de lanzar metales al río; a mí, el único lanzamiento que me privaría es de platos a la griega. ¡Tiene que dar un gusto enorme pulverizar vajillas enteras! Creo que en Japón hay sitios donde te dejan hacerlo. Pagas un dinero y para desestresarte te suministran una

vajilla cualquiera y una pared contra la que estrellarla. ¡Muero de las ganas!

Fernanda se estremece solo de pensarlo.

—¿Estamos todos? —pregunta mirando alrededor de la mesa, pero ya sabe que no, porque todos ven que hay un sitio vacío.

—Falta Tontolitas —dice Carolina—, ahora viene. Se está lavando las manos.

—No la llames así, Carolina —le reprende muy serio Raimundo.

Sonsolitas llega, pero tiene la cara y los ojos rojos. Parece que ha llorado. Mina se reconcilia con su hermana, la vampiresa, porque ve que la mira con cariño. El problema debe de ser solo esa zorrupia de Carolina. Hoy va vestida de blanco y hay que reconocer que guapa es guapísima. Pantaleón sigue charlando para la galería.

—... cuando por fin logré colgar el teléfono, ¡se había hecho de noche! Recordé que las conversaciones con Ana Julia duran más que un invierno ruso. Me narró el cóctel al que había ido croqueta a croqueta.

—A mí me cae bien Ana Julia —dice Mariana.

Hablan de alguien a quien Mina no conoce. La alta burguesía tiene tendencia a hablar de personas en lugar de de conceptos o ideas. Si no conoces al sujeto, es fácil aburrirse.

—Como buena brasileña le gustan las joyas. La última vez que la vi llevaba al cuello una cadena de oro tan gorda que parecía la de atracar el Bribón. No entiendo cómo le aguantan las cervicales. Tenía una hija muy mona, Claudita, que se casó con un individuo que decía ser príncipe de Georgia.

—¿Y qué era? —pregunta Fran.

—Timador internacional —responde Pantaleón—, que es un género en sí mismo. Dejó a la pobre en la ruina y más hundida que el Titanic. Y en ese estado de aflicción, que es lo que la excusa, se

echó al cuerpo un novio inglés que presumía de cosmopolita y, como todo el que presume de eso, resultó ser un grandísimo cosmopaleto. Le huía todo Brasil. Le llamaban «el antidisturbios» porque no había reunión que su llegada no disolviera. A la tercera fue la vencida y ahora Claudita es felicísima con un pianista famoso... ahora mismo no recuerdo el nombre... un americano.

—¿No será William Hutchinson? —aventura Raimundo, dando el nombre de uno de los mejores y más célebres pianistas del mundo.

—Ese mismo —dice Pantaleón, llevándose un huevo de codorniz a la boca.

—No te gusta mucho la música, ¿no? —pregunta Carolina.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, es que si no sabes quién es William Hutchinson[4] es difícil pensar que sepas mucho de música.

—¿De música? Prácticamente nada. Leo un pentagrama, eso sí. Lo suficiente para vivir con el miedo de que algún colectivo se ofenda porque la corchea blanca vale el doble que la negra y decidan cambiarlo todo por colores inclusivos.

Hasta Fernanda se ríe. Lo bueno de Pantaleón es que nunca se sabe lo que va a decir. Su mente funciona en zigzag. Se levantan de la mesa y pasan al salón a tomar el café. Los niños se retiran. Fernanda y Mariana no son de trasnochar, y normalmente se van a la cama las primeras, pero hoy están encandiladas escuchando las tonterías de Pantaleón.

—Y entonces Churchill, ya de mayor, se encontró con un grupo de manifestantes *hippies*, con esas camisetas horribles y quemando sujetadores, y una de ellas, la más fea de todas, gritaba con furia: «¡Amor libre! ¡Amor libre!» y Churchill la miró y le dijo: «Señora, si yo fuera usted, pediría que fuera obligatorio».

De repente, se oye un estruendo, unas risas y unos pasos corriendo. Fran se pone blanca. Se abre la puerta y aparece Mateo, que dice algo al oído de tía Nanda.

—¿Que han hecho qué? Hable en alto, Mateo, que no le oigo. No susurre.

—Señora, los niños han tirado la vajilla de plata al foso —dice pálido.

Fran agarra la mano de Gonzalo y cierra los ojos.

—Pues mañana se meten ustedes y la recogen. Que todo sea eso. No ponga esa cara, Mateo; son carpas lo que hay en el foso, ni que fueran pirañas.

Fran comienza a disculparse profusamente, pero tía Nanda la para. Se encoge de hombros.

—Yo hubiera hecho lo mismo, Fran. Con la historia de Pantaleón y un estanque al otro lado de la ventana, lo que es un milagro es que no nos hayamos levantado nosotros a lanzar platos por la ventana. Los niños son niños. Me alegro de que se lo pasen en esta casa tan bien como Mariana y yo lo hacíamos con vuestros padres.

El regaliz

Cuando Pantaleón baja a desayunar, tan solo Mina y Mijáil están en el comedor.

—No he pegado ojo —anuncia Pantaleón con cara de dolor—. ¡Las sábanas de hilo son nuevas!

—Ya empezamos —dice Mina, mientras ataca su huevo pasado por agua con una cuchara.

—¿Nuevas es malo? —inquiere Mijáil.

—Supongo que si no tienes otra opción... —Se encoge de hombros Pantaleón—. Pero yo solo duermo bien en sábanas de hilo con más de cien años. Son más suaves y menos tiesas, las nuevas me raspan.

Mina pone los ojos en blanco y mira hacia el techo en señal de resignación.

—Pero por lo demás, coincido contigo, Mina, en que la casa es soberbia. Obviamente, Fernanda se la ha cargado. Pero como repositorio de objetos es muy interesante.

—¿Se la ha cargado? —se sorprende Mijáil.

—Bueno, esto ya no es una casa. Como me temía, el dinero de Nanda y sus seis décadas en Estados Unidos le han causado un daño irreparable. Está echada a perder. Se le ha pegado esa obsesión yanqui por el confort y por que esté todo nuevo y este es el resultado: la casa ha perdido todo su *charme*. Una pena.

Pantaleón ve que Mijáil le mira sin comprender del todo y continúa:

—Exceso de perfección, *mon cher*, un error de nuevo rico que no esperaba de Fernanda. *She should have known better.* ¿Dónde está el sofá desfondado con la tapicería un poco raída? ¿Dónde el cuadro de dudoso mérito pintado por una antepasada? ¿Dónde la silla con una pata medio coja, el horrendo florero regalo de boda que vive camuflado detrás de un marco de fotos? —Pantaleón enumera lo que considera los requisitos necesarios de toda casa solariega—. Se necesita un *yin* para cada *yang* y esta casa no lo tiene. No tiene contrastes, no tiene pátina. Se la ha cargado. Su única posible redención sería una larga estancia de ese par de vándalos disfrazados de niños cantores Von Trapp saltando por encima de los sofás. Esos te consiguen una pátina de cien años en dos meses. Pero al menos —añade colocándose la servilleta sobre el regazo— Nanda ha tenido la prudencia de no tocar ese absurdo exterior con el foso y las almenas. ¡Es tan deliciosamente incongruente! Tiene un encanto bárbaro.

Llega Mateo con una bandeja en la que lleva la tetera con el puré de lentejas de Pantaleón.

—Gracias, Mateo. Por favor, pida a Jenkins que se ocupe de las maletas. Me gustaría salir después de desayunar.

—Sí, señor —contesta Mateo, que se retira.

Pantaleón se sirve su puré de lentejas y dice:

—Ese es el problema de Fernanda, que está demasiado contenida. Si no tiene cuidado, va a morir de perfección.

—De perfección no se muere —sonríe Mina.

—Te equivocas, querida, es como el veneno: depende de la dosis. Pásame un periódico, Mijáil, ¿qué cuentan hoy?

—Más sobre las revueltas en Rusia por las derrotas en Ucrania y la corrupción —contesta mientras le pasa un periódico de los muchos

que está leyendo—, una epidemia de un virus en Asia y tensiones en el canal de Panamá.

En ese momento aparecen Fran y Gonzalo en el comedor y dan los buenos días. Fran da un beso en la mejilla a Pantaleón y este, aunque sorprendido, acepta el gesto de afecto con una sonrisa. Fran le cae bien.

—¿Nanda y Mariana no se han despertado? —pregunta Pantaleón.

—Sí, pero ellas normalmente desayunan en bandeja en su cuarto —explica Gonzalo—, el que me extraña que no esté ya aquí es Raimundo, que es muy madrugador.

—Ha desayunado ya —contesta Mijáil—. ¿Y Carolina?

—Me la he cruzado antes —informa Mina—. Ha dicho que iba a dar una vuelta al club de tenis.

—¿Una vuelta? —dice Pantaleón—. Para mí que esa ha dado más vueltas que Max Verstappen.

—¡Pantaleón! ¡Es la hermana de Gonzalo! —reprende Mina.

Pero Gonzalo se está riendo a mandíbula partida.

Tras el desayuno, aparece tía Nanda a despedirse de Pantaleón. Están sentados en el salón esperando a que Abelardo traiga el coche.

—Querida Nanda, millones de gracias por tenerme, y enhorabuena por la casa, está maravillosa. Ayer hice el *tour* con Mina y estoy extasiado. Y me gusta mucho cómo has mezclado épocas. He visto en el *hall* una consola italiana magnífica con lo que parecía un Rothko encima.

—Parecía y lo es —se ufana Nanda y señala un mueble—: Y mira, ese es el escritorio de María Antonieta.

—¡Qué graciosa! ¿Por qué lo llamas así?

—Porque perteneció a María Antonieta.

—¿Tú crees?

—No es que lo crea, es que es así. Tiene la estampilla de uno de los ebanistas de la corte, Riesener...

—Como la tienen otros muchos muebles. Sin ir más lejos, la cómoda de mi salón —Pantaleón se pone el monóculo para inspeccionar de cerca el mueble.

—Y la marca del guardamuebles real —añade Fernanda, molesta— que, como sabes, tenían todos los muebles que entraban en Versalles...

—Pero no todos los del Trianón ni los del palacio de Saint-Cloud, lo sé, lo sé —continúa Pantaleón, que se tira al suelo a mirar el mueble por debajo. Se pone luego de pie y con un «¿Permites?» se mete el índice en la boca, lo chupa, pasa el dedo por un lateral del mueble, y se lo vuelve a meter en la boca.

—¡Ajajá!

Vuelve a repetir la operación y confirma:

—Regaliz. Sabe a regaliz. Querida Nanda: has sido timada —informa.

—Pero ¡qué tonterías dices! Lo compré en uno de los mejores anticuarios de París. Tiene certificado de autenticidad.

—Como la tenían las dos sillas de Versalles. ¿Has oído hablar de Bill Pallot[1] ?

—¿Quién es ese?

—El mayor experto de Francia en mobiliario del XVIII. Especialmente, en sillas. Tanto sabía de sillas que le llamaban el *Père La Chaise*[2] . Él y un amigo suyo ebanista se las apañaron para colocar varias, supuestamente pertenecientes a María Antonieta, entre los mejores anticuarios de París. Una se la compró un príncipe catarí. Dos taburetes acabaron en Versalles. ¡Hasta a los conservadores de Versalles se las colaron! Las hicieron sobre madera de época e imitaron hasta los agujeros de polilla. Las estampillas de

los ebanistas, la marca a fuego del guardamuebles real, ¡todo! Hasta que un discípulo de Pallot se encontró con una butaca en un anticuario. Le pareció que tenía algo raro y, tras mirarla mucho, hizo lo que acabo de hacer yo: chupó la madera. Y ¡ahí estaba!, ¡el regaliz! Uno de los ingredientes que, derretido, utilizaba la trama para avejentar y dar pátina a sus muebles. *Père LaChaise* y su cómplice están ya en la cárcel, pero ¿deduzco que la compra de este escritorio es anterior al escándalo?

Nanda se acerca a un sofá para poder desmayarse con toda comodidad.

—No te quiero ni contar cuánto me costó.

—No lo hagas —se apresura a decir Pantaleón—. ¡Sería una ordinariez imperdonable!

—¿Qué es eso de la marca del guardamuebles real? —pregunta Gonzalo.

—Un invento de Luis XIV —dice Pantaleón—, que harto de que le desaparecieran muebles cada vez que la corte se trasladaba de palacio, decidió marcarlos, como los jerséis que los niños llevan al colegio, para que a sus leales súbditos les fuera más difícil amueblar sus casas a costa de la corona.

—¿Y se marcaban todos los muebles?

—Todos no, pero la gran mayoría.

—¿Y lo del ebanista? —se interesa Raimundo.

—Cada ebanista registrado en el gremio tenía su marca. Con el paso del tiempo, algunas se han borrado parcialmente o desvanecido y no siempre son fáciles de encontrar. Y, por supuesto, muchas se copian.

—¿Se falsifican, quieres decir? —pregunta Raimundo.

—Así es. Como os contaba, dos sillas supuestamente pertenecientes a madame de Barry se vendieron a un príncipe catarí

por nada menos que dos millones de euros. Los millones, «catarí» que te vi.

—¿Y cómo has sabido lo del escritorio?

Pantaleón duda:

—Algo le pasaba a ese cajón central... Quizás también el final de las patas. No lo sé, cuando ves mucho desarrollas un sexto sentido. En fin, veo que ha llegado Jenkins. Os dejo, queridos.

Nanda le propone que se quede un día más, al menos hasta el baile, pero Pantaleón no quiere. Disfruta tanto de parachutarse como de despedirse. No aguanta mucho tiempo en casa ajena, porque invariablemente echa de menos la propia. Mina y Mijáil salen a despedirle. Abelardo, con gorra de plato y guantes de cuero, se ha colocado al lado del viejo Citroën.

—Estoy muy orgulloso de ti —dice Pantaleón.

—Gracias —le responde sonriente Mina.

—Se lo decía a él —replica Pantaleón señalando a Mijáil—. Tú solo estás pasando unos días en casa de una tía tuya, nada que merezca especiales aplausos, pero Mijáil... ¡Él está haciendo el papel de su vida! ¡Ni yo mismo sabría ya si no es un auténtico Romanov!

Mijáil sonríe y extiende la mano a Pantaleón. Este la ignora y le da un abrazo.

—No seas envidiosa, Mina —dice Pantaleón—, tengo un abrazo para ti también. —Y, cuando la tiene en sus brazos, le susurra—: Te quiero mucho, *ma petite*. Te deseo que tus sueños se cumplan. ¡Ah!, y dile a Nanda que el escritorio es bueno. Me he inventado lo de que sabe a regaliz.

—¿¡Cómo!? ¿Y por qué lo has hecho?

—En venganza por lo de las sábanas de hilo nuevas. Cuando duermo mal, me vuelvo rencoroso. *Au revoir, mes enfants!*

Y, sin más, se introduce en el coche cuya puerta mantiene abierta Abelardo y desaparece. Mina quiere matarle, pero, al mismo tiempo, experimenta un leve sentimiento de orfandad cuando le ve partir. Pantaleón es una fuerza de la naturaleza. Nunca sabes si va a soplar en contra o a favor, pero cuando le tienes cerca, piensa Mina, todo es posible.

CENICIENTA BUSCA TRAJE

Los churumbeles parten. Max y Leo se despiden por todo lo alto con una batalla de barcos piratas en el foso, utilizando como embarcaciones las enormes cestas de mimbre del planchero y descolgándose hasta el foso por las cortinas de la biblioteca, abrecartas a modo de sable en ristre. Fran se alegra de perderlos de vista tanto como Raimundo se apena de ver partir a sus hijas.

Durante las siguientes cuarenta y ocho horas el bullicio de los preparativos del baile lo llena todo. La Torre hierve de actividad. Como en los buenos tiempos.

Las alfombras y los muebles se retiran del *hall* y del salón grande que da a la terraza. Llegan furgonetas con sillas y con montones de cajas llenas de copas y vasos. En la biblioteca se instalan los instrumentos de una orquesta que ensaya valses. Se lustran todos los candelabros y apliques —que ya estaban lustrados—, salen más candelabros de los armarios que se limpian y relimpian cuidadosamente. El jardinero, tras consultar con Mariana, remite del invernadero diferentes centros de flores para que estos sean inspeccionados por Fernanda. «Más *Delphiniums*» es el veredicto.

Unos carpinteros están montando una enorme tarima, que estará cubierta con una carpa. Unos camiones, con el logo de Orca Events[1] , están aparcados en el patio trasero. Se barren las hojas de la avenida de plátanos y se colocan antorchas por el jardín. Aparecen más furgonetas de reparto que descargan cajas de champán y bandos enteros de pulardas. De Valencia llegan unos

pirotécnicos que comienzan a montar los fuegos artificiales al fondo del jardín. La cocina bulle de actividad y los criados van de un lado a otro. En el comedor, la mesa grande tiene encima un enorme mantel blanco y decenas de fuentes, ensaladeras, salseras y salvillas de plata con papeles que indican las exquisiteces que están destinadas a portar. Toda la Torre hierve de expectación y frenesí. Mariana, en el despacho de su hermana, repasa la lista de invitados junto con Fidel.

Gonzalo se ha ido a jugar al golf con Raimundo. Nanda, sentada en una silla de hierro del jardín, inspecciona cuanto su ojo alcanza. Sentada junto a ella, Carolina despliega todas sus artes cortesanas para encandilar a la anciana. Esta, que, como multimillonaria que es desde hace casi siete décadas, ha sido peloteada por los más grandes y duchos en el oficio, responde ausente a las preguntas de Carolina mientras supervisa los movimientos en su casa.

Fran, que quiere ayudar, sigue a Fidel por toda la Torre mientras recita sus credenciales como organizadora de eventos, cacerías y bailes en el *schloss* familiar. Cuaderno en mano, anota cuanto considera necesitado de mejora, Fran le hace a Fidel un marcaje intenso mientras le regala anécdotas de su dilatada experiencia. Advierte sobre la necesidad de espacio suficiente para los abrigos y su posterior identificación, informa sobre la conservación del hielo, la duración media de las velas en los candelabros, el peligro de los enchufes con ladrones y la sobrecarga de la corriente eléctrica. Fidel no puede más. La dribla cual Mbappé, pero no hay forma. Fran continúa, pegada a su vera, ofreciendo sugerencias, señalando detalles y haciendo comentarios que Fidel estima de todo punto innecesarios. ¡Con el trabajo que tiene! Por fin, armándose de valor, la manda diplomáticamente «a paseo»; esto es, de vuelta con tía Fernanda.

Mina se acerca a la mesa donde están sentadas Carolina, tía Nanda, y ahora Fran, tomando una limonada.

—Fran, te veo mucho mejor color —oye que le dice a esta tía Nanda.

—Es que he estado yendo a Todaria todas las tardes a tomar unas sesiones de rayos ultraviolentos —explica.

A Mina le sale la limonada por la nariz del ataque de risa. Fran continúa:

—Mi traje es rosa, como yo. Y he pensado que un poco morena me favorecería más. Si me cabe, ¡claro! Es de hace seis años y he engordado un poco, pero ya llevo tres días sin comer... ¡Creo que me voy a morir de inhalación!

Carolina pone los ojos en blanco en señal de hartazgo.

—Fran, haz un esfuerzo.

—Sobre trajes —interrumpe Mina, girándose hacia Fernanda—. Tía Nanda, tengo un favor que pedirte.

—Tú dirás...

—Yo no tengo ningún traje largo. He intentado alquilar uno, pero ha resultado imposible en Todaria. Tía Mariana me ha dicho que en el ático hay baúles con algunos de los que os poníais vosotras. ¿Tú crees que me podrías prestar alguno?

Fernanda la mira contrariada.

—Te los presto encantada. Pero es una pena no haberlo sabido antes. Hubiera pedido que te enviaran uno de Palm Beach. Los que hay en los baúles del ático son antiguallas... Ya lo eran en su momento, y no sé en qué estado están. Pero sí, míralos —se encoge de hombros—; supongo que alguno te servirá.

—Si hay que arreglarlo, yo te ayudo —se ofrece Fran, solícita—. Yo sé coser; de hecho, cosí con mamá todas las cortinas del *schloss*...

—añade, no se sabe si en beneficio de Mina, o para que lo oiga Fernanda.

—No digas tonterías, Fran —dice esta última—, obviamente Céline, mi doncella, cose divinamente; Mina, pídele a ella los arreglos que necesites, tienes mi permiso.

Y con esto tía Fernanda se levanta y se va. Está contrariada. Un trastorno esto del traje. Ella está organizando el baile del siglo y su sentido de la estética se siente ofendido porque en medio de toda esa perfección su sobrina vaya vestida de prestado, con uno de esos trajes raídos y remendados que llevaba ella. Si lo hubiera sabido antes, hubiera costeado hasta un traje de alta costura con tal de evitar la afrenta a los ojos que supone una invitada andrajosa y polvorienta estropeando el bello *tableau* que ella se ha formado en su cabeza. «Esta niña no tiene remedio», piensa irritada.

—Bueno —concluye Mina decidida—, pues se impone una visita al desván. ¡Me voy a buscar trajes! ¿Venís conmigo?

—Yo te acompaño —añade Fran—. Me encantan los áticos.

—Os dejo solas —responde Carolina—. A mí el polvo y las telarañas no me dicen nada. Me voy a la piscina.

Fran y Mina suben juntas al ático. A Fran nada le gusta más que los desvanes, las leñeras, las cocheras, las cuadras, las capillas, las bodegas y todo lo que normalmente no hay en una casa moderna.

Siguiendo las instrucciones de Mateo, suben unas escaleras y abren la puerta de la buhardilla más impecable que jamás se haya visto. Carolina ha subestimado a las tías: por supuesto que ahí no hay ni polvo ni telarañas. Todo está impoluto y perfectamente ordenado. En la puerta, colgado de un gancho, hay un folio plastificado que enumera el contenido de cajas y baúles y señala dónde está guardada cada cosa. Al fondo, bajo una ventana de mansarda, hay dos baúles gemelos con sendas etiquetas que dicen:

«Trajes largos». Fran está hasta decepcionada: demasiado fácil esta búsqueda del tesoro.

Mina y Fran sacan de los baúles media docena de antiguallas envueltas en papel de seda azul. Fran asiente complacida. Así es como deben guardarse, explica a Mina, el papel de seda azul sirve para que las prendas blancas no se vuelvan amarillentas con el tiempo.

Mina investiga en el baúl y saca un traje de terciopelo verde. Demasiado abrigado, demasiados brillos. Un magnífico Poiret[2] de los años veinte emerge del baúl, pero es descartado porque la mitad de las lentejuelas están perdidas. Tras él hace su entrada un Pedro Rodríguez en crepé de lana verde con bordados en azabache. Y otros tres o cuatro cuyas formas son lo suficientemente modernas como para no parecer que va a un baile de disfraces.

—Dentro hay más —le dice Fran—, pero creo que son de antes de la guerra franco-prusiana... Los más modernos son los que hemos sacado.

Los ponen sobre una mesa para examinarlos. Hay un Chanel negro, maravilloso, con corte de los años veinte que tiene el encaje rasgado. Fran lo inspecciona. Concluye que los agujeros son demasiado grandes para remendarlo y la seda está como podrida.

Mina extrae seguidamente un vestido sin mangas de piqué blanco con el cuerpo bordado con pequeñas conchas, corales y caracolas.

—Este es ideal, pero tiene varias manchas de humedad en la falda... Dudo que se quiten.

—Se quitan —informa Fran—, pero no en cuarenta y ocho horas.

La tercera opción es el Pedro Rodríguez de crepé verde. A las dos les gusta, pero tiene parte del bordado en azabache descosido y muchos brillos, además de una gran quemadura en la espalda. Fran

encuentra otro de seda salvaje rosa. Es horrible. Está mal cosido y tiene toda la pinta de haber sido hecho por una costurera casera.

Vuelven al baúl y tras revisarlo todo, ambas convienen que el único salvable es un Schiaparelli blanco, de un solo hombro, con pliegues estilo diosa griega. Tiene bordados en oro en el hombro y una larga y amplia falda de gasa que cae al suelo en pliegues rectos. No saben que es el mismísimo traje que llevaba puesto Nanda el fatídico día en el que Thomas le pidió bailar con él.

Tras ser inspeccionado por Fran, Mina se lo prueba:

—Te queda como un guante, Mina —aplaude Fran.

Ella se mira en el viejo espejo de pie que está en una esquina del ático.

—No está mal. La falda tiene algunos remiendos, pero no se notan, los esconden los pliegues —acepta—. Lo malo es el olor a alcanfor.

—Eso se va en dos días —dice Fran—. Lo cuelgas de la parra de la ducha y ya está.

—¿Parra de la ducha?

—Sí, ¡parra! ¡La que sujeta las cortinas!

—Barra, Fran —corrige Mina sonriendo.

—Pues eso, lo que he dicho.

«La verdad es que es viejo, pero es un trajazo», reconoce Mina mirándose en el espejo. Le sienta bien y está divinamente cosido. Está arrugado y ya no es del todo blanco, más bien color hueso. Tendrá que servir, se dice. Tras dar las gracias a Fran, se dirige a su cuarto dispuesta a colgarlo de la «parra» de la ducha, cuando recuerda que su ducha no tiene «parra», sino mampara. Resuelve llamar a Bibi, la doncella, que es en realidad lo más sensato. Cuando entra en el cuarto, Mijáil está colgando justo en ese momento el teléfono.

—Hola —dice ella—, me he hecho con un traje largo. —Y lo coloca encima de la cama.

Con la luz natural que inunda su cuarto, el Schiaparelli parece menos blanco y más anticuado, la gasa más polvorienta.

—¿De dónde ha salido esa antigualla? —pregunta Mijáil.

—¿No te gusta?

—Es bonito —concede encogiéndose de hombros—, pero ¿no tiene más años que tú y yo juntos?

—Es lo que hay. Yo no tengo un traje largo para el baile y tía Nanda me ha dejado tomar prestado uno de los que tenía guardados en el ático. Este es el único en estado aceptable.

—¿Cómo es posible que yo tenga un esmoquin de Savile Row y camisas hechas a medida y tú no tengas un traje largo?

—Querido, porque a ti te ha hecho el *trousseau* completo Pantaleón, que cree que el esmoquin es un artículo de primera necesidad que uno se pone a diario. Prácticamente para ir a hacer la compra. Pero nadie pensó en que tía Nanda diera un baile y mi traje largo, el que supuestamente me iba a poner en mi puesta de largo, nunca llegó a existir. Ni traje, ni puesta de largo. Mi madre había muerto y mi padre, destinado en el extranjero, ni pensó en eso —dice ella, encogiéndose de hombros—, pero la antigualla, como la llamas, es nada más y nada menos que un Schiaparelli, me queda bien y, la verdad, es viejo, pero muy bonito.

—Lo es —concede él inspeccionándolo—, bordados en oro... ¿Qué joyas te vas a poner?

—¡Joyas! —ríe Mina—; ninguna, Mijáil, no hay joyas. No tengo joyas. Las de mi madre las vendimos todas para pagar los enfermeros, rehabilitadores y tratamientos de papá. Tengo unos pendientes grandes con piedras semipreciosas de un iraní que se llama Iradj Moini[3] , que me regaló Pantaleón. Favorecen muchísimo

y eso es lo que me voy a poner. Y a ti ¡quién te ha visto y quién te ve! Cuando te conocí, tenías callos en las manos y barro en las rodillas... ¡Y ahora me preguntas por la combinación del bordado con mis joyas! ¿Quién eres tú y qué ha hecho Pantaleón con mi cosaco?

—¿Soy tu cosaco? —pregunta él, apoyándose burlón en el marco de la puerta del cuarto de baño.

—Bueno, es un decir —dice ella y se da la vuelta, fingiendo afanarse en alisar la falda de su vestido, para que no la vea sonrojarse.

—¿Es así como me llamas? —Mijáil se acerca, sonriendo burlón.

Ella nota la intensidad de sus ojos verdes y su repentina proximidad y se pone nerviosa.

—Ya que lo preguntas, lo que te llamo es el abominable hombre de las nueve.

«Bien, Mina —se reconviene a sí misma—: Eres una gran saboteadora de momentos».

—Es por lo de las nueve, ¿recuerdas? —comienza a parlotear como siempre que se pone nerviosa—. Venías todos los días a recogerme a las nueve. Y eras muy antipático conmigo y entonces yo, como eran las nueve... Es un juego de palabras, por lo del Yeti, el abominable hombre de las nieves... pero no es que seas un Yeti, no quiero decir eso, era solo que eran las nueve y tú eras antipático...

«Cállate, Mina. Cállate ahora mismo», se ordena a sí misma.

—Ya veo. Es muy ingenioso —contesta Mijáil. Y, haciendo un gesto de indiferencia, vuelve al cuarto de baño.

«Bravo, Mina —se dice—. Otro gran éxito de tus habilidades interpersonales».

TODO CUENTO TIENE SU BAILE

El día del baile los primos deciden quitarse del medio y se van a la playa por la mañana. En la Torre, todos trabajan a destajo y ellos estorbarían. Nanda ha dispuesto que pongan una mesa de *buffet* en la piscina a su vuelta, para que puedan comer y darse una ducha en la propia piscina. Y principalmente, para no tener a seis seres humanos dando vueltas por la casa en un día de tanto trajín. Mina le había dado el Schiaparelli a Bibi dos días antes y esta había prometido hacer lo que pudiera para eliminar el olor, lavarlo, plancharlo bien y rehacer una parte descosida del dobladillo. Mina no lo ha visto aún, Bibi le dijo que lo dejaría hoy de vuelta en su cuarto. Supone que estará bien.

Carolina está tumbada en su toalla a rayas amarillas mirando al mar. Esa mañana se ha hecho las manos y los pies con Claudette, la esteticién. Con su bikini negro, su pelo rubio y las uñas de las manos y los pies rojo pasión, Carolina tiene aires de seductora de película en blanco y negro. Mina se acuerda sin querer de la escena con Mijáil. Luego mira a Fran, en traje de baño turquesa, con sus mejillas sonrosadas, sus muslos redondeados y sus grandes ojos azules. Se mira a sí misma, con sus pecas y sus largos rizos caoba, y concluye que Carolina es, de lejos, la más guapa de las tres. Pero Fran tiene el encanto de su naturalidad e inocencia, y de que no ha tenido un pensamiento malo en toda su larga vida.

La mañana en la playa y esa pequeña excitación que es imposible no sentir en las horas previas a una gran fiesta ponen a todo el

mundo de buen humor. Hace un día radiante. La marea está baja y las olas se estiran y deslizan, desdoblándose unas encima de otras, como planchas de cristal líquido, hasta alcanzar la orilla. Incluso Raimundo abandona su móvil y deja de contestar correos para jugar un rato a las palas con Gonzalo. Mina disfruta como cuando era pequeña; está como pez en el agua, saltando olas y entrando y saliendo del agua bajo la atenta mirada de Mijáil, quien, sentado en su toalla, no le quita ojo de encima.

—¿Tú dónde veraneabas de pequeño? —le pregunta Carolina de repente.

—En Balaclava[1] , en la península de Crimea.

—Interesante. ¿Jugabais a las palas allí?

—No. Las playas no son como estas.

—¿Y dónde fuiste al colegio?

—En París, y luego en Moscú.

—¿Cómo se llamaba tu colegio?

—¿Tienes un conocimiento extenso de las instituciones escolares moscovitas, Carolina?

—Me refiero al de París.

—Fui a una *école publique,* en el diecisiete.

—¡Un colegio público! ¡Qué elección más interesante!

Mijáil se encoge de hombros.

—Estaba bien.

—Y tu trabajo, es en una empresa de semillas, ¿verdad? ¿No es eso por lo que estabas en Nigeria?

Mijáil se ríe.

—¿Qué es esto, Carolina? ¿Quieres que te mande mi *curriculum vitae*?

Levantándose de la toalla, Mijáil dice:

—Me voy a dar un baño, ¿vienes?

Ella le mira por encima de las gafas de sol.

—No, estoy bien. Gracias.

Mijáil se reúne con Mina en el agua. Ella, que no ha salido del mar en media hora, tiene las yemas de los dedos arrugadas. Su sonrisa le llena toda la cara y sus ojos brillan. Bajo el sol, parecen menos color miel y más verdosos.

—No me dejes solo con ella —le dice señalando con la barbilla a Carolina—, me ha hecho un interrogatorio en toda regla.

Mina frunce el ceño.

—¿Crees que se huele algo?

—No estoy seguro. Creo que era simplemente una... ¿cómo se dice? *Fishing expedition* —dice Mijáil utilizando la expresión inglesa que se refiere a llevar a cabo una investigación prospectiva sin objetivo específico con la esperanza de encontrar algo incriminatorio —. Para mí que está lanzando el anzuelo a ciegas para ver qué puede pescar.

—Pero el simple hecho de que pregunte... —se preocupa Mina.

—Sí. No sé qué busca ni qué puede sospechar, pero por si acaso no te separes de mí y estate preparada para lanzar balones fuera.

—Está bien —asiente ella—. ¿Quieres nadar hasta la boya? Te echo una carrera.

—¡Mina! —la reprende—. ¿No te parece que un ahogamiento por semana es más que suficiente?

—¡Anda ya! Lo del otro día fue porque llevaba un niño a cuestas, estaba subiendo la marea y había resaca. Este mar está como un plato y me he pasado media vida nadando hasta esa boya. ¿Vienes o no?

Mijáil, resignado, la sigue. Cuando salen del agua, Fran, que está ya roja del sol a pesar de las sesiones de «rayos ultraviolentos», propone que suban a quitarse la sal y comer en la piscina. Todos

aceptan y una vez recogidas las toallas y otros enseres se encaminan a la Torre. En la piscina les espera el *buffet*, colocado en una mesa larga que han situado dentro del sucedáneo de templete griego. En el centro, un jarrón blanco con un arreglo de ramas de higuera y en los laterales, dos pilas de platos en *barbotine*[2] verde en el mismo color y forma que las hojas de higuera.

—Hasta para un *buffet* informal tía Nanda es perfecta —constata Raimundo en un tono que revela que él también está de la perfección hasta el moño.

Comen en las hamacas. Un criado en chaquetilla blanca con cuellos y puños azul marino y botones plateados les sirve las bebidas y recoge los platos sucios. Carolina no se resiste a preguntar:

—Perdone, pero el uniforme que llevan ustedes todos los días es gris oscuro. ¿Lo han cambiado al blanco por el cambio de temporada?

—No, señora marquesa —contesta el criado—; el cambio de temporada es en junio. Este es el uniforme para servir en la piscina.

Mina pone los ojos en blanco. Se pregunta si hay otro uniforme para servir en el tenis, en el jardín y en el invernadero, y si estos pobres criados se van cambiando de ropa, a la carrera, como los modelos en un desfile de moda. La perfección de Nanda le resulta cargante. También se pregunta cómo, ataviado de níveo blanco, se le pudo escapar de la vista el que le trajo la limonada el otro día. ¿Se pararán como postes detrás de las columnas del falso templete griego en una especie de escondite inglés del servicio doméstico? Casi siete décadas sin otra cosa que hacer que preocuparse de esas chorradas lleva a estos absurdos en los que la sofisticación se convierte en una parodia de sí misma. En el escritorio de su cuarto aparecen semanalmente las revistas que más le interesa leer como por arte de magia. Ha comprobado que no son las mismas que lo

hacen en el cuarto de Fran, que lee ahora mismo apasionada *The Field* y *Horse and Hound*[3] . ¿Qué diabólico y telepático algoritmo aplicará Fernanda para saber eso como por arte de magia? Mina vuelve a *Cinco horas con Mario,* y como viene siendo tradición, en la página treinta y una se queda dormida.

Cuando despierta son casi las seis y está sola en la piscina. Tiene hora para manos y pies con Claudette. Se apresura para no llegar tarde. ¿Color? *Nude,* no se atreve con el rojo para ese traje blanco. ¿Quiere Mina que Claudette le lave el pelo? Sí, quiere. También que se lo seque, domando un poco esos bucles indomables. ¿Quizás un moño bajo? Mina se deja hacer por la peluquera, que tiene manos de hada. Tras pasar por «el tren de lavado y planchado», sube a su cuarto, esquivando camareros alquilados y criados domésticos que van y vienen por toda la casa. Como académicos de la lengua hogareños, todos limpian, pulen y dan esplendor.

Mina duda de si estará a la altura de todo eso. Aunque tiene la esperanza de que Bibi haya sabido hacer con el traje blanco los milagros prometidos. Pero cuando llega al cuarto, que está vacío, en lugar del viejo Schiaparelli blanco enmohecido encuentra encima de su cama una enorme caja color marfil con un lazo blanco. Sobre la caja, hay un sobre. El sobre contiene un tarjetón con el nombre de Pantaleón grabado en letras negras, donde solo pone: «Tu hado padrino».

Mina abre la caja y bajo varios pliegues de papel de seda aparece el traje más bonito que haya visto nunca. La etiqueta pone Elie Saab. Es un traje de pronunciado escote en pico por delante y en la espalda, de cintura ceñida y gran falda. Está hecho en gasa finísima y tul. Tiene el cuerpo entallado y bordados de pequeños cristales y minúsculas lentejuelas doradas, que se van espaciando desde el cuerpo, más profusamente bordado, hasta llegar a la voluminosa y

vaporosa falda, donde se pierden entre los pliegues, como pequeños rayos de luz desapareciendo en la noche azul marino del tul.

Mina nunca ha visto ¡ni tocado! nada igual. Es un traje etéreo, glamuroso, femenino y sofisticado a la vez. El azul profundo y los reflejos de los bordados sacan lo mejor de su melena pelirroja y su piel ligeramente bronceada. Mina se lo coloca por encima, sujetándolo con una mano, y se mira en el espejo de cuerpo entero que esconde la puerta del clóset. ¡Es un traje increíble! ¡Escandalosamente bonito! La cintura bien marcada, un pequeño lazo en donde termina el pico de la espalda, los bordados que reflejan la luz, las vaporosas y múltiples capas de tul y organza de la falda que flotan al caminar. Mina se siente una estrella de Hollywood. No de las de ahora, de las que eran como Grace Kelly. Junto al traje hay unos guantes de satén negros, largos, por encima del codo.

Mina está radiante de felicidad y agradecimiento a su padrino. Baila por su cuarto riendo abrazada a su traje. Eso sí que es un regalo. Con inmenso cuidado lo cuelga de una percha en el clóset y aprovecha la ausencia de Mijáil para darse un largo baño con las sales italianas de tía Fernanda. Se pone crema hidratante por todo el cuerpo, se maquilla con cuidado, se perfuma y se envuelve en una gran toalla. Son ya las ocho y cuarto. En ese momento entra Mijáil por la puerta. Ese hombre, ¿dónde estaba? No sabe a dónde desaparece la mitad del tiempo.

—¡Corre a darte una ducha mientras me visto! —dice Mina—. ¡Date prisa o llegaremos tarde!

Él coge su ropa y se mete raudo en el cuarto de baño.

Mina examina su vestido, se pone las medias lentamente y se introduce con cuidado en esa barbaridad de belleza que es el traje que le ha enviado su padrino. Se mira al espejo. ¡Parece hecho para

ella! Su cuerpo más recto y estilizado, sus hombros perfectamente enmarcados, el profundo escote atrevido y elegante a la vez que nada enseña y todo sugiere, la falda que la rodea como una nube etérea. Se pone los zapatos Aquazzura, regalo de Pantaleón las Navidades pasadas, y los espectaculares pendientes de Moini. Se mira al espejo. Está lista.

Está terminando de ponerse los guantes cuando Mijáil sale del cuarto de baño recién duchado y afeitado y ya vestido. A Mina le da un vuelco el corazón, nunca le ha visto tan increíblemente atractivo. Pero es él quien se para en seco, boquiabierto.

—¡Estás impresionante!

—¡Es el traje de Pantaleón! —responde ella y para disimular su sonrojo gira sobre sí misma para mostrar el vestido—. ¡Tachán! Haría guapa a una bruja.

—Cosa que no eres —replica él mirándola—. No es el vestido. Pero me alegro de que te guste.

Mina comprende.

—Has sido tú, ¿verdad? Tú le has dicho a Pantaleón que no tenía nada que ponerme.

Él sonríe.

—Puede ser. Pero el resto lo ha hecho él. Aunque yo también tengo una cosa para ti —añade enigmático.

Saca del cajón de su mesilla de noche un estuche de joyería en piel color tabaco, estrecho y alargado, un poco desgastado, con las esquinas del cuero rotas y una apertura dorada terminada en lo que parece un cabujón de zafiro. Se lo tiende a Mina.

—Toma.

—¿Qué es esto? —se sorprende ella.

—Para ti, era de mi abuela. Y de mi bisabuela antes que ella.

Mina abre la caja y sobre el satén blanco marcado con el nombre Fabergé[4] aparece una espectacular pulsera de unos tres centímetros de ancho, hecha de brillantes y cabujones de esmeraldas, la más increíble que Mina ha visto nunca. Las esmeraldas son grandes como avellanas y los brillantes, de diferentes tamaños, dibujan una filigrana de hojas, flores y ramas. Se queda sin habla.

—¿De tu bisabuela? —se sorprende—. ¡Es absolutamente fabulosa! Jamás he visto nada igual. Mijáil, es extraordinaria... pero yo... yo no puedo aceptar esto.

—Es solo un préstamo para esta noche —aclara él—. Dijiste que tú no tenías joyas y yo tengo esta. ¿No eres tú mi mujer? Pues me haría muy feliz que la llevaras hoy. Permíteme —añade, acercándose a ella—, el cierre es complicado.

Mijáil le toma la mano derecha y coloca el brazalete sobre el guante negro de Mina. Sobre el negro satén los brillantes relucen con la luz de mil estrellas. La pulsera es verdaderamente soberbia. Mina no entiende de dónde ha salido ni cómo es posible que Mijáil tenga algo así. Pero pronto se olvida porque mientras él se afana con el cierre, inclinado sobre su mano, Mina siente su respiración cerca y su olor a jabón y a hierba. Mira el reflejo de la escena en el cristal de la ventana, fascinada, como si fueran otros los que observa. Ve a una mujer de traje espléndido y a un hombre, magnífico con su esmoquin, inclinado ante su mano. Y se siente una princesa. Cenicienta acudiendo al baile del brazo de su príncipe azul. Una imagen digna de Cecil Beaton, de esa época en la que todo era más extraordinario que hoy.

—Ya está —dice Mijáil tras el clic del cierre de seguridad—. ¿Estoy bien? ¿Está bien el esmoquin?

Que si está bien. Ella le alisa la pechera almidonada, sacude unas imaginarias motas de polvo de la solapa y le contesta:

—Estás bien —afirma porque no confía en ser capaz de decir nada más—: Vamos.

Mijáil abre la puerta y Mina pasa por ella. La organza de su falda, al moverse, hace frufrú, la pulsera refleja todas las luces de la escalera y Mina, por primera vez en su vida, tiene una sensación extraña, y casi eufórica. Se siente distinta.

—¿Sabes bailar el vals? —le pregunta Mijáil mientras bajan las escaleras.

—¡Pues claro! ¿Por quién me tomas? Soy ahijada de Pantaleón —contesta ella—; bailo hasta la mazurca.

La mayoría de los invitados ya han llegado. La casa está llena del murmullo de las conversaciones y de los colores de los vestidos femeninos. Al pie de la escalera los recibe Jaime.

—¡Estáis espectaculares! Los más guapos de la fiesta.

—¡Jaime! —exclama Mina, y se lanza a sus brazos estrechándole fuerte—. ¡No veía el momento de volver a verte!

—Ni yo a ti, querida prima.

Jaime besa a Mina cariñoso, y da la mano a Mijáil:

—Mijáil, nunca, desde Paul Newman en *Cortina rasgada*, he visto a nadie llevar un esmoquin así de bien. ¡Qué tío! ¡Estás regio!

—Y tú, Minita —dice tomándole ambas manos y dando un paso atrás para observarla—, ¡déjame que te vea! ¡Estás radiante! ¡Fabulosa! Da una vuelta que te vea bien. ¡Este baile va a ser genial! ¿De dónde has sacado esta maravilla de traje? —y, sin esperar a que ella conteste, añade—: Decidme, ¿dónde están el resto de los concursantes? He visto a Raimundo en la barra del bar, pero a nadie más.

En ese momento, Fran y Gonzalo bajan la escalera. Gonzalo con su esmoquin perfecto, tirando de los puños de su camisa como

Carlos de Inglaterra, y Fran con un traje palabra de honor rosa y con más perlas al cuello que el escaparate de Mikimoto.

—Veo que Fran ha optado por el *look* cerdita Peggy —susurra Jaime, perverso, al oído de Mina.

—¡Chist! No te metas con ella —le reprende Mina—. Es mi nueva muy mejor amiga.

—¡Qué guapos estáis todos! —exclama Fran, entusiasmada. En traje largo, en un castillo y en un baile Fran está en su hábitat natural.

—El que más, Gonzalo. ¿A que sí? —les pregunta ella—. De esmoquin, como el día en el que nos conocimos. Fue en un baile de caza en casa, ¿sabéis? Me lo ligué yo, ¡le toqué la rodilla por debajo de la mesa!

—No fue la rodilla, Fran —sonríe Gonzalo.

—Bueno, vale —concede riendo ella—, el caso es que ahí estaba mi padre, y Gonzalo, muy serio, mirada al frente, hierático, imposible el alemán, ¡como si no pasara nada!

Jaime intenta no reírse.

—Estáis guapísimos todos. Vayamos a celebrarlo tomando una copa de champán. Y luego al *buffet.* ¿Habéis cenado? Aún no he visto a Carolina.

—Imposible perdérsela —dice Gonzalo—. Va de dorado. Ella se cree Kate Middleton en el estreno de *No es tiempo para morir,* pero a mí me parece un Ferrero Rocher.

—No he visto a nadie recibir un Birkin con menos ilusión —recuerda Mina aludiendo a la entrega de regalos, sin poder contenerse.

—No, si ilusión claro que le hizo —responde su hermano—; lo que pasa es que es tan lela que tuvo que meter la pata con lo del otro

para fingir delante de tía Fernanda. Está encantada con el Birkin, pero rabiosa por haberse delatado.

—¿Es cierto eso de que hay una lista de espera de dos años? —pregunta Mijáil—. ¿¡Para comprar un bolso!? ¿¡Y de quince mil euros!?

—A mí nunca me regales un bolso de quince mil euros, amorcete —dice Fran a Gonzalo—; eso es al menos un trimestre de Max y Leo en Ampleforth. Hay que ahorrar.

Fran tiene sus prioridades claras. Todos sus primos y hermanos han ido al reputado internado católico de los benedictinos en el condado inglés de York y sería un anatema que sus hijos, sangre de su sangre, descendientes de generaciones enteras educadas por monjes ultracatólicos ingleses, no siguieran el mismo camino. Su fijación con eso raya en la obsesión.

—Te advierto que ahora admiten chicas, ya no es unisex como en los tiempos de tus hermanos.

—Pues mejor —replica ella, descarada—, así Max y Leo llegarán aprendidos y no será necesario que nadie les toque la rodilla por debajo de la mesa.

Jaime y Mijáil sueltan una carcajada ante la cara de estupor de Gonzalo.

Fran les guiña el ojo y, tirando del brazo de su marido, se lo lleva hacia la mesa del *buffet*.

—La lozana austriaca se ha soltado el pelo —comenta Jaime.

—Cada vez la encuentro más maravillosa —responde Mijáil.

—Claro que está feliz, en un castillo con bosque, en un baile con champán y encima, en nada, unos valses. Para ella, que es austriaca, esto debe de ser el Valhalla.

—Divisado Ferrero Rocher a las cuatro —advierte Mina.

Y antes de que puedan ni girarse aparece Carolina, en un traje dorado plisado, con capa sobre los hombros, que parece un cruce entre un Superman de papel albal y la víctima de un crimen de película de sobremesa, esas que cubren con una de esas mantas doradas que usan los equipos de emergencias.

Carolina interpreta mal su estupefacción.

—¿Os gusta el traje? Es de Jan Taminiau[5] —anuncia extendiendo la capa con los brazos.

—Más bien de «Ya-te-han-timau» —susurra Jaime a Mina al oído —. Jan no hace eso ni bajo el influjo de los psicotrópicos.

—Ideal —miente Mina.

—¿Y el tuyo, Mina? No me creo que sea ese el Schiaparelli desharrapado del que tanto te quejabas.

—No me quejaba. Pero no, este es un regalo de Pantaleón.

—¿De Pantaleón? —lo inspecciona—. ¿Y de qué marca?

—No lo sé —miente Mina—, no he mirado la etiqueta.

Carolina, siendo Carolina, interpreta que eso significa que es de Mango. Ella solo esconde los nombres de las marcas baratas. Mina, siendo Mina, hubiera dicho la verdad si fuera de Mango. Ella solo esconde los nombres de las marcas caras. Como le enseñó su madre.

Juntos se dirigen a la mesa del *buffet* cuando un hombre anciano y alto, con buena planta, se acerca a Mina.

—¿Eres tú Guillermina Álvarez de Vicuña?

—Señora de Kuznetsov —corrige Carolina, que ha descubierto que Kuznetsov es un apellido corrientísimo, de los más comunes en Rusia, y desde entonces lo usa todo el tiempo para hacer de menos a su prima.

—Sí, Kuznetsov, supongo. ¿Eres tú su marido? —pregunta el anciano tendiendo la mano a Mijáil y añade—: Soy Íñigo Vergara,

Mina. —Toma las manos de Mina entre las suyas—. Te debo, os debo —se gira hacia Mijáil—, la vida de mi nieto. Quiero daros las gracias por vuestra valentía. Nunca podré hacer nada para repagároslo, pero si alguna vez necesitáis algo, aquí tenéis a un abuelo agradecido.

—Íñigo, muchas gracias por las flores. Espero que recibieras mi nota dándote las gracias. Tu nieto también fue muy valiente —le cuenta Mina—; tuvo gran presencia de ánimo. Es un niño estupendo. Solo hice, solo hicimos —corrige—, lo que hubiera hecho cualquiera.

—¡Lo que hubiera hecho cualquiera! Pones el listón muy alto a los cualquieras. En fin, a los dos: si alguna vez necesitáis de mí un «lo que hubiera hecho cualquiera», aquí está este abuelo, chocho por su único nieto, dispuesto a pagar su deuda.

Y con eso se va.

—¿No es ese el exnovio de tu tía? —pregunta Mijáil.

—Sí —confirma Carolina—, su primer y único novio. Vive al otro lado de la playa, en la casa rosa de estilo francés. No sabía que estaban en buenos términos. Creía que no se habían visto en sesenta y seis años.

—Bueno, Fernanda y Mariana han invitado a toda la costa —dice Mijáil—; es lógico que inviten también a su vecino. Perdonadme, tengo algo que hacer.

Mina le ve irse tras los pasos de Fidel, que acaba de pasar con una bandeja de champán.

—Fidel, ¡Fidel! —llama Mijáil.

—Buenas noches, señor.

Mijáil le toma del brazo para llevárselo.

—¿Algún movimiento extraño? ¿Algo en las cámaras del perímetro? ¿Han visto algo los guardas de seguridad?

—Bueno, señor, ha habido mucho movimiento estos días con los proveedores y entregas para el baile, pero, en seguridad, no han

detectado nada raro. Los que han entrado y salido están identificados y hemos verificado la identidad y antecedentes de todos los camareros y personal que no son de casa. Yo no permitiría otra cosa, me tomo también muy en serio la seguridad de la señora. Puede estar tranquilo, nadie se ha acercado a la casa ni hemos visto a nadie merodeando.

—Gracias, Fidel. Por favor, avíseme si se ve algo. Es importante.

—Por supuesto, señor.

En el otro lado del salón, Mina ve a Íñigo hablando con Fernanda. La romántica que hay en ella se alegra de pensar que esos dos, separados hace casi setenta años, puedan quizás tener ahora una segunda oportunidad para reanudar su amor. Se alegraría por ambos. Pero los observa y se asombra de ver lo seria que está Fernanda mientras escucha lo que le cuenta Íñigo y que este, lejos de mirarla con arrobo, parece estar enfadado. ¡Qué cosa más rara! ¿Habrá pasado algo? ¿Una pelea de enamorados octogenarios? Mina decide ignorarlo y vuelve hacia donde está el resto.

Mariana y Fernanda presentan a sus sobrinos a multitud de gente. A Mina se le mezclan nombres y caras. La mayoría de los invitados son mayores que ellos, aunque los hay casi de todas las edades. A Mina le conmueven los que le hablan de su padre. Los primos cenan sentados en una de las muchas mesas colocadas en el jardín. Está impecablemente iluminado. La mesa del comedor es hoy una mesa de *buffet* colmada de exquisiteces que los camareros reponen cada poco tiempo. En una esquina de la mesa de los postres, rodeada de sofisticadas suculencias, Mina ve una fuente redonda colmada de Tigretones y Panteras Rosa colocados en pirámide y rompe a reír. ¡Pantaleón es un *influencer*! Cuánto le echa de menos hoy.

Tras la cena, los camareros retiran los platos usados y sirven los cafés. La gente empieza a levantarse de las mesas y regresa hacia el

salón de baile. Los primos lo hacen también. Los músicos se preparan. Va a comenzar el vals.

Cuando la orquesta toca los primeros compases del *Danubio azul,* se hace un corrillo de gente pegada a la pared que mira curiosa la pista de baile. Mina, en primera fila, aguarda expectante con su traje de noche de Sherezade. Por eso le ha preguntado si baila el vals, ¿no? Pero, en el primer acorde, Mijáil cruza decidido el salón y se coloca frente a tía Fernanda. Inclina la cabeza y Mina ve cómo Fernanda coloca su mano en la que él tiene extendida.

No puede evitar sentirse decepcionada, pero al mismo tiempo comprende que Mijáil ha sido astuto. Ha estado listo lanzándose a abrir el vals con ella. Aunque ha corrido un riesgo, porque Nanda podía haberle rechazado. Es un honor abrir el vals con la señora de la casa, quizás ha sido presuntuoso pensando que ese lugar le correspondía a él. Mina supone que ha contado con la obsesión por la estética de tía Nanda. No iba a rechazar abrir el baile con el hombre más imponente que hay en él. A Mijáil le ha salido bien la jugada. Mina reconoce que ha sido inteligente, tía Nanda se sentirá halagada. Pero, aunque intelectualmente comprende todo e incluso lo apoya, Mina no puede evitar un pequeño pinchazo de desilusión al no haber sido ella la elegida.

A su lado, Gonzalo saca a bailar a Fran, y, en ausencia de Raimundo, Jaime hace lo propio con Carolina. Mina observa, vestida de princesa, pero sintiéndose Cenicienta, el vals entero. Va siguiendo el ritmo con el pie, escondido bajo el tul de la falda de su vestido. Tía Fernanda y Mijáil vuelan por la pista de baile, la viejecita se lo está pasando tan bien que parece hasta rejuvenecida. Mina la ve echar la cabeza atrás y reír a carcajadas cuando Mijáil le dice algo al oído. Giran al unísono en unos pasos perfectos. Mina no sabía que

Mijáil bailaba tan bien el vals... ¿Pantaleón? ¿O la misteriosa abuela cuya colosal pulsera lleva ella en su muñeca?

Mijáil y tía Fernanda giran por la pista de baile bajo la atenta mirada de Mina. Jaime y Carolina pasan a su lado. Mina ve que ella quiere llevar el mando y pisa continuamente a Jaime, que hace muecas burlescas exageradas, por encima del hombro de Carolina, en dirección a Mina. Gonzalo y Fran se miran con arrobo. Y Mina, con las manos tras la espalda, y esta contra la pared, mira todo con sonrisa medio fingida. El tul de su falda y los brillantes de su pulsera no son suficientes, piensa decepcionada. Aunque la mona se vista de seda...

Mijáil devuelve a tía Fernanda a la vera de su hermana, Mariana, y se acerca luego a la orquesta para decirle algo a un violinista. Este asiente y, de seguido, Mijáil se dirige a ella. El *Danubio azul* ha terminado y comienzan unos compases distintos. Mina los reconoce al instante, no por nada, son de su película favorita: es el vals de *El Gatopardo.*

Mijáil aparece frente a ella, inclina la cabeza y le ofrece la mano.

—El *Danubio azul* era demasiado corriente e insulso para ti, *lapochka* —explica—, esto es mejor.

Mijáil coloca su mano derecha en la espalda de Mina, ella la izquierda en su hombro y con la otra toma su mano. Espalda recta, hombros atrás, mirada al frente, se recuerda Mina a sí misma y, con el lamento del primer violín, ambos comienzan a moverse. Los dos son magníficos bailarines, y se deslizan, apenas sin esfuerzo, por el mármol brillante del salón.

Bajo las lámparas de cristal, la música fluye como un susurro, envolviendo columnas, espejos y miradas curiosas. La luz se refleja en los bordados del traje de Mina y refulge en los brillantes de su pulsera. Los otros bailarines comienzan a dejarles más sitio. Mina y

Mijáil ni se dan cuenta, para ellos dos no existe nadie más. El mundo se ha reducido a la distancia exacta entre una mano y una cintura, al roce leve de una palma, al pulso compartido.

Los bordados finísimos del vestido de Mina devuelven la luz en chispas suaves, convertidos en pequeños relámpagos. La falda flota al girar, describiendo círculos perfectos alrededor de sus pasos. Mijáil, erguido y seguro, no mueve la mirada de los ojos de ella. El salón entero parece mirarlos.

Él la guía con una seguridad serena. Sus cuerpos se entienden sin esfuerzo: cuando uno se mueve, el otro ya está allí. Ambos bailan como si el vals no se bailara, sino que se respirara. No hay conteo, ni corrección, ni técnica visible, solo una armonía perfecta, nacida de algo más instintivo que el ensayo: la certeza mutua.

Mina y Mijáil giran, avanzan, vuelven. Se detienen apenas un segundo, ese instante suspendido en el aire que marca la nota de un violín. No hablan, solo se miran. Y bailan. Giran y se deslizan como uno solo, sin perder un paso, sin adelantar un compás. Lo hacen con tal elegancia y desenvoltura que, de forma espontánea, se ha abierto un círculo en torno a ellos. Ambos sienten la respiración del otro, los latidos del otro. Mina es consciente de la mano firme de Mijáil en su espalda, de sus ojos verdes clavados en los suyos. Los demás observan en silencio, conscientes de estar presenciando algo que no se puede interrumpir.

—Son un puto espectáculo —dice Jaime asombrado, observándolos.

Los demás también lo piensan porque han empezado a salir móviles de los bolsillos que fotografían y graban. Mijáil y Mina, ajenos a todo, giran y se vuelven, dejándose llevar por la música, sin parar de sonreír, sin dejar de mirarse fijamente. No es solo un baile

excepcional; es una conversación sin palabras. Una declaración revelada en compás de tres.

Cuando la música se termina, el eco del vals se queda flotando en el salón. Y durante un segundo nadie se atreve a aplaudir, por miedo a romper el hechizo. Mijáil da un paso atrás, se cuadra e, inclinándose, besa la mano de Mina. Esta vez con taconazo incluido. El salón entero estalla en aplausos.

—¡Ha sido como una versión prémium de *Guerra y paz!* —dice Jaime entusiasmado, aplaudiendo rabiosamente, consciente de haber presenciado algo extraordinario. El resto de los invitados también aplauden con fervor.

Raimundo ha aparecido de las profundidades del bar y coincide con la opinión de Jaime.

—¡Ni en *Sissi emperatriz*, tío! Ha sido absolutamente acojonante. Quiero un mando para rebobinar.

Mijáil y Mina regresan al grupo. Algunos invitados se han acercado a felicitarlos. Él no le ha soltado la mano. Mina es consciente de que algo ha cambiado, pero no sabe qué. Hay un aura, una corriente eléctrica distinta entre ellos. Ambos sonríen, con una mezcla de timidez y exultación. Los dos parecen haber descubierto un secreto que no ha de ser compartido. Mina, sonrojada; Mijáil, con los ojos brillantes y sonrisa abierta. La música y algo más, igual de románticamente mágico, les ha invadido.

—Tíos, ¡menuda *performance!* —dice Jaime a los héroes del vals, dando una palmada en la espalda de Mijáil—. ¡Habéis dado la campanada! Si esto puntúa, os han dado más dieces que a Nadia Comaneci.

—No puedo estar más de acuerdo —coincide Gonzalo—. Estamos el resto bien jodidos. ¡Y yo que pensaba que tenía ventaja por estar casado con una austriaca! A mí no me humilláis más, basta ya de

valses, abueletes, vámonos a echar unos bailes como Dios manda —ordena empujando por la espalda a todos hacia el jardín.

Por las puertas abiertas de la terraza se ve a lo lejos la carpa del jardín, donde pastoreados por un DJ, se concentran los más jóvenes de la fiesta.

—¡Bien dicho, Gonzalo! —anima Jaime y, cogiendo de una mano a Mina y del brazo a Mijáil, tira de ellos hacia el exterior.

—Voy con vosotros —se apunta Raimundo.

Pero Fran los frena.

—Mina, creo que me he rasgado el dobladillo del traje, ¿me acompañas al cuarto de baño? Creo que hay aguja e hilo allí. ¿Me echas una mano?

—Claro. Luego os veo —anuncia al resto.

Mina se va con Fran, dejando juntos a Mijáil, Jaime, Raimundo y Gonzalo.

—Mina está radiante —observa Gonzalo mientras las ve irse.

—Se siente guapa —explica Jaime, encogiéndose de hombros.

—¿Se siente guapa? —se asombra Mijáil—. No es que lo sienta, Jaime; lo es. Una belleza.

Jaime le mira.

—Cierto. Pero ella nunca lo ha sabido, Mijáil. Y te diré que la gente que, como ella, se esfuerza en serlo por dentro muchas veces no sabe que también lo es por fuera. Mina es de esas —añade. Y observa al ruso con interés.

Camino del cuarto de baño, Fran y Mina son interceptadas por Fernanda.

—Mina, me ha gustado muchísimo vuestro vals —felicita Nanda—. Me he fijado en lo bien que bailabais, pero también me he fijado en esto —dice, tomándole la mano—; déjame ver esta pulsera. ¿Era de tu madre? No se la conocía.

—No —niega Mina—, era de la abuela de Mijáil.

—De la abuela de Mijáil... —repite Fernanda sacando unas gafas de su *minaudière*[6] para examinar mejor la pulsera—, extraordinaria, simplemente extraordinaria...

El secreto de Fran

Gonzalo y Jaime acaparan la pista, ambos son grandes bailarines y bailan con la mitad de los invitados de la fiesta, no les faltan parejas y muchos conocidos se les acercan. Mina y Mijáil bailan también, pero el ruso no se sabe muchas de las canciones españolas y su estilo discotequero es un poco de los noventa. No se le da tan bien como el atemporal vals, Mina ríe ante sus desfasados y anacrónicos movimientos.

—Eso es rock *vintage*, Mijáil. Precaída del Muro...

—No me tientes o te enseño lo que bailábamos de verdad en el Moscú de los dos mil.

—¿El *moonwalk*?

—Peor.

—No digas más: ¿*Staying alive,* brazo y cadera incluidos?

—Mucho peor.

—¿Peor que eso? Imposible. Detente. Algo peor que eso es motivo claro de divorcio.

—¿Divorcio? ¿Tú crees? Tú te lo pierdes. ¿No acabo acaso de enseñarte cómo de sensualmente muevo las caderas? Mira, mira... —Se ríe él, contoneándose torpemente como si moviera un *hula-hoop.*

Mina ríe.

—Tú sigue rotando caderas, Steve Urkel. Voy a por una Coca-Cola. Ahora vuelvo. ¿Quieres algo? ¿No?

—Voy contigo —le dice Fran.

Ambas se acercan a la barra.

—Mina —le dice Fran—. ¡Mijáil no conoce a Camilo Sesto! ¿Cómo es posible? Pero ¡si es un hito viviente!

—Mito —corrige Mina.

—¿Qué? —pregunta Fran por encima de la música.

—Nada —dice Mina—, que no está viviente. Camilo Sesto murió.

—¿Se ha muerto? Pero qué me dices. No sabía nada. Con lo bien que me lo he pasado bailando sus canciones, pobre, le estoy muy agradecida por esos buenos ratos. Voy a encargar unas misas por su interno descanso.

Ambas recogen sus bebidas y se sientan en un pequeño corrillo de butacas que está desierto.

—¡Qué burrada de vals el vuestro, Mina! —comenta Fran—. Y te lo dice una austriaca, que somos los inventores del vals. Nunca había visto nada así. Y estás guapísima. Ese vestido te sienta de maravilla, y luego, claro, Mijáil... Reconozco que no es mi logotipo de hombre, pero es guapísimo.

—Sí que lo es —reconoce Mina, que ya ni corrige a Fran.

—Tan alto, con esa mirada tan fiera... Yo solo tengo ojos para mi Gonzalo, pero es verdad que Mijáil es guapo. Me cae muy bien, Mina —añade, propinándole una palmadita en la rodilla—. ¡Bien hecho! Y, oye, dime una cosa —añade Fran, pícara, dando un sorbo a la pajita de su Aperol y guiñándole un ojo—. ¿Qué tal en la cama?

Mina casi se atraganta del susto.

—¿Cómo dices?

Desde la pista Gonzalo las ve y resuelve acercarse a ver de qué hablan, un descanso de tanto baile tampoco le viene mal. Cuando se acerca solo oye el final de lo que cuenta Fran.

—El sexo es importantísimo, Mina. Yo tengo la suerte de tener un marido que es un genio en eso. Fíjate hasta qué punto que consigue

de mí unos orgasmos tan increíbles que son como un viaje catastral. Me quedo tiesa y rígida de puro placer. Como ausente. ¡Y no soy capaz de moverme ni de articular palabra! ¿Te lo puedes creer? —ríe Fran.

Gonzalo se apoya en la columna más próxima para no caerse. Está oculta por una palmera y Fran no le ve. Cierra los ojos y reclina la espalda contra la fría piedra. ¿De placer? ¿Ha dicho de placer? ¿La rigidez es un orgasmo? «¡Que me aspen!». Viva Fran y sus rarezas, y viva él, que vuelve a ser feliz porque sabe que no la hace infeliz a ella. «¡Oh, Fran! ¡Bendita Fran! ¡Inigualable e incomprensible Fran!», se dice.

Sale de detrás de la columna y se presenta ante ella.

—Ven conmigo —ordena, cogiéndola de la mano.

—Huy, Gonzalo —dice ella—, qué intensidad. Ahora voy. Y por qué me miras así, como si me fueras a comer. ¡Ni que fueras un filántropo!

Eso ni Gonzalo lo entiende.

—¿Filántropo?

—Sí —confirma Fran—, como el hombre lobo.

—¡Licántropo! —descifra Mina dando una palmada.

Pero el hombre lobo más sonriente que Mina jamás ha visto ya se ha llevado de allí a su amiga.

A las cuatro de la mañana, felices y exhaustos, cuando apenas quedan veinte personas aún en la pista de baile, Mina y Mijáil se van a dormir. Han bailado al son de cuanta canción ponía el DJ. Las que Mijáil conocía y las que no. Están agotados. Sin darse cuenta ni pensarlo, suben de la mano las escaleras de la Torre, Mijáil abre la puerta de su cuarto y la deja pasar. Entra y, cerrando la puerta con el pie detrás de él, tira de la mano de Mina hacia sí y la besa apasionadamente. El corazón de Mina late con fuerza, pega su

cuerpo al de él, acaricia suavemente su nuca y él deja escapar un sonido que hace que las piernas de Mina tiemblen. Ambos se abrazan, se besan, las manos de los dos se deslizan por el cuerpo del otro. Mijáil se quita la chaqueta, Mina le deshace la botonadura, sin dejar de besarle, él encuentra la cremallera del traje de ella y, de repente, Mijáil se para en seco.

—No. No puedo. No debo.

Da un paso atrás.

—Mina, Minouska... —Baja la cabeza y se la sujeta con las manos.

Ella no entiende nada.

—Perdóname... Perdóname. —Se vuelve a acercar a ella y le toma las manos. Tiene la cara desencajada—. Me he dejado llevar, Mina, y yo no puedo... Siéntate, por favor, tengo algo que contarte.

Ella, asombrada, obedece maquinalmente y permite que la lleve hasta el sofá, donde se sientan juntos. La falda de su traje crea a su alrededor una nube oscura, que ella ve negra.

—Mina, no te he contado nada de mí. Tampoco puedo contar mucho más ahora, pero te debo una explicación. Yo no puedo hacer esto. No puedo hacerte esto. No tengo nada que ofrecerte. No soy nada. Soy un fugitivo condenado a no estar mucho tiempo en el mismo sitio. Cuando esto termine, no podré, por mucho que quiera, quedarme contigo. No tengo futuro, no tengo hogar, no tengo nada. Nada que darte por mucho que quiera. Y debo irme.

—No entiendo...

—Y es normal que no lo hagas con lo poco que te he contado, pero, ahora mismo, no puedo revelar mucho más sin ponerte en peligro. Créeme que nada querría más en este mundo que... —Vuelve a bajar la cabeza—. Más que nada quiero lo mismo que tú, pero no puedo. No puedo hacerte esto. No puedo hacértelo a ti, no puedo hacérmelo a mí. ¡Oh, Mina! ¡Si tú supieras cuánto...! Pero no,

no ahora. No puedo... No debo empezar nada que no pueda continuar. Yo...

—No tienes que darme ninguna explicación —dice ella. Está confusa, está herida. Se pone de pie y el traje brilla con ella. «Dignidad ante todo», piensa una Mina rechazada, y el magnífico traje que lleva la ayuda a erguirse.

—Ha sido una noche larga, si no te importa. Voy a cambiarme y a desmaquillarme, quisiera dormir.

Pero esa noche, espalda contra espalda, ninguno de los dos duerme. En la oscuridad los pocos centímetros que los separan parecen un abismo, y los demonios y fantasmas de ambos hacen presa en sus imaginaciones. Es tarde cuando, por fin, Mijáil concilia un sueño plagado de pesadillas.

TOCATA Y FUGA

Horas más tarde, cuando la luz de la mañana empieza a iluminar demasiado el cuarto, Mina decide dejar de fingir que está dormida y levantarse de una vez. Procura hacerlo sin mucho ruido.

—Estoy despierto —dice Mijáil en voz alta, sobresaltándola.

—Perdona, pensaba que seguías dormido. Has hablado en sueños —le informa ella.

—Y ¿qué he dicho? —pregunta, alarmado, él.

—Repetías todo el rato lo mismo... ¿Qué significa *borz*?

—Lobo.

—Pues decías algo de lobo, algo así como *articesk borz.*

—Lobo ártico[1] —traduce él.

—¿Quién es Lobo Ártico?

Mijáil se incorpora y suspira.

—No es un quién, es un qué. Es una prisión de alta seguridad en Siberia.

Mina no se atreve a hacer la pregunta que se forma repentinamente en su cabeza, pero tiene que hacerla.

—¿Has sido prisionero allí?

—No —contesta Mijáil y, sonriendo irónicamente, agrega—: Si lo hubiera sido, no estaría aquí. Hasta ahora, nadie que entra en Lobo Ártico ha salido de allí. Mina —añade él—, como te expliqué ayer, hay muchas cosas que quiero y debo contarte, pero no ahora. Te pido que, por favor, confíes en mí. Sé que soy un desconocido y sé lo mal que suena todo esto. Lo sé, pero ahora mismo no puedo

compartir más información. No depende de mí. Por favor, ten confianza.

Mina se sorprende de lo fácil que es hacerlo. A pesar de todas las cosas que no encajan, de sus silencios y contradicciones, del secretismo y la paranoia, Mina sabe que puede confiar en el desconocido que tiene a su lado.

—Confío en ti —dice ella. Y, tras un momento de silencio, añade—: Deberíamos bajar a desayunar.

Cuando, media hora después, tras ducharse y vestirse, por fin lo hacen, se encuentran la mesa del desayuno llena: todos están sentados a ella.

—Buenos días, Fred y Ginger —saluda Raimundo—. ¡Os habéis hecho famosos! —dice señalando su teléfono.

—Buenos días, ¿qué quieres decir?

—Que sois *trending topic* —confirma Gonzalo—. ¡Mirad! Twitter, Instagram, TikTok... Todo está lleno de vídeos de vuestro baile de ayer. ¡Os habéis hecho virales! Me ha llegado varias veces por distintos grupos de WhatsApp. ¡De aquí al estrellato! —les guiña el ojo.

Mijáil palidece. Ve que Fidel le hace señas desde la puerta.

—Disculpad.

Y, dejando abruptamente su plato sobre la mesa, sale del comedor tras Fidel.

A través de la puerta que da al pasillo, Mina los ve hablar; ambos tienen el semblante serio. Fidel enseña a Mijáil unas imágenes en su móvil y le cuenta algo, mientras este asiente grave y muy concentrado. Mina acierta a oír palabras sueltas. La conversación parece intensa y dura unos minutos. Al terminar, Mijáil vuelve al comedor. Está tenso.

—Mina, ¿puedes salir un momento al jardín? Necesito hablar contigo.

—¿Ahora? —pregunta ella.

—Ahora —confirma Mijáil abriendo una de las puertas cristaleras.

Mina se disculpa y le sigue hacia una esquina del jardín.

—Mina, perdóname, ha pasado algo y debo irme de inmediato.

—¿Cómo?

—Que me tengo que ir. Ya. Ahora mismo. Lo siento, pero es inevitable. Prometo, te prometo —dice tomándole las manos—, que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para volver. Sé que debo estar aquí el día que Nanda anuncie los ganadores, pero no puedo asegurarte nada. Haré todo lo humanamente posible, eso te lo juro.

Mina no acierta a decir palabra.

—Y te pido, por favor, otra cosa: no salgas de la Torre hasta que recibas una llamada mía. Ni a la playa, ni al pueblo ni a ningún sitio. Y no te acerques al límite del jardín ni te asomes a las ventanas de las plantas altas. Prométemelo.

Ella le mira sorprendida.

—¿Cómo? No entiendo nada. ¿Por qué no puedo salir? Y ¿tienes que irte? ¿Ahora? ¿Ahora mismo? Solo quedan tres días, Mijáil. ¿No puedes esperar tres días? Estamos a punto...

—No puedo hacerlo, *lapochka* —dice él, colocando las palmas de sus manos en las mejillas de Mina y mirándola intensamente—. No puedo retrasarlo ni dos horas.

—Pero es que... —protesta ella. Y, de repente, se corrige—: Perdona. Ya has dicho que tienes que irte, pero ¿ni setenta y dos horas más? Lo siento, perdóname que insista. Pensarás que soy una egoísta.

—¿Una egoísta? Mina, te he visto jugarte la vida por un niño a quien no conocías, de todas las cosas que pienso egoísta no es...

—Una egoísta —prosigue ella que parece no haberle oído— por poner mis necesidades por delante de las tuyas y pedirte que te quedes, pero tengo que hacerlo... Mijáil, ¡estamos tan cerca! ¡Tan cerca de que el hospital sea una realidad! ¡Tan tan cerca! Son solo tres días más.

—Te juro por mi honor, Mina, que si pudiera quedarme lo haría. Pero no puedo. Estoy en peligro, pero eso no es lo importante; lo más importante es que si me quedara, pondría también en peligro a aquellos que quiero. Han sido los vídeos de Twitter... Me han localizado. Fidel ha visto a unos hombres merodeando por el perímetro desde temprano esta mañana. Hay dos coches negros de lunas tintadas apostados en la puerta. Sospecho que son del FSB. Mina, he de irme. Si de mí solo dependiera, me quedaría, pero hay ciertas causas que son más grandes que yo.

Ella no entiende absolutamente nada de lo que dice. Le suena a chino. Pero está claro que la decisión la tiene tomada.

—Está bien —concede, rendida a la evidencia. Y se gira para irse, pero no puede evitar una última súplica—: Sé que ya te he pedido mucho, y no te quiero insistir más, pero piénsatelo, por favor. Aquí no hay nadie más que la familia. No sé qué peligro temes, pero nadie puede hacerte daño en la Torre, ¡tía Nanda la tiene blindada como Fort Knox! Son solo tres días más, setenta y dos horas. Ya has hecho toda la parte difícil. Por favor, Mijáil, por favor... Estamos tan cerca. Después no te molestaré ni te pediré nada más; lo prometo. Podrás irte. Desaparecer. Volver a tu vida, a tus cosas, a hacer lo que hacías antes. Dejar todo esto atrás y olvidarme.

Él no dice nada. Mina, derrotada, se aleja.

—¿Olvidarte? —musita Mijáil mirando al suelo cuando ella ya no está—. ¿De qué forma podría yo olvidarte?

Cuando Mina vuelve a su cuarto, después de desayunar, ve que la mochila de Mijáil no está. No están tampoco su cepillo de dientes ni la mitad de su ropa. La otra mitad sí, y eso le da a Mina esperanzas de que planee, efectivamente, regresar, tal y como ha dicho. En el escritorio, hay una nota con un número de teléfono móvil.

«Vuelvo en dos días, llámame aquí si me necesitas».

Y ¿qué va a hacer ella? ¿Qué va a contar a tía Fernanda y al resto? Inventar una emergencia familiar, pero ¿cuál? ¿Y si Mijáil nunca regresa? «Piensa despacio y con orden, Guillermina —se dice a sí misma—. Ha dicho que volverá, partamos de esa premisa. Un padre enfermo. Eso es lo que hay que contar...». Si luego no vuelve... Bueno, ahí se impone contarlo todo. Estaría todo perdido. Como decía su padre: «Hay que prepararse para lo peor y esperar lo mejor». Eso tiene que hacer ella.

«Pensemos. Digamos que se ha ido porque su padre se ha puesto repentinamente enfermo... ¿un infarto? Sí, un infarto sirve. Pero ¿dónde le ha dado el infarto? ¿En Rusia? ¿Le da tiempo a Mijáil a ir y volver de Moscú a Todaria en dos días?». Mina no lo cree. «Hay que mirar los horarios de vuelos... ¡Esto es una catástrofe! ¿Qué voy a hacer?». Va y viene por su cuarto mientras piensa. Y, de repente, se detiene en seco: «Pero ¿qué hago preocupándome por las excusas? ¿No ha dicho Mijáil que su vida está en peligro? En peligro ¿por quién, por qué? ¿Qué ha hecho? ¿Quién es? ¿A qué venía esa obsesión por que no le vieran en público en Madrid, por que el ático no se viera desde la calle, por no repetir siempre el mismo camino? Esas llamadas de teléfono en ruso que tan tenso le ponían... ¿Qué es lo que ha dicho de los coches? ¿FSB? ¿Qué es eso?».

Mina se sienta al ordenador. Busca FSB en Google... Federation of Small Businesses es el primer resultado. Eso no puede ser. El segundo es Financial Stability Board... ¿Qué es eso? «Un organismo

regulador de los bancos —lee Mina en la web y piensa—: Bancos... ¿Habrá hecho un desfalco? ¿Le buscan por eso? No digas tonterías, Mina, un tío que no se acuesta contigo por sentido del deber no es un ladrón de bancos. ¿Y si fuera como aquel que dio la lista de defraudadores de Hacienda con cuentas en paraísos fiscales? ¿Cómo se llamaba...? Ah, sí, Falciani. La lista Falciani. ¿No le estuvieron buscando para detenerle? Pero ¿tanto como para matarle? ¿Un organismo supervisor de bancos? No tiene sentido... a menos que no sea el organismo bancario quien le busca, sino aquellos cuyos datos ha revelado... Eso tiene más sentido. Pero entonces, los coches ¿por qué son del Financial Stability Board?». Mina está cada vez más nerviosa y cada vez más perdida. Necesita usar el comodín del público. Saca el móvil.

—¿Jaime?

—Pero ¡bueno!, si es la primera bailarina del Bolshói —ríe él—. ¿Cómo estás, primita?

—¿Sigues en Todaria? —pregunta ella seria. Jaime se da cuenta de que pasa algo al instante.

—Sí, ¿por qué?

—Ven.

—Pero ¿qué pasa, Mina? Me estás preocupando.

—Por teléfono, no. Ven. Lo antes que puedas. Pide a Fidel cuando llegues que te lleve directamente a mi cuarto.

—Voy para allá.

El corazón de las tinieblas

Han pasado dos días agónicos y Mijáil no ha vuelto. No contesta a las desesperadas llamadas que ella ha hecho al móvil que dejó. Mina repite la mentira que ha urdido con ayuda de Jaime y Pantaleón. Un infarto; sí, su padre; volverá en cuanto pueda. Y varias veces al día finge hablar con Mijáil, cuando es Jaime al teléfono, animándola. «Falta poco, Mina», le dice. Pero poco ¿para qué?

El interés sincero de Fran y tía Mariana, que preguntan por Mijáil y su padre a todas horas, le hace sentir peor aún. De él, no sabe nada. Mina está desquiciada. En la Torre achacan su nerviosismo a la ausencia de Mijáil y a la situación con su padre; Jaime y Pantaleón, al estrés de los días finales antes de conocer la decisión de Nanda y al esfuerzo por mantener la farsa en solitario. No es ninguna de las dos cosas. A Mina le duele la esperanza.

Mina espera... y no espera. Tiene miedo de la esperanza porque le ha mordido muchas veces. El hospital del orfanato, por ejemplo... Lo tocaba ya con las yemas de los dedos y, sin embargo... Es mejor no esperar. La esperanza es la más cruel de las llamadas virtudes.

Mina no es tan ingenua como para no saber ya que está enamorada de Mijáil. También en eso tuvo esperanzas. El anhelo, la esperanza... esa que da miedo porque la perdió muchas veces. No ha tenido suerte en el amor. Creyó encontrarlo en Javier, su «Tarzán africano», le llamaba en broma. Pero un día llega un ramo de flores que dice: «Tu Tarzán, que tanto te quiere»; y, al otro, tras la traición, su nota de despedida: «Lo siento». ¡Ay, el ser humano, tan

voluble que abre surcos de arado en los corazones ajenos! Javier deja tras de sí desolación, una niña asustada y un hijo por él no deseado. Mina recuerda cómo compadeció y envidió a la niña por partes iguales.

Desolación.

Mina recuerda también a ese Rodrigo de sus primeros besos, cuando Madrid entero era una fiesta y su juventud la savia que manaba por sus calles. El mundo entero era su jardín del Edén, lleno de ilusiones y promesas; cuando toda la vida estaba por delante y todo sueño y anhelo eran posibles. Pero luego la enfermedad de su padre lo tiñó todo de frío y de miedo y Mina se escondía en el cuarto de baño para que él no la viera llorar. Rodrigo, su príncipe azul, escogió para dejarla el *parking* del hospital, en el que, dos pisos más arriba, su padre se moría a borbotones. «Es que tú no eres mi princesa, Mina, eres mi hada madrina». Ese día murió su padre y Mina dejó de creer en los cuentos de hadas.

Su padre. En el final, de él solo quedaba la mirada. Pero ¡qué mirada! Mina se bañaba en ella como si de un elixir divino se tratara y dejaba que su corazón se empapara como una esponja en la mirada de ese padre que ya no se mueve, que ya no habla, pero que la mira. Y tomaba su mano tibia y rezaba al cielo, a aullidos dentro del alma, rogando que estuviera tibia y palpitante un día más, una hora más, un minuto más.

El hombre bueno que era su padre murió en brazos de Mina. Acunado por aquella a quien él acunó. Mina no conoció más consuelo que entrar en una iglesia y gritarle su desgarro y su rabia al Cristo silencioso que vio ahí. Y luego llorar rendida en sus imaginarios brazos. «Un corazón quebrantado y humillado, tú, Señor, no lo desprecias», dice el salmo.

Está sola. Otra vez. Maldita esperanza. ¿Qué tiene ella que no sabe leer las emociones de los demás? ¿Qué es el amor que ella no sabe verlo y parece conformarse con sucedáneos?

«Mina es demasiado triste, demasiado seria», decían siempre, durante la enfermedad de su padre. Qué narices iba a serlo. Pero la vida te da unas cartas y tú las juegas. Las cosas que eran fáciles para los demás, como encontrar un compañero de vida, alguien que te quisiera, para ella habían resultado difíciles. Juana de Arco, sola contra el mundo. Dicen que las penas entre dos son menos penas, pero Mina se ha visto obligada a ser siempre una heroína solitaria. «*Tous les garçons et les filles de mon âge se promènent dans la rue deux par deux...*», cantaba esa Françoise Hardy que tanto le gustaba a su madre. De dos en dos. Pues claro que a ella, como a cualquier chica de su edad, le hubiera gustado encontrar el amor. Pensaba haberlo encontrado en Rodrigo, en Javier... en Mijáil. ¿Qué es lo que tenía ella, que lo daba a manos llenas, para no ser capaz de inspirarlo?

Mina tiene treinta y siete años. Por supuesto que le hubiera gustado vivir un gran amor. Incluso tener una familia, unos hijos, esas cosas que tan fácilmente parecían lograr otros, incluso sus primos, pero que a ella se le negaban. Lo que los demás parecían alcanzar sin apenas esfuerzo era para ella una quimera. «Mina es demasiado triste, demasiado seria». ¿Y qué hizo ella? Retraerse en sí misma. Construir murallas. Y el destino la ha hecho madre sin hijos y esposa sin marido. Las Navidades, tras la muerte de su padre, en el silencio de su soledad, la de un piso vacío donde las ausencias se oyen, se horrorizó a sí misma acunando de rodillas a un niño Jesús del belén como extraño sucedáneo a uno de verdad, deseando ser madre y convirtiéndose en la de todos. La de Jaime, la de Pantaleón,

la de cada vieja, la de cada niño que no es suyo... Darse a todos por no poder darse a uno solo.

Hay formas distintas de darse. Una es entregar a uno solo el corazón entero como si fuera una barra de pan y otra es ir deshaciéndose en miguitas, dándose en trozos hasta que ya no queda nada. Mina eligió la segunda forma. O acaso el destino se la impuso. Pero ahora... ahora llega Bayo. Y Mina le quiere sin reparos, con el corazón abierto, como quieren los que no tienen miedo. Llega Mijáil y a él le quiere a pasitos pequeños, como un gamo atemorizado. «*Si yo tuviera el corazón... el corazón que di...*». Mina recita el tango en su cabeza en esta noche oscura, que lo es de verdad, y lo es también del alma. «*Si yo tuviera un corazón, el mismo que perdí...*».

Mina, la valiente, tiene miedo.

«*Si yo pudiera, como ayer, querer sin presentir*...». Miedo. Miedo frío. «Y con razón», le dice el silencio del cuarto vacío donde no está Mijáil. El veneno de la duda se le filtra en el corazón. La esperanza es una bestia sin compasión, un perro rabioso que muerde a quien se le pone a tiro. Ella ha vuelto a creer para caer de nuevo en la misma trampa.

Ni una llamada, ni un mensaje. Ocho llamadas perdidas sin respuesta. Hay que aceptar la realidad.

A través de la ventana ve oscurecer. El día que nos diste, Señor, termina; y las tinieblas caen por tu voluntad.

Se acabó. Mina se va a dormir abrazada a la caja con las cartas de su padre. Resuelve hablar con Nanda al día siguiente. «No quieras bien que no dura, no temas mal que se acaba». Las palabras de su padre la acunan. Al menos, hacer lo que está bien.

CAROLINA TIENE UN AS EN LA MANGA

Hay gente, como los malos jugadores de cartas, a la que le cuesta reconocer cuándo una partida está irremediablemente perdida. Carolina no era una de ellos. Sabía que el codiciado premio de tía Nanda no iba a recaer en ella. Pero en su filosofía si hay que morir, hay que morir matando.

Carolina era, ella en sí misma, un arma de destrucción masiva. Sin conciencia, sin reparos, con un egoísmo mastodóntico que ella disfrazaba de instinto de supervivencia. Así que, cuando un mensaje por Instagram de Carmen, la mujer de Paco González, dueño de La Alcahueta, la informó de que había reconocido a su antiguo guardés en el vídeo del vals con Mina, no dudó en tirar del hilo. Contactó con la embajada rusa, donde le confirmaron que no había ningún Mijáil Ivanovich Kuznetsov en sus archivos de residentes. Haciéndose pasar por una benefactora, engañó por teléfono a una ingenua monja nigeriana, quien le confirmó que ningún ruso estuvo jamás en el orfanato de Saint-Paul de Odo-Eguare. Luego, tras lograr el teléfono de la oficina en Nigeria de Syngenta, la multinacional de semillas donde supuestamente trabajaba Mijáil, verificó que allí nadie le conocía. Y, con todo eso, se dispuso a esperar el momento en el que esa revelación haría más daño.

«Finalmente, no está todo perdido», se dijo. Descalificada Mina, la Torre sería para Gonzalo, su hermano. Y a ese tenía práctica en manipularle. Algunos millones caerían. Y Raimundo. Ese infeliz. Llevaba la fecha de caducidad en la frente, como los yogures. El

estigma que el divorcio años antes acarreaba en la clase social a la que ella pertenecía había dejado de ser tal hace tiempo. Y, además, se vería justificada por los rumores del problema de su marido con la bebida. Ya corrían. Y si no lo hacían bastante, ya se aseguraría ella de que lo hicieran. Carolina, aún atractiva, figura trágica y sufriente que escapaba de un marido borracho. Soltera y con dinero, no tendría problema alguno para hacerse con el marido de alguna de sus amigas. Ya tenía puesto el ojo en uno. A rey muerto... Lo único, las niñas. No podía tener a dos adolescentes pululando por ahí, estropeando su estilo de vida. Que se las quede Raimundo. Un problema menos. Al final, a esta historia de la Torre le iba a sacar su rendimiento. Carolina resolvió tejer su pequeña tela de araña y esperar, cual depredador, el momento en el que devorar a quienes cayeran en ella.

Hoy era el día. Esta tarde Fernanda anunciaría su esperada decisión. Las cosas no iban a salir tan mal después de todo. Carolina se sienta en el sofá más cómodo del salón grande y hace inventario de lo que ve a su alrededor. Una vez muerta la vieja, nada impedirá a Gonzalo vender —o darle a ella— algo de lo que ve por aquí. El Fra Angélico de la capilla. Ese Lawrence que está sobre la chimenea de su cuarto. El Greco de la biblioteca. O alguna de las innumerables vajillas de Fernanda, esas que dijo que eran de museo. «¿Para qué querrá tantas?», se pregunta Carolina.

—Hola, Caro —dice Fran entrando en el salón—. ¿Has visto a Gonzalo?

—Carolina —corrige ella.

—¿Qué?

—Que no me llames Caro.

—Oh —se ruboriza Fran—, perdona, pensé... —Avergonzada, se acerca a la mesa de bebidas y se sirve un vaso de agua. Se sienta

enfrente de Carolina con un iPad en la mano.

—¿Has visto lo de Rusia? No hablan de otra cosa en los periódicos y en la radio. ¡Ha habido un golpe de Estado! Voronin está desaparecido, no se sabe si muerto, y los militares se han hecho con el control del país. Parece que había mucho descontento con la corrupción y las continuas levas para la guerra en Ucrania... Dicen que le ofrecerán el Gobierno a ese compositor ruso que han liberado...

—¿Compositor?

—Sí, Iván Galitsin, creo que se llama.

—Opositor, Fran —corrige Carolina—. Deberías hacer un esfuerzo. Llevas doce años en España.

Fran se vuelve a poner roja.

—Sí, claro... Tienes razón —se excusa—. Yo lo intento, pero es verdad que me confundo mucho.

De repente, se abre la puerta de golpe y Mijáil, despeinado y con barba de dos días, irrumpe en el salón. Tiene ojeras, la camisa por fuera del pantalón y está manchado de lo que parece barro y verdín.

—¡Mijáil! —exclama Fran sorprendida.

—¿Sabéis dónde está Mina? —pregunta con premura sin saludar.

—¿Guillermina, mi prima? —responde Carolina, pausadamente.

Mijáil, que está cansado y tiene prisa por encontrar a Mina, responde:

—Pues claro que Guillermina, tu prima. ¿Quién si no? ¿Es que conoces a otra?

—Ya no sé a quién conozco, Mijáil Kuznetsov. Por ejemplo, no te conozco a ti, dado que ese —dice levantándose para dar mayor efecto a sus palabras— no es tu verdadero nombre.

Mijáil se para en seco. Fran le mira atónita:

—¿Qué bobadas dices, Carolina? —Y, luego, al ver la cara del ruso —: ¿Es eso verdad, Mijáil? —pregunta con los ojos muy abiertos.

Carolina, de pie y con los brazos cruzados, le mira como retándole a que mienta. Que allí está ella para corregirle. Mijáil suspira.

—Lo es. Mi apellido no es Kuznetsov.

—¿Quién eres entonces? —inquiere Fran.

—Eso —dice Carolina—; dinos quién eres, impostor.

—No tengo tiempo para esto —replica él fríamente—. O, mejor dicho, sí, sí lo tengo. Ya que quieres saberlo, Carolina, soy Mijáil Ivanovich Galitsin, hijo de Iván Galitsin e Irina Alexandrova, conde de Crakov, y, cuando muera mi padre, Dios quiera que sea dentro de mucho tiempo, príncipe Galitsin.

A Carolina se le cae la mandíbula al suelo.

—Y ahora, de una vez por todas, ¿dónde está Mina?

—En la playa —contesta Fran.

Mijáil sale raudo hacia el jardín, camino de la playa. No oye a Fran decir a una atónita Carolina:

—¿Lo has oído, Caro? Es el hijo del compositor ruso.

Mijáil corre hacia la playa.

UNA CONFESIÓN

Mina ha paseado playa arriba y playa abajo tantas veces que ha dejado surcos en la arena. El mar la calma. El compás rítmico del vaivén impone ese mismo ritmo a su corazón. Golpe, cuando rompe la ola; susurro, cuando se retira. Y así, golpe y susurro, susurro y golpe, el ánimo de Mina se acompasa con el del mar.

No hace frío, pero sí hay un viento fuerte y Mina se ciñe la chaqueta alrededor del cuerpo. El anuncio de Nanda está previsto para esa tarde. Es el último día y Mijáil no ha vuelto. Dar explicaciones, reconocer ante todos su farsa, no es un plato de gusto. Se le hace bola dentro. Pero de nada sirve retrasar lo inevitable; Mina resuelve hablar con su tía tan pronto como regrese de la playa, y ¿el resto? Su instinto le pide huir, irse tras hablar con Nanda. Sin despedirse de nadie. Refugiarse en el afecto leal de Jaime y Pantaleón, evitar más vergüenza y desaparecer. Pero su sentido de lo correcto se lo impide, y esa molesta vocecita de la conciencia le dice que lo mismo que fue capaz de engañar a Mariana, a Gonzalo y Fran, a Raimundo y Carolina, también ha de ser capaz de darles las explicaciones que merecen y pedirles perdón. Pero la solución cobarde ¡es tan atractiva! Nanda no es lo que más teme, lo que más teme es la mirada de decepción en la cara de quienes ha aprendido a querer en este corto espacio de tiempo: Mariana. Fran.

Mina contempla el mar. «Hay que tragarse ese sapo, Mina —se dice a sí misma—. Los valientes no lo son porque lo sean —recuerda

que decía su padre—, lo son porque deciden serlo». Ella no se siente valiente. Se siente muy cobarde. ¿Por qué, si no, piensa en Fran y Mariana y el desagradable, pero asumible, asunto que le queda por delante en lugar de abrir el melón de verdad? ¿Por qué medita sobre dar explicaciones y preparar despedidas en lugar de abrir la puerta del corazón tras la cual guarda esa mezcla de tristeza, angustia y esperanza que tiene que ver con la ausencia de Mijáil? Ella conoce la respuesta: porque le duele demasiado. «Tengo el corazón lleno de zarzas —se dice—, si rebusco, me hago daño con las espinas».

Rodrigo la dejó cuando su padre se moría y fue una decepción. Una pequeña humillación también, cierto es. Pero él era una ilusión de juventud; Mina jamás pensó, porque no era edad ni momento, en un futuro con él. Y la pena por la ausencia de su padre se tragó a Rodrigo y sus tonterías de princesas y hadas de un solo bocado. Mina, si es sincera, ha de reconocer que no volvió a pensar mucho en él.

Javier. A Javier lo conoció diez meses, o, mejor dicho, no le conoció nada durante diez meses, porque todo él fue un engaño. A día de hoy no sabe ni cómo se llama. ¿Dolió? ¡Pues claro! Pero más el desfalco que el engaño, porque el corazón de Mina estaba más asido al sueño del hospital que a los brazos de Javier. En su cabeza ambos iban de la mano y el deseo del nuevo hospitalito incluía a aquel que lo estaba haciendo posible. Uno con el otro, uno dentro del otro. Cuando ambos se volvieron enemigos y Javier dejó de formar parte de ello para convertirse en su destructor, Mina no fue capaz de perdonárselo. Su tristeza nunca fue tal, porque estaba relegada, hasta su casi desaparición, por el enfado y la preocupación. Pero Mijáil... ¿Qué tiene Mijáil que la descoloca de tal forma? Apenas sabe nada de él y, sin embargo, siente que le conoce de toda la vida. Hace tres meses no sabía ni su nombre y, ahora, a

veces, cuando se miran, siente que son capaces de hablarse sin palabras, de sentir al unísono. No sabe nada de él: ni quién es ni por qué huyó. Y habiendo sido la novia de un embustero estafador —que diría uno que eso te enseña a ser desconfiada—, ella confía plenamente en Mijáil. No sabe quién es, pero sí sabe quién es. Sabe que es íntegro, sincero y leal. ¿Cómo puede saber eso de una persona cuya historia e identidad real desconoce y que se ha prestado a un engaño por dinero? Los hechos lo contradicen, pero ella, contra toda evidencia, lo sabe.

También sabe que nunca ha conocido a nadie como él. Que la hace reír, que la hace soñar. Que la entiende sin hablar, que la hace sentirse vista, escuchada, entendida... hasta lo más profundo. Que con un solo beso en la mano hace que sus piernas tiemblen, que con una mirada hace que arda su corazón. Mina ha sentido la felicidad de verdad, esa de la que hablan los poetas, esa que te hace explotar de gozo, una sola vez: en sus brazos. ¿Fue eso acaso una quimera? No, no lo fue. No era fingida la pasión de ese único beso nacido en sus labios, pero extendido a sus cuerpos en un seísmo, en un relámpago, hasta hacerla flaquear. El recuerdo de ese único beso, rebobinado y repetido en su memoria, es lo que ha servido para alimentar la esperanza estos días. A pesar de las llamadas perdidas sin respuesta, a pesar de la falta de noticias y la ausencia, Mina siempre esperó que volviera. Y, sin embargo...

—¡Mina!...

Alguien grita su nombre.

—¡Mina!...

Mina se gira. Desde las escaleras que bajan a la playa ve a alguien que corre hacia ella. ¿Mijáil? ¡Es Mijáil! Está despeinado, desharrapado y un poco sucio, pero es él. Sin dudarlo un instante,

corre también hacia él, instintivamente, sin pensarlo, hasta que se funden en un abrazo.

—Mina... Mina... —repite él, jadeando. La toma en sus brazos y con el ímpetu del encuentro la levanta del suelo entre sus brazos y gira con ella, colgada de su cuello.

—Mina... Mina...

Mina ríe y llora a la vez abrazada a él. Ambos se estrechan con fuerza, sin querer soltarse. Él rompe el abrazo para mirarla, le retira el pelo de la cara, le limpia las lágrimas con los dedos y la besa.

—Te dije que volvería.

Mina recupera el aliento y la cordura lo suficiente como para preguntar:

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Dónde has estado? ¿Estás bien? ¿Por qué no has contestado a mis llamadas?

—Te lo voy a contar todo. Ahora que por fin puedo hacerlo. Lo primero: mi nombre no es Mijáil Kuznetsov, es Mijáil Galitsin, Iván Galitsin es mi padre.

—¿El opositor ruso? ¿El que liberaron ayer?

—Ese mismo. Estaba encerrado hasta ayer en una prisión de máxima seguridad en Siberia. Su nombre es Lobo Ártico. Eso es lo que yo repetía en sueños. El régimen de Voronin lleva años buscándome. Han estado torturando y presionando a mi padre de todas las formas posibles para que revelara el nombre de aquellos que apoyan un cambio en Rusia. Pretendían usarme para llegar a él, pensaban que yo era su talón de Aquiles y querían, a través de mí, presionar a mi padre. Ha pasado cuatro años resistiendo las más duras condiciones y torturas sin revelar nada. Y pensaban que yo era la forma de conseguir que mi padre se rompiera. Llevo mucho mucho tiempo huyendo de ellos con éxito, pero al día siguiente del baile, con todas esas imágenes en Instagram, Twitter y demás, supe

que no tardarían en aparecer. Y efectivamente. Fidel, a quien había pedido que me informara de movimientos raros, me avisó de lo de los coches negros que te conté y no tuve ninguna duda de que eran del FSB.

—¿Financial Stability Board?

—¿Qué?

—FSB, ¿qué pinta en eso la Financial Stability Board?

Mijáil primero pone cara de sorpresa y luego ríe a carcajadas.

—Mina, ¡eres única! ¡El FSB! La Federálnaya sluzhba bezopásnosti Rossíyskoi Federátsii, el Servicio Federal de Seguridad Ruso. La KGB. Cambiaron el nombre en 1992, ¿es que no lees novelas de espías?

—¡Así que era eso!

—Pero ¿qué pensabas? ¿Qué era un banquero a la fuga?

—No. Sí. ¡Da igual! Sigue, por favor.

—No queda mucho. Hui, me escondí... Cuando me fui, pensaba que no iba a volver a verte nunca más, pero por una carambola del destino los militares han derrocado y encarcelado a Voronin y mi padre, desde ayer a las nueve de la noche, es libre. Yo intuía que las cosas en mi país se estaban moviendo. Sabíamos que algo se maquinaba, pero no cómo ni cuándo. La situación era extremadamente inestable y si Voronin hubiera sospechado lo más mínimo, lo primero que habría hecho sería matar a mi padre. Pero los militares han dado el golpe y ha salido bien. ¡Y yo ya no tengo que esconderme nunca más!

—Mina, Mina, *lapochka.* ¡Nunca más! —repite.

Mijáil vuelve a abrazarla.

—¿Y dónde has estado escondido? —inquiere ella aún entre sus brazos.

—Al principio no sabía a dónde ir, quería estar cerca. Por si pasaba algo, por si me necesitabas. Y, de repente, me acordé de alguien

que nos dijo que podíamos pedirle «lo que haría cualquiera»...

—¡Íñigo! —exclama Mina—. ¿Has estado todo este tiempo en casa de Íñigo Vergara? ¿Aquí al lado?

—Estuve allí solo la primera noche. No sabía a dónde ir ni a quién acudir. No conozco Todaria ni a nadie aquí. No sabía cuántos de la FSB estaban en la ciudad ni qué aspecto tenían. Pensé en Íñigo. Su casa está al otro lado de la playa. No conocía a nadie más. Así que tomé del cobertizo un neopreno y una tabla de surf y, fingiendo buscar una ola, atravesé toda la playa remando sobre la tabla hasta casa de Íñigo. Cuando lo conocí, me pareció un hombre de honor, y lo es. Valiente también. Se lo conté todo, no podía ponerle en peligro sin contarle todo, sin que entendiera la enormidad de lo que le pedía. Y él no lo dudó.

»Me prestó algo de ropa y me dijo que confiara en él. El primer día estuve en su casa, escondido en su cuarto sin salir de ahí. Pero me dijo que le preocupaba que el servicio, o su nieto, que es un niño, me vieran y sin querer revelaran algo. Todaria es muy pequeña, los rumores se extienden rápido. Así que esa noche, de madrugada, me llevó a una cabaña de caza que tiene en un bosque. Anduvimos a pie más de una hora. Conoce el bosque como la palma de su mano, y está en muy buena forma para su edad, aunque me preocupó que regresara a casa solo. La cabaña está en un sitio verdaderamente recóndito. Por eso no pude llamarte, Minouskha, allí no había cobertura. De hecho, nada supe del golpe de Estado en Rusia hasta que Íñigo, que lo oyó en las noticias, vino esta mañana a buscarme. Luego conseguí, tras varios intentos, hablar por fin con mi padre ¡tras cuatro años! ¡No te imaginas la alegría de volver a oír su voz! Va ahora camino de Moscú y mi hermana vuela hacia allí para reunirse con él. Los militares le han liberado y tiene esperanzas de que, en un tiempo prudencial, se puedan celebrar unas

elecciones libres. El equipo de la FSB que me seguía ya no tiene incentivos ni motivos para hacerlo. Deben de estar camino de Rusia. ¡Soy libre, Mina! Y solo pensaba en volver aquí.

Mina se vuelve a abrazar a él, apoya la cabeza en su pecho y le rodea con sus brazos. Él le levanta la barbilla suavemente y la besa, luego susurra en su oído:

—Mi amor, mi amor... pensé que no te iba a volver a ver...

—¿Mi amor? —pregunta ella levantando la mirada.

—Mina, *lyubimaya* —le dice más serio—, apenas hace un mes que nos conocemos, pero yo estoy colado hasta los huesos por ti. No te puedo prometer que sea fácil... Tengo heridas dentro y también las tienes tú, pero nunca he conocido a nadie que se me haya metido en el corazón de este modo. Nadie que lo haga palpitar así. Me late a mil cuando te tengo cerca. Se me rompió cuando creí haberte perdido para siempre. Nunca pensé que conocería a alguien como tú a quien quisiera querer de esta manera. Tu risa de niña, tu mirada pícara, tu sentido del humor, la forma que tienes de morderte el labio al pensar, tu charla sin sentido cuando te pones nerviosa, tu honestidad, tu generosidad.

Con cada enumeración Mijáil besa la mano de Mina, su frente, sus lágrimas y, por fin, sus labios.

—Hasta hace nada creía que no tenía un futuro y ahora, que soy libre y lo tengo, en lo único que pensaba era en volver aquí, en estar contigo. Y dormir contigo, bailar el vals contigo, coger fresas silvestres para ti... Verte reír, verte llorar, escuchar cada pensamiento que tengas, cada parloteo inconexo, leer cada libro que escribas, abrazarte cada noche hasta que caigas dormida en mis brazos... Irme a África contigo.

—¿A África conmigo? ¿Vendrías?

—Donde tú vayas, Mina, está mi hogar. Iría a África o a la luna si allí estuvieras, pero es que, además, desde que me contaste lo de tu misión y el hospital, creo que hubiera ido de todos modos. En la cabaña de Íñigo estos días, solo y angustiado, cuando pensé que quizás nunca más te volvería a ver, hasta imaginé huir a África y esperar allí a que un día tú volvieras.

—Pero ¿no tienes que regresar a Rusia? ¿No esperará tu padre...?

—Claro que iré a Rusia a verle, en cuanto pueda. Y tú vendrás también a conocerle. En cuanto a quedarme allí, no lo creo. Mi padre ya es libre y está rodeado de asesores leales e inteligentes. Tiene a mi hermana. No me necesita ahora mismo, y estoy seguro de que me querrá donde, por fin, sea feliz. Y eso es a tu lado.

—Yo también quiero estar donde tú estés, abominable hombre de las nueve. Nunca he querido otra cosa.

—Pues volvamos a casa —dice él—; necesito una ducha y luego... —le guiña el ojo.

—Nada que objetar a tu plan —ríe ella—, pero antes hablemos con tía Nanda.

—Muy bien. La verdad es que ha sido providencial poder regresar antes del anuncio de esta tarde. ¿Entiendo entonces que aún no estamos descalificados?

—No, no me has entendido. Lo que quiero que hablemos con tía Nanda es otra cosa: confesar. Hay que decir la verdad. Ni tú ni yo queremos esta Torre —explica Mina— y, aunque con toda el alma quisiera los millones que me darían la posibilidad de arreglar Odo-Eguare y la vida de muchos Bayos para siempre, no puedo hacerlo siendo una estafadora y haciendo uno de ti. Te respeto demasiado, te quiero demasiado para convertirte en lo que no eres. Has dicho que Íñigo es un hombre de honor. Tú lo eres también. Y a mí mis padres no me enseñaron a hacer esto, a valerme de mentiras para

triunfar en la vida. Empecemos juntos con una verdad, no con una farsa. La vida será más difícil, pero también creo que será mejor.

Mijáil la mira con orgullo.

—Si alguna vez tuve dudas de a quién había elegido, me acabas de demostrar que acerté. Vayamos a hablar con Fernanda.

Ambos vuelven hacia la Torre, aún abrazados. Ninguno de los dos repara en la ironía de que es precisamente ahora, en el momento en que el engaño ha devenido verdad, cuando deciden revelarlo. Pero a veces una verdad que brilla tanto no soporta verse empañada por una mentira, por pequeña que sea. Ambos se tienen el uno al otro y creen no necesitar más. Mina y Mijáil, cogidos de la mano, vuelven hacia la Torre y, tras preguntar a Fidel por ella, llaman a la puerta del despacho de Fernanda.

—¡Entre! —se oye desde el interior. Y lo hacen—. Ah, sois vosotros —dice Fernanda desde detrás del escritorio, quitándose las gafas—. Me habían dicho que has vuelto, Mijáil. Espero que tu padre ya esté bien. Pasad —añade, levantándose.

—Queríamos hablar contigo, tía Nanda. —Comienza Mina decidida. «Mejor arrancar la tirita de un tirón», piensa.

Nanda les señala un par de butacas y un sofá frente a la chimenea. Ambos se sientan juntos en el sofá y Fernanda elige una de las butacas.

—Me temo que no hemos sido del todo honestos contigo, Nanda —comienza Mijáil.

Ella le para con un gesto de la mano.

—Sé lo que vais a decirme.

—No, no creo que lo sepas, tía Nanda —responde Mina—. Mijáil y yo...

—Claro que lo sé —interrumpe tía Nanda—; lo sé todo desde el principio.

Ellos la miran desconcertados.

—Sé que no estabais casados cuando recibiste la carta que te envié —añade Fernanda—: Sé que apenas os conocíais, y que todo este tiempo Mijáil ha fingido ser tu marido.

Ambos, Mina y Mijáil, se quedan sin habla.

—¿Crees de verdad, niña, que en mi posición y con mi dinero dejo entrar en mi casa a un perfecto desconocido sin averiguar antes quién es? —dice Fernanda—. Contraté a un detective en cuanto Mariana recibió tu respuesta. Sí, lo he sabido siempre todo. Es más, creo que sé cosas que incluso tú no sabes, Mina —y dirigiéndose a Mijáil pregunta, con una sonrisa triste—: Eres el nieto de Xenia, ¿verdad?

Mijáil se queda de piedra.

—Pero ¿cómo...?

—El cómo es muy fácil. Te rascas el cuello cuando estás nervioso exactamente igual que lo hacía ella. Tienes sus mismos ojos verdes rasgados. Y, por si tuviera dudas, reconocí la pulsera.

Mina los mira a ambos, asombrada.

—¿Quién es Xenia? ¿De qué hablas, tía Nanda?

—Veo que tu mujer no sabe de qué hablamos —dice Fernanda a Mijáil y, antes de que él diga nada, se dirige a Mina—: Cuando Mariana y yo éramos niñas, nuestra madre nos envió internas a Francia, a un colegio de monjas cerca de París. Ella venía a visitarnos muchas veces y nos llevaba a tomar el té a casa de una buena amiga suya, que era a su vez la madre de una de mis mejores amigas del colegio. La amiga de mi madre se llamaba Olga. En concreto, Su Alteza Imperial la gran duquesa Olga Alexandrovna[1] , nieta del penúltimo zar de Rusia. Olga tenía una única hija. ¿Quién es Xenia, preguntas? Su hija, mi mejor amiga de la infancia, la primera que tuve en Francia y a la que más he querido y echo de

menos. Xenia, que tenía el pelo negro como las alas de un grajo y unos ojos verde hierba vívidos y rasgados. Como los de tu marido. Tenía también una pulsera que le regaló su madre, una de las pocas joyas imperiales, salvadas en la huida de la Revolución bolchevique, que Olga no se vio forzada a vender. Una joya extraordinaria, de la mejor época de Fabergé. La misma, Mina, que tú llevabas en tu muñeca el día del baile.

Mina mira a Mijáil sorprendida.

—Es cierto, Mina —reconoce él—. Xenia era mi abuela.

—¿La abuela que te enseñó a jugar al *bridge*?

—La misma.

—Pero ¿entonces...?

—Muchas cosas de las que me enseñó Pantaleón yo ya las sabía —dice él, encogiéndose de hombros—, pero no podía revelarlo. Otras las aprendí de verdad. Dinero nunca hemos tenido. Yo de las cosas lujosas y de lo que se compra y se hace con el dinero nunca he sabido nada. De lo otro sí. Mi abuela me enseñó mucho —sonríe —, y mi madre, el resto. Pero mi abuela murió cuando yo tenía dieciséis años. Tres años antes habíamos vuelto a Rusia, el Muro había caído, el país había superado lo peor de los años noventa y la lamentable presidencia de Yeltsin llegaba a su fin. ¡Teníamos tanta esperanza! Mi padre regresó a su añorada patria, lleno de ilusiones. Volvimos y, entonces, poco tiempo después de llegar, apareció Voronin. Al principio no supimos cuál era su verdadera naturaleza... Hablaba de la Rusia de antes, la de los zares, con nostalgia... Mi madre, bisnieta de un zar, quedó embaucada. Ya no tenía que esconderse. Mi padre, con una brillante carrera como economista, también pudo usar su verdadero apellido, acudir a la iglesia sin miedo... pero pronto las cosas se torcieron. Mi padre, como te he contado, no podía permanecer impasible ante la corrupción, la

crueldad, la traición y el expolio de cuanto quedaba de su adorada patria... y el resto ya lo sabes.

Fernanda escucha sorprendida la última parte.

—Pero yo no... ¿qué es eso de tu padre?

—Mi padre es Iván Galitsin —explica Mijáil—, el opositor al recién derrocado Voronin. Ha pasado los últimos cuatro años de su vida en una prisión de alta seguridad en Siberia.

—¿Por eso tenías a Fidel ejerciendo de espía? Sí, me lo ha contado. ¿Por eso te fuiste y...?

—Sí —confirma Mijáil—. Me fui porque la FSB estaba sobre mis pasos. Me buscaban para arrestarme y presionar a mi padre. Llevo años huyendo de ellos. Me fui por eso y he vuelto en cuanto he podido, nada más saber del golpe en Rusia y de la liberación de mi padre, que ahora está a salvo.

Fernanda se sorprende.

—Nada me dijeron de eso. Sabía que Xenia tenía una hija, y que esa hija se casó con un brillante economista, exiliado ruso como ella. Pero mis informadores no me dieron más datos sobre tu padre. Sabía, por supuesto, que no te apellidabas Kuznetsov, uno de los apellidos más comunes en Rusia. Pero no presté atención a eso... ¡Es sorprendente! Y la pulsera, ¿por qué la tenías contigo si estabas huyendo?

—La pulsera es lo único de valor que tengo. Tanto sentimental, porque era de mi abuela, a quien yo adoraba, como económico. Es fácilmente transportable y vale mucho. Me la llevé por si alguna vez me veía en la situación de necesitar dinero urgente. Era mi seguro de vida. Me hubiera costado mucho deshacerme de ella, pero saber que tenía algo que podía convertirse en dinero contante y sonante en cualquier país donde estuviera me hacía llevarla conmigo.

Fernanda asiente.

—Entiendo tu huida y tu vuelta, Mijáil, pero tengo una pregunta: ¿qué motiva que vengáis ahora a verme y contarme que vuestro matrimonio era un engaño?

—Nunca me he sentido cómoda mintiendo —reconoce Mina—; tampoco Mijáil —dice apretándole la mano y dirigiéndole una sonrisa —. Y perdona la presunción, tía Nanda, pero hemos querido hacerlo antes de que anuncies tu decisión, porque me pareció que íbamos ganando, si se puede llamar así, justo antes de que Mijáil se fuera, y con toda honestidad... no somos capaces de aceptar ganar algo que hemos conseguido con mentiras y engaños.

Nanda comienza a decir algo, pero Mina la interrumpe.

—No, tía Nanda, déjame terminar, por favor —ruega—. Me metí en todo esto con la esperanza de obtener una buena cantidad de dinero para ayudar al orfanato en el que estuve trabajando el año pasado. Los niños que hay allí... uno en particular... En fin, sé que no es excusa, pero el dolor que siento por no poder hacer nada por ellos es inmenso... la frustración... la esperanza de poder arreglar parte de sus vidas... Ahora comprendo que hice mal, que debí hablar contigo. Pero no te conocía, no me atreví a pedirte dinero siendo una extraña... Nada de esto justifica lo hecho, pero quería contártelo, explicarte el porqué, pedirte perdón y esclarecer un poco el motivo de semejante farsa.

—Mina, no ibais a ganar vosotros —dice Fernanda.

—¿No?

—No. No por dos motivos. El primero porque sabía que lo vuestro era un engaño. Me divertía, no lo oculto, ver hasta dónde erais capaces de llegar. Y, francamente, ¡lo habéis hecho de fábula! Ha sido una representación extraordinaria. A Mariana, que no sabe nada de lo que yo sé, la habéis convencido del todo. Ha sido también maravilloso —continúa Fernanda— observar cómo os enamorabais

delante de mis ojos. Me ha devuelto a mi juventud, a los días en los que yo también me enamoré entre estas mismas paredes, en este mismo jardín. Cuando éramos jóvenes y el futuro estaba lleno de esperanza... Tu mirada, Mina, tu sonrisa, nada tienen que ver con las que traías. Me alegro por ti, querida, lo has pasado muy mal y mereces ser feliz. También me alegro por ti, Mijáil, aunque solo sea porque eres el nieto de una amiga a quien tanto quise. Tus ojos, tus gestos me han llevado de vuelta también a un tiempo de inocencia y felicidad... Ninguno de los dos estáis hechos para estar atados a esta Torre, ni para vivir como se vive cuando se es muy rico. Rodeado de asesores financieros, de personal de seguridad, de normas sociales absurdas y de gente que te adula, alaba y ríe falsamente tus gracias con el único fin de obtener algo de ti. Yo jamás os haría la inmensa faena de dejaros este legado envenenado. No ibais a ganar, no. Y no lo ibais a hacer precisamente porque sois mis favoritos.

Mina y Mijáil escuchan atónitos en silencio.

—La Torre y el dinero son para Fran y Gonzalo —revela Nanda.

Mina se alegra de verdad por ellos.

—Pero tampoco os voy a dejar en la estacada —prosigue Fernanda mirándolos con afecto.

—Niña —dice Fernanda inclinándose hacia delante y tomando las manos de Mina entre las suyas—, tengo contigo una deuda de honor.

—Tía Nanda...

—No me interrumpas. Nunca me lo has echado en cara y nunca sabrás cuánto te lo he agradecido. Pero lo cierto es que vi, impasible, cómo vendías cuanto tenías para intentar salvar a tu padre. Te deshiciste, sin pestañear, de todo lo que te quedaba para pagar un tratamiento que yo hubiera podido costear sin

despeinarme. Y no hice nada —la voz de Fernanda se rompe, y Mina ve como a sus ojos asoma una lágrima.

—Tía Nanda, no llores —ruega Mina acercándose a abrazarla. La anciana la detiene.

—Déjame seguir. De nada sirve alegar que en ese momento yo era muy desgraciada y que la desdicha nos hace a veces ciegos a las necesidades de los demás. El caso es que te fallé. Y sobre todo fallé a Vicente e Isabel, a quienes —debes creerme— yo quería mucho. No tengo perdón de Dios, y créeme que he llorado mucho por eso. Parte por la muerte de tus padres, parte por el ser deleznable en el que no hacer nada me convertía. Pero tú, niña mía, nunca me has reprochado nada. Eso te honra a ti tanto como me avergüenza a mí. Así que permíteme hacer esto por ti: tu orfanato está a salvo. Los papeles que ves en mi escritorio son los documentos de una fundación que lleva el nombre de tu padre. El control es enteramente tuyo y su dotación son treinta millones de euros. Haz con ellos lo que mejor te parezca. Una vez te robé tus sueños, Mina —dice Fernanda, llorando—; déjame ahora que te los devuelva.

UN GRAN AMOR

Fernanda está exhausta, pero le queda algo por hacer. Toca el timbre y aparece Fidel. Le pide que llame a su hermana. Al poco tiempo llega Mariana.

—¿Me llamabas?

—Sí, Mariana, siéntate, por favor. He estado buscando el momento de hablar contigo.

—¿Ha pasado algo? —se asusta la viejecita—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Me siento liberada, si te soy sincera, y esta misma tarde anunciaré mi decisión de a quién dejo esta casa y los millones que la acompañan. ¡No veo el momento de hacerlo por fin!

—Ya tienes decidido a quién.

—Sí.

—Y, Nanda, ¿no te da pena...? ¿Y tú dónde...?

—¿Que si no me da pena regalar la Torre? No, he hecho todo lo que he podido por ella, hasta asegurarle un buen futuro, más allá de mi muerte, en unas muy buenas manos. Más no se puede pedir, ¿no crees? He cumplido. Esta casa solo ha sido para mí el motivo de mi infelicidad. Yo nunca podría quedarme a vivir aquí. No, tengo una propiedad en Punta Cana, que es mía y solo mía. No comprada por Thomas, quiero decir, sino por mí. La adquirí hace unos meses y calculo que ya estará casi lista para mi próxima llegada. Ya no estoy acostumbrada a estas temperaturas, ¿sabes? Se me ha hecho el cuerpo al clima de Florida y aquí cuando nado paso frío, soy muy vieja para eso. Creo que el Caribe será mucho más adecuado para

mí. Y en Punta Cana hablan español, y sus costumbres son más parecidas a las de mi futuro marido —sonríe Nanda—, lo cual le hará la vida mucho más fácil.

—¿Tu futuro marido? Pero ¿te casas, Nanda? Pero ¡qué sorpresa es esta!

—Ninguna sorpresa, Mariana, nos conocemos y queremos desde hace muchíííísimos años, y superada esta farsa de la Torre, y con todos mis asuntos en regla, he pensado que por fin me toca a mí, a mí, a mis ochenta y cuatro años, intentar ser feliz por fin con el amor de mi vida.

Mariana traga saliva y se levanta.

—Enhorabuena, Nandita, querida, ¿puedo abrazarte? Me alegro inmensamente de tu felicidad.

—Y yo de la tuya, Manou.

—¿De la mía? ¿Qué quieres decir?

—Al lado de mi casa en Punta Cana hay otra, prácticamente idéntica, preparada para mi hermana y su futuro marido. Sí, no me mires así, he dicho bien: su futuro marido. Aquel de quien se enamoró en secreto hace unos años, con quien —antes de que yo llegara— paseaba por la playa por las mañanas, almorzaba en el tenis al mediodía e iba al cine todas las tardes. Aquel que le tomaba la mano, a quien contaba sus penas, con quien compartía sus risas. Ese que la quiere con toda el alma. Ese a quien ella, queriéndole hasta la locura, decidió renunciar por cedérselo a su ingrata hermana; ese que te espera en la pérgola del jardín.

Mariana se levanta de un salto y mira por la ventana. Allí, bajo la pérgola del jardín, está Íñigo Vergara.

—Pero ¿entonces, tú...? —se sorprende—. ¿Cómo has sabido...?

—Él me lo dijo. Manou, Manou... ¿Cómo pudiste renunciar a todo lo que quieres por mí? ¿A tu único amor por mí, que no valgo ni la

mitad del cariño que me has dado todos estos años? Bobita, ¡si yo nunca he querido a Íñigo más allá de mis dieciocho años! Cuando me contó lo que habías hecho, tu miedo a herirme, y que le habías dejado por mí, porque pensabas... ¡Ay, mi Manou, tontita mía! —Ambas hermanas se abrazan—. Nunca te he merecido. Eres tonta de puro buena. Y no es la primera vez que te ofreces como víctima propiciatoria por mí, ¿no es así? Íñigo me contó también eso. Cómo te ofreciste a papá, la horrible respuesta del repugnante Thomas. A mí siempre me has parecido la más guapa del mundo, Manou; tu bondad es la auténtica belleza. La belleza es algo estático, fijo, pero tú eres belleza en acción, la belleza en acción es tu bondad. Tus ojos, ¡esa mirada que piensa bien de todo el mundo! Tú nos ves mejores de lo que somos y esa mirada nos transforma para que lo seamos. Yo solo he sido mejor porque me miras tú. No he hecho ni un mísero sacrificio por nadie en mi perra vida, pero cuando me veo en tus ojos, Manou, incluso si quisiera a Íñigo, creo que sería capaz de renunciar a él por ti. Por ti. Tú me haces así, Manou, siempre lo hiciste. Eres tú el mejor y gran amor de mi vida, hermana mía, y te pido perdón por no haberlo visto antes. Corre con tu Íñigo, anda; bueno, no corras, que te tropiezas, y sé todo lo feliz que puedas, será mucho menos de lo que te mereces.

Mariana llora en silencio, pero está tan atónita que solo acierta a decir:

—Pero entonces, ¿tu marido?

—Mi marido... Mi futuro marido es Fidel, ¡querida hermana!

—¿¡Fidel, el mayordomo!?

—Fidel, el mayordomo —confirma riendo Nanda—. ¿Qué te parece eso? Llevamos años queriéndonos, él cuidando de mí en la sombra. Me escribe cartas, ¿sabes? Y son maravillosas. Por respeto a Thomas, yo nunca... Solo hablamos, a veces por teléfono, para que

nadie nos vea. Me deja flores en la almohada. Me protege de todo lo feo. Nos queremos. Desde hace mucho mucho tiempo. ¿Comprendes ahora por qué no puedo vivir en Todaria? El escándalo, el cotilleo... Todo eso me lo ahorro en Punta Cana. Bueno, y luego que mamá, si se entera de que me caso con el servicio, ¡se levanta de la tumba y se nos aparece!

Ríen ambas y se abrazan.

—Vete, Manou, vete —dice Nanda, empujando suavemente a su hermana—; vete a la pérgola.

TRES MESES MÁS TARDE

Pantaleón recibe a su corte sentado en el salón de su casa. Mijáil en una butaca, Jaime en otra y Mina en el sofá, a su lado, le ponen al día de los últimos acontecimientos, mientras Abelardo sirve el té. Mina y Mijáil, tras regresar de Moscú, acaban de llegar de pasar unos días en la Torre y se van al día siguiente de vuelta a África. Han venido a despedirse de Jaime y Pantaleón.

—Podrías ir a visitarlos —dice Mina a Pantaleón—. Ahora, en septiembre, Max y Leo empiezan el colegio internos, en Ampleforth, y Gonzalo y Fran se quedan solos en la Torre.

—Solos del todo no —corrige Mijáil—; ahora mismo en la Torre hay tantos curas que parece un seminario. Pero Gonzalo no se queja, también hay corzos. Eso sí, ni curas ni corzos se atreven a pasear por el bosque de atrás por miedo a que cualquiera de los dos los abata a tiros. A los corzos, con intención; a los curas, por confundirlos con los primeros.

Fran y Gonzalo llevan dos meses a cargo de la Torre. Los que hace que partieron las tías. Mijáil ha estado en Moscú pasando unas semanas con su padre, la última de ellas en compañía de Mina. En solo una semana, su suegro conquistó a Mina y Mina conquistó a Iván. Era una mejora indiscutible respecto a Natasha, proclamó seco. Mijáil le explicó que fue Natasha, la que iba a ser su esposa, quien dio el soplo a Voronin sobre el paradero de Iván. Ciertamente, el listón no está muy alto, pensó Mina.

Al regresar de Moscú, ambos han pasado unos días en la Torre con sus nuevos dueños. Mijáil y Mina no querían partir a Odo-Eguare sin despedirse antes de Fran, Gonzalo y los niños. Y Fran, a su vez, había insistido en que, antes de partir a África, fueran a pasar unos días a la Torre, al lugar donde se enamoraron y donde ella, Fran, aprendió a quererlos. Fran es así. Tras haberlos engañado a todos haciéndose pasar por quienes no eran intentando ganar la Torre con mentiras, Fran no solo olvida todo eso en un instante, sino que suelta un «yo hubiera hecho lo mismo» al ver la foto de Bayo. Y añade que lo único que ella elige recordar de aquellos días es que ella quiere a Mina y Mina la quiere a ella. ¡Qué bien escogió tía Fernanda! Fran es, sin lugar a dudas, la mejor de todos ellos.

Los niños lo están pasando en grande en Todaria. Se han apuntado a la escuela de surf y han encontrado en el profesor, un exmilitar sudafricano, la horma de su zapato. Se han hecho amigos del nieto de Íñigo Vergara, a quien van camino de convertir en un vándalo de su calaña. Leo quiere escaparse a África, que imagina llena de búfalos y antílopes que abatir, para hacer carrera como cazador blanco. Se esconde en el coche de Mina y Mijáil para irse con ellos. Cuando Max le explica que el plan es otro y le da detalles, se baja del coche como un sputnik.

Fran está como pez en el agua como *châtelaine* de Torre Vicuña. Ella no solo desciende de varias generaciones de *cuidacastillos,* sino que además ha nacido y sido educada expresamente para sacar adelante el *schloss* que le tocara en suerte. En Austria, era una anomalía que no lo tuviera. Por eso, además, cuenta con una red de familiares —madre, hermanas, primas— y amigas con las que comparte ocupación y a las que acudir con las dudas que le surgen a uno diariamente en esto de llevar un castillo.

—En su grupo de WhatsApp, Castillos Derelictos —le cuenta Mijáil a Pantaleón—, lo saben todo. Desde la temperatura de lavado de cada tela, el grado de aislamiento térmico de las ventanas y la mezcla perfecta para limpiar el latón (te adelanto que existen variaciones dependiendo del siglo y lugar de procedencia), hasta cómo volver a poner en marcha un tanque de la Segunda Guerra Mundial.

—¿Tienen un tanque de la Segunda Guerra Mundial? —se interesa Jaime.

—Ellos no, pero Heinrich, el primo de Fran, sí. Vive en un pueblo a las afueras de Baden Baden y baja a comprar el pan en tanque. Curiosamente es un tanque ruso. Ahora se han acostumbrado, pero creo que las dos primeras veces que fue a por *baguettes* por poco diezma a medio pueblo del susto.

—Lo de ir en tanque a por el pan te lo has inventado —dice Jaime.

—Un poco sí —reconoce Mijáil.

—¿El nombre del grupo de WhatsApp también?

—¿Castillos Derelictos? También.

Pantaleón, que sueña con ir a por el periódico en tanque, parándose puntualmente en los semáforos para saludar, y considera que ser parte de un grupo de WhatsApp formado exclusivamente por dueños de castillos es el *non plus ultra*, se siente decepcionado.

Jaime empieza a poner en duda toda la crónica de Mijáil.

—¿Y el discurso de Fran al alcalde? —pregunta.

—¿Lo de que le dijo que ellos no gastaban nada porque eran muy frutales y querían dedicar parte del dinero recibido a causas filatélicas? No, eso es rigurosamente cierto. Fran en estado puro.

—No entiendo por qué te tienes que volver a ir —le dice Pantaleón a Mina con una mueca muy cercana a un puchero.

—Sí lo entiendes. Sabes que allí soy feliz. Que me necesitan.

—Yo también te necesito —replica él, enfurruñado.

—Y te llamaré, te escribiré y vendré a verte.

—¿Cuándo?

—Al menos dos veces al año.

—¿Y si te necesito más?

Mina ríe.

—¿Por qué me vas a necesitar más? Podemos hablar siempre que quieras y si pasa algo, me planto aquí...

—Ya lo sé, en tus famosas cuatro horas.

—Alguna que otra más esta vez. Pero sí.

—Pero es que yo no quiero que estés aquí en cuatro horas cuando te llame, yo quiero que estés aquí para charlar por teléfono de cama a cama los domingos por la mañana, para irnos juntos a las exposiciones y a los anticuarios, para que vengas conmigo a los cócteles y pueda cotillearte al oído y luego cuentes a todo el mundo lo ingenioso que he estado. Para comprarte ropa y ver cómo te queda puesta, para criticarte cuando llevas el bolso de Chanel que te compré cruzado, para pelearme contigo. Para que me contestes impertinencias y yo te corrija... para todo eso. Y no contenta con irte, encima te llevas a Mijáil, porque eres una egoísta. ¿Has visto lo guapo que es y lo bien que le hemos vestido? Y encima un Romanov. Con un héroe como padre. Lo bien que hubiera quedado yo llegando a todos los cócteles con vosotros. Mi ahijada, Mina, y su marido, el príncipe Galitsin...

—De marido de verdad, nada. Jaime dice que nunca lo inscribieron en el registro porque faltaba un papel. Y príncipe aún tampoco, gracias a Dios, que Iván está vivito y coleando —corrige Mina.

—Pero ¿Rusia no es como en Francia, donde, si el padre es conde, luego es conde hasta el perro? Allí parece que se contagian los

títulos como un mal sarampión.

—En Rusia, en realidad, no es conde nadie. Como bien sabes, es una república.

—¡Bah! En ningún sitio se toman tan en serio los títulos como en aquellos lugares en los que son inconstitucionales, princesa Galitsina. Todo eso dejas atrás. Y si las elecciones le van bien a Iván, hasta la posibilidad de vivir en el Kremlin. ¡En el Kremlin, niña tonta! ¡Y tú te lo pierdes por ir a limpiar las narices de unos mocosos! Al menos prométeme que cuando vuelvas me llevaréis a Moscú.

—Te llevaremos —sonríe Mijáil, tomando la mano de Mina entre las suyas.

—A vivir en el mismísimo palacio del Kremlin —exige Pantaleón.

—Al mismísimo —confirma Mijáil—, incluso a deambular por las almenas disfrazado de boyardo a lo Rudolf Nureyev.

—¿Y a pasear en el trineo de Catalina la Grande? —pregunta, ilusionado, Pantaleón.

—Eso va a costar más. Hay que sacarlo del museo de la armería del Kremlin, entrenar unos perros, esperar a que nieve, cortar el tráfico en Moscú... —Mijáil le guiña un ojo—, pero quizás podamos lograr que te pruebes sus *kokoshniks*[1] ...

—Bah, esas diademas no me sientan bien. Son para caras más triangulares, como la de Nanda. Hablando de Nanda, ¿qué sabéis de ellas? ¿No fue extraño que no os invitaran a ninguno a las bodas caribeñas?

—No me lo parece —responde Mina—. Yo creo que estaban de nosotros hasta el moño y querían intimidad. Además, Raimundo estaba ya en su centro de desintoxicación; Carolina, en pleno escándalo tras largarse con el marido de su amiga; Mijáil, en Moscú... La mitad no hubieran podido ir. Pero escribieron muy cariñosas y mandaron fotos. Y yo he hablado varias veces con tía

Mariana. Llámala, ella e Íñigo vuelven en febrero. Han decidido pasar la mitad del año allí y la otra mitad en España. Íñigo tiene aquí a su hija y a su nieto y quiere pasar también tiempo con ellos. Y Mariana podrá ayudar a Fran con la Torre, ahora serán vecinas, porque vivirá en casa de Íñigo.

»Tía Nanda se queda en el Caribe. Es gracioso porque tía Mariana me cuenta que, a pesar de haberse casado, Fidel insiste en seguir haciendo de mayordomo. Habla a tía Nanda como si fuera la señora, le sigue dejando notitas de amor escondidas y flores allá por donde pasa. Obviamente, duermen en el mismo cuarto, pero durante el día se pone el uniforme y los guantes blancos y se empeña en abrir las puertas a los invitados y mandar en la cocina.

—¿Y Nanda qué hace? —pregunta Pantaleón atónito.

—¡Se parte de risa!

—Pero cuando salen a cenar, ¿también va ataviado de mayordomo?

—No, ahí creo que se viste de paisano, pero según tía Mariana es peor, porque le sale la vena cubana, se viene arriba y creo que la camisa más discreta que posee tiene monos, cocos, palmerales y siete colores; al menos tres de ellos, flúor.

—¿Y qué hace Nanda?

—¡Se parte de risa! Y baila bachata con él, los dos pegaditos, se suelta el moño, se quita los zapatos y tía Mariana cree que se va a atragantar de tanto reírse. —Mina se ríe también al contar esto y Mijáil la mira extasiado. Cuando ríe así, plenamente feliz, el mundo se ilumina.

Pantaleón también la mira feliz.

—Oye, ¿por qué no le dices a Sonsoles que venga a pasar unos días contigo? —propone Mina a Pantaleón.

—¿Sonsoles? ¿Sonsolitas? ¿La hija de Raimundo?

—Sí, ahora está en la Torre con su hermana, pero en septiembre ha de volver, porque al empezar las clases se instalará en casa de su abuela Celia. Raimundo sigue en el centro de desintoxicación y su madre no quiere saber de ellas. Es una monada de niña. Carolina la martiriza, y yo sé que a ti te cae bien, que te he visto hablar con ella...

—¿No anoté yo en el *Libro de los agravios*...?

—Sí —confirma Mina—, sí lo anotaste.

Pantaleón se queda pensativo.

Cuando Mijáil y Mina se levantan para irse, Jaime se abraza fuertemente a ambos, como si no quisiera dejarlos partir. Pantaleón da la mano a Mijáil y le susurra un «cuídala» al oído. A Mina la toma de ambas manos, la mira fijamente y, antes de que ella lo vea emocionarse, se inclina para besarla en la frente. «Sé muy feliz», le susurra con la voz entrecortada.

Maldita sea, él que nunca se emociona. Maldita niña que se empeña en irse. Bueno, no pasa nada. No está mal lo de Sonsolitas. Mañana escribirá a su abuela. Sí, que venga. A ver qué podemos hacer con ella. Lo primero, ponerla a régimen. Pero sin que se entere. Tiene un pelo maravilloso y un cutis extraordinario. Cree que le favorecerá el rojo. ¿Conocerá a Slim Aarons? ¿Distinguirá un Verdura de un Seaman Schepps[2] ? ¿Le gustarán los muebles franceses del XVIII y las novelas inglesas del XIX? ¿O habrá que volver a empezar de cero?

—¡Jenkins! —reclama.

—Sí, señor —responde Abelardo.

—Prepara el cuarto verde. Creo que pronto tendremos una invitada...

EPÍLOGO

Mijáil y Mina llegan a África. Han volado cogidos de la mano todo el trayecto. En el pequeño aeropuerto, el bullicio, la luz y el ruido sorprenden a Mijáil. Es un desorden militarizado, porque cada cincuenta metros hay un soldado vestido de estricto camuflaje, Kaláshnikov en ristre, haciendo exactamente nada. En medio del alboroto y el griterío del aeropuerto, un hombre blanco vestido de negro, alto y algo desgarbado, con un gorro de tela y un alzacuellos ha venido a recibirlos. Estrecha la mano de Mijáil con fuerza.

Mijáil ve pasar por la ventanilla del *jeep* el verde incontrolable de la selva, el polvo del camino de tierra, las mujeres, vestidas de telas de colores imposibles, cargando niños, cestos, agua y sentadas en cuclillas sobre sus talones al borde del camino, esperando un autobús que no llega, apoyadas sobre esos fémures inverosímilmente largos envueltos en chillonas telas de algodón. Esas motocicletas haciendo eses, con más carga que un camión articulado. Los pollos y las gallinas que cruzan la carretera a la carrera, el claxon, las cabras, las riberas de los ríos desbordados. Los bidones de plástico, los colores del cielo y, al atravesar una verja y bajar del *jeep*, una bala pequeña y negra que corre con fuerza hacia los brazos de Mina. Cuando se abrazan, con tanta fuerza, con tanta furia, Mijáil comprende que se trata de Bayo. Y cuando ve la cara de ambos, el alborozo del niño, las lágrimas de Mina, sabe que está en casa. Porque casa es donde ella es así de feliz.

FIN

NOTA DE LA AUTORA Y AGRADECIMIENTOS

Este libro es, evidentemente, una inmensa fábula.

Contra el mejor criterio de mis editoras me he empeñado en mantener un escenario de ficción, Todaria, mezclado con otros reales (Nigeria, Madrid, Rusia, Madrigal de la Vera). Insistí en que Todaria fuera ficticia para poder describirla como quisiera. Y para que no fuera San Sebastián, que era la ciudad del Cantábrico que mejor encajaba en la narrativa. No podía serlo porque quería dejar claro que Torre Vicuña NO es Torre Satrústegui aunque esté —lejanamente— inspirada en ella, y temí que si la escena se desarrollaba en San Sebastián la excesiva conexión distrajera de la historia e incitara a los lectores a buscar paralelismos.

Torre Vicuña, con su foso, su piscina, los escalones a la playa y la fila de Marco Aurelios, nada tiene que ver con esa otra en la que —muy de refilón— se inspiró. Los Álvarez de Vicuña nada tienen que ver con mi familia y Mina claramente no soy yo. Ni en historia, ni en aspecto, ni en lo que dice, ni en lo que piensa. Mina tan solo comparte conmigo una estancia en el tercer mundo (americano el mío, africano el suyo) que hace que las historias de Indira, Bayo y Kunle sean, desgraciadamente, ciertas, aunque sus nombres no sean los reales y haya cambiado algunos detalles.

En el libro se mencionan personajes reales mezclados con los ficticios. Nada de lo que se dice de ellos, de sus acciones o de lo que pongo en sus bocas es otra cosa más que el fruto de mi imaginación.

Los abogados, como yo, sabrán ya que no es posible casar a alguien por poderes sin un poder expreso y especial. El poder general que tenía Jaime no vale para eso y el proceso del matrimonio ante notario exige un expediente que en el libro no he cumplido. Es una de mis múltiples licencias literarias. También lo es la profesión de Mina. Mis editoras me explican que un éxito moderado como escritora no te da para vivir y que uno más grande implicaría que a Mina, en África, la irían a buscar los de las editoriales hasta en patinete. Otra licencia.

Los que hayáis leído a Carmen de Icaza habréis reconocido en la declaración de Mijáil casi al final del libro («... soy Mijáil Ivanovich Galitsin, [...] conde de Crakov, y, cuando muera mi padre [...] príncipe Galitsin») un sentidísimo homenaje a *Cristina Guzmán, profesora de idiomas*, libro que me prestó mi madre en mi adolescencia y que tantos buenos ratos me procuró. La frase, inigualable, se quedó conmigo.

La inspiración para la trama de este libro bebe también de otro: el divertidísimo *Un marido enel colegio*, de Giovanni Guareschi. El sentido del humor de Guareschi no tiene igual.

Ninguno de los personajes ficticios de este libro está basado en nadie real, salvo Mariana. Mariana comparte muchos rasgos de carácter con mi madrina, a quien mucho quise. Ella no podrá leer este libro, como tampoco podrá hacerlo mi padrino, grandísimo lector, a quien debo la pasión por la lectura y su inquebrantable fe en que yo llevaba una escritora dentro (¡no dijo que fuera buena!). A él es a quien este libro le hubiera hecho más ilusión y me apena que nunca llegue a verlo. Ambos, madrina y padrino, murieron con dos meses de diferencia a finales de 2024. Lo que Mina cuenta sobre sus padres en la terraza de Pantaleón lo escribí en un cuaderno cuando

ellos murieron. El sentimiento es el mismo: el dolor de haberlos perdido y la pena de no haberlos querido aún más.

Una vez leí que, cuando dieron el Premio Nobel a Gabriel García Márquez, entrevistaron a su madre acerca de *Cien años de soledad* y ella dijo: «Yo solo sé que esas historias no se las inventó el Gabo, ¡se las contaron!». Pidiendo disculpas por atreverme a hablar de mí misma en el mismo párrafo en el que menciono a García Márquez, yo también soy una urraca de historias ajenas. Las recolecto y las guardo en un nido del que luego salen. Por eso es justo reconocer que quien leyó solo *Paz* en *Guerra y paz* es Ana Rosa; que la frase «camino en la sombra de mi padre...» es de Beatriz Mediavilla; que el relato de Los Larva pertenece a Oliva Andrada-Vanderwilde; y que la frase —que fue irónica y no en serio— sobre lo que algunos perdieron en el COVID es de Sandra Sánchez de Movellán. La de Radio Sarcófago es una historia que me contó Beatriz Paredes. Debo la escena del *bridge* —yo no juego— a Fernando Moreno. El *Libro de los agravios* existe y tiene una dueña, aunque en su caso, ¡por prudencia!, me abstengo de decir quién es. La historia que cuenta Fidel sobre la señora que vieron en el mar también es cierta. Se la relató un balsero cubano a María Antonia Liviano, entonces monja de la madre Teresa de Calcuta destinada en la bahía de Guantánamo. Ella me la contó a mí.

Probablemente hay más cosas que se me han olvidado y que he sacado de lo que me contaron otros, porque esto es una colcha hecha de retales de muchas telas.

El retal más importante eres tú, lector. Pido indulgencia para esta mi primera novela. Si te ha gustado, ruego que la recomiendes y la regales para que así, si se venden suficientes ejemplares, me den la oportunidad de escribir una segunda, donde prometo esforzarme en hacerlo mejor para que te guste más.

En la sección agradecimientos, modelo feliz receptor de un Oscar de Hollywood, quiero comenzar dando las gracias a Ana Rosa Semprún. Fue ella quien me dijo que yo «tenía mano» para escribir y que por qué no intentar una novela. Al principio no la creí. Reclamaciones por perpetrar esto, a ella. Mi idea inicial la mascamos juntas, de tumbona a tumbona, en el jardín de su casa de Gandarilla. Esto existe por y gracias a ella, que me empujó, me animó y me llevó de la mano y se prestó al suplicio de leer borrador tras borrador en una especie de juego de la marmota novelesco. Su inteligencia e intuición, pero sobre todo su inmensa generosidad y amistad —en esto y en todo— son un inmenso regalo que agradezco enormemente a la vida ¡y a ella! La amistad de alguien inteligente, bueno, culto, leal y divertido como ella es como que te caiga el gordo de la lotería.

Gracias también a Miryam Galaz, editora de los grandes autores, que se hizo cargo de una pequeña. Entendió la historia desde el principio, vibró con ella y me condujo por el buen camino cuando yo intentaba descarrilar. Los fallos que pueda haber en este libro son achacables a mi recalcitrante desobediencia y no a su certera opinión.

Alguien me dijo que los libros no se terminan, se abandonan. Es cierto. En la recta final me he recordado a mí misma a una empollona compañera de universidad que, cuando la llamabas el día anterior a un examen, decía: «Voy fatal, no he podido terminar el octavo repaso». Ahí iba yo, por el octavo repaso, no sé si mejorando o empeorando lo anterior, cuando Miryam me frenó.

Gracias también a Diana Rodríguez y Sonsoles Rueda por leer el primer manuscrito —antes de las correcciones editoriales y los ocho repasos— y no pedirme que lo tirara al río.

Gracias a quienes lo habéis leído. Si habéis llegado hasta aquí es que os ha gustado mucho y seguís leyendo, o que no os ha gustado nada y llegáis buscando mis disculpas por infligiros semejante tortura. Escribidme a través de Instagram @bea_satrustegui para contarme lo que pensáis o acordaros de mis muertos. Lo que os ha gustado, lo que no. Lo que os gustaría saber.

A los fans de *Pantaleón y las decoradoras* que pedíais su vuelta: espero que su breve regreso, esta vez en forma humana, os haya complacido. Mientras escribían lo hacía pensando en vosotros con mucho cariño.

Por último, si al leer esta novela alguien tiene interés en ver cómo es Torre Satrústegui, que lo haga ahora que aún sigue en pie. La compró una sociedad hace unos años para, supuestamente, convertirla en hotel, y aún nadie ha hecho nada mientras el edificio se deteriora, se llena de grafitis y es vandalizado. Probablemente el terreno valga más si la Torre se deja caer. Así que los miedos de Nanda por el futuro de su ficticia Torre no estaban poco justificados.

Notas

PRÓLOGO

1. **Elsa Schiaparelli** (1890-1973): reputadísima modista italiana, que destacó especialmente en las décadas de 1930 y 1940. Es la abuela de Marisa Berenson. Colaboró estrechamente con artistas como Salvador Dalí y Jean Cocteau, creando piezas icónicas como el vestido langosta y el sombrero zapato. También inventó el color llamado «Shocking Pink», una especie de fucsia intenso (el rosa de Barbie). Hay quien dice que su inspiración para este color vino de un diamante rosa de 17,4 quilates propiedad de la *socialite* Daisy Fellowes, lo que me parece imposible porque los diamantes rosas no son fucsia.

2. ***Déménagement:*** traslado o mudanza.

3. **Stéphane Boudin** (1888-1967) fue un arquitecto de interiores francés y director de la influyente y famosa firma de decoración francesa Maison Jansen. Trabajó para diversas familias reales europeas, así como para la duquesa de Windsor y el sah de Irán, para su fiesta de Persépolis. Sus proyectos incluyen grandes casas europeas y americanas, así como, en la época de Jackie Kennedy, la Casa Blanca. No he logrado confirmar con certeza cuál fue su último trabajo. Algunas fuentes citan como tal el encargo de Olive, lady Baillie, para Leeds Castle.

4. **Blythedunes:** legendaria mansión en Palm Beach construida en 1917 y adquirida en 1947 por Charles y Jayne Wrightsman, que fueron quienes la elevaron a la categoría de mito con la ayuda del decorador francés Stéphane Boudin (hacia 1958). Este la transformó en un palacete al estilo de los siglos XVII y XVIII. Jayne Wrightsman vendió Blythedunes en 1985 y, tras una sucesión de ventas y su demolición, la propiedad llegó a manos de Donald Trump, quien acabó vendiéndola al magnate ruso de los fertilizantes Dmitry Rybolóvlev por la suma récord de noventa y cinco millones de dólares

EL LAGO DE LOS CISNES

1. **Odo-Eguare** es una pequeña aldea rural en la provincia de Ogun, al suroeste de Nigeria, al borde de un río. *Odo*, en yoruba, significa «río».

PANTALEÓN HACE DE PIGMALIÓN

1. **Pigmalión:** en *Las metamorfosis* de Ovidio, este relata el mito de Pigmalión, un escultor que, decepcionado con las mujeres de carne y hueso, esculpe en marfil blanco una figura femenina de belleza inigualable, superior a cualquier mujer real. El escultor se enamora de su propia creación, a la que Afrodita luego da vida. Siglos después, el dramaturgo Bernard Shaw se inspiró en esta historia para poner por título *Pigmalión* a una obra de teatro escrita por él que en el cine se llamaría *My Fair Lady*. Henry Higgins, como el escultor chipriota, se enamora de su propia creación. Con el tiempo «hacer de Pigmalión» se ha convertido en una expresión que ha venido a entenderse como influir positivamente en el rendimiento, comportamiento y educación de una persona para lograr que alcance su máximo potencial. Esto es lo que hace Henry Higgins con Eliza.

INICIO DEL CURSO EN EL INTERNADO PARA MARIDOS

1. **Princesa Paléy o Palei:** Olga Valeriánovna Paléy, nacida Olga Karnóvich, fue la segunda esposa (morganática) del gran duque Pablo Alexandrovich, hijo del zar Alejandro y tío carnal de Nicolás II, el último zar. Olga estaba casada y, tras su divorcio, Pablo Aleksándrovich le pidió permiso al zar Nicolás II para contraer matrimonio con ella, pero el zar se lo negó. Frente a la oposición del emperador, los dos se vieron obligados a abandonar Rusia, se casaron en Livorno (Italia) y se instalaron en París. El gran duque fue asesinado en 1919 en San Petersburgo. La princesa Paléy y sus dos hijas se exiliaron en Francia. Natalia Pavlovna, su hija menor, fue una de las estrellas de la alta sociedad de la época. Se casó con el modisto Lucien Lelong. Tuvo *affaires* con Serge Lifar, Jean Cocteau y Antoine de Saint-Exupéry. En Italia llegó a participar en una película de Luchino Visconti. Admirada por su belleza y buen gusto, Natalia (también llamada Natasha) posó para Cecil Beaton, Horst P. Horst y André Durst y apareció en la revista

Vogue. A mediados de los años treinta se mudó a Hollywood, donde conoció a su segundo marido.

2. **Vajilla de la Orden de San Vladimir:** una de las vajillas encargadas por Catalina la Grande, emperatriz de Rusia, a la fábrica moscovita de porcelana Gardner, entre 1783 y 1785. Es una de las vajillas más prestigiosas de la porcelana imperial rusa. Estaba destinada a las cenas de los caballeros de la Orden de San Vladimir, que fue fundada en 1782 para conmemorar el vigésimo aniversario del ascenso de Catalina al trono y en honor a san Vladimiro, que introdujo el cristianismo en la Rus de Kiev. Existen vajillas similares encomendadas a Gardner para las órdenes de San Andrés, San Jorge y San Alejandro Nevsky.

LOS ESPÁRRAGOS SE COMEN CON LAS MANOS

1. **Savile Row y Jermyn Street:** calles de Londres famosas por albergar a los mejores sastres a medida. Los fundadores históricos de Savile Row son A Henry Poole & Co (en el número 15), a quienes se les atribuye la invención del esmoquin (*dinner jacket*). Por su parte, los zapateros y camiseros están en Jermyn Street, donde confeccionan piezas a medida y venden artículos tradicionales de aseo personal.

ÚLTIMA NOCHE EN LA TERRAZA DE PANTALEÓN

1. **Porthault:** D. Porthault es una prestigiosa e histórica casa de costura francesa especializada en la confección de ropa de hogar de ultralujo, reconocida mundialmente por revolucionar la lencería de cama con sus icónicos estampados florales y bordes festoneados a mano. Fundada en París en 1920 por Daniel Porthault, la marca transformó la tradición del ajuar doméstico (que hasta entonces consistía estrictamente en sábanas de lino blanco) al introducir por primera vez algodones con coloridos diseños impresos, inspirados en el impresionismo y los jardines franceses. Sus estampados icónicos con motivos de corazones o tréboles son inmediatamente reconocibles.

ALEA JACTA EST

1. **Deméter:** diosa de la agricultura y de las estaciones. En la mitología griega, el regreso de Perséfone desde el Hades representa el inicio de la primavera y el verano, trayendo alegría a su madre, Deméter, y fertilidad a la tierra. El ciclo de ida y vuelta de Perséfone explica el cambio estacional: su regreso trae la vida (primavera/verano) y su descenso al Hades provoca la tristeza de Deméter, originando el otoño y el invierno.

LA ESPAÑOLA CUANDO BESA

1. **Verdura:** Fulco di Verdura (1898-1978) fue un joyero y aristócrata siciliano que revolucionó la joyería del siglo xx. Trabajó con Coco Chanel en los años veinte y es el autor de los famosos brazaletes «Cruz de Malta» que llevaba la creadora (dos puños anchos esmaltados en blanco o negro con una cruz de piedras multicolores en el centro). En los años treinta se trasladó a Nueva York, donde triunfó gracias, entre otras cosas, al apoyo de Diana Vreeland (la legendaria editora de *Vogue*). Fue el joyero favorito de las *socialites* de la época. Esculpía conchas, granadas llenas de rubíes, nudos marineros de oro y plumas de ángel. El broche de Nanda es un famoso diseño suyo con una concha naranja, similar a una vieira, cuajada de piedras preciosas. Es famoso también su reloj piña: una pulsera de eslabones con una piña colgando a modo de dije, la piña se abre para revelar la esfera de un reloj.
2. ***How do you do?*** En inglés tradicional un «*How do you do?*» se contesta con idéntica pregunta, no se responde indicando cómo está uno. Es una pregunta doble que nunca tiene respuesta. Fernanda estaba poniendo a prueba a Mijáil.

ALMUERZO EN EL INVERNADERO

1. ***Shahtoosh*** («shatush») es una palabra persa que significa «placer de los reyes». Se llama así al también denominado «chal del anillo», tejido utilizando las hebras de los pelos de las barbas del antílope tibetano o chirú que vive en el Himalaya a más de 5.000 metros de altitud. Se lo llama el chal del anillo porque, a pesar de que abriga mucho, es tan delgado y tan liviano que un chal entero puede pasar sin dificultad por el interior de un anillo del tamaño de una alianza de boda. Existían muy pocos de estos chales por la

escasez de materia prima y porque eran necesarios artesanos muy hábiles para tejer los delgadísimos y delicados pelos. La caza furtiva de chirús a gran escala entre los años ochenta y noventa redujo drásticamente la población de estos animales. Actualmente, tanto la compra como —en algunos sitios— la tenencia de *shahtoosh* están prohibidas. En Estados Unidos los confiscan si tratas de pasar la frontera con uno, aunque haya sido adquirido hace años. En el mercado negro, los chales *shahtoosh* alcanzan precios que oscilan entre los 5.000 y los 20.000 dólares.

2. **Chelsea Porcelain Factory (1743-1770), platos «Hans Sloane»:** alrededor de 1755, la Chelsea Porcelain Factory produjo una serie de platos, en porcelana blanda, inspirados en los dibujos botánicos de sir Hans Sloane, médico y naturalista. Sloane trajo de Jamaica los especímenes que formaron el Chelsea Physic Garden, establecimiento vecino a dicha fábrica de porcelana blanda. La porcelana blanda no es verdadera porcelana, sino una loza que se le parece pero que no comparte las características de la verdadera porcelana, que es dura, translúcida y brillante. La millonaria Bunny Mellon coleccionaba platos Hans Sloane, al igual que lo hacía el decorador Alberto Pinto. La colección de platos «Feuillage» de este último es una copia de sus Chelsea. Actualmente, aparecen de vez en cuando en subastas internacionales. La casa Albert Amor, en Bury Street, Londres, se especializa en cerámica inglesa del siglo XVIII y suele tener siempre algunas piezas. Sloane Street y Sloane Square se llaman así en honor a sir Hans Sloane.

3. **Conde de Carlisle:** George Josslyn L'Estrange Howard, undécimo conde de Carlisle (1895-1963), fue el abuelo del actual conde. La colección de platos Chelsea de la residencia de los condes de Carlisle, Castle Howard, es una de las mejores del mundo. Castle Howard es conocido por ser la casa donde se rodó la serie *Brideshead Revisited (Retorno a Brideshead).*

4. ***Mésalliance*:** matrimonio con una persona de posición social inferior.

LA FILA DE MARCO AURELIOS

1. **Marco Aurelio** (121-180): filósofo estoico que fue emperador de Roma entre 161 y 180. Sus *Meditaciones*, de las que habla Pantaleón, son un auténtico *best seller* incluso veinte siglos más tarde. Fueron escritas como un diario personal donde el emperador anotaba reflexiones para recordarse a sí mismo cómo vivir con virtud y serenidad en medio del caos del Imperio. En

2024, solo la edición en inglés de Penguin vendió más de 200.000 copias. Así de relevante es aún Marco Aurelio. De su estatua ecuestre en Roma, a la entrada de los museos capitolinos, vemos que era, además, un hombre bastante guapo.

2. **La Cartuja de San Michele:** casa famosa de Axel Munthe en Anacapri a la que se refiere su libro *La historia de San Michele*.

TENGO UNA PREGUNTA PARA USTED

1. **Stephen Tennant:** Stephen James Napier Tennant (1906-1987), hijo menor del primer barón Glenconner, fue un *socialite*, escritor y artista británico conocido por su estilo de vida decadente y excéntrico. Tennant era a menudo considerado un diletante profesional, sin embargo, influyó a muchos escritores, entre ellos a Evelyn Waugh y Nancy Mitford, y se supone que es la inspiración para el personaje de Sebastian Flyte en *Brideshead Revisited* y el de Cedric Hampton en *Love in a Cold Climate*. La anécdota que cuenta Pantaleón aparece en su biografía, *Serious Pleasures*, escrita por Philip Hoare.

NOCHE DE *BRIDGE*

1. **George Gower** (1540-1596) fue un retratista inglés que se convirtió en pintor oficial de la reina Isabel I en 1581. El cuadro del que los personajes hablan en la novela es una obra atribuida a Gower que fue vendida por Christie's en su subasta *Old Masters*, de julio de 2024, por 907.200 libras esterlinas. Se trata de un óleo sobre tabla que muestra un retrato de la reina Isabel I de Inglaterra de medio busto, con un vestido rojo bordado, camisola blanca y gorguera bordada, con una cadena enjoyada y un tocado. Mide 47 por 34 centímetros.

2. ***Chantilly*** es, efectivamente, un tipo de nata (montada y azucarada), pero también un tipo de porcelana blanda francesa producida en Chantilly (Oise), cerca del castillo de Chantilly, entre 1730 y 1800. Es especialmente famoso su modelo «*à la brindille*», que muestra unas ramitas azules alargadas con pequeñas hojas. Hubert de Givenchy tenía predilección por esta porcelana y este motivo y en la subasta de sus pertenencias, tras su muerte, se vendieron varias vajillas y otras piezas.

El Bayou

1. **William Fife & Son,** con sede en Fairlie, Escocia, fue uno de los mejores astilleros del mundo en los siglos XIX y principios del XX. Fundados por William Fife I y llevados a la fama internacional por su nieto William Fife III («el último Fife»), construyeron barcos reconocidos por su velocidad, diseño elegante y excepcional artesanía. Además de sus elegantes líneas eran famosos por ser barcos recios, duraderos y muy marineros. Desde 1888, William Fife II decidió marcar sus barcos con un dragón tallado en madera —y muchas veces revestido de pan de oro— en una de las amuras, cerca de la proa. Hoy en día, se estima que aún existen entre cincuenta y cien diseños Fife en el mundo. El Bayou es inventado, aunque está inspirado en el Moonbeam de Fife IV.

Fresas silvestres

1. **Pierre Hermé** es un maestro pastelero y chocolatero francés mundialmente conocido. Es considerado el «Picasso de la pastelería» por sus innovadoras creaciones y por revolucionar las técnicas tradicionales de la alta repostería. Es célebre por su técnica de macaron con merengue italiano y por su tarta Ispahan, que tiene también una base de merengue con almendra en polvo.
2. **Axel Dumas** es el actual CEO de Hermès, representando a su familia en la dirección ejecutiva. La lista de espera para un Birkin de la casa francesa es de más de dos años y, normalmente, se accede a ella solo tras haber adquirido otro bolso de la marca antes. Sin la llamada de su socio a su amigo Axel, Raimundo nunca hubiera conseguido el bolso.
3. **Purdey Side by Side** es una escopeta inglesa de lujo, hecha a medida y artesanalmente por James Purdey & Sons. Es considerada a menudo como una de las mejores del mundo. Reconocidas por su mecanismo de apertura automática Frederick Beesley de 1880, estas escopetas son icónicas por su ligereza, elegancia y durabilidad. Se utilizan comúnmente para la caza de alta gama y son consideradas piezas de colección.

Se aproximan los bárbaros

1. ***Estampille:*** marca, a menudo en relieve, que los ebanistas franceses del siglo XVIII (desde 1743) utilizaban para firmar sus piezas. Con frecuencia se trata de parte del nombre o las iniciales grabadas en la madera. No son fáciles de encontrar, normalmente se colocaban en un rincón oculto (travesaños, montantes, debajo de un cajón o en el lateral). Se marcaban con un punzón o con un hierro candente y muchas veces iban acompañadas de la mención «JME» (Jurande des Menuisiers Ébénistes), que demuestra su pertenencia al gremio. Existen numerosas falsificaciones; una estampilla no garantiza al cien por cien la autenticidad de la pieza. Cuando son de verdad indican antigüedad y calidad, solo los mejores ebanistas formaban parte de la JME. Como en todo, hay especialistas: unos eran más dotados para un tipo de mueble que para otro. Los hay en sillas (por ejemplo, Jacob), en secreteres y cómodas (Riesener), en muebles lacados (Bernard van Risen Burgh, estampilla B. V. R. B.), en muebles mecánicos como escritorios a persiana (Oeben) o en armarios y técnica de marquetería (Boulle, inventor de la técnica del mismo nombre). Existen numerosos recursos y archivos de ebanistas donde documentarse.

2. **Ampleforth:** prestigioso internado católico inglés con sede en la abadía benedictina de Ampleforth, en York. Fundado en 1803 por una comunidad benedictina que huyó de Francia tras la Revolución, fue considerado durante un tiempo el «Eton católico».

CRÓNICA DE UNA VICTORIA ANUNCIADA

1. **Método del Actors Studio:** técnica de actuación que busca la verdad emocional genuina, para lo cual se pide a los actores que utilicen sus propias experiencias, recuerdos afectivos y memoria sensorial a la hora de meterse en el papel.

2. ***Hell hath no fury like a woman scorned:*** «El infierno no conoce furia igual a la de una mujer despechada». Famosa frase muchas veces atribuida erróneamente a Shakespeare, que proviene de la obra de teatro *The Mourning Bride*, escrita por William Congreve y estrenada en 1697.

3. **Buzz Lightyear** es el inseparable compañero de Woody, el vaquero protagonista de *Toy Story.* Buzz es un astronauta de juguete que aparece en todas las películas de la serie. Se llama así en honor del astronauta Buzz Aldrin, segundo hombre que pisó la Luna.

EL GLACIAR DE «HENO DE PRAVIA»

1. **Lord Carnarvon:** George Herbert, V conde de Carnarvon (1866-1923), fue un egiptólogo aficionado que se hizo famoso por financiar las excavaciones que dieron con la tumba de Tutankamón. Su casa familiar, Highclere Castle, es Downton Abbey en la famosa serie del mismo nombre. Lord Carnarvon estaba casado con una rica heredera, presuntamente, hija ilegítima del banquero Alfred de Rothschild. El dinero que tenía provenía de la generosa dote de esta. Fue uno de los que, habiendo entrado en la tumba de Tutankamón, murió repentinamente cuatro meses más tarde por la supuesta «maldición de la momia».

2. **Alexandre Vauthier** fue un modisto de alta costura francés que trabajó para Thierry Mugler y Jean-Paul Gaultier antes de abrir su propia marca.

3. **Nefertiti** (1370-1330 a. C.): esposa real del faraón Akenatón (Amenhotep IV), famosa por su belleza. Su busto, que prueba que lo de su atractivo no era leyenda, se exhibe en el Neues Museum de Berlín.

4. **Sargent y Boldini:** el americano John Singer Sargent (1856-1925) y el italiano Giovanni Boldini (1842-1931) fueron dos de los más famosos retratistas de su época. Considerados (quizás más Boldini) pintores de las bellezas de la alta sociedad, eran buenos amigos.

PANTALEÓN Y EL FOSO

1. **El Palais:** el Hotel du Palais de Biarritz es un hotel de lujo de esta localidad francesa. Situado en la playa, fue en su momento la residencia de Eugenia de Montijo y lugar de encuentro de veraneantes elegantes. Al menos hasta hace unos años. Ahora, ningún hotel es ya enteramente elegante.

2. **Duque de Osuna:** Mariano Téllez-Girón y Beaufort Spontin (1814-1882), XII duque de Osuna, era conocido por su inmensa riqueza, que fue capaz de derrochar enteramente. Embajador de España en Rusia, entre 1856 y 1868, ofreció banquetes fastuosos para competir en suntuosidad con la aristocracia rusa. Cuenta la leyenda que, tras un banquete ofrecido al zar, ordenó a sus criados lanzar por la ventana al río Neva la lujosa vajilla de oro en la que se había servido la comida. Parece ser que lavar no es de duques.

Semejante dispendio dio lugar a la expresión popular «¡Ni que fuera un Osuna!», que se dice cuando alguien gasta mucho.

3. **Conde de Tendilla:** siendo embajador en Roma, Íñigo López de Mendoza y Quiñones (1440-1515), II conde de Tendilla y I marqués de Mondéjar, conocido como «El Gran Tendilla», también ordenó tirar la vajilla por la ventana. En esta ocasión al Tíber y tras una cena ofrecida al papa y varios cardenales. Parece ser que él tuvo la precaución de colocar redes en el río para que, al día siguiente, la vajilla pudiese ser recuperada.

4. **William Hutchinson** es un nombre inventado. No existe tal pianista.

EL REGALIZ

1. **Bill Pallot:** figura controvertida en el mundo del mobiliario antiguo: pasó de ser considerado la máxima autoridad académica en sillas del siglo XVIII a convertirse en el protagonista de uno de los mayores escándalos de falsificación en la historia de Francia. Era profesor en la Sorbona y el autor de la «biblia» en materia de muebles de asiento del XVIII. De ahí pasó a falsificar piezas, con ayuda del maestro ebanista Bruno Desnoues, de tal precisión que se las colocó hasta a los conservadores de Versalles. Utilizaban madera antigua y técnicas de época para crear muebles «nuevos» que hacían pasar por piezas encargadas originalmente para personajes como María Antonieta o Madame du Barry. En junio de 2025, Pallot fue condenado por el tribunal de Pontoise a cuatro años de prisión, una multa de 200.000 euros y la inhabilitación.

2. Juego de palabras. Père Lachaise (todo junto) es un cementerio de París, y Père La Chaise se traduce como «Padre de la Silla».

CENICIENTA BUSCA TRAJE

1. **Orca Events:** organizadores de eventos. Sus carpas, montajes, escenografías y efectos visuales son increíbles. Los mejores y más cotizados.

2. **Paul Poiret** (1879-1944): reputado modisto francés que fundó su propia casa de moda en 1902 tras haber trabajado para Charles Worth. En 2025, el Museo de Artes Decorativas de París le dedicó una exposición retrospectiva de gran éxito. Las contribuciones de Poiret a la moda del siglo XX han sido comparadas a las de Picasso al arte. Rescató el estilo imperio y

liberó a la mujer del corsé. Creaba modelos a la moda orientalista, inspirados en los Ballets Rusos que tanto éxito tuvieron en París a principios del siglo xx: caftanes, quimonos, túnicas bordadas, plumas y perlas. Era adversario de Coco Chanel y ambos se odiaban cordialmente. Cuentan que al final de la carrera de Poiret, cuando esta ya decaía, se encontró a Chanel vestida con un sencillo traje negro y le preguntó: «Perdón, señorita, ¿por quién lleva ese luto?»; a lo que ella respondió: «Por usted, señor».

3. **Iradj Moini:** diseñador de joyas de alta costura iraní afincado en Nueva York. Es reconocido por sus piezas esculturales, coloridas y con piedras semipreciosas de gran tamaño. Trabajó como diseñador de joyería para Oscar de la Renta. Son famosos sus broches de insectos, animales y flores. Sus diseños forman parte de las colecciones permanentes del Louvre, en París, y han sido expuestos en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York como parte de la colección de Iris Apfel.

TODO CUENTO TIENE SU BAILE

1. **Balaclava:** enclave de vacaciones tradicional en la costa de Crimea. En los años noventa fue conocido como el «Mónaco de Rusia».

2. ***Barbotine:*** los platos de *barbotine* (o barbotina) son piezas de cerámica que se distinguen por sus decoraciones en relieve y esmaltes brillantes. El ejemplo más conocido es la cerámica de Bordallo Pinheiro, en Portugal. La barbotina fue muy popular en Francia a mediados del siglo xx. Los más comunes son los platos para alcachofas o espárragos o los de ostras. Suelen tener forma de hojas y frutas.

3. ***The Field* y *Horse & Hound:*** revistas clásicas inglesas para los amantes del campo.

4. **Fabergé:** casa de joyería fundada en San Petersburgo en 1842 y que con el orfebre Peter Carl Fabergé, creador de los famosos huevos de Pascua, llegó a la fama mundial. Joyeros de los zares y creadores de piezas extraordinarias.

5. **Jan Taminiau:** prestigioso diseñador de moda holandés, reconocido mundialmente como el modisto de cabecera de la reina Máxima de los Países Bajos. En 2019 abrió tienda en Madrid.

6. ***Minaudière:*** bolso de noche pequeño y rígido, realizado en metal o materiales como madera, laca o nácar. Suele considerarse una pieza de

joyería más que un simple bolso. Originalmente ideado por Van Cleef & Arpels.

TOCATA Y FUGA

1. **Lobo Ártico:** esta prisión, oficialmente denominada IK-3, es una de las colonias penitenciarias más remotas y severas de Rusia, situada en la localidad de Jarp, en Siberia. Es mundialmente conocida por haber sido el lugar donde murió el líder opositor ruso Alexéi Navalni en febrero de 2024. Fue fundada en 1961 sobre los restos de un antiguo gulag de la era de Stalin. Es una zona de permafrost con inviernos brutales donde las temperaturas caen regularmente por debajo de los –30 °C. La prisión, descrita por defensores de derechos humanos como un lugar de aislamiento en condiciones inhumanas, está destinada a presos considerados «reincidentes especialmente peligrosos» o condenados a cadena perpetua.

UNA CONFESIÓN

1. **Gran duquesa Olga Alexandrovna** (1882-1960): hija menor del zar Alejandro III y hermana pequeña del último zar, Nicolás II. A diferencia de este último y su familia, que fueron ejecutados en 1918, Olga logró sobrevivir a la Revolución. Tras la caída de la monarquía, huyó a Crimea y más tarde a Dinamarca (tierra natal de su madre, la emperatriz María Fiódorovna). Por razones de Estado, se casó con el duque Pedro de Oldemburgo. Fue un matrimonio sin amor que nunca se consumó y que duró quince años. En 1916, tras obtener el permiso de su hermano el zar, se casó con un oficial de caballería de clase media, Nikolái Kulikovsky. Fue un escándalo para la época, pero se dice que ella finalmente encontró la felicidad personal. Murió a los setenta y ocho años en un modesto apartamento encima de una peluquería en Toronto. Era la última gran duquesa de la Rusia imperial y falleció en el exilio. En la novela, Nanda nace en 1941, eso quiere decir que Olga tenía cincuenta y nueve años. Así que difícilmente hubiera podido ser la madre de Xenia, la imaginaria amiga de Fernanda.

TRES MESES MÁS TARDE

1. ***Kokoshnik:*** tocado tradicional ruso femenino en forma de cresta o halo. El nombre proviene de la palabra eslava *kokosh*, que significa «gallina» o «gallo», en referencia a la forma de la cresta. Catalina la Grande fue la responsable de rehabilitar esta prenda y convertirla en una pieza clave del poder imperial ruso, que pasó de ser un complemento de tela y bordados, más o menos ricamente decorado, a convertirse en una pieza de joyería. Todas las grandes casas de joyas han realizado tiaras *kokoshnik*. La reina de España tiene una, así como las de Inglaterra y Holanda.

2. **Seaman Schepps** (1881-1972): famoso joyero americano que rompió todas las reglas de la joyería tradicional en las décadas de 1930 y 1940. Creó el estilo llamado «chic bárbaro» haciendo piezas en las que mezclaba oro y piedras preciosas con materiales «mundanos» como madera, concha de tortuga, marfil, coral y cristales de roca tallados. Sus creaciones más famosas son los pendientes Turbo Shell, caracolas rematadas con oro y un cabujón de piedra preciosa, y las pulseras de eslabones de madera mezcladas con oro. Algunas de sus piezas son similares a las de Fulco di Verdura, a quien copió en el uso de conchas y caracolas.

El abominable hombre de las nueve
Beatriz Satrústegui

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la cubierta: Ximena Maier

© Beatriz Satrústegui, 2026
Autor representado por Carmen Balcells S. A., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S.A, 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2026

ISBN: 978-84-670-8328-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Cita
Prólogo
«El lago de los cisnes»
«La cólera del príncipe pirata»
El perro Pérez
«Radio Sarcófago» ataca de nuevo
Mariana sigue las instrucciones de su hermana
Ante notario
El padrino de Mina
Pantaleón hace de Pigmalión
Carolina conspira en la peluquería
Fernanda vuelve a la Torre
Inicio del curso en el internado para maridos
Gonzalo necesita un castillo
Los espárragos se comen con las manos
El abominable hombre de las nueve
Última noche en la terraza de Pantaleón
«Alea jacta est»
La española cuando besa
Las tropas se despliegan
Almuerzo en el invernadero
Lo que hacen las diosas en el Olimpo
La fila de Marco Aurelios
Carolina imparte instrucciones
Pax romana
Las apariencias
La playa
Manou
Tengo una pregunta para usted
Juegos de guerra

Noche de «bridge»
Encuentros nocturnos
El Bayou
Fresas silvestres
Se aproximan los bárbaros
Crónica de una victoria anunciada
El glaciar de «Heno de Pravia»
Pantaleón y el foso
El regaliz
Cenicienta busca traje
Todo cuento tiene su baile
El secreto de Fran
Tocata y fuga
El corazón de las tinieblas
Carolina tiene un as en la manga
Una confesión
Un gran amor
Tres meses más tarde
Epílogo
Nota de la autora y agradecimientos
Notas
Créditos